

Eric Frattini

LOS ESPÍAS DEL PAPA



ESPASA

Éric Frattini

LOS ESPÍAS DEL PAPA

urante los últimos 442 años de nuestra historia, desde el pontificado del papa o V al papa Benedicto XVI, los agentes del servicio de inteligencia del Estado aticano, conocido en su origen como «La Santa Alianza» y actualmente como La Entidad», han defendido los intereses económicos, políticos y religiosos del ís más pequeño y también uno de los más poderosos del mundo. Para ello esinaron, conspiraron, envenenaron, robaron, difamaron o mintieron en el ombre de Dios, y por orden suprema del Sumo Pontífice de Roma. ste libro relata las biografías de veintiún espías de Dios, con cuyos actos «por cruz y por la espada», llegaron incluso a cambiar el curso de la Historia. Estos gentes del Papa han tenido como enemigos a la protestante Isabel de Inglaterra, cardenal Richelieu, al rey Luis XIV de Francia, a la Revolución francesa, al nperador Napoleón, a las tropas de Garibaldi, a los modernistas, a la Revolución 1sa, al comunismo, al nazismo o al terrorismo internacional. odos los personajes y hechos que se relatan en este libro son reales...

Vuestra conducta entre los paganos tiene que ser irreprensible para que, uando os calumnien como malhechores con vuestras buenas obras cerréis la oca a la ignorancia de los necios».

1 San Pedro 2, 15.

SPASA

978-84-670-2707-5

9 788467 027075

262707

Eric Frattini

LOS ESPÍAS DEL PAPA

ESPASA

ESPASA Ⓔ HOY

Diseño de cubierta: El golpe. Cultura del entorno
Foto del autor: Ángel Colina

Depósito Legal: M. 53.390-2007
ISBN: 978-84-670-2707-5

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rotapapel, S. L.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Complejo Ática - Edificio 4
Vía de las Dos Castillas, 33
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

A Hugo, lo más valioso para mí, por estar siempre presente
y por darme cada día de su vida su amor...

A Silvia, por su amor y por su incondicional apoyo en todo lo que hago...

Índice

«Vuestra conducta entre los paganos tiene que ser irreprensible para que, cuando os calumnien como malhechores, con vuestras buenas obras cerréis la boca a la ignorancia de los necios.»

1 SAN PEDRO 2, 15

Agradecimientos

A las fuentes que me han prestado una ayuda inestimable y cuyos nombres he preferido que no aparezcan en este libro.

A las fuentes que me han prestado una ayuda inestimable y que me han pedido no ser citados en este libro.

A Domènec Pastor Petit, el primero y más importante historiador español sobre los servicios de inteligencia. Los de mi generación han aprendido mucho con su medio centenar de libros sobre la materia.

A Giuliana Bullard y Susan Cooper, del Archivo Nacional de Estados Unidos (NARA), por facilitarme el acceso a los documentos «The Nazi War Crimes and Japanese Imperial Government Records Interagency Working Group» (IWG).

A los miembros de la *Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la República Argentina* (CEANA), Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.

Al padre Piaras Jackson, S.J., del Centro de Comunicación Jesuita de Dublín. A Siobhan O'Donovan, de la Biblioteca Nacional de Irlanda.

A Ugo Carandino, de la Casa San Pío X de Roma.

A Alison Weir, por su magnífica documentación sobre el reinado de María Estuardo y su época y por sus ricos conocimientos sobre la figura de David Rizzio.

A David M. Cheney, por permitirme revisar sus magníficos y bien documentados archivos históricos sobre la jerarquía católica y la Curia romana. Sin ellos me hubiera sido muy difícil escribir este libro.

A Salvador Miranda, de la Florida Internacional University Library, verdadero maestro y experto en la historia del Sacro Colegio

Cardenalicio. Sin su documentación me hubiera sido muy difícil escribir este libro.

A la Oficina de Prensa de la CDU, Unión Demócrata Cristiana de Alemania *(Christlich Demokratische Union Deutschlands),* por su información sobre Josef Müller.

Al Institute of Documentation for the Investigation of Nazi War Crimes en Haifa (Israel), por haberme facilitado toda la documentación relativa a las relaciones del Vaticano con la Alemania nazi, la información sobre las relaciones de miembros de la jerarquía vaticana en la evasión de criminales de guerra nazis, así como los expedientes originales relativos a altos jerarcas nazis que mantuvieron contactos con Pío XII durante la ocupación de Italia.

A Pilar Cortés, mi muy querida editora, por creer en esta historia y en mí.

Y por último, y muy en especial, un agradecimiento a todas aquellas personas y organismos que me han puesto trabas, barreras y cortapisas para evitar que este libro fuese como es hoy. Ello me ha permitido agudizar mi sentido de la curiosidad y, por lo tanto, mi investigación.

A todos ellos, mi más humilde y sincero agradecimiento. Una parte de este libro es de todos ellos.

Nota del autor

Hace ya cuatro años aparecía publicado mi libro *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano* en la editorial Espasa Calpe. En él relataba de forma pormenorizada y documentada las operaciones del servicio de inteligencia papal desde 1566 a 2004, desde el papa Pío V al papa Juan Pablo II. La obra se convirtió rápidamente en un gran éxito de ventas, siendo traducida y publicada en otros países como Portugal, Canadá, Francia, Brasil, Polonia, Rusia, Estados Unidos, Australia, o Gran Bretaña, Bulgaria, Rumania e Italia.

Más de dos centenares de libros reseñados en su bibliografía, 39 archivos consultados y centenares de documentos fueron utilizados para relatar las operaciones de la Santa Alianza desde los tiempos de Felipe II, Isabel de Inglaterra o Enrique IV de Francia a la época de Ronald Reagan, Lech Walesa o Juan Pablo II. Aquel era un libro sobre la historia del servicio de espionaje, conocido hoy día como La Entidad.

Esta obra que tienen ahora entre sus manos, LOS ESPÍAS DEL PAPA, bien podría ser definida como una segunda parte de la anterior, como una continuación, una historia de aquellos actores o, mejor dicho, espías desconocidos que jugaron un papel decisivo en esa misma historia, defendiendo los intereses de Roma, del Papa, del catolicismo y del Vaticano a lo largo y ancho de todo el mundo. Este libro relata la vida y avatares de veintiún agentes y jefes del espionaje papal que se convirtieron en la llamada «vanguardia de la fe», en los soldados de las sombras siempre a las órdenes del Sumo Pontífice de Roma.

David Rizzio, Lamberto Macchi, Roberto Ridolfi, Tebaldo Fieschi, Umberto Benigni, Michel d'Herbigny, Günther Hessner, Nicolás Estorzi, Édouard Gagnon, Carlo Jacobini o Luigi Poggi son algunos

de los hombres que operaron bajo el protector manto de la Santa Alianza.

Ninguno recibió preparación alguna en tareas de espionaje, pero todos ellos tuvieron una mejor oportunidad sobre otros espías de países enemigos de llevar a buen término las operaciones encomendadas por Roma. Mientras los agentes de la CIA operaban para defender el estilo de vida americano y los agentes del KGB el estilo de vida comunista, los agentes de la Santa Alianza espiaron y operaron siempre en defensa de la fe católica. Ellos contaban con la protección del Sumo Pontífice y la cruz.

No son James Bond, ni nada por el estilo, pero para muchos el haber estudiado sus vidas y dejarlas reflejadas en este libro bien podría no solo ayudar a comprender mejor el papel que los Sumos Pontífices jugaron en la historia de Europa, sino también a conocer los sacrificios de muchos de estos «espías» para llevar hasta los más recónditos confines de la tierra la palabra de Dios, incluso a riesgo de su propia vida en lugares como la Inglaterra protestante, la Francia revolucionaria, la Alemania nazi o la Rusia comunista.

Estas son sus historias...

ERIC FRATTINI

Prólogo

Anatomía de un «buceador»

¿Quién es, realmente, Eric Frattini?, ¿qué es y qué no es? Se le ha podido presentar como «el espía de los espías». Los antropólogos susurrarían de él: «Es un escritor, un buceador de historias, sin precedentes y pendiente de catalogación».

Por mi parte, yo diría de Frattini que «sabe lo que sabe por vía instintiva», y, a despecho del tiempo que pasa en archivos de Estados Unidos, Gran Bretaña, el Vaticano e Israel, nadie allí le ha insinuado metodologías o contactos para desentrañar cientos de misterios.

Si el lector me lo permite, añadiría que yo sé cómo es, debido a que yo soy algo así como su doble. Eric Frattini es tal vez el gran heredero de mi casi medio siglo como historiador de los servicios de inteligencia de todo el mundo.

Frattini no solo ha sido capaz de adentrarse en la madriguera del MI6 en Londres o de la CIA en Langley (Virginia); en la sede del FBI en Washington o del FSB (Servicio Federal de Seguridad) en Moscú, sino también en el corazón de La Entidad, el servicio de inteligencia vaticano. Ya con una obra anterior, *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano* (Espasa Calpe, 2004), que ha sido también publicada en Portugal, Francia, Polonia, Rusia, Brasil, Estados Unidos, Canadá, Australia, Gran Bretaña, el autor nos revelaba la vida y milagros de los superdotados espías de la inteligencia vaticana. Eric Frattini, como uno de los mayores expertos historiadores de los servicios secretos, acaba de traspasar el umbral de algo que a mí, también como historiador, se me antojaba como tabú.

El autor no es un ente que se nutre de mitos, morbosidades, ni ansias de poder o dinero. En su idiosincrasia no queda espacio para ejercer el arte de *épater,* palabra francesa para describir una sensación de desconcierto en el lector, y es que el autor de este libro es un «buceador» nato y puro. No podía ser de otro modo para osar, como él ha hecho, enfrentarse a organizaciones criminales como Al Qaeda o la mafia italiana; a grupos empresariales, como los magnates de la prensa, o al régimen de Saddam Hussein; a grupos políticos como la propia ONU o el Estado Vaticano; o a servicios secretos como la CIA, el KGB, el Mossad o el MI6.

Llevado en su afán de conocerlo y abarcarlo todo, algún día brotó ese aguijón afilado que le sirvió para franquear esos altos muros eclesiásticos y encararse con la Curia romana: los agentes secretos papales y sus cinco siglos de operaciones encubiertas. ¿Qué subyace en los textos de Eric Frattini?; sin duda, el análisis profundo del dolor y la maldad que el poder provoca, y de ahí sus documentadas indagaciones, para comprender y hacer comprender.

Y ahora sumerjámonos en el profundo texto de LOS ESPÍAS DEL PAPA para constatar un hecho: dentro del frondoso peregrinaje humano del catolicismo sobresalieron santos monjes de pura ley, varones de encendida misericordia y, a la vez, como en todo lo terrenal, grietas insondables, gangrenas políticas y fallos en la infalibilidad pontificia. Hubo de todo, pero dejemos a otros ensayistas inventariar la larga lista de bondades y luminosidades.

El camino de Eric Frattini es otro muy distinto. Él es, por así decirlo, un psicoanalista de los oscuros mundos que provocan los desequilibrios. Y aquí, ahora, emerge el fruto de sus rastreos y búsquedas. Como cualquier Estado del globo, el del Vaticano podía y debía contar con un servicio de inteligencia que velara por su integridad estatal. A la vera de prefectos de la Fe, se contaba en la Curia romana con unos peones no uniformados con autoridad suprema para acechar peligros, descubrir complots, identificar objetivos enemigos y palpar conspiraciones. He aquí el conjunto de estos dispositivos eclesiásticos:

— La Santa Alianza, creada en 1566 por el papa Pío V y que se trataría de una amplia red de informadores, de vigías secretos, bautizados como los «espías del Papa». La Santa Alianza cambiaría su nombre en 1930 por el de La Entidad.

— El *Sodalitium Pianum* (La Sociedad de Pío, o S.P.), una legión de expertos creada en 1906 por orden del papa Pío X con el fin de combatir dentro de los muros vaticanos a los movimientos «modernizadores» y que con el paso del tiempo se reconvertiría en servicio de contraespionaje.
— El Comité de Seguridad, una unidad dentro de la Guardia Suiza, creada en marzo de 1999, por orden del papa Juan Pablo II, para controlar la seguridad de los Sumos Pontífices durante sus desplazamientos.

Los objetivos y tareas de estos servicios iban a alinearse en la protección y previo acecho de los intereses de la Santa Sede. En LOS ESPÍAS DEL PAPA veremos que los enemigos de la Iglesia se agazaparían, disfrazados o no, en un sector del liberalismo laico de tendencia atea. Y estos verían con malos ojos la religiosidad, como una escuela de la antigüedad y hasta de la prehistoria.

En general, la suprema voz eclesiástica de Roma, el Sumo Pontífice, contemplaría como hostiles los principios de la Revolución francesa de 1789; con mayor ímpetu, los de la Revolución bolchevique de 1917; y no menos, contra el orbe español republicano de 1936 a 1939. Cosa curiosa, esa animosidad no se constataría contra el nazismo y con la obra de Adolf Hitler *Mi lucha,* que no sería incluida en el *Index Librorum Prohibitorum,* ese grueso catálogo que se encuentra en la Biblioteca Vaticana y que recoge casi cuatro mil títulos de libros prohibidos.

Los vigilantes secretos del Vaticano tendrían ante sí todo un plantel de enemigos de la fe, desde herejes protestantes a ególatras emperadores, desde agentes comunistas a eclesiásticos modernistas, desde nazis a bolcheviques. La Santa Alianza, o mejor dicho, La Entidad, dispondría, como un ejército de inspirados y heroicos combatientes en la vanguardia de las sombras, de agentes que deberían enfrentarse sin titubear contra todos estos enemigos. David Rizzio, un espía en la corte de Escocia; Giulio Guarnieri, el espía fantasma; Paluzzo Paluzzi, el apóstol de la Orden Negra; Bartolomeo Pacca, el cardenal negro; Francesco Capaccini, el hacedor de claves, y muchos más, han sido algunos ejemplos de estos soldados en las sombras a las órdenes del Sumo Pontífice.

A juzgar por la postura del Papado y de sus consejeros cardenalicios, parecía desprenderse de ellos el siguiente principio: «En el cielo,

el Papa tiene a Dios; en la Tierra, el Papa se tiene a sí mismo; y en la clandestinidad, el Papa tiene a la Santa Alianza».

Entre los siglos XVI y XXI, La Entidad encontraba la ayuda de otras organizaciones paralelas como la Orden Negra, el Círculo Octogonus o los Soldados del Gesù, especializadas todas ellas en la liquidación física, de los mayores enemigos de la Iglesia y del Papa. Algunos de los prefectos de la Santa Alianza, como los cardenales Marco Antonio Maffei, Ludovico Ludovisi, Giacomo Corradi, Paluzzo Paluzzi, Giovanni Battista Caprara, Bartolomeo Pacca o Luigi Poggi, decidirían, como último recurso, la eliminación de sujetos siniestros, una práctica diaria a lo largo de la historia, y en particular durante la etapa de la Guerra Fría (1947-1990), entre otros servicios de inteligencia, como la CIA, el KGB o la Stasi germano-oriental.

Célebre fue el diagnóstico del sabio Albert Einstein cuando en lo referente a la religión dijo: «Yo no llegué jamás a poder hacerme a la idea de un Dios que premia y castiga a sus criaturas, poseyendo una voluntad análoga a lo que nosotros conocemos en nosotros mismos». Un gesto torpe por parte de la Curia de la Iglesia sería mostrarse miope a la ciencia y llevar a Galileo y a otros muchos al mayor de los abandonos y condenas, o los Torquemadas de la Inquisición, quienes se encargarían de alimentar hogueras con supuestas brujas y herejes.

Un experto historiador en religiones comparadas emitiría una amarga queja en uno de sus libros: «¿Se justifica de algún modo que las religiones hayan originado más muertes y dolor en la historia universal que ningún otro poder?». Tan solo un dato me gustaría recalcar: durante los cuatro años y siete meses en que el papa Juan XXIII ejerció como Sumo Pontífice, los espías de La Entidad fueron obligados a permanecer en la más absoluta inactividad.

Así, LOS ESPÍAS DEL PAPA constituye un testimonio de las luchas de cloaca entre los fieles de la Iglesia —sus espías— y los enemigos de turno. Esta obra se nos alza como un testimonio que todo lector, creyente o no creyente, debería leer, pues a más fuentes de información, mayores y mejores serán las posibilidades de entender. Ya dijo el periodista Iñaki Gabilondo sobre el autor cuando escribió: «Eric Frattini es uno de esos excéntricos empeñados en entender. Bastan cinco minutos para identificarle como periodista de raza, que enreda en los entresijos de los que le interesan con implicación total, personal y profesional. Es periodista por inmersión, de los que entran en la materia como los

monjes en religión. Va con su técnica puesta, pero un asunto en sus manos es un compromiso de vida».

Todos estos pormenores, y una infinidad más de ellos, tienen en Eric Frattini un esclarecedor puntual y veraz, y todos ahora, católicos y agnósticos, estamos en deuda con él por esta obra suya, LOS ESPÍAS DEL PAPA, y por otras dos, *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano,* y *Secretos vaticanos.*

Cuando visité a Simon Wiesenthal en Viena y elogié su labor como cazador de criminales de guerra nazis tras la Segunda Guerra Mundial, quise saber cuál era para él el mejor servicio de inteligencia del mundo. Wiesenthal me respondió: «La organización mejor informada y más poderosa del mundo es el servicio de inteligencia del Estado Vaticano».

Nunca formaría parte Eric Frattini de esa legión de letrados que defienden ideas, personajes o redes cuyo mayor objetivo es demoler al adversario. El autor es sumamente autocrítico y autoexigente, y si alguna divisa le controla es la mera y simple «verdad».

Este libro, LOS ESPÍAS DEL PAPA, es un vivo ejemplo de su pericia profesional y de su honradez como ensayista. Sin duda, Frattini se ha convertido en un verdadero y experto «buceador» de secretos y en uno de los historiadores más importantes de los servicios de inteligencia.

DOMÈNEC PASTOR PETIT
Historiador de los servicios
de inteligencia desde 1962
y autor de casi medio centenar
de obras sobre el tema.

1

David Rizzio

Un espía en la corte de Escocia

El 7 de enero de 1566, el cardenal Miguel Ghislieri, oscuro dominico y antiguo jefe del todopoderoso Santo Oficio, es elegido Papa, adoptando el nombre de Pío V. El entonces embajador de España dijo: «Pío V es el Papa que requieren los tiempos». Su nombramiento suponía la victoria de todos aquellos que deseaban un Pontífice austero y piadoso, pero a la vez capaz de luchar y actuar con suma energía contra la Reforma protestante; un nuevo jefe de la Iglesia que sujetase con igual fuerza la cruz y la espada. El nuevo Pontífice iba a utilizar su amplia experiencia a cargo de la Inquisición para crear un servicio de espionaje efectivo, implacable y de obediencia ciega a las órdenes supremas del Sumo Pontífice.

Como primera medida nombra al cardenal Marco Antonio Maffei como responsable de la Santa Alianza. Nacido el 29 de noviembre de 1521 en el seno de una noble familia de Bérgamo, Marco Antonio, al igual que su hermano Bernardino, eligen el camino de la Iglesia. Experto en Derecho canónico, es nombrado por el papa Pío V nuncio en Polonia. Allí informa secretamente de los movimientos anticlericales, algo que le lleva a ganarse la confianza del Papa. Obligado a regresar a la corte papal, el Pontífice lo nombra vicario general de Roma, hasta que finalmente es puesto al mando del nuevo servicio de espionaje y de la lucha contra el protestantismo representado por la reina Isabel I de Inglaterra.

El nombre de la Santa Alianza había sido dado por el propio Papa en honor de la alianza secreta entre Roma y la reina católica de Escocia, María Estuardo. Los informes que los agentes papales iban recabando eran enviados a los poderosos monarcas que apoyaban el catolicismo y el poder pontificio ante el cada vez más extendido protestantismo. El principal cometido de los espías del Papa era prestar sus servicios a la reina María Estuardo con el fin de intentar restaurar el catolicismo en Escocia, la cual se había declarado presbiteriana en el año 1560, y luchar desde allí contra el protestantismo de Inglaterra. Desde ese momento, Pío V, el cardenal Maffei y el servicio de inteligencia entendieron que su principal enemigo era la reina Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena.

Habían pasado treinta y cuatro años desde que el rey Enrique VIII rompiese con la Iglesia católica cuando pidió al papa Clemente VII un permiso para poder divorciarse de la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y tía del emperador Carlos I de España y V de Alemania, y casarse con su amante, Ana Bolena [1]. En la carta enviada por el monarca de Inglaterra, un viejo pergamino de 60 × 90 centímetros y con la firma como aval de setenta y cinco altas personalidades del reino, Enrique VIII expresaba su deseo de contraer matrimonio con su amante y pedía el permiso papal para divorciarse de su actual esposa, la reina Catalina de Aragón [2].

La petición fue denegada por Clemente VII provocando la ira y el rechazo de Enrique VIII a la Iglesia católica. El rey de Inglaterra decidió, a pesar del rechazo papal, contraer matrimonio con Ana Bolena el 25 de enero de 1533 y anuló su matrimonio con Catalina el 25 de mayo del mismo año.

El cisma definitivo se produciría el 15 de enero de 1535 bajo el pontificado de Pablo III, cuando, para darle una base jurídica a su nueva supremacía eclesiástica, Enrique VIII había convocado a los sabios de todas las universidades del país y al clero para que declarasen públicamente que el Papa romano no tenía ningún derecho divino o autoridad alguna sobre Inglaterra. Las bases reales de la nueva Iglesia eran las de una Iglesia católico-anglicana bajo la autoridad única de la corona.

Tras un breve reinado de Eduardo VI, el sucesor legítimo de Enrique VIII, para el papa Julio III se abría una nueva oportunidad de hacer volver al redil de Roma a la Iglesia de Inglaterra. De todos era conocido el catolicismo ortodoxo practicado por la que sería llamada a

ocupar el trono de Inglaterra, María Tudor, hija de Catalina de Aragón. La nueva reina prohibió, quince días después de entrar en Londres, que las exequias de su hermano y rey fallecido, Eduardo VI, se celebrasen en la abadía de Westminster según el rito protestante. El cambio religioso en todo el país estaba ya a la vista[3].

Los cinco años de reinado de María Tudor hasta su muerte, acaecida el 17 de noviembre de 1558, fueron bastante intensos. Guerras, ejecuciones, rebeliones internas, golpes de Estado y conflictos religiosos que sembraron el reino de sangre y fuego. La misma noche de la muerte de la reina María, su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, fue proclamada reina de Inglaterra.

Gran parte de la población recibió con júbilo la llegada de la nueva reina, en parte por el mal recuerdo dejado por María Tudor, a quien popularmente bautizaron como María la Sanguinaria *(Bloody Mary)*. Desde su llegada al trono, María había estado decidida, con el apoyo del papa Pablo IV y el rechazo del embajador de España, a implantar el catolicismo, pero para ello debía cortar antes las cabezas de los que habían defendido la Reforma.

Un gran número de obispos protestantes, a los que María Tudor definía como «malos pastores que habían llevado a sus ovejas a la perdición», serían los primeros en ser quemados en la hoguera por delito de herejía. El ex obispo de Londres, Ridley, el mismo que poco tiempo atrás había proclamado reina de Inglaterra a Jane Grey y bastarda a María Tudor, fue quemado vivo el 16 de octubre de 1555. A la hoguera también le acompañaría el ex obispo de Worcester, Latimer, y Thomas Cranmer, el ex obispo de Canterbury, y que curiosamente pronunciara la anulación de la boda del rey Enrique VIII con Catalina de Aragón y que consumaría la ruptura definitiva con el poder papal de Roma[4].

Durante esta etapa, Isabel había sabido adaptarse a la nueva religión imperante, llegando incluso a asistir a misa junto a su hermana para evitar cualquier conflicto que permitiera a la reina ordenar o bien su ejecución pública o su asesinato.

El 15 de enero de 1559, Isabel I fue coronada como reina de Inglaterra y el 8 de mayo inauguraba la sesión del Parlamento en donde pedía la aprobación de las leyes que permitían el restablecimiento del protestantismo en todo el país y sus dominios. Roma y su Iglesia católica, dirigida por un anciano de ochenta y tres años, el papa Pablo IV,

tenían ya poca fuerza para presionar ante el cambio religioso que se avecinaba nuevamente en Inglaterra.

De lo que sí estaba seguro el Pontífice era de que la única baza para mantener un islote católico en la protestante Inglaterra era apoyar a la reina de Escocia, María Estuardo. En realidad, la reina María se convertiría en los años siguientes en tan solo un títere de las conspiraciones desatadas entre el papa Pablo IV y sus sucesores, el poderoso y monacal rey Felipe II de España, el caprichoso rey Carlos IX de Francia, el insignificante e inculto Fernando de Austria y el que sería heredero de la corona escocesa y traidor a su propia madre, el príncipe Jacobo.

El círculo comenzó a cerrarse para María Estuardo cuando los dos hombres más cercanos a ella se convirtieron en espías de poderosas potencias con importantes intereses en Escocia. El 29 de julio de 1565 contrajo matrimonio con el católico Henry Darnley en Edimburgo. El nuevo rey consorte de Escocia era un hombre alto, fuerte y rubio que atraía a las mujeres, pero también de escasa cultura. Darnley, el nuevo monarca de Escocia y quien compartía el lecho con la reina María Estuardo, era una marioneta en manos de sir Francis Walsingham, el jefe de los espías de Isabel, y en las de los nobles escoceses[5].

A finales de 1565, la reina María Estuardo entabló una relación con un turinés de piel oscura llamado David Rizzio que formaba parte del séquito del embajador de Saboya, el marqués de Moreta. Rizzio tenía treinta y dos años, ojos redondos y verdes, lo que llamó la atención de una reina aficionada a la belleza de los hombres. El italiano dominaba las artes de la música y la poesía, el laúd y los versos, pero también era sacerdote y uno de los espías más activos de la recién creada Santa Alianza, al mando del cardenal Marco Antonio Maffei.

Rizzio, nacido en Turín en 1533, era hijo de un humilde profesor de música. Junto a su hermano Giuseppe, decidió huir de la pobreza a través de la carrera eclesiástica. Gracias a la mediación de un lejano pariente, Rizzio consiguió entrar al servicio del papa Pablo IV, un gran amante del nepotismo. Según parece, Rizzio permaneció junto al Papa realizando «operaciones» especiales para el Sumo Pontífice en Francia, Alemania e incluso en Inglaterra. Al parecer, se encontraba en una misión de este tipo, infiltrado en el séquito del embajador de Saboya, cuando la reina María Estuardo se fijó en él[6].

La reina pidió entonces al embajador que antes de marcharse de Edimburgo le cediese a David Rizzio para su divertimento privado.

Poco a poco el espía papal fue ascendiendo en el séquito, de simple cantante a, en pocos días, convertirse en «ayuda de cámara» de la reina y a cobrar 75 libras anuales. Rizzio, gracias a su puesto cercano a María Estuardo, tenía acceso directo a sus documentos más secretos y confidenciales.

La reina encontró en el italiano lo que no hallaba en su esposo, lord Henry Darnley. Rizzio tenía las ideas muy claras, poseía una amplia cultura artística; dominaba el latín, el francés y el italiano, los hablaba con fluidez, y el inglés con soltura. A pesar de contar con el apoyo de la reina, el espía seguía comiendo en la mesa de los criados, pero la oportunidad de cambiar esta situación se le presentó cuando la reina cesó a su secretario privado.

Raulet, hasta entonces el hombre de mayor confianza de María Estuardo, fue despedido por la reina cuando descubrió que este hacía oídos sordos a las continuas denuncias de varios nobles escoceses sobre los «sobornos» ingleses[7]. Alguien del espionaje papal había pasado convenientemente a la reina un amplio dosier de Raulet y sus relaciones con el anillo de espías de sir Francis Walsingham, el jefe del espionaje isabelino. Realmente, no estaban muy claras estas relaciones entre Raulet y Walsingham, pero con ese misterioso dosier se había conseguido allanar el camino de Rizzio hacia la reina. Ahora el despacho de Raulet era ocupado por David Rizzio, y a pesar de ser un fiel defensor de la Contrarreforma e informar obedientemente de cualquier movimiento inglés o escocés al papa Pío V y a su jefe, el cardenal Maffei, se dedicó en cuerpo y alma a servir a la reina María.

Poco a poco el espía de la Santa Alianza iba acaparando mayor poder, y Darnley, esposo de la reina, sabía que si quería quitarse de en medio al espía papal debería antes consultarlo con sir Francis Walsingham y este a su vez con la reina Isabel. Henry Darnley sabía que solo así podría estar protegido en caso de que el asesinato del agente de Pío V fuese descubierto por la reina, su esposa.

David Rizzio y su hermano, Giuseppe, a quien se ha traído desde Italia para que le acompañe, han entrado a formar parte del círculo de espías de la Santa Alianza en Escocia. Su primera misión por orden del Papa fue la de recabar información sobre John Knox, un alumno de Calvino que superaba a este en ortodoxia e integrismo. Para Pío V, Knox podría ser un importante obstáculo en el camino de Escocia hacia el manto protector de la Iglesia de Roma.

David Rizzio informó al Papa de que John Knox era un antiguo sacerdote católico sin importancia que había decidido sumergirse en la Reforma. Para este integrista, Calvino y George Wishart habían sido sus maestros, sus luces espirituales, hasta que la reina regente de Escocia decidió quemar a Wishart en la hoguera. Aquel acto engendró en Knox un violento integrismo y un profundo y visceral odio hacia la casa de los católicos Estuardo[8].

John Knox se convirtió a la muerte de su maestro en el líder de la llamada «Sublevación contra la Regente». Detenido y enviado a galeras, tras ser puesto en libertad, Knox se refugió en tierras calvinistas, en donde aprendió a usar la palabra. Rizzio informó entonces a Roma de que la reina María se encontraba seriamente intranquila ante las noticias que llegaban sobre Knox. También Giuseppe Rizzio, el hermano de David, informa al papa Pío V sobre los movimientos de Knox, y escribe en un documento: «Cada domingo desde el púlpito de Saint Gilles y convertido en un profeta escocés truena odios y maldiciones contra los que no escuchen su prédica. Celebra de forma infantil cualquier derrota sobre un católico o de otro adversario de diferente religión. Cuando un enemigo ha sido asesinado, Knox habla de la mano de Dios. Cada domingo al terminar su discurso alaba a Dios y le pide que acabe pronto con el reinado de los usurpadores Estuardos, así como con la reina que ocupa un trono que no debe»[9].

Es David Rizzio quien informa nuevamente al papa Pío V y al cardenal Marco Antonio Maffei sobre el encuentro entre Knox y la reina María: «El encuentro sucedió en Edimburgo entre la católica creyente reina de Escocia y el fanático protestante John Knox. El predicador se vuelve descortés y acusa a la Iglesia católica romana de la puta que no puede ser la esposa de Dios. Estas palabras ofenden a la reina María»[10].

La Santa Alianza ordena a los hermanos Rizzio que aumenten sus medidas de seguridad; al parecer se han creado demasiados y poderosos enemigos en muy poco tiempo y el espionaje del Papa no quiere perder a tan preciados espías. Pío V sabe perfectamente que nunca podría infiltrar a dos nuevos agentes en la corte escocesa a tan alto nivel como lo están ahora los Rizzio.

Entre los más importantes enemigos protestantes de David y Giuseppe Rizzio se encuentran los dos cancilleres principales de la reina, James Stewart, señor de Moray, el hermanastro bastardo de la soberana, y William Maitland. Randolph, el embajador inglés ante la corte de

Edimburgo, es uno de los mejores espías de Walsingham, pero no tiene tanta proximidad con la reina como Rizzio, y lo sabe.

Pronto los espías de la Santa Alianza descubren por medio de un traidor que la reina Isabel I de Inglaterra ha estado sobornando al canciller Stewart y a varios lores para promover la rebelión protestante en Escocia contra María. El Papa solo puede avisar a Felipe II, quien informa a través de su embajador en la corte inglesa de que si esto sucediese tal vez se vería obligado a tener que ayudar a la reina católica. El embajador, a pesar de conocerla, no ha hecho ninguna referencia a la carta enviada por el papa Pío V a la reina María Estuardo el 10 de enero de 1566: «Mi muy querida hija: Hemos sabido con gran alegría que vos y vuestro marido habéis dado una brillante prueba de vuestro celo al restaurar en vuestro reino el verdadero culto de Dios» [11].

Pero la cada vez más estrecha relación entre María Estuardo y su secretario y espía David Rizzio comienza a ser incómoda para muchos de los poderosos que rodean a la reina de Escocia. Su matrimonio con Henry Darnley va cada vez peor. Su luna de miel apenas había durado unos días. La propia reina María había acusado a su esposo de ser incompatible con ella. Darnley, por su parte, no solo se sentía rechazado por su esposa como pareja, sino también como rey. El esposo de María Estuardo se sentía decepcionado por no haber sido proclamado rey de Escocia con pleno derecho, sino solamente consorte, a título honorífico.

Los espías de Felipe II han comenzado a dar alertas al monarca sobre la situación que están viviendo la reina y David Rizzio. Finalmente, el rey de España envía una carta a su embajador, Guzmán de Silva, indicándole que «debía hacer saber a la reina de Escocia que debe actuar con moderación [hacia Rizzio] y evitar todo lo que pudiese irritar a la reina de Inglaterra». El texto de la carta cayó en manos de Isabel I gracias a un infiltrado en la casa del embajador español. Realmente, Felipe II no conocía el temperamento de María Estuardo, el cual pondría en un serio aprieto al espía del Papa.

Durante un encuentro de cama con el propio Rizzio, el espía papal confesó a María de Escocia que los ingleses habían estado financiando a los rebeldes escoceses. El embajador inglés, por su parte, no sabía que habían sido David Rizzio y su hermano quienes habían descubierto a principios de febrero de 1566 que a través del embajador Randolph se había financiado la evasión a Inglaterra de los rebeldes escoceses que se habían sublevado contra la reina el año anterior [12]. Con el

informe redactado por Rizzio, el día 20 de febrero del mismo año, la reina María Estuardo convocó al embajador inglés ante su presencia.

María tiene, gracias a los espías papales, un abultado informe sobre el apoyo y el papel jugado por el diplomático inglés en los disturbios escoceses. Expulsar a un embajador no era fácil en el siglo XVI y está bien claro que María Estuardo no calculó tal efecto. Al día siguiente de la expulsión, María envió a Isabel I una carta exculpándola de todo, a pesar de saber que si el embajador Randolph era la mano ejecutora, la propia Isabel y Walsingham debían ser los cerebros de la operación. Incluso los tres mil escudos utilizados por los hombres de Francis Walsingham para sobornar a los que ayudaron en su huida a los rebeldes escoceses salieron de las arcas privadas de la reina inglesa, pero María de Escocia tiene siempre presentes las palabras del monarca español en lo que respecta a no hacer nada que pudiese alterar el estado de ánimo de Isabel.

María Estuardo escribe a Isabel I el 21 de febrero de 1566: «Señora, mi buena hermana: De acuerdo con la sinceridad que siempre he usado con vos, he creído deber escribir estas palabras por las cuales seréis informada de las malas costumbres de vuestro ministro aquí, Randolph. He sido seguramente advertida [por David Rizzio y la Santa Alianza] de que, en lo más fuerte de los disturbios que mis rebeldes suscitaron, el dicho Randolph los socorrió con la suma de tres mil escudos para sobornar a personas y fortalecerse contra mí, lo que dio ocasión a que yo, sin conservar la espina en el pie, llamara en el acto a comparecer ante mí a Randolph y a mi Consejo y le hiciera mantener el informe [confirmar la acusación] por el mismo a quien él entregó el dinero. Como me atrevo a esperar que, habiendo sido enviado por vos a prestar buenos oficios y habiéndose dedicado a lo contrario, lo estimaréis indigno de escudarse en vuestro mandato, no he querido sin embargo utilizar más acritud hacia él que enviároslo con mis cartas que os transmitirán más ampliamente mi acusación»[13].

El 1 de marzo de 1566, el embajador Randolph abandonaba Escocia junto a su séquito, pero antes de partir ha dejado casi preparado el golpe contra los espías del papa Pío V, David y Giuseppe Rizzio. Uno de los mejores aliados para llevarlo a cabo será el esposo de la reina, Henry Darnley.

En su viaje de regreso a Londres el embajador Randolph se detiene en la ciudad de Bestwick a la espera de órdenes de su soberana.

Desde ahí envía una carta a la reina Isabel I: «... graves acontecimientos se preparan en Escocia. Lord Darnley [esposo de María Estuardo] está furioso contra la reina, pues ella le niega la corona matrimonial y él tiene conocimiento de un comportamiento [su relación con David Rizzio] de la reina imposible de tolerar... Él [Darnley] ha decidido deshacerse del causante de este escándalo [el agente de la Santa Alianza]. Ello deberá llevarse a cabo antes de la sesión del Parlamento».

A Darnley ya no se le convoca a las sesiones del Consejo de Estado, se le niega el uso de los escudos reales de Escocia y es degradado a simple príncipe consorte sin derecho de opinión.

David Rizzio ha informado a Roma de las habladurías sobre él y la reina, pero el Papa sigue ordenándole que continúe informando desde Escocia, aunque con precauciones. Rizzio, como secretario privado de la reina, ya no enseña a Darnley los documentos oficiales y sella él mismo con el llamado *Iron Stamp,* la firma real, sin consultar. Las monedas con las caras y la leyenda de *«Henricus et Maria»* han sido retiradas de circulación y sustituidas por otras que muestran la nueva leyenda de *«Maria Regina Scotiae».*

Gracias a su habilidad para hacer disfrutar a María Estuardo, el agente de la Santa Alianza muestra ademanes principescos y ejerce con arrogancia el máximo cargo de Estado cuando hace tan solo unos meses vestía ropas gastadas, comía con la servidumbre y dormía en la parte alta de los establos. Los rumores sobre la relación de la reina con el espía del Papa son cada vez más insistentes. Los nobles, muchos de ellos protestantes, saben que Rizzio es tan solo una pequeña pieza del papa Pío V para convertir Escocia en una nación católica dentro del gran plan de la Contrarreforma llevada a cabo por Roma[14]. Al parecer, María Estuardo se ha comprometido con Pío V a convertir Escocia en el primer país en abandonar la Reforma y volver a la gran unión católica. El Pontífice había dado órdenes precisas a su jefe de espionaje, el cardenal Marco Antonio Maffei, y a sus agentes en Escocia para que protegiesen a María Estuardo de todo aquello que pudiese poner en peligro tan importante paso hacia el catolicismo.

Los nobles escoceses han visto ya claro que la unión entre María y Roma es David Rizzio. El embajador Randolph explica a su soberana que «o Dios le depara a él [David Rizzio] un rápido final o a ellos [los nobles escoceses protestantes] una vida insoportable».

A pesar del odio que sienten por el espía italiano, los nobles no desean enfrentarse abiertamente con la reina María. Conocen la dureza con la que reprimió la última rebelión y no desean acompañar al señor de Moray al destierro inglés. Los nobles saben que solo hay un hombre con el suficiente poder como para golpear al espía pontificio, y este es nada más y nada menos que lord Henry Darnley. Si consiguen su apoyo, el asesinato de Rizzio pasará de ser un simple crimen por celos, y por lo tanto un acto de rebelión contra la reina, a un acto patriótico en defensa de la verdadera fe (la protestante).

Los conspiradores contra los espías de Pío V usarán algo tan simple como los celos que Darnley siente contra el italiano. Lo que no saben es que Rizzio, por orden del Papa, ha impedido que María Estuardo conceda a Darnley el derecho de regencia *(Matrimonial Crown).* Pío V deseaba impedir a toda costa que, si algo sucedía a la reina, el regente (Darnley) pudiera volverse atrás en el deseo de convertir a Escocia en católica. Pero realmente nada de esto disgusta tanto a Darnley como el hecho de que su esposa no permita que la toque, mientras que sí autoriza al espía de la Santa Alianza a pasar largas veladas encerrado con ella en el dormitorio real[15].

Los conspiradores tienen, por vez primera en la historia de Escocia, el permiso de un rey para rebelarse contra su soberana. Los nobles conspiradores prometen quitar el poder de manos de María Estuardo y entregárselo a Darnley, al mismo tiempo que están dispuestos a reconocerlo como nuevo rey de Escocia. Darnley, por su parte, promete concederles el indulto y premiarles con nuevas propiedades una vez que asuma la corona. Los espías de Walsingham afirman entonces que «la reina [María Estuardo] está arrepentida de su matrimonio con Henry Darnley. Se habla de entregar la corona de Escocia a él [Darnley] quiera o no la reina. Sé que si estas llegan a buen término en los próximos días le habrán cortado el cuello a Rizzio con el consentimiento del rey»[16].

Darnley no desea la muerte del espía del Papa por cuestiones políticas, sino por simples celos del hombre que le ha arrebatado la confianza de su esposa y el sello real. James Stewart, señor de Moray, prepara su regreso a Escocia una vez que se haya dado el golpe, y el fanático John Knox ha escrito ya su sermón alabando la muerte, o mejor dicho, ejecución, de un miserable católico.

En la tarde del 9 de marzo de 1566, en el castillo de Holyrood, David Rizzio ha recibido una seria advertencia de uno de sus espías,

pero no hace caso. Sabe que si pasa todo el día al lado de la soberana nadie podrá alcanzarle. Nadie se atrevería a levantar su arma o su mano contra él en presencia de la reina María, mas decide avisar a su hermano, Giuseppe, para que se prepare para huir en caso de que alguien lance un golpe contra ellos. David ordena esa misma tarde a su hermano recopilar todos los informes secretos del Papa y quemarlos para que no caigan en malas manos. En muchos de esos informes, Pío V y el cardenal Marco Antonio Maffei dan directrices claras a sus espías sobre cómo actuar contra los intereses de Inglaterra en Escocia.

La tarde pasa tranquila. María Estuardo lee en su dormitorio, situado en el cuarto piso de la torre, mientras que lord Henry Darnley invita a Rizzio a jugar a las cartas. Alrededor de la mesa, situada en el centro del dormitorio real, se sientan varios nobles, la hermanastra de la reina y, frente a ella, el secretario Rizzio, vestido con una lujosa casaca. La conversación es agradable y una música inunda el pequeño salón. Una pequeña puerta del fondo, situada tras una cortina, se abre para dar paso a Darnley, que se sienta al lado de su esposa. La puerta permanece abierta sin cerrojo.

En ese momento, la cortina que cubre la puerta se abre bruscamente, apareciendo en la sala real varios nobles espada y daga en mano. El primero en acceder a la habitación con la espada desenvainada es lord Patrick Ruthven.

La reina se levanta, derribando la silla, y recrimina a Ruthven su entrada ante ella con la espada desenvainada. El noble escocés replica que nada tiene contra ella y que su irrupción en la estancia solo afecta al espía italiano. Rizzio se ha levantado de la mesa, pero ni siquiera va armado. Tan solo una pequeña daga que le cuelga del cinturón. El agente pontificio sabe que no tiene ninguna oportunidad. Solo la reina puede protegerle. Darnley se echa atrás para alejarse de la pelea que se avecina. María Estuardo se interpone ante Ruthven, que busca con la mirada a Rizzio, y le increpa para que deponga su arma. El escocés solo le responde: «Preguntad a vuestro esposo»[17].

La reina dirige entonces una gélida mirada a su esposo, que está escondido tras un grueso cortinaje. Solo consigue responder entre balbuceos: «No sé nada de este asunto».

Ahora a Ruthven se le han unido varios nobles más espada en mano que ascienden por la estrecha escalera de caracol que sube hasta el salón de la reina. Rizzio intenta escapar, pero es retenido por el bra-

zo. María Estuardo continúa intentando dialogar con los rebeldes, mas estos no atienden a razones. Lo hecho, hecho está. Saben que ya no hay vuelta atrás y que con ello se juegan la cabeza.

Los conspiradores, lord Patrick Ruthven, Andrew Ker de Fawdonside, George Douglas, Patrick Bellenden y Henry Yair, un antiguo sacerdote, gritan a la reina que Rizzio es un espía del Papa y que debe morir por ello. María Estuardo responde que si algo debe reclamarse a David Rizzio debe ser a través del Parlamento. Ruthven sujeta por los brazos al italiano, que ha arrojado su daga contra el rostro de uno de los atacantes, mientras otro de los conjurados le coloca una soga alrededor. Arrastrado, se aferra al vestido de la reina.

María sigue luchando hasta que Andrew Ker, señor de Fawdonside, le apunta con una pistola. Un manotazo dado por Ruthven en el último segundo hace que el disparo se eleve sobre la cabeza de la reina y se empotre en el muro. Darnley sujeta a la reina, que se ha desplomado en el suelo. El cuerpo de Rizzio es arrastrado escaleras abajo, golpeando la cabeza bruscamente contra los escalones.

Una vez fuera del dormitorio real, los conjurados se arrojan sobre el espía de la Santa Alianza. Ruthven lanza la primera estocada, que le entra al espía del Papa por el costado izquierdo. La segunda estocada de Fawdonside le atraviesa la mano derecha cuando intenta cubrirse el rostro y se le clava en el cuello. Sangrando, se levanta pesadamente, pero cuando tiene las rodillas aún postradas en tierra, una tercera estocada, posiblemente del antiguo sacerdote Henry Yair, le secciona la yugular limpiamente.

Un grito ahogado por la sangre intenta salir por la boca del espía. Ruthven lanza una certera estocada que le atraviesa el corazón. El resto de nobles llega a apuñalar el cadáver ya sin vida de Rizzio hasta en cincuenta y siete ocasiones. David Rizzio, uno de los más importantes espías de la Santa Alianza, está muerto[18].

María Estuardo, sujetada por los brazos por su consorte, no para de gritar contra los conjurados, pero también contra el traidor de su esposo. Darnley le reprocha al oído el que ella lo haya apartado de su lecho a cambio de David Rizzio, mientras Ruthven ha entrado en la sala con la espada aún chorreando sangre del italiano. Con voz baja y profunda y dirigiéndose al noble escocés y a su traidor marido, María Estuardo les repite una y otra vez que han firmado su sentencia de muerte. Su venganza será terrible[19].

Los gritos y el ruido de las espadas al chocar han hecho que James Bothwell, al mando de la guardia de Corps de la reina, intente entrar en la habitación, pero la encuentra cerrada. Tras dar un pequeño giro, Bothwell y Huntley, su segundo al mando, han saltado por la ventana espada en mano. Henry Darnley les tranquiliza declarando que tan solo han matado a un espía del papa Pío V. Las falsas pruebas presentadas contra David Rizzio mostraban que este intentaba facilitar el desembarco de tropas españolas en la costa de Escocia. De un solo golpe, María Estuardo ha sido apartada de la corona de Escocia y se ha cortado con el asesinato de Rizzio la comunicación directa entre la reina y el Papa, entre Escocia y Roma.

Poco tiempo después, María Estuardo ha perdonado públicamente a lord Henry Darnley, lo que hace que recupere la corona y la libertad, y permite el regreso de Stewart de Moray a Edimburgo; pero ni el papa Pío V ni la Santa Alianza están dispuestos a permitir el asesinato de uno de sus miembros. El Sumo Pontífice ha dado orden expresa a sus agentes en Escocia y Londres de averiguar quiénes han sido los conspiradores que dirigieron el asesinato de su agente, David Rizzio.

Cuarenta y ocho horas después del asesinato, todo está olvidado. El espía de la Santa Alianza ha sido enterrado en algún lugar secreto y la reina María ha sido obligada a firmar en un documento el perdón de los conspiradores. Ahora es el momento de comenzar a diseñar la venganza.

Giuseppe Rizzio, que ha conseguido ponerse a salvo en París, ha informado ya al cardenal Marco Antonio Maffei de que Henry Darnley es el sospechoso número uno de los conspiradores y que si alguien debe pagar por el asesinato de un agente de la Santa Alianza este debe ser el esposo de la reina. En Roma, y durante una reunión secreta, el Papa ha ordenado crear una unidad especial formada por jesuitas, los Soldados de Dios, con el fin de llevar a cabo la terrible venganza. Ninguno de los conjurados estará a salvo del largo brazo del Sumo Pontífice.

Tras el asesinato de David Rizzio, la reina María Estuardo ordenó enterrar su cadáver en el Panteón de los Reyes de Escocia. Años después su cuerpo fue exhumado y trasladado al cementerio de Canongate Kirkyard, en Edimburgo. Su cuerpo permanece aún ahí enterrado.

2
Lamberto Macchi
La ejecutora mano de Roma

La orden de los jesuitas, o la Compañía de Jesús, había sido creada en 1540 cuando el papa Pablo III reconoció la orden y firmó la bula de confirmación conocida por sus primeras palabras: *Regimini Militantis Ecclesiae.* La Compañía de Jesús actuaría como una fuerza de acción rápida, como una orden de soldados dispuestos a morir por la fe y por el Papa, haciendo honor a las cuatro palabras en latín que conformaba su lema, *Ad Majorem Dei Gloriam* (A la Mayor Gloria de Dios)[1]. En seminarios de toda Europa, la Compañía de Jesús formaba sacerdotes destinados a hacer carrera en las líneas del frente de la Contrarreforma, es decir, erradicar la doctrina herética para después volver a replantar la verdadera fe. No cabía la menor duda de que para el papa Pío V los jesuitas iban a convertirse en los verdaderos soldados y espías de esa Contrarreforma.

En 1641, William Crashaw, famoso religioso, poeta e intelectual protestante, afirmaba en su obra *The Bespotted Jesuite:* «Como es bien sabido, los jesuitas, los hijos mejores y predilectos del Papa, todavía no hace ciento veinte años que están incordiando el mundo, pero los servicios que han prestado a su amo y señor el Papa, cuántos hombres los intuyen, cuántos hombres avisados los conocen y cuántas naciones de la cristiandad han tenido que lamentarlos, poco o mucho». El mismo autor afirmaba también: «La Compañía ha procurado escoger los más finos ingenios del mundo, y adiestrarlos de manera que al Papa nunca le falten instrumentos para matar reyes».

Ignacio de Loyola había fundado la orden bajo cuatro normas básicas; la primera sería la de llevar al mundo una visión jesuita del propio mundo. Esta visión consistía en no recluirse en oscuros monasterios o abadías esperando que los creyentes se acercasen a ellos, sino salir al exterior de los claustros para vivir la vida como católicos. Un protestante llegó a decir sobre ello: «Lo que más me molesta de esos granujas de Loyola es que han abandonado las sombras de la vieja desidia y de la ociosidad en que encanecen otros frailes para dedicarse a otros oficios. Esto hará que los jesuitas puedan infiltrarse como la peste en sociedades decentes y morales para inundarlas de su pestilencia».

La segunda sería la de estar siempre dispuestos a responder a la llamada del Papa, en cualquier momento y en cualquier lugar. Los jesuítas serían desde entonces los llamados «hombres del Papa».

La tercera sería la de ser «soldados del Papa». Sus miembros debían prepararse para ser hombres devotos, pero también para ser soldados de Dios. Los jesuitas eran ahorcados en las plazas de Londres, se les arrancaban las entrañas en Etiopía, eran devorados vivos por los iroqueses en Canadá, envenenados en Alemania, flagelados hasta morir en Tierra Santa, crucificados en Siam, dejados morir de hambre en Sudamérica, decapitados en Japón o ahogados en Madagascar, mas el espíritu de aventura en el nombre de Dios fue lo que hizo que el joven noble Lamberto Macchi se uniese a las huestes jesuitas[2].

Y como cuarta norma, para Ignacio de Loyola era muy importante alcanzar la polivalencia entre sus miembros siempre al servicio del Sumo Pontífice. El Papa y el fundador de la orden necesitaban que sus miembros fueran intelectuales, químicos, biólogos, zoólogos, lingüistas, exploradores, profesores, diplomáticos, confesores, filósofos, teólogos, matemáticos, artistas, escritores o arquitectos, pero también comandantes, agentes de inteligencia, expertos espadachines, artilleros, correos especiales y espías, y para esto último Macchi era un verdadero experto.

Nacido en 1532 y educado como hijo de un noble y rico comerciante veronés, Lamberto Macchi había aprendido el arte de la espada mientras estudiaba filosofía, aprendió el uso de explosivos mientras estudiaba teología, aprendió el arte del asesinato a través de los venenos mientras estudiaba latín. Macchi, atrapado más por el afán de aventuras que por la llamada de Dios, decidió «enrolarse» en la Compañía de Jesús. Con tan solo catorce años tomó los hábitos en la orden religiosa

fundada por Ignacio de Loyola. Primero en Roma y después en Francia, el joven Lamberto fue convirtiéndose en un erudito teólogo, pero también en uno de los jesuitas más hábiles con la espada. Con el paso de los años su habilidad se había hecho famosa a lo largo y ancho de Europa.

Se contaba incluso la leyenda de que un día, estando de paso en una taberna de Gante, oyó cómo tres soldados de los tercios proferían insultos a Dios y al Papa, entre jarra y jarra de vino. Por fin, el padre Macchi se levantó y, tras identificarse como miembro de la Compañía de Jesús, reclamó a los tres hombres que pidiesen de rodillas perdón a Dios y al Sumo Pontífice por las ofensas lanzadas. Estos, en lugar de hacer lo que les había ordenado el jesuita, desenfundaron sus espadas. Lamberto Macchi desenfundó a su vez la suya, así como su daga de misericordia, y se puso en guardia. Pocos minutos después, la refriega había concluido, con dos de los soldados muertos y el tercero herido de gravedad, pidiendo perdón de rodillas por las ofensas lanzadas por su boca contra Dios y el Papa.

Lo cierto es que las aventuras de Macchi no pasaron inadvertidas en Roma, llegando a oídos del cardenal Marco Antonio Maffei, el jefe del nuevo servicio de espionaje papal. Maffei ordenó al padre Lamberto Macchi que se presentase ante el papa Pío V para asumir una nueva misión.

Cuando el sacerdote se encontró ante el Sumo Pontífice, este le ordenó que viajase hasta la corte de Escocia con el fin de investigar y descubrir a los asesinos de David Rizzio. Pío V, antiguo jefe de la Inquisición, no estaba dispuesto a permitir el asesinato de uno de sus agentes por unos herejes protestantes, por lo menos no sin que esto fuese vengado. En ello iba la suprema autoridad del Pontífice.

Acompañado por otros dos jesuitas y Giuseppe Rizzio, el hermano de David, Lamberto Macchi sabía cuál sería su objetivo una vez que tuviese la lista de los asesinos del espía de la Santa Alianza. Los objetivos serían lord Henry Darnley, esposo de la reina María, y James Stewart de Moray, como cerebros del asesinato del agente de la Santa Alianza; lord Patrick Ruthven, el noble que agarró por los brazos a Rizzio; Andrew Ker de Fawdonside, el que apuntó y disparó con su pistola a la reina; los nobles George Douglas y Patrick Bellenden, quienes participaron en el asalto a las habitaciones de la reina; y, por último, Henry Yair, el antiguo sacerdote que cortó la yugular a Rizzio,

como autores materiales del asesinato. Los siete sabían que para ellos no habría nunca un perdón real y al mismo tiempo reconocían que los nobles no moverían un solo dedo en su ayuda, ya que saben que el hijo que lleva María en sus entrañas será el futuro monarca de un reino protestante formado por Escocia e Inglaterra.

Para el espía de la Santa Alianza, el acabar con la vida de siete protestantes traidores era más una cuestión religiosa que personal; al fin y al cabo la orden venía del propio Papa y, como miembro de los jesuitas, una orden del Pontífice era una orden sagrada. En su equipaje, Macchi portaba un *Informi Rosso,* que le daba carta abierta a cualquiera de sus acciones en el nombre de la fe. El nombre de este documento procedía de la época en la que el Papa era el general de la Inquisición en Roma.

El *Informi Rosso* (Informe Rojo) consistía en un pequeño pergamino que iba enrollado en una cinta roja con el escudo del Santo Oficio. Según las leyes vigentes, la rotura del sello era castigada con la muerte inmediata. En su interior los agentes del cardenal Miguel Ghislieri, futuro Pío V, escribían todas aquellas informaciones en las que acusaban, en muchas ocasiones sin prueba alguna, a un ciudadano de Roma de violar normas de la Iglesia y susceptibles de ser estudiadas por un tribunal de la Inquisición. El *Informi Rosso* era depositado de forma anónima en un pequeño buzón de bronce para tal efecto en la sede romana del Santo Oficio. Los pequeños pergaminos eran entregados cada día a Miguel Ghislieri para ser analizados y archivados[3].

El contacto del padre Macchi en la corte de Escocia no era otro que el propio conde James Bothwell, el jefe de la guardia pretoriana de la reina María y que ahora realizaba las funciones de consejero entre consejeros y una especie de regente del reino, algo que a los británicos en general y a la reina Isabel I de Inglaterra en particular disgustaba enormemente[4]. Algunos nobles dentro del reino comenzaban a quejarse de que Bothwell tenía mucha más arrogancia que el italiano y agente papal David Rizzio, pero la diferencia era que este conocía quiénes eran sus posibles enemigos, uno de ellos el propio esposo de la reina, lord Henry Darnley. James Stewart de Moray era ahora su aliado, lo que le enfrenta abiertamente con Darnley, que ha comenzado a mandar cartas acusatorias a la reina Isabel en las que proclama que su esposa, María Estuardo, es una reina poco segura en lo que respecta a la fe y que ofrece Escocia a Felipe II como verdadero protector del catolicismo.

A finales de septiembre, Darnley ha tomado la seria decisión de abandonar Escocia, al negársele su condición de rey. A María Estuardo esta situación la pone en un serio compromiso. Henry Darnley no puede abandonar Escocia nada más ser bautizado el heredero en el castillo de Stirling, y más tras los continuos rumores sobre la verdadera paternidad del príncipe Jacobo. El todavía esposo de la reina no tiene aún decidido bajo qué manto de protección se refugiará, si bajo el de Isabel I de Inglaterra o el de Catalina de Medici en Francia.

Mientras esto sucede, el agente de la Santa Alianza Lamberto Macchi y sus tres acompañantes se han refugiado en una casa en Edimburgo bajo la protección de los hombres de Bothwell, a la espera de poder actuar y dar el primer golpe de gracia contra los asesinos de Rizzio.

Poco antes de finalizar el año 1566, María Estuardo, aconsejada por Moray y Bothwell, firma el perdón para los conjurados que asesinaron a Rizzio, pero Macchi no está dispuesto a hacerlo. El jesuita tiene una orden expresa del Papa y debe cumplirla sin discusión ni duda. Para Lamberto Macchi una orden pontificia es un dogma de fe.

Lord James Stewart, señor de Moray, está también en su punto de mira como uno de los instigadores, y Darnley sabe que, a pesar de la publicidad que se ha dado en la corte al perdón real, él será la primera presa de los vengadores, por lo que decide huir y refugiarse en el castillo de su padre en Glasgow. Los asesinos de la Santa Alianza tienen muy claro que los muertos no gustan de dormir solos en las profundidades: reclaman siempre junto a ellos a quienes los empujaron a ellas[5].

Bothwell tendrá solo que poner al alcance de los enviados del Papa a los conjurados y serán ellos quienes los ejecuten, pero también sabe que solo él será el responsable de los crímenes ante Dios, ante su reina y ante el pueblo de Escocia, un riesgo y una carga que está dispuesto a asumir.

El 22 de enero de 1567, Henry Darnley cae gravemente enfermo de sífilis pero se mantiene escondido en Glasgow bajo la protección de su padre, el conde de Lennox. Aún convaleciente, María Estuardo va a buscar a su esposo para que regrese a Edimburgo, dándole escolta personal, mas Darnley sabe que en cualquier momento puede ser atacado por los seguidores de Bothwell, los enviados del Papa o por sus antiguos compañeros de conjura, que están en Escocia tras recibir el perdón real y a los que él ha dejado en la estacada. Realmente, Darnley no

sabe que su camino a Edimburgo es también su camino de encuentro con la muerte, ya que no saldrá vivo de la capital escocesa.

Los vengadores de la Santa Alianza deben acabar con el esposo de María Estuardo si quieren cortar de un solo tajo con todos los que participaron en la conjura contra David Rizzio. El escenario elegido para el golpe no es otro que la propia casa de Darnley, una residencia de típica construcción de la época isabelina apartada en el barrio de Kirk O'Field a la que se llega a través de un estrecho y oscuro camino conocido como el «sendero de los bandidos». El nombre llama la atención del padre Macchi.

Desde su regreso a Edimburgo, Bothwell, principal informador del espía enviado por el papa Pío V, ha conseguido que la reina envíe a su esposo a vivir a una residencia alejada de cualquier núcleo urbano a pesar de las protestas de este. El interior de la casa está decorado con una hermosa galería, chimeneas ornamentadas, exquisitos tapices, elegantes cuberterías de plata con el escudo real de Escocia, alfombras persas y una confortable cama que María de Guisa trajo consigo desde Francia. Lamberto Macchi y los suyos no podrán acercarse demasiado a Darnley, por lo que el golpe deberá realizarse mediante explosivos. El día elegido para el primer acto de la venganza será la madrugada del domingo 9 al lunes 10 de febrero de 1567.

Aquella noche la reina María Estuardo daba un gran baile y banquete en honor de dos de sus más fieles servidores, que han contraído matrimonio. Por supuesto, lord Darnley y su séquito de confianza están invitados, algo que dejará bastante tiempo para preparar el ataque al quedar la residencia de Kirk O'Field sin vigilancia[6].

El consejero Stewart de Moray ha desaparecido de Edimburgo misteriosamente y Bothwell no aparece por ninguna parte, algo que es detectado no solo por los nobles que acuden a la fiesta, sino también por un Darnley aún debilitado por la enfermedad. Pasadas las once de la noche, Henry Darnley se retira agotado, pero la reina no permite que pase la noche en la residencia real de Holyrood, por lo que debe regresar a su fría mansión de Kirk O'Field.

Los ejecutores de la Santa Alianza, ayudados por Bothwell, han colocado una gran carga de pólvora en los pilares que sujetan la estructura de la casa.

Sobre las dos de la mañana la tierra tiembla en Escocia tras una violenta explosión parecida a la de veinticinco cañonazos disparados a

la vez. Incluso la onda expansiva se ha notado tras los gruesos muros de la residencia de la reina María. De repente, la puerta del dormitorio de María Estuardo se abre violentamente y aparece un criado que, extenuado, le informa que la residencia del rey en Kirk O'Field ha volado por los aires[7].

Escoltada por una guardia armada, María encabeza una partida que se dirige al lugar en donde hasta hace pocas horas se erigía una gran casa señorial rodeada de verdes prados y en donde ahora solo se muestra un gran cráter y tierra quemada y negruzca a su alrededor. Los cuerpos esparcidos de los criados de Henry Darnley aparecen a cientos de metros del lugar de la explosión. El cadáver del rey aparece en el interior de un riachuelo que fluye a pocos metros, junto al de un sirviente, entre los restos retorcidos de su cama. Las graves heridas provocadas por la explosión en el cuerpo del rey consorte de Escocia no permiten ver las marcas dejadas por la fina cuerda con la que ha sido estrangulado[8].

Unas horas antes de la explosión, tres misteriosos asesinos llegados desde Roma han accedido al interior de la casa de Kirk O'Field. En el piso superior se encuentra el dormitorio principal. Al entrar, Lamberto Macchi, Giuseppe Rizzio y un tercer agente del espionaje papal observan dos camas. En una de ellas duerme plácidamente Darnley. En otra cama, apartada de la suya, un joven sirviente, dispuesto a atender al rey en todo momento. Macchi se acerca silenciosamente hasta el lecho del rey de Escocia. Con un hábil movimiento rodea el cuello del monarca sin corona con una fina cuerda encerada. Segundos después, el primer conspirador en la muerte del agente de la Santa Alianza David Rizzio está muerto. Giuseppe Rizzio hace lo mismo con el sirviente. No hay que dejar ninguna huella de su paso por la casa.

El sistema de nudo para matar a Darnley y a su criado era el mismo que el utilizado por los miembros de la secta de los *Hashishin* en las montañas Alborz, al noroeste de Teherán y al nordeste de Qazvin. El explorador Marco Polo había visitado el castillo de Alamut, en donde operaban los *hashishin*[9] en el año 1273. Sus secretos, sus sistemas y formas de asesinar, incluidas las más de treinta y dos formas de estrangulamiento, quedaron escritos en uno de sus diarios de viaje[10].

Los cuatro hombres de la Santa Alianza, entre los que se encuentra Giuseppe Rizzio, se alejan de Edimburgo a caballo tras haber encendido las mechas. La deflagración no hace siquiera que vuelvan la

vista atrás. Lamberto Macchi sabe perfectamente cuál será el resultado. La primera parte de la venganza se ha cumplido, y así se hace saber al Sumo Pontífice en Roma y al cardenal Marco Antonio Maffei.

El 15 de mayo de 1567, todavía de luto, María Estuardo contrae matrimonio con Bothwell, a quien todos señalan como el responsable intelectual del asesinato de lord Henry Darnley, con ayuda de agentes papales. El 6 de junio, un grupo de lores se subleva contra la posibilidad de que Bothwell sea coronado como rey de Escocia; nueve días después, y tras una confusa batalla en la colina de Carberry, Bothwell emprende la huida y María Estuardo es hecha prisionera.

Las relaciones entre Isabel I de Inglaterra y Felipe II de España fueron de mal en peor y no contribuyó a mejorarlas el informe del papa Pío V recibido en la corte de Madrid en donde informaba al poderoso monarca de la implicación de la corona inglesa en los hechos acaecidos en Escocia y que acabaron con el destronamiento de la católica María Estuardo y el asesinato de David Rizzio, «un amigo de Roma», según explica el Pontífice en su carta al rey[11].

Lo que sí estaba claro es que los años siguientes iban a ser los *annus horribilis* del reinado de Felipe II, y las actuaciones de la Santa Alianza no iban a ayudar a mejorarlo. Para el mayor protector de la cristiandad todo aquel asunto era realmente una «complicación inglesa». La protestante Isabel de Inglaterra no iba a levantar su mano contra la católica María teniendo tan cerca, en Bruselas, a los ejércitos españoles liderados por el duque de Alba. Felipe II mostraba así su poderío ante el resto de las naciones.

El 9 de junio de 1567 es detectado el segundo objetivo, lord Patrick Ruthven, quien lideró el ataque contra David Rizzio. Macchi y sus hombres han seguido a Ruthven hasta una casa cercana a Oxford, en donde se encuentra protegido por los agentes de sir Francis Walsingham. Durante la noche, los agentes de la Santa Alianza observan cómo Ruthven suele salir sin protección a una taberna cercana en donde pasa gran parte de la noche, rodeado de mujeres. En la tarde del 13 de junio, lord Ruthven conoce a un forastero. Entablan conversación y comienzan a beber juntos. El viajero relata al escocés su vida de soldado luchando a favor de los protestantes contra los soldados españoles en Flandes. Poco a poco se va ganando la confianza de lord Patrick Ruthven. En un momento, el extraño introduce en la bebida un extraño polvo de color rojizo.

Lamberto Macchi se despide cortésmente de lord Ruthven y continúa su camino. Horas después, el noble escocés comienza a sentir náuseas y mareos. Esa misma noche, entre fuertes sudores, lord Patrick Ruthven fallece misteriosamente. Alguien lo ha envenenado. El enviado de Roma extrae de su bolsa el *Informi Rosso* y tacha el segundo nombre de la lista.

La búsqueda del resto de conjurados continuaba en la mente de Lamberto Macchi y sus hombres. En su bolsa permanecía aún envuelto en terciopelo rojo el documento papal que les protegía y en donde estaba escrita la misión, así como cinco nombres más de conspiradores que debían ser liquidados en nombre de la fe. El pergamino debía ser destruido una vez que se cumpliese la venganza o devuelto al Papa si esta no era completada. Los siguientes objetivos del religioso de la Santa Alianza serían lord Andrew Ker de Fawdonside, George Douglas y Patrick Bellenden.

El siguiente en caer y tercero en la lista sería lord Fawdonside. Esta vez, Lamberto Macchi y sus tres seguidores no tienen que buscar demasiado. El 4 de abril de 1568, Fawdonside, el mismo que tuvo valor para levantar su arma contra la reina, se encuentra escondido en una pequeña casa a las afueras de Lochleven, en donde ha esperado su muerte confortablemente. Desde hacía días, Fawdonside sabe que por los alrededores le vigila un grupo de personas, posiblemente agentes papales. Cuando Lamberto Macchi entra espada en mano en la casa del traidor, este se encuentra tirado en el suelo, totalmente borracho y cubierto por sus propios vómitos. Sin resistencia, dos de los agentes de Pío V lo levantan y lo sacan de la casa. En el exterior es llevado hasta un árbol próximo y colgado por el cuello. El noble escocés aún patalea colgado de la soga mientras los cuatro jinetes de la Santa Alianza se alejan en busca de la cuarta víctima. El nombre de Fawdonside es tachado con sangre roja en el *Informi Rosso*[12].

Entre junio y noviembre de 1568 caerían también George Douglas y Patrick Bellenden, dos de los nobles que arrastraron a Rizzio escaleras abajo y lo apuñalaron hasta la muerte.

Douglas es localizado por los agentes de Macchi en el castillo de Tantallon, muy cerca de la ciudad de Whitekirk, al este de Edimburgo. El jesuita Macchi, acompañado por Giuseppe Rizzio, ha conseguido penetrar en el castillo. El noble se ha refugiado en la torre norte. Lamberto Macchi es el primero en entrar en el recinto espada en mano, se-

guido por el hermano de David Rizzio. Tras un breve combate, Douglas, el mismo que apuñaló a Rizzio en los testículos justo antes de morir, sabe que debe poner su alma en las manos de Dios. A la mañana siguiente, dos pastores observaron cómo desde la parte más alta de la torre colgaba un cuerpo inerte. El noble George Douglas había sido colgado de una soga por el cuello y arrojado al vacío. En su frente, y con sangre, alguien había dibujado una cruz de Cristo.

Patrick Bellenden, el sexto de la lista y uno de los espías más activos de Francis Walsingham en Escocia, es localizado en el puerto de Berwick, justo cuando se disponía a cruzar hacia Inglaterra en un barco de pesca para ponerse bajo el protector manto de la reina Isabel. La noche del 8 de noviembre de 1568 el cadáver de Bellenden es encontrado en un camino secundario. Alguien lo ha clavado por las manos y los pies a un madero y le ha dibujado con sangre en la frente una cruz.

Henry Yair, el antiguo sacerdote católico que cortó la yugular a David Rizzio cuando este se encontraba de rodillas, es localizado por Macchi y los suyos refugiado en la iglesia de Hawick. El traidor lleva escondido en la iglesia desde el día siguiente del asesinato del espía del papa Pío V, por temor a la venganza de la reina María. A través de una amplia red de espías e informadores, el padre Macchi ha descubierto el escondite de Yair.

El 9 de enero de 1569, Lamberto Macchi, Giuseppe Rizzio y dos agentes papales más rodearon la pequeña iglesia. Al entrar en ella, el jesuita divisó la figura de Yair arrodillado y orando ante el altar mayor. Macchi, en perfecto latín, llama la atención del antiguo religioso, que comienza a pedir perdón por sus actos; pero Giuseppe Rizzio se ha adelantado y apuñala a Yair en el estómago y corazón. Segundos después muere desangrado sobre el frío suelo de la iglesia de Hawick.

Al día siguiente, el cuerpo del antiguo sacerdote es encontrado sobre una lápida del cercano cementerio con una cruz dibujada en la frente.

Casi un año después, el 11 de enero de 1570, el séptimo y último objetivo de la lista es detectado en las cercanías de Roslin. James Stewart, señor de Moray, antiguo canciller de la reina María de Escocia y uno de los cerebros del asesinato de David Rizzio, ha abandonado la seguridad de su refugio. Cree que es demasiado importante como para ser alcanzado por una venganza, la de la reina o la del Papa. Pero Pío V en Roma no está de acuerdo con ese pensamiento.

Esa misma noche, y durante un altercado callejero, Moray caería víctima de una certera estocada que le atravesó el cuello. Varios testigos declararon haber visto a Moray de rodillas ante un desconocido tras combatir, espada en mano, en un oscuro callejón. Lamberto Macchi mojó su dedo índice con la sangre que salía del cuello de Moray y tachó su nombre en el documento papal.

La venganza por el asesinato de David Rizzio se había cumplido del todo. El jesuita padre Lamberto Macchi extrajo el *Informi Rosso* coronado con el escudo pontificio que le había entregado en Roma el papa Pío V cuatro años atrás y lo destruyó, siguiendo instrucciones dadas por el poderoso cardenal Maffei.

Casi un mes después de la «ejecución» del señor de Moray, el papa Pío V hacía pública, el 25 de febrero de 1570, la bula *Regnans in Excelsis,* con la que declaraba la excomunión de la hereje Isabel I de Inglaterra. Esta sentencia pontificia en la Europa del siglo XVI era realmente una medida de extrema gravedad que afectaba más al propio pueblo de Inglaterra que a la soberana. Los católicos ingleses se encontraban entre la lealtad debida a su reina y la lealtad que le debían a su fe y, por consiguiente, al Pontífice de Roma. Los protestantes ingleses se encontraban con la herramienta para acusar a Pío V de «Anticristo de Roma» [13]. Lo que más preocupaba a Isabel no era el valor del documento en sí, sino el que probablemente detrás de la firma del Papa estuviese la mano de Felipe II de España y de Carlos IX de Francia.

El monarca español envía una carta a su embajador ante la corte de Londres, Guerau de Spes, en la que se muestra sorprendido: «... Su Santidad ha promulgado una bula sin consultarme en absoluto ni informarme. Yo habría podido, ciertamente, dar mejores consejos. Temo que todo esto, lejos de mejorar la situación de los católicos ingleses, conduzca a la reina y a sus consejeros a acentuar la persecución» [14]. Para el rey de España la bula de Pío V suponía una grave intromisión en los asuntos políticos europeos. El propio Felipe II sabía que aquellos años en los que un Papa (Gregorio VII) podía obligar a un emperador a humillarse ante él, o un Papa (Urbano IV) regalar el reino de Sicilia a un príncipe, habían pasado ya. Para el monarca español, Pío V se equivocaba de siglo, sin duda alguna [15].

La principal consecuencia de la bula sería el martirio de miles de católicos ingleses y el fin de cualquier posibilidad de acercamiento en-

tre Londres y Roma. A corto y medio plazo la principal víctima de aquella bula no sería Isabel I de Inglaterra, sino el propio catolicismo. Las cabezas coronadas de Europa lo sabían, pero Pío V, el monje inquisidor y creador del servicio de espionaje papal, no estaba dispuesto a dar marcha atrás, aunque para ello tuviese que utilizar a los asesinos de la Santa Alianza siempre en defensa de la fe.

Tras la muerte del último implicado en el asesinato de David Rizzio, se ordenó desde Roma al padre Lamberto Macchi permanecer en Inglaterra como espía de la Santa Alianza. Poco tiempo después, la «ejecutora mano de Roma» participaría activamente en la llamada «Conspiración Ridolfi» contra Isabel I de Inglaterra, junto a otro importante agente del espionaje papal, el florentino Roberto Ridolfi. Lamberto Macchi permanecería en Inglaterra hasta finales del año 1580 o comienzos de 1581, para desaparecer meses después de la faz de la tierra. Existen dos versiones sobre el posible destino de uno de los mejores espías del Papa.

La primera versión es la de que el padre Lamberto Macchi, tras regresar a Roma para continuar con sus estudios teológicos bajo la protección del papa Gregorio XIII, y no sabiendo adaptarse a la apacible vida contemplativa, decidió alistarse en los tercios para servir como *missio castrensis* [16], religioso encargado de la atención espiritual de los soldados.

Algunas crónicas cuentan que el jesuita Lamberto Macchi falleció en 1585, a los cincuenta y tres años de edad, víctima de las fiebres durante el asedio y toma de la ciudad de Amberes, uno de los episodios más brillantes de los tercios comandados por Alejandro Farnesio en tierras flamencas.

El jesuita Macchi se había unido a las tropas del duque de Parma cuando comenzaba el asedio sobre la ciudad. Junto a los soldados de los tercios, Macchi participó en las batallas de Dunkerque, Ypres, Bruselas y Alost. En la última batalla de Nieuport, Macchi fue herido supuestamente mientras marchaba junto a una pieza de artillería. Durante cuatro días el jesuita permaneció acostado en un sucio catre, mientras sus heridas se iban gangrenando. Unas fuertes fiebres provocadas por las infecciones le llevaron a la tumba.

La segunda versión sobre la muerte de Lamberto Macchi es la de que el jesuita y espía murió en las misiones en Japón, asesinado por los hombres del *shogun* Hideyoshi, en el año del Señor de 1587, a los cin-

cuenta y cinco años. Hacia 1569, varios importantes señores, con el fin de restar poder a las sectas budistas, decidieron dar cobijo y protección a los cristianos llegados de la lejana Roma. Poco a poco y en plena efervescencia del *shogunado* de Oda Nobunaga, Japón comenzó a mirar con cierta desconfianza a esos jesuitas que cada vez en mayor medida se tomaban enormes libertades. La gran influencia de los misioneros jesuitas, junto a las habladurías de holandeses e ingleses que deseaban acabar con la hegemonía comercial de los portugueses cristianos en Asia, acabaron con la firma de un edicto en el que se establecía que «el cristianismo era una religión deforme y extranjera y que ello suponía un peligro para la pureza y moralidad de los japoneses».

El nuevo *shogun,* Toyotomi Hideyoshi, ordenó la expulsión de los jesuitas en 1587, tras arrasar más de ciento veinte iglesias. Algunos aseguran que Lamberto Macchi fue sometido a la terrible *ana-tsurushi,* consistente en colgar a la víctima sobre una fosa llena de excrementos humanos, tras practicarle varios cortes por todo el cuerpo por donde iba desangrándose poco a poco.

La pena cometida por Macchi, el glorioso espía del Papa, era el haberse negado ante un grupo de samuráis a pisotear un crucifijo, signo claro en Japón de que el condenado renegaba de su fe. Después de aquel acto, el país asiático volvió la espalda al mundo exterior durante los tres siglos siguientes.

Lo cierto es que, sea cual sea la verdadera versión de la muerte de Lamberto Macchi, el que fuera uno de los mejores espías de Pío V y Gregorio XIII, ambas historias ayudaron a crear una verdadera leyenda en torno a la personalidad de este jesuita, erudito, experto espadachín, aventurero y maestro de espías.

3

Roberto Ridolfi

El conspirador florentino

Para 1571 el papa Pío V necesitaba alguien que dirigiese la conspiración contra la hereje Isabel I de Inglaterra, y para ello eligió a Roberto Ridolfi. Desde hacía años este banquero de Florencia y agente de la Santa Alianza, nacido el 18 de noviembre de 1531, había estado intrigando alrededor de las reinas de Escocia e Inglaterra. Rechoncho, calvo, amante de los placeres, buen conversador, culto y con importantes relaciones a ambos lados del canal de la Mancha, Ridolfi era un gran amigo de Guerau de Spes, el embajador de Felipe II ante la corte isabelina, con quien compartía la necesidad de apoyar política y económicamente a un posible partido católico en Inglaterra [1]. Tanto el agente de la Santa Alianza como el diplomático español eran muy aficionados a la correspondencia secreta y cifrada, a los encuentros en lugares oscuros o solitarios y cosas por el estilo [2].

El plan diseñado por Roberto Ridolfi y aprobado por Pío V consistía en organizar una rebelión contra Isabel en el interior de Inglaterra, apoyada por un gran desembarco de tropas españolas en varios puntos de la costa inglesa. Estos debían concentrarse en Londres y liberar a María Estuardo con ayuda de agentes de la Santa Alianza y de hombres fieles a ella con el fin de colocarla en el trono de Inglaterra, ahora ocupado por la hereje Tudor. Para coordinar toda esta vasta operación necesitaban una cabeza que fuese capaz de cubrir todos los frentes y sin miedo a perder la vida en caso de ser descubierto.

En mayo de 1568, Felipe II llamó a su entonces embajador en Inglaterra, Guzmán de Silva, nombrando como su sucesor a Guerau de Spes, un noble castellano, ardiente defensor de la fe católica, amante de las conspiraciones e intrigas, amigo del espía papal Roberto Ridolfi y creyente en la necesidad de derrocar a la hereje Isabel I. En uno de sus primeros informes al rey de España, el embajador escribe: «Estoy seguro de que se acerca el tiempo en que este reino vuelva a la verdadera fe, a tal punto que la reina carece de dinero y el descontento es grande en todas partes».

Por otra parte, a la reina escocesa y católica María Estuardo ya no le quedaba más remedio que mirar hacia España como único aliado y posible salida de la situación en la que se encontraba. Roberto Ridolfi era partidario de mantener una política más agresiva hacia Isabel I y así se lo había hecho saber al embajador español, Guerau de Spes. Felipe II no se dejaba implicar en semejantes aventuras sin antes consultar con sus validos. El duque de Alba aconsejó al rey sobre la posibilidad de mantener una campaña bélica en Inglaterra, pero el militar había preferido evitarla, ya que ello empujaría sin duda alguna a Isabel a intervenir en los Países Bajos.

Mientras, María Estuardo se mostraba como una de las más fervientes católicas en sus mensajes al papa Pío V y a Felipe II, como una protestante moderada en sus mensajes a Isabel I y como una amiga necesitada a Carlos IX, rey de Francia. Uno de los más estrechos colaboradores de la reina escocesa era el obispo de Ross, un hombre muy aficionado a las intrigas y que desde hacía dos años se había convertido en una fuente inagotable de información para la Santa Alianza en Roma. También el religioso informaba al embajador español.

Ridolfi, quien se ha desplazado a Londres para seguir de cerca los acontecimientos, informa al papa Pío V: «Su Majestad Felipe de España tiene grandes dudas con respecto a llevar a cabo una campaña contra la hereje [Isabel] para situar en su lugar a la católica [María Estuardo]. Para él sería más sencillo ordenar una gran batalla contra el Turco que contra Isabel. Hay que presionar, Su Santidad, al Rey, y yo, desde este puesto, al embajador [Guerau de Spes]»[3].

Felipe II sabe ya que es la ocasión de intentarlo, aunque no fuese el mejor momento para hacerlo. España aún no ha finiquitado la rebelión de los moriscos en Granada y se encuentra en plena negociación para crear la Santa Liga para luchar contra los turcos en el Mediterrá-

neo, en donde se han hecho fuertes en la isla de Chipre. Tal vez el monarca español aceptó el hecho de que desde la misma corte de Londres llegaban rumores de conspiración de nobles contra Isabel[4].

Los duques de Norfolk, Westmoreland, Arundel y Northumberland eran los más interesados por diferentes motivos para acabar con el reinado de Isabel. Nuevamente el espía de la Santa Alianza informa al jefe del espionaje papal, el cardenal Marco Antonio Maffei: «Norfolk es el más decidido de los cuatro para llevar a cabo cualquier tipo de acción que acabe con la soberana inglesa. Norfolk acababa de ser liberado de la Torre de Londres por su participación en la rebelión de hace unos años [1569]. La cuestión es saber hasta qué punto está interesado en participar de la aventura». El papa Pío V ordena entonces a su espía que haga todo lo posible para llevar a cabo un acercamiento al duque de Norfolk. A pesar de estar estrechamente vigilado, el espía florentino de la Santa Alianza y el embajador español veían en él al más apto para dirigir la gran conspiración.

Norfolk había mostrado un interés inusitado por María Estuardo. Él creía posible, y así se lo había hecho saber a Roberto Ridolfi, que la reina de Escocia asumiese la corona de Inglaterra, y si las potencias católicas, incluido Pío V, apoyaban su matrimonio con ella, obligarían a María Estuardo a reinstaurar la religión católica en todo el país dentro del gran plan de la Contrarreforma[5].

Antes de lanzarse a la aventura, Felipe II consultó nuevamente, el 21 de enero de 1570, al duque de Alba. El brillante general español veía la «aventura inglesa» al otro lado del Canal como algo desatinado, pero así y todo responde al rey Felipe II: «Y para venir a lo que V. M. me manda en este despacho, digo hay tres maneras para invadir el reino de Inglaterra: la primera, ligándose V. M. con el rey de Francia. La segunda, haciéndolo V. M. a su aventura solo. La tercera, habiendo en Escocia o Inglaterra algunos sujetos a quien poder fomentar debajo de mano, y que estos abriesen el camino»[6].

Ridolfi ha creado ya una auténtica red de espías que se extiende desde Edimburgo a Londres, desde Glasgow a los Países Bajos. El primer contacto del espía papal con el duque de Norfolk se desarrolla a principios de diciembre de 1570. El florentino quiere un compromiso firme de que una vez que todo resulte y pueda contraer matrimonio con María Estuardo, siendo esta reina de Inglaterra, asumirá u ordenará asumir la religión católica a todos los ciudadanos de su país[7]. Pío V

quiere, antes de dar su bendición a toda la operación, un compromiso por escrito del duque de Norfolk.

Este compromiso escrito haría de Norfolk un prisionero del Papa de Roma y de los agentes de la Santa Alianza. Si firmaba, estaba sujeto en cuerpo y alma al destino de la conspiración contra Isabel, y sabía que esta vez se jugaba la cabeza.

El primer paso de Norfolk debía ser el de intermediario para el envío de fuertes sumas de dinero a los partidarios de María Estuardo, los cuales seguían atrincherados en el castillo de Dumbarton. Realmente, el espía florentino manejaba a todos los participantes en lo que se llamó la «Conspiración Ridolfi» de 1571 como piezas en un gran y peligroso juego de ajedrez. Enviaba cartas al duque de Alba, al rey Felipe II, al obispo de Ross, al papa Pío V y al cardenal Marco Antonio Maffei al mismo tiempo, mientras juraba a cada uno de ellos lealtad y fidelidad.

Posteriormente, Ridolfi, acompañado de varios agentes de la Santa Alianza, entre los que se encuentra el sacerdote y jesuita Lamberto Macchi, el «ejecutor» de todos los conspiradores contra el agente de la Santa Alianza David Rizzio, realiza una gira secreta por los Países Bajos, Italia y España.

La operación orquestada y planificada por Ridolfi consistía en el desembarco de entre seis mil y diez mil hombres desde los Países Bajos, en su mayor parte procedentes del grueso de tropas del duque de Alba. El embajador Guerau de Spes consideraba la operación como una obra maestra de ingeniería, pero el duque de Alba, mucho más experto y por lo tanto cauto en materia militar, veía las cosas de modo diferente. Para el noble español, Roberto Ridolfi no era más que un italiano del que no había que fiarse, debido a que le gustaba hablar demasiado.

Ridolfi, por su parte, criticaba en una carta abierta al Papa el que el duque de Alba era demasiado cauto con respecto a una campaña contra los herejes ingleses. «Tal vez, el duque [de Alba] desea dar más tiempo a los herejes [Isabel I] para que estos puedan prepararse ante lo que se les avecina. Habría, tal vez, que avisar al rey [Felipe II] sobre las trabas e impedimentos impuestos por el duque [de Alba]», explica Ridolfi en una carta dirigida al cardenal Maffei.

A pesar de las cartas de advertencia del poderoso militar a su rey, Felipe II decidió tomarse muy en serio los informes del agente de la

Santa Alianza; al fin y al cabo, estos llegaban avalados por el propio Sumo Pontífice de Roma[8]. Incluso el monarca presentó ante el Consejo, y como punto a discutir, el asesinato o las formas para asesinar a Isabel I de Inglaterra.

El problema era que en aquella época el poder hacer que todas las piezas del engranaje encajasen a la perfección era muy complicado, debido en parte a las enormes distancias entre los conjurados y a lo lento de las comunicaciones. Al final, los servicios secretos de Isabel I comenzaron a detectar los primeros signos de la «Conspiración Ridolfi».

La primera información recibida por la soberana inglesa fue en el mes de mayo de 1571, cuando el gran duque de Toscana, de religión protestante, informó a Londres de una «posible» conspiración contra ella por parte de un famoso agente florentino de la Santa Alianza llamado Roberto Ridolfi[9]. Según parece, el duque de Toscana había conseguido introducir un «topo» en el círculo de confianza del cardenal Marco Antonio Maffei, el jefe del espionaje pontificio.

Poco después, varios agentes ingleses descubrían una arqueta de plata con 600 libras en su interior. Estas habían sido enviadas por el duque de Norfolk a María Estuardo. Charles Baillie, un agente libre de la Santa Alianza y que era utilizado por Ridolfi como correo entre él y los conspiradores, sería detenido el 11 de abril en el puerto de Dover. Baillie tenía en su poder varias cartas cifradas. Tras ser sometido a tortura, confesó la lista completa de todos aquellos que formaban parte de la «Conspiración Ridolfi», así como el papel jugado por el papa Pío V, el rey Felipe II y el duque de Alba.

A Charles Baillie le sería conmutada la pena de muerte por la de prisión de por vida. Finalmente, en 1582, sería puesto en libertad para ser enviado al exilio bajo pena de que si volvía a pisar tierra inglesa sería ejecutado al momento. Baillie fallecería en 1625, en su refugio francés.

El segundo en ser detenido fue James Kermailler, un comerciante de Londres que realizaba tareas de correo entre Roberto Ridolfi y los católicos escoceses e ingleses.

Una noche, los espías de Isabel entraron en la casa del agente de Ridolfi e intentaron capturarlo vivo para interrogarlo. Durante el combate que se organizó, Kermailler decidió que debía quemar todos los documentos comprometedores que tenía escondidos en un falso suelo. Como no le daba tiempo debido a que podía oír cómo los hombres de la reina

Isabel subían por las escaleras, decidió quemar toda la casa derramando el alcohol de las lámparas. El problema fue que el fuego se extendió tan rápidamente que acabó afectando a un pequeño barril de pólvora que James Kermailler tenía almacenado en la casa. En pocos minutos, la casa saltó por los aires con defensor y atacantes en su interior.

Mientras tanto, en Escocia, y tras la caída del castillo de Dumbarton, eran incautados más documentos comprometedores para los conspiradores. Otras cartas e informes fueron requisados a un mensajero del duque de Alba por la reina protestante de Navarra, Juana de Albret, quien residía en Francia bajo la protección de la corona. Estos documentos serían enviados de inmediato a Londres. En el mes de agosto de 1571 el espionaje inglés tenía los nombres de todos los participantes y la función de cada uno de ellos en la conspiración contra la reina Isabel. La red estaba a punto de caer sobre todos ellos.

Curiosamente, unas semanas antes, la reina inglesa había dado un paso, en abril de ese mismo año, hacia la libertad religiosa. Había convocado al Parlamento con la revolucionaria idea de presentar a debate la cuestión de la «libertad religiosa, pero ante todo, lealtad a la reina». El documento presentado decía: «Su Majestad desea que se sepa que todos sus súbditos, mientras se ajusten a las leyes y no cometan ninguna infracción abierta, no serán molestados ni sometidos a vejación alguna. Su Majestad no pretende violentar las conciencias ni renunciar a su clemencia natural»[10]. Pero para la decisión final necesitaba al Parlamento claramente anticatólico. Roberto Ridolfi, que conocía este interés de la reina Isabel, omitió la información al papa Pío V y, por supuesto, al rey Felipe II.

Si ambos líderes hubieran conocido la noticia, Ridolfi estaba seguro de que habrían ordenado paralizar cualquier intento de rebelión contra la soberana. Lo cierto es que el documento remitido desde la Cámara dejaba muy claro a la reina cuál sería su posición: «La idea de que los hombres puedan tener derecho a profesar otras opiniones en materia de religión es peligrosa para el Estado. Un Dios, un rey, una fe, son necesarios para mantener una monarquía. La desunión debilita, la unión fortalece». Isabel manifestó entonces su descontento con el texto, pero esto dejaba zanjada la cuestión y dejaba también a la reina con las manos atadas.

El descubrimiento de la «Conspiración Ridolfi» y las maniobras de la Santa Alianza pontificia para acabar con el reinado de Isabel I

hizo que María Estuardo se colocase en una situación de máximo peligro. El nudo a la red de los conspiradores lo pondría finalmente el pirata John Hawkins. El corsario había hecho creer a Roberto Ridolfi que estaría dispuesto a luchar a favor de Felipe II y María Estuardo como comandante de una flota católica inglesa. Para el espía de la Santa Alianza aquello supondría un golpe de efecto que podría ser utilizado como propaganda para hacer creer que se estaba desarrollando en el interior de Inglaterra una rebelión civil contra Isabel. Lo que Ridolfi no sabía era que realmente Hawkins trabajaba para el servicio de espionaje inglés bajo las órdenes de Cecil, el favorito de la reina.

Isabel I de Inglaterra pudo leer el informe de John Hawkins: «Se me ha encargado unir mi flota a la del duque de Alba y a otra que el duque de Medina prepara en España. Todos juntos debemos invadir Inglaterra y restablecer a la reina de Escocia. Con la ayuda de Dios, esos traidores caerán en sus propias trampas. Firmado: John Hawkins, servidor fiel de Su Majestad la Reina Isabel, a quien Dios guarde muchos años. 4 de septiembre de 1571»[11].

El 7 de septiembre fue detenido el duque de Norfolk; el 9, el obispo de Ross, y al día siguiente, María Estuardo es encerrada en una lúgubre estancia en el castillo de Sheffield. Los ejércitos ingleses fueron puestos en estado de alerta, los puertos cerrados y se ordenó a la población resguardarse en sus casas antes de las siete de la tarde. El terror al español se extendió por toda la costa de Inglaterra.

Los interrogatorios fueron dirigidos por el comisario Thomas Wilson, un integrista protestante. Recluido en la Torre de Londres, Norfolk seguía negando cualquier implicación en la «Conspiración Ridolfi», llegando incluso a rechazar la autoría de cartas escritas de su puño y letra y enviadas al propio Ridolfi, el espía de la Santa Alianza. La reina en persona había prohibido a Wilson torturar a Norfolk, así es que los interrogatorios se centraron en el obispo de Ross[12].

Este, entre tormento y tormento, gritaba que no tenían derecho a tocar a un embajador de un país extranjero (Escocia). Pero, para Wilson, Ross era solo un cura intrigante que representaba los intereses de una reina destronada (María Estuardo) y por lo tanto no contaba con inmunidad diplomática. Con las uñas arrancadas, la carne tumefacta por las torturas y los pies en carne viva tras ser sometidos al fuego, el obispo de Ross confiesa que la reina de Escocia envenenó a su primer marido (el rey Francisco II de Francia), permitió el asesinato de

su segundo marido (lord Henry Darnley), se casó con el instigador (lord Bothwell) e intentó desposarse con un traidor (el duque de Norfolk).

Tras serle comunicados a María Estuardo los resultados de la declaración *motu proprio* del obispo de Ross, la reina sin corona afirmó: «El obispo no es más que un sacerdote asustado y torturado. Yo tengo el valor de una reina y confío en que mis amigos de España y Francia vengan a liberarme». Felipe II, que no estaba muy convencido del buen término del plan de Ridolfi, y mucho menos el duque de Alba, decidió abandonarlo a su suerte, así como al resto de conjurados.

En el mes de diciembre de 1571 la reina Isabel ordenó la expulsión del embajador Guerau de Spes debido al papel jugado por España en la «Conspiración Ridolfi», mientras que el rey Felipe II hacía lo propio con el embajador inglés. La situación entre tan poderosos líderes se hizo cada vez más tensa cuando la reina protestante comenzó a apoyar a los rebeldes en los Países Bajos en contra de las tropas de Felipe II y el rey católico a los católicos escoceses e irlandeses en contra de Isabel I.

Lamberto Macchi, aún estacionado en Londres, escribe entonces al Papa: «Isabel tiene solo dos opciones: permanecer neutral o intervenir en una guerra abierta contra España en el continente. Ella sabe que es un riesgo muy alto. Si el duque de Alba consigue recuperar el control de las ciudades rebeldes, los ejércitos no se detendrán ahí y continuarán su avance hasta Londres con el beneplácito del rey Felipe. Isabel no puede ponerse tanto en peligro. Tampoco le interesa acabar con el poder español al otro lado del Canal y permitir que Guillermo de Orange se quede como poderoso vecino».

Los asuntos de la corona española en Londres quedaban en manos de un secretario sin poderes diplomáticos llamado Antonio de Guaras. A finales de 1572, Guaras había sido captado por el espionaje pontificio para informar de cualquier movimiento de Isabel I hasta que la Santa Alianza pudiese plantar a otros agentes en el círculo de la reina. Desde la «Conspiración Ridolfi» los servicios secretos ingleses habían capturado y ejecutado a una decena de agentes del Papa[13].

Por su parte, el duque de Norfolk, el conde de Arundel, el conde de Southampton, lord Cobham y lord Lumley estaban recluidos en la Torre de Londres a la espera de su juicio. El 16 de enero de 1572 la Cámara de los Lores condenó a Norfolk al cadalso. Una vez pronun-

ciada la sentencia, era la reina Isabel quien debía ratificarla. La historia volvía a jugarle una mala pasada. El padre, tercer duque de Norfolk, había sido decapitado por su padre, el rey Enrique VIII, y ahora ella debía firmar la sentencia de muerte del hijo, el cuarto duque de Norfolk [14]. Pasaron los días, las semanas y los meses sin que la reina se decidiese a ratificar la orden de ejecución. El 8 de mayo de 1572 se reunió nuevamente el Parlamento con un solo tema en su diario de sesiones: la ejecución del duque de Norfolk. Isabel recibió el mensaje, y por fin el 1 de junio ordenó que le llevasen el documento con la orden de ejecución. Con una pluma, la reina firmó «Elizabeth R», y posteriormente el Lord Protector de los Sellos derramó a un lado de la firma un chorro de lacre sobre el que estampó el sello real [15].

El 2 de junio, por la mañana, Norfolk fue escoltado hasta el patio principal de la Torre. Aún de pie afirmó su lealtad a su soberana, la reina Isabel I de Inglaterra, así como su fidelidad a la auténtica religión del reino, la protestante. Seguidamente entregó una moneda de plata al verdugo, que colocó en su enguantada mano. Se arrodilló, colocó sus brazos atrás y de un solo golpe de hacha su cabeza quedó desprendida del cuerpo.

El espía Roberto Ridolfi consiguió huir de Inglaterra en un barco que estaba anclado en un puerto escondido para trasladarle a Francia en caso de que se torciese la conspiración. Por cuestión de horas, el espía no fue detenido por los agentes ingleses. Al parecer fue el propio duque de Norfolk quien revelaría el nombre del espía papal a sus interrogadores. Desde Francia, y siempre bajo la protección de su red de espías, Ridolfi consiguió llegar sano y salvo hasta Roma para informar personalmente al nuevo Sumo Pontífice.

Tan solo hacía dos semanas que el cardenal Hugo Boncompagni, con el importante apoyo del rey Felipe II, había sido elegido Papa en el cónclave celebrado tras el fallecimiento del intrigante Pío V, el día 1 de mayo de 1572. Boncompagni reinaría bajo el nombre de Gregorio XIII [16].

El nuevo Papa se alejaría de las líneas seguidas por su antecesor en materia religiosa y política, pero mantendría una línea continuista en materia de espionaje. El Sumo Pontífice organizaría con ayuda de los jesuitas la primera fuerza de choque de la Santa Alianza. Esta fuerza consistiría en un pequeño grupo escogido de la Compañía y fieles a la autoridad papal, los cuales tendrían la sagrada y única labor de acabar con la vida de la reina de Inglaterra, cabeza de la Iglesia protes-

tante. Jesuitas y espías iban a ir de la mano en las nuevas aventuras inglesas.

Roberto Ridolfi regresó a Florencia, en donde continuó trabajando como banquero y financiando operaciones de la Santa Alianza. Algunas fuentes aseguran que Ridolfi moriría asesinado por agentes ingleses en septiembre de 1600, debido a su participación en la «Conspiración Ridolfi», mientras que otras aseguran que murió de fiebres en el año 1601. Lo cierto es que el espía florentino regresó a su Florencia natal, en donde se estableció definitivamente, abandonando sus aventuras junto a la Santa Alianza. En 1610 sería elegido senador. El 18 de febrero de 1612 fallecería a los ochenta y un años de edad en su propia cama, acompañado de su familia. El papa Pablo V, al enterarse de la noticia declaró: «Ha muerto un defensor de la fe. Un hombre que hizo lo humanamente posible para devolver a Inglaterra al camino de la verdadera religión. Descanse en paz».

4

Nicholas Sanders

El «Doctor Difamación»

La muerte de Ignacio de Loyola el 31 de julio de 1556 había dejado a la Compañía de Jesús sin un liderazgo claro para dirigir el destino de los casi cinco mil jesuitas repartidos por el mundo. En 1581 la elección del italiano de treinta y siete años Claudio Acquaviva como quinto general de la Compañía de Jesús marcaría el comienzo de la llamada «era dorada» de los jesuitas. Después de Ignacio de Loyola, el napolitano Acquaviva fue quizás el dirigente más capacitado de la Compañía. Como máximo líder de los jesuitas tuvo que enfrentarse a extraordinarios obstáculos dentro y fuera de la Orden. Desde fuera, Claudio Acquaviva se vio con la Compañía expulsada de Francia y Venecia; tuvo graves diferencias políticas, religiosas y teológicas con el rey de España, con el papa Sixto V y con los teólogos dominicos. Pero dentro tampoco lo tuvo nada fácil, cuando la Compañía se convirtió en escenario de rivalidad entre españoles e italianos, que condujo a la convocatoria de dos congregaciones generales ordinarias. La quinta congregación de 1593 apoyó firmemente a Acquaviva contra las facciones oponentes, y la sexta, de 1608, completó la unificación de opiniones dentro de la Orden [1].

El cardenal Hugo Boncompagni (Gregorio XIII), hijo de un mercader de Bolonia, estudió derecho en la universidad de su ciudad natal y tras graduarse se marchó a Roma para seguir la carrera eclesiástica. Protegido por el papa Pablo IV, en enero de 1556 fue nombrado miembro de la comisión que debía encargarse de la reforma de la Igle-

sia. Durante su etapa como cardenal, Boncompagni se convirtió en un gran «recolector» de información y en un mejor analista. Visitó Francia, Madrid y Bruselas, en donde pudo realizar valiosos análisis políticos, estratégicos y militares sobre la situación en esos países. Sin duda, el cardenal Boncompagni hubiera sido un buen espía si no hubiera sido por el cónclave que se convocó tras la muerte de Pío V, el 13 de mayo de 1572, y que lo convertiría en Gregorio XIII [2]. Estaba claro que el napolitano Acquaviva y el boloñés Gregorio XIII formarían una de las mejores alianzas de toda la historia de la Iglesia católica.

Desde hacía tiempo los jesuitas habían entendido, desde el punto de vista militar, la situación estratégica de la católica Irlanda en un intento de reconquistar la protestante Inglaterra. Una de las primeras misiones ordenadas por el papa Gregorio XIII al general de la Compañía de Jesús sería la de actuar como enviados secretos a Irlanda. Los padres Salmeron y Brouet, los primeros enviados, consiguieron penetrar en la isla y llegar hasta el Munster (Ulster), pero la vigilancia de los protestantes les hizo imposible cumplir con la misión encomendada por Claudio Acquaviva [3]. Bajo el reinado de María Tudor los jesuitas habían conseguido entrar en Irlanda y extender una amplia red de religiosos a lo largo y ancho de todo el país. Uno de los primeros en llegar sería el padre David Wolfe. El 20 de enero de 1561 el entonces general de la Orden, Diego Laínez, ordenó al jesuita David Wolfe regresar a Irlanda con amplios poderes papales concedidos por el pontífice Pío IV. Durante su misión consiguió candidatos para dirigir varias sedes religiosas, mantuvo abierto un colegio y reclutó varios novicios para entrar en la Orden.

Pocos años después, a Wolfe se le ordenó regresar a Roma, dejando el control de los jesuitas en manos del padre Richard Fleming, profesor del colegio de Clermont y canciller de la Universidad de Pont-à-Mousson. Fleming sería ejecutado en la horca en 1590 y descuartizado. El padre Nicholas Sanders se convertiría en el sucesor de Fleming al mando de las operaciones del espionaje papal en Irlanda.

El Sumo Pontífice estaba convencido de que un apoyo a James Fitzmaurice, sobrino católico del conde Desmond, podría hacer avanzar la causa católica en las islas inglesas. La idea de la Santa Alianza era la de organizar una expedición militar al Munster (Ulster), desde donde Fitzmaurice creía poder organizar una rebelión contra Isabel de Inglaterra.

Los jesuitas y agentes de la Santa Alianza eligieron para llevarla a cabo a Thomas Stukeley, un patán y antiguo pirata, conocido por el espionaje inglés y autonombrado hijo bastardo de Enrique VIII. Stukeley se había convertido en un acérrimo defensor del catolicismo y se había instalado bajo la protección de la corte de Madrid, en donde Felipe II le había conferido el título de marqués de Irlanda. Antes de partir para Irlanda, Stukeley, ávido de aventuras y honores, decidió enrolarse en una ridícula cruzada contra los infieles de Marruecos junto al rey Sebastián de Portugal. El 4 de agosto de 1578 su cabeza quedó separada del cuerpo en la batalla de Ksar-el-Kebir. Con su muerte, la Santa Alianza debía buscar un nuevo líder para la rebelión irlandesa [4]. Fitzmaurice quedaba otra vez al mando de la aventura.

Gregorio XIII estaba dispuesto a financiar la operación irlandesa y a bendecirla, pero como condición propuso que un miembro del espionaje pontificio debía acompañar a Fitzmaurice en su expedición militar. Para ello el espionaje papal eligió al sacerdote Nicholas Sanders [5].

Nacido en 1530 en Charlwood, en el condado de Surrey, Sanders se educó en los colegios católicos de Winchester y en el New College de Oxford. Allí se graduó con los máximos honores en 1551.

Nicholas Sanders creció en una familia de claras convicciones católicas. Su padre, William Sanders, *sheriff* de Surrey, le obligaba a leer la Biblia todas las mañanas antes de desayunar y todas las noches después de cenar. El patriarca de la familia aseguraba que la vida en la Iglesia era el mejor camino para el perdón de Dios. Aquel mensaje hizo que dos de las hermanas de Sanders adoptasen los hábitos y se recluyesen en el convento de las Monjas de Sión.

El espía del Papa estableció el primer contacto con la Curia de Roma cuando en 1557 conoció durante una recepción al poderoso cardenal Reginald Pole. Este prelado inglés, cardenal de la Iglesia y último arzobispo católico de Canterbury hasta el ascenso al trono de la protestante Isabel, se convirtió en el protector y guía espiritual de Sanders [6]. El cardenal Pole se había convertido en un símbolo de la lucha contra el protestantismo inglés.

Enrique VIII le había ofrecido el arzobispado de York o la diócesis de Winchester a cambio de su apoyo en la disputa por el divorcio real de Catalina de Aragón. Pole se negó a prestar su apoyo al monarca y en 1532 se vio obligado a partir al exilio en Francia y después en Ita-

lia. Sanders admiraba en el cardenal Pole la valentía de un hombre que lo había sido todo en la Iglesia de Inglaterra y que también lo había perdido todo en defensa de su fe. Reginald Pole había sido nombrado cardenal en 1536 por el papa Pablo III y seis años después designado uno de los tres delegados papales en el Concilio de Trento. En 1549, tras la muerte de Pablo III, Pole no fue elegido Sumo Pontífice por tan solo un voto. Así y todo, su poder era importante en la Europa de mediados del siglo XVI[7].

En Roma, Sanders se hizo un experto en los entresijos de la maquinaria papal, hasta tal punto que en 1568 se convirtió en el enlace entre el cardenal Giovanni Gerolamo Morone, su protector tras la muerte de Pole, y la Santa Alianza.

Su primera labor en tareas de espionaje sucedería a finales de 1569, cuando el cardenal Stanislaus Hosius, legado papal en Polonia y príncipe-arzobispo de Warmia, eligió a Nicholas Sanders para crear y dirigir una red de espionaje con la que combatir la herejía en Polonia, Lituania y Prusia. La experiencia de campo adquirida en Polonia le ganó importantes apoyos, hasta que fue llamado a Roma por el papa Pío V.

Por orden pontificia sería destinado en 1570 a Lovaina, en donde se había establecido el cuartel general de los católicos ingleses en el exilio. Sanders sería el enlace de información entre los exiliados y Roma. Los refugiados católicos se convertirían en su principal fuente documental para escribir su obra *De visibili Monarchie Ecclesiae,* la primera en la que se denuncia públicamente los sufrimientos de los católicos ingleses e irlandeses en la Inglaterra protestante. Aquella obra puso a Nicholas Sanders en el punto de mira de los espías de Isabel.

Como contramedida, los ingleses comienzan una fuerte campaña contra el espía del Papa mediante la distribución de una serie de pasquines a lo largo y ancho de toda Inglaterra e Irlanda en los que se acusa a Sanders de ser un «maestro de la calumnia y la difamación» a las órdenes del Pontífice de Roma, Pío V. En los pasquines, y utilizando un juego de palabras con el apellido del espía, los ingleses definen a Sanders como *Dr. Slander* (calumnia, difamación). Este apodo le acompañaría hasta el mismo día de su muerte. Lo cierto era que Nicholas Sanders se había convertido en uno de los mayores y más hábiles propagandistas a favor de la bula de excomunión contra la soberana inglesa.

Realmente, la persecución religiosa en Irlanda dio comienzo bajo el reinado de Enrique VIII, cuando el Parlamento adoptó actas que establecían la supremacía eclesiástica en la figura del rey, abolían la jurisdicción papal y suprimían las instituciones religiosas católicas. El Acta contra el Papa entró en vigor el 1 de noviembre de 1537. Pasado poco más de un año de la puesta en marcha de tales medidas, el obispo de Derry escribió al papa Pablo III denunciando que los hombres del rey de Inglaterra en Irlanda, que rechazaban la autoridad papal, realizaron quemas de conventos, destrucciones de iglesias, violaciones de mujeres católicas y ejecuciones de católicos que no habían cometido ningún delito. El obispo continuaba denunciando que se estaba matando a los sacerdotes que rezaban por el Papa o que se negaban a borrar su nombre del canon de la misa, y que torturaban a los predicadores que no repudiaban la autoridad de Roma[8].

La aniquilación del catolicismo en Irlanda fue tan completa que incluso se borró el recuerdo de las víctimas. La explicación más probable es que apenas se realizó registro alguno de ellas, ya que no era ni prudente ni operativo guardar o transmitir documentos que implicaran al gobierno de Enrique VIII en las matanzas de católicos irlandeses.

La mayor parte de las atrocidades cometidas por protestantes contra los católicos de Irlanda se transcribieron a partir de relatos de refugiados y exiliados recogidos en un registro general en la ciudad de Lovaina. Nicholas Sanders se convirtió en esa ciudad en un especialista del «problema irlandés»[9]. Allí, el espía de la Santa Alianza descubre el destino de los miembros de la comisión papal, que fue enviada por el Pontífice para conocer directamente los hechos acaecidos en la Irlanda católica por los protestantes.

Según los relatos tras la entrada en vigor del Acta Real, Teobaldo Burke, provincial de la Orden, fue enviado a Dublín, acompañado de otros ocho doctores y teólogos, para defender la supremacía papal en todo el territorio de Irlanda. Todos ellos serían detenidos y encarcelados. A Teobaldo Burke le fue arrancado el corazón en vivo; a Phillip, el escriba, lo castraron, lo colocaron en un barreño lleno de aceite hirviendo y sal y lo abrasaron hasta que la carne se le desprendió del hueso. Finalmente fue decapitado. El resto de miembros de la comisión pontificia fueron colgados o decapitados. Pero las matanzas no se detuvieron ahí[10].

El obispo Cornelio de Limerick fue decapitado en su propia sede. El obispo de Cormac fue lapidado en Galway; los padres Maurice y Thomas, colgados en el camino a Dublín. El hermano Steven, apuñalado cerca de Wexford; los hermanos Peter de Limerick y Geofrey, decapitados; el hermano lego John Macabrigus, ahogado; el ex superior Raymond, atado a la cola de un caballo en Dublín y arrastrado hasta morir. Tadhg O'Brien de Thormond, despedazado ante la presencia del virrey en el puente de Bombriste; los frailes de Adere fueron cortados a trozos, apuñalados o colgados; veinte frailes de Galway, quemados dentro del monasterio o, según otro relato, a seis los echaron al horno y al resto los ataron a pesadas piedras y arrojaron al mar; los cuarenta frailes trinitarios de Drogheda fueron colgados o arrojados a un foso; en Limerick más de cincuenta frailes fueron descuartizados en el coro y sus restos arrojados al río Shannon atados a pesos; en Cork y Kilmallock más de noventa religiosos pasados por la espada o desmembrados, entre ellos William Burke, John O'Hogan, Michael, Richard y Daniel Giollabrigde.

A finales del año 1578, y tras una corta estancia en España bajo protección de Felipe II, Nicholas Sanders fue llamado a Roma de inmediato por el papa Gregorio XIII. El Sumo Pontífice lo puso al mando de las operaciones que el espionaje vaticano tenía previsto realizar en Irlanda.

El 27 de junio de 1579, bajo bandera pontificia, James Fitzmaurice y Nicholas Sanders zarparon desde el puerto de El Ferrol rumbo a tierras irlandesas. La tropa y tripulación estaba compuesta por seiscientos hombres, italianos y españoles en su mayoría. El 17 de julio desembarcaron en la bahía de Dingle, al sudoeste de Irlanda, en donde se atrincheraron a la espera de refuerzos procedentes de España.

Fitzmaurice, Sanders y los soldados se hicieron fuertes en una débil edificación conocida como el «Fuerte del Oro»[11].

La operación comenzó a tener bajas muy rápidamente con el primer asalto inglés. James Fitzmaurice fue asesinado por un disparo, dejando la reducida tropa al mando de Nicholas Sanders y un oficial español. El conde de Desmond, tío de Fitzmaurice y que había regresado a Irlanda tras una condena de prisión en la Torre de Londres, se hizo con el liderazgo. En pocas semanas todo el Munster se encontraba en rebelión abierta contra los ingleses.

Mientras tanto, Nicholas Sanders, que había conseguido burlar el cerco inglés, recorría todas las iglesias de Irlanda con el texto de la

bula de excomunión de Isabel I en su mano, pidiendo a los irlandeses que se levantasen contra la reina hereje. Los protestantes se habían refugiado en Dublín y Cork. El conde de Ormonde, que dirige a las tropas irlandesas fieles a Inglaterra, escribe entonces a sir Francis Walsingham: «Estos rebeldes solo tienen un igual en el mismo Satanás, en lo que concierne a falsedad y crueldad. Si Su Majestad no hace uso de su espada sin piedad, perderá la espada y el reino»[12].

Por fin, en el mes de septiembre de 1580, Felipe II decidió enviar tropas españolas de apoyo, pero, un día antes de su llegada, Isabel había enviado una gruesa flota y tropas de infantería para acabar con la insurrección. En noviembre el fuerte estaba ya sitiado por tierra y por mar. Después de varios días de negociaciones el comandante español del fuerte preguntó a lord Arthur Grey de Wilton, jefe de las fuerzas inglesas, cuáles serían las condiciones de la rendición. Wilton traía orden de la propia reina Isabel de conseguir la rendición y la total aniquilación de los rebeldes.

El 10 de noviembre de 1580 se abrieron las puertas a las tropas inglesas e irlandesas fieles a Isabel. Más de medio centenar de hombres fueron ejecutados ahí mismo, así como católicos irlandeses, hombres, mujeres y niños, que se habían refugiado en el interior del fuerte. Se perdonó la vida únicamente a treinta oficiales españoles a quienes por un fuerte rescate se les permitió regresar a España. Un inglés católico y dos irlandeses que habían llegado de España con James Fitzmaurice fueron torturados y ejecutados a la vista de todos y como ejemplo[13].

Después de la operación Munster por parte de la Santa Alianza, Isabel I de Inglaterra protestó ante el embajador de España, Mendoza. La soberana inglesa acusaba a los españoles y al rey Felipe II de acto de hostilidad por el desembarco de tropas en un territorio bajo soberanía de Inglaterra. El diplomático español explicó entonces que España nada tenía que ver en aquella aventura y que esta había sido ideada y financiada por el papa Gregorio XIII. La explicación oficial dada desde la corte de Madrid fue la de que «las naves pontificias así como sus tropas tienen libertad de paso por el territorio y los puertos del Rey de España, príncipe católico y defensor de la fe».

Isabel de Inglaterra, indignada ante la respuesta, amenazó a España con el envío de tropas inglesas a los Países Bajos. Nuevamente el embajador Mendoza respondía de forma poco diplomática a la sobera-

na inglesa: «En vuestro propio interés, debéis saber que si el rey de España decide haceros la guerra, lo hará con tal fuerza que no tendréis siquiera el tiempo de respirar antes de que caiga el golpe»[14].

Desde su salida del «Fuerte del Oro» en octubre de 1580 y su muerte acaecida en septiembre de 1581, Nicholas Sanders recibió la misión de Gregorio XIII de recopilar y documentar de forma clandestina los asesinatos de religiosos católicos por parte de tropas inglesas protestantes en el territorio de Irlanda.

Sanders consiguió documentar entre marzo de 1580 y septiembre de 1581, mes en el que desapareció de la faz de la tierra, más de medio centenar de casos con nombres y apellidos.

El 16 de marzo de 1580 sería asesinado en Cork el padre Edmund MacDonnell. El 28 de marzo al sacerdote Daniel de O'Neilan le ataron una cuerda a la cintura y lo arrojaron a un foso con un peso atado a los pies. Finalmente fue amarrado a una rueda de molino y descuartizado. El 6 de abril son azotados y asesinados ante el altar mayor del monasterio de Lislachtin, en Kerry, los padres Daniel Hanrichan, Maurice O'Scanlan y Phillip O'Shee. El 11 de noviembre, Lawrence O'Moore, el caballero Oliver Plunkett y el inglés William Walsh son ejecutados en la horca tras la rendición de Dun-an-Oir, en Kerry. El 2 de diciembre soldados ingleses penetraron en el monasterio cisterciense de Graiguenamanagh y asesinaron al padre prior y a veintidós frailes.

En 1581 el espía de la Santa Alianza consiguió documentar las ejecuciones del juez Nicholas Nugent, David Sutton, John Sutton, Thomas Eustace, John Eustace, William Wogan, Robert Sherlock, John Clinch, Thomas Netterville, Walter Lakin y Robert Fitzgerald, señor de Pale, por su implicación en la rebelión católica liderada por lord Baltinglass. También consiguió testimonios que informaban de los asesinatos, el 5 de julio, de los pescadores de Wexford Robert Mayler, Edward Cheevers, John O'Lahy y Patrick Canavan, acusados de haber ayudado a escapar de Irlanda a varios sacerdotes jesuitas y a varios laicos. Los cuatro marineros fueron colgados hasta la muerte, arrastrados y descuartizados.

Patrick Hayes, naviero de Wexford, sería recluido en prisión de por vida, por liderar la red de evasión de varios obispos y jesuitas de Irlanda.

El último caso documentado por Nicholas Sanders en su informe secreto enviado al Papa de Roma, Gregorio XIV, sería el del monje cis-

terciense Nicholas Fitzgerald. Según parece, este había dado refugio al espía papal en una casa de Dublín. Descubierto, el monje fue arrastrado fuera de la casa, colgado de un árbol, y su cadáver, descuartizado. Nicholas Sanders consiguió huir en el último momento a través de los páramos que rodeaban la ciudad. Después de aquello, desapareció.

Nicholas Sanders, que había conseguido escapar del «Fuerte de Oro», continuó con su labor clandestina como agente de la Santa Alianza en el interior de Irlanda hasta finales de 1581, año en el que murió, a los cincuenta y un años de edad, víctima del frío y el hambre, y siempre perseguido por los espías de Isabel de Inglaterra. Los católicos irlandeses consideran a Nicholas Sanders un mártir de la fe, y en algunas iglesias de la República de Irlanda se celebra aún hoy, y una vez al año, una conmemoración en la fecha exacta de su muerte. Su obra *De Origine ac progressu schismatis Anglicani,* un brillante estudio de la Iglesia católica en la Inglaterra de Isabel I, fue completada por Edward Rishton e impresa en Colonia en 1585, con la bendición del papa Sixto V.

En la década de los setenta del siglo XX se originó una nueva polémica con respecto a la controvertida figura de Nicholas Sanders, cuando el papa Pablo VI decidió no incluir su nombre en la lista de «Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales», asesinados por los protestantes entre 1535 y 1679, y que serían canonizados el 25 de octubre de 1970.

5

Giulio Guarnieri

El «espía fantasma»

La elección del cardenal Maffeo Barberini como nuevo Papa supuso el comienzo de una de las etapas más oscuras y poco gloriosas del servicio de espionaje pontificio, desde todos los puntos de vista.

Hijo de una rica familia florentina de comerciantes de telas de Oriente, el futuro Papa contaba tres años de edad cuando su padre murió, por lo que su madre decidió educarlo en los jesuitas de Florencia. Poco después es enviado a los jesuitas de Roma y de ahí sale a la Universidad de Pisa, en donde cursa estudios de derecho. Bajo la protección de su tío Francesco Barberini comienza en la carrera eclesiástica. Desde ese mismo momento, Maffeo Barberini tiene una de las carreras más fulgurantes de toda la historia de la Iglesia católica. Clemente VIII lo envía en 1601 a Francia para felicitar al rey Enrique IV por el nacimiento del Delfín. En 1604 es nombrado nuncio apostólico en París, desde donde presta una gran ayuda a los jesuitas. El 11 de septiembre de 1606, Pablo V le concede el birrete cardenalicio, que le impone en una solemne ceremonia el propio rey Enrique IV de Francia, y dos años más tarde es nombrado protector del reino de Escocia[1].

Dos signos claros marcarían el pontificado de Urbano VIII: su claro nepotismo y su afición a las intrigas utilizando incluso los servicios de la Santa Alianza, a la que ya comienza a conocerse en toda Europa como «el largo brazo del Papa». El nuevo Pontífice, más que ningún

otro, se rodeó de una gran corte familiar. En 1623 nombró a su hermano mayor, Carlos, general de los ejércitos papales y duque de Monte Redondo; en el mismo año, Francisco, hijo mayor de Carlos, es nombrado cardenal a la edad de veintiséis años; y en 1624, Antonio, otro de los hijos de Carlos, es nombrado cardenal penitenciario, bibliotecario principal, camarlengo y prefecto de la Signatura.

A pesar de los poderes que agrupó el cardenal Antonio Barberini, sobrino de Urbano VIII, jamás pudo controlar a la Santa Alianza. Esa tarea fue reservada al cardenal y amigo personal del papa Urbano VIII Lorenzo Magalotti, quien compaginó la dirección del servicio secreto papal con el cargo de secretario de Estado desde 1628.

Nacido en Florencia en 1584, Lorenzo, hijo de un poderoso senador, estaba unido por lazos familiares con el papa Urbano VIII. Su hermana Constanza estaba casada con Carlo Barberini, hermano del Sumo Pontífice. Tras estudiar derecho en las universidades de Perugia y Pisa, decidió trasladarse a Roma en 1608, en donde comenzó a trabajar para la Curia. En sus tribunales, Magalotti se hizo un nombre, hasta que en 1612 fue nombrado vicelegado en Bolonia; en 1618, en Viterbo; en 1620, gobernador de Ascoli; en 1621, comisario general de los Estados Papales; y en 1623, secretario de Estado y responsable de los servicios de inteligencia pontificios. El 7 de octubre de 1624 sería consagrado cardenal de la Iglesia[2].

El cardenal Lorenzo Magalotti agrupaba todos los poderes del Colegio cardenalicio, lo que provocó serias reacciones entre el resto de cardenales, quienes no estaban de acuerdo con ello. Para acallarlos, Urbano VIII decidió concederles el título de «eminencias» y «príncipes de la Iglesia». El nuevo jefe de la Santa Alianza iba a tener frente a sí a un genio de la intriga y a uno de los más grandes conspiradores del siglo XVII, el cardenal Richelieu.

Este se había convertido en uno de los hombres más poderosos de Francia. Procedía de una noble familia, aunque sin muchos recursos económicos, lo que empujó al joven Richelieu a abrazar la carrera eclesiástica[3].

Muy pronto descubriría que todo lo que le rodeaba era una cuestión de Estado, desde la economía a las guerras de religión, y por lo tanto fácilmente manipulable. Tras el asesinato de Enrique IV y la llegada de la regencia de María de Medici, Richelieu vivió su momento de gloria, pero cuando Luis XIII comenzó a gobernar tras su mayoría

de edad, rompió sus lazos con todos aquellos que habían sido los favoritos de la reina. Richelieu se vio obligado a partir al exilio.

En 1624, a los treinta y ocho años y gracias a una serie de conspiraciones, el cardenal Armand Jean du Plessis Richelieu consiguió regresar a la corte del rey. Poco a poco se fue haciendo con las riendas del gobierno, hasta que finalmente sería nombrado primer ministro de Francia.

François Le Clerc du Tremblay, o padre Joseph, antiguo agente de la Santa Alianza y, según afirman algunos, miembro de la organización ultrasecreta del «Círculo Octogonus», la misma a la que pertenecía Jean François Ravaillac, asesino de Enrique IV, se convierte en los ojos y oídos de Richelieu fuera del Palacio Real. Los libros de historia no aciertan a definir si Tremblay era la materia gris de Richelieu o viceversa, pero lo cierto es que la unión del cardenal con el capuchino conformó una de las alianzas más efectivas para gobernar una nación e intrigar en el gran tablero de ajedrez en el que se había convertido el continente europeo en la mitad del siglo XVII[4].

El padre Joseph du Tremblay había nacido en París en noviembre de 1577. Ordenado sacerdote en 1604, viajó a Roma en 1616, cuando el pontificado de Pablo V se encontraba en su momento álgido. Allí mantuvo contactos con otros dominicos miembros de la Santa Alianza que le enseñaron los sistemas de espionaje de la época, como seguimientos, formas de asesinato por envenenamiento y sistemas para cifrar mensajes. Una vez de regreso en Francia pasó por diversas ciudades, hasta que en abril de 1624 entró a formar parte del cerrado e íntimo círculo del cardenal Richelieu. Muchos aseguran que fue desde ese mismo año, o tal vez desde 1625, cuando Joseph du Tremblay se convirtió en el ministro «oficioso» de Asuntos Exteriores de Francia y también en uno de los más acérrimos enemigos de los agentes de la Santa Alianza[5].

Para Richelieu, el poder absoluto de la corona no era un fin en sí; el rey era, en su idea, el primer servidor del Estado. El cardenal estaba más a favor de oponerse a la vieja política exterior europea única y exclusivamente por cuestiones confesionales y religiosas, y ponerse al lado de la política de la razón de Estado, porque para Richelieu realmente las cuestiones religiosas y los intereses del Estado estaban la mayor parte de las veces contrapuestos. El mejor ejemplo de esta teoría sería la posición de Francia contra la España de los Habsburgo (Fe-

lipe IV), apoyada en parte por el recelo que sentía el propio papa Urbano VIII por ellos en Italia. Esto provocó la ruptura de la unidad católica en el mundo y sirvió como combustible para alimentar la llama de la guerra de los Treinta Años.

Una de las mayores conspiraciones llevadas a cabo por la Santa Alianza en la Francia de Richelieu fue la llamada «unión de la nobleza».

El cardenal Magalotti no estaba dispuesto a permitir que una gran parte de la nobleza católica francesa fuese perseguida por Richelieu, la cual se oponía a que Francia olvidase las confesiones religiosas de sus enemigos y convertirlos en amigos para la lucha contra la católica España.

El jefe de los espías de Urbano VIII puso al frente de la misión a un joven sacerdote dominico de Siena llamado Giulio Guarnieri. Hijo de padre italiano y madre francesa, la misión de este consistía en crear una red a lo largo y ancho de toda Francia en torno a todos aquellos nobles católicos que se oponían al poder de Richelieu y a su política antiespañola.

Guarnieri era hijo de un comerciante de vinos que se dedicaba a recorrer el territorio francés en busca de buenos caldos que después suministraba a las grandes y nobles familias de París, Siena, Florencia y Roma. Esto había permitido al joven Giulio entrar en contacto con los grandes de Francia. Incluso se sacaba un buen dinero haciendo las veces de mensajero ocasional entre los políticos galos y los de Mantua contrarios a los intereses de España.

La idea del cardenal Lorenzo Magalotti, jefe de la Santa Alianza, era la de tener siempre un pie apoyado en Francia en caso de que Urbano VIII se inclinase por España por su apoyo al cardenal Richelieu[6].

El Papa ya se había declarado contrario a los intereses de España en los conflictos de la Valtelina y de Mantua y a favor de las pretensiones francesas. En el primer caso apoyó el llamado tratado de Monçon de 1626, que segregaba a los católicos de la Valtelina del dominio de los grisones protestantes. La Valtelina era una región aparentemente sin importancia situada entre Francia, Italia y Suiza, pero Urbano VIII y Magalotti querían saber por qué Richelieu tenía tanto interés en ella[7].

El agente de la Santa Alianza Giulio Guarnieri, gran conocedor de la región debido a los viajes con su padre, escribía entonces al cardenal Magalotti: «El cardenal Richelieu tiene un gran interés en la Valtelina

debido a un estrecho valle de gran interés estratégico. Este permite el paso de las tropas españolas desde la Lombardía hacia Alemania y los Países Bajos. Si el valle queda cerrado por los franceses, es evidente que los españoles no podrán comunicar con el norte sino por el mar».

La región estratégica, tal y como había predicho el agente Guarnieri, cayó presa de las luchas religiosas por el control del valle. El bando protestante buscó apoyos en Venecia y en la Francia de Richelieu. El bando católico lo hizo en España y Austria. Por fin, en 1620, los españoles ocuparon la Valtelina y los austríacos el valle de Munster. La solución no convenía a Francia y el cardenal Richelieu resolvió el problema a su favor mediante un golpe de efecto. El hábil cardenal garantizaba la plena autonomía a los habitantes de los valles siempre y cuando estos solo practicasen el ejercicio de la religión católica. Esto constituía un éxito para el Papa, que se había autoerigido en árbitro de las negociaciones de paz[8].

Mientras tanto, Giulio Guarnieri tenía las manos libres para poder seguir operando desde el mismo territorio de Francia y manteniendo estrechos contactos con la nobleza católica francesa, cada vez más perseguidos debido a su oposición al antiespañolismo de Richelieu. Giulio Guarnieri era el único vínculo de los líderes católicos con la Roma pontificia y el papa Urbano VIII.

El padre Du Tremblay necesitaba encontrar al espía papal que campaba a sus anchas por Francia, llevando y trayendo mensajes de los nobles de Francia al papa Urbano. Una tarde, el jefe de los espías de Richelieu recibió un informe en el que se indicaba que el agente papal debía reunirse con dos informadores en una posada cerca de la ciudad de Nemours, al sur de París.

Tremblay envió a tres asesinos para matar al agente de la Santa Alianza. Los tres hombres enviados por el jefe de espías del cardenal Richelieu llegaron a la posada de Nemours y pidieron alojamiento. Al día siguiente, la sirvienta llamó a la puerta de los tres asesinos, pero estos no respondieron. Alarmada, llamó al posadero. Este decidió entrar en la estancia para ver qué ocurría. En el interior yacían los cuerpos sin vida de los tres asesinos enviados por el padre Joseph du Tremblay para matar a Giulio Guarnieri. Alguien les había cortado el cuello mientras dormían plácidamente.

La noticia del asesinato llegó a París al día siguiente. Informado de ello, el primer ministro Richelieu ordenó a su servicio de espionaje en-

contrar al espía papal responsable de los tres asesinatos, costase lo que costase. Sin ningún dato que aportar sobre el sienés Giulio Guarnieri, el padre Du Tremblay bautizó al agente de la Santa Alianza como el «espía fantasma».

Tras matar a los tres asesinos enviados por Tremblay, Guarnieri pidió autorización para salir de Francia durante una temporada. El espía creía que los agentes de Richelieu se acercaban demasiado a él y por eso debía abandonar Francia. El cardenal Magalotti informó al Pontífice, quien a su vez dio permiso al dominico Giulio Guarnieri para salir del territorio francés hasta nueva orden. Para Guarnieri estaba claro que alguien cercano a Magalotti había estado informando al padre Du Tremblay sobre sus movimientos en Francia. El principal sospechoso era un sacerdote que trabajaba a las órdenes del cardenal Laudivio Zacchia [9], prefecto del *Domus* de Su Santidad y del Palacio Apostólico. Zacchia recibía muchos de los informes clasificados enviados desde París por Guarnieri, el «espía fantasma», a su jefe, el cardenal Magalotti.

Una noche, cuando el sacerdote ayudante de Zacchia salía del Palacio Apostólico, fue acuchillado hasta la muerte en un oscuro callejón de Roma. Al día siguiente su cuerpo apareció colgado de un puente. Guarnieri informó a Lorenzo Magalotti de que posiblemente el cardenal Zacchia estaba redirigiendo los informes del espionaje papal al despacho del padre Joseph du Tremblay, el jefe de espías de Richelieu. El 30 de agosto de 1637 el cardenal Laudivio Zacchia sufrió un misterioso colapso que le provocó la muerte instantánea. Los rumores desatados afirmaban que posiblemente el prefecto del *Domus* había sido alcanzado por el «largo brazo del Papa», la Santa Alianza.

Durante más de ocho años los espías del cardenal Richelieu dirigidos por el padre Du Tremblay buscaron al espía del cardenal Magalotti sin demasiado éxito. Incluso llegaron a creer que realmente el agente de la Santa Alianza no era más que una invención del propio cardenal Lorenzo Magalotti para desestabilizar la política francesa, pero se equivocaban.

De nuevo el agente volvería a aparecer y a tomar cierto protagonismo en el conflicto entre católicos y protestantes que venía ensangrentando a Europa desde 1618. Alemania continuaba siendo el campo de batalla de la guerra de los Treinta Años, en la que también intervendría Suecia, con sus poderosos ejércitos, capitaneados por su rey, Gustavo Adolfo [10].

Inspirado por su odio a los Habsburgo, el cardenal Richelieu se alió con los suecos, financiando su aventura militar, hasta que lograron vencer a las tropas imperiales. Nuevamente el espía Giulio Guarnieri informó a Roma de que las tropas suecas al mando del rey Gustavo Adolfo se dirigían hacía La Rochelle, pero las fuerzas imperiales no fueron avisadas a tiempo por el servicio de espionaje pontificio. Tal vez, alguien en el círculo cercano al papa Urbano VIII decidió omitir esta información. La ciudadela de los hugonotes en Francia cayó en 1628, lo que hizo que el cardenal Richelieu pudiese dedicarse a la política exterior y a la guerra en Europa [11].

Desgraciadamente para la causa protestante y para Suecia, Gustavo Adolfo murió en la batalla de Lutzen, en 1632. La actitud del papa Urbano VIII no fue muy clara durante estos trágicos acontecimientos. Su simpatía por Francia, aliada de los protestantes, y el cardenal Richelieu le fue reprochada por el legado imperial en Roma, el cardenal Pasmany. Pocos años después se descubriría que el dominico padre Giulio Guarnieri y tal vez su jefe, el cardenal Lorenzo Magalotti, trabajaban para el cardenal Pasmany, quien a su vez informaba a España y a los imperiales sobre los movimientos de tropas protestantes, contrariando las órdenes dadas por el papa Urbano VIII.

La guerra fue para Alemania una verdadera catástrofe, no solo porque duró treinta años, sino porque, como toda guerra religiosa, fue de una crueldad y de una violencia sin igual. Para rebajar el prestigio de la Casa de Austria y para acrecentar el de Luis XIII, el cardenal Richelieu menospreció los principios de la religión, manteniendo a toda Francia bajo el terror permanente de la guerra. Es el remordimiento provocado por esta contradicción entre el conflicto religioso y los compromisos de la política lo que torturaba la conciencia de Joseph du Tremblay, o padre José, como era conocido [12].

El cardenal Lorenzo Magalotti, jefe del espionaje pontificio, moriría, tras padecer un extraño mal, el 19 de septiembre de 1637. El padre Joseph du Tremblay, jefe de los espías de Francia, fallecería tras un ataque de apoplejía en 1638, en el castillo de Rueil, propiedad del cardenal Richelieu. Cuatro años después, el 4 de diciembre de 1642, moría también Armand Jean du Plessis Richelieu, dejando como heredero de su política e intrigas al cardenal Giulio Mazarino, de origen italiano. Mazarino iba a convertirse en el nuevo enemigo de Guarnieri.

Nacido el 14 de julio de 1602, en la ciudad italiana de Pescina, Mazarino se educó en las universidades de Alcalá y Salamanca. Tras pasar varios años en el servicio diplomático papal, el 5 de diciembre de 1642 el cardenal Mazarino fue nombrado ministro principal del Estado. Tras la muerte del rey Luis XIII, el hábil religioso gobernaría Francia durante la regencia de Ana de Austria y hasta la mayoría de edad del rey Luis XIV[13].

La situación política interna del país fue degradándose poco a poco, hasta el punto de que la nobleza, en su mayor parte católica, comenzó a intrigar contra el poder cada vez más absolutista del Estado. Estas intrigas estarían apoyadas, y según dicen financiadas, por la Santa Alianza, por recomendación de su jefa en la sombra, Olimpia Maidalchini, quien se había hecho cargo de los asuntos del espionaje papal tras la muerte del papa Urbano VIII y la elección de su cuñado, el cardenal Juan Bautista Pamphili, un anciano de setenta años que adoptaría el nombre de Inocencio X.

Urbano VIII había fallecido el 29 de julio de 1644 y enterrado en el sepulcro que Bernini había erigido para él en la basílica de San Pedro. Tras veintiún años de pontificado dejó un oscuro recuerdo entre los católicos, que lo acusaron de comportarse como un traidor por su actuación en la guerra de los Treinta Años. Llegaba a su fin una oscura etapa para la Santa Alianza y los espías papales, los cuales se vieron en muchas ocasiones obligados a trabajar para la causa protestante debido a la dudosa neutralidad del Papa. La llegada del cardenal Pamphili a la Silla de Pedro y de su cuñada Olimpia Maidalchini al mando del espionaje pontificio marcarían años de gloria para hombres dispuestos a la aventura, como el dominico sienés Giulio Guarnieri.

Como primera medida para contrarrestar las operaciones de la Santa Alianza, Mazarino nombró a Hugues de Lionne secretario de Estado para Asuntos Extranjeros y responsable del espionaje. La primera misión encomendada a De Lionne fue la de descubrir, localizar y liquidar a los espías papales que operaban en suelo francés, entre ellos su jefe, Giulio Guarnieri. Durante los dos años siguientes el «espía fantasma», envuelto ya en leyenda, se dedicó en cuerpo y alma a ayudar a los nobles católicos franceses a conspirar para acabar con la vida del cardenal Mazarino.

Guarnieri descubrió dos frentes claros con los que atacar al cardenal Mazarino. El primero a través de los nobles, que una vez más, y

tras la muerte de Richelieu, veían reducidos su poder e influencia en el Estado. El segundo frente sería a través de las clases más desfavorecidas y afectadas económicamente por los altos impuestos necesarios para financiar las guerras contra los Habsburgo de España y Viena. El espía papal orquestó un intento de asesinato contra el cardenal Mazarino cuando este se disponía a mantener un encuentro con los oficiales de la Administración, cada vez más descontentos ante los mayores poderes concedidos por el propio cardenal a los intendentes y comisarios reales en cuestión de recaudación de impuestos.

Una mañana, cuando se disponía a bajar de su carruaje, dos hombres vestidos con ropas humildes se acercaron al cardenal Giulio Mazarino para intentar apuñalarlo. El servicio de protección del primer ministro de Francia impidió que los dos asesinos llevasen a cabo su misión. Detenidos, los dos hombres fueron trasladados hasta la prisión central de París.

Sometidos a tortura, declararon en un primer momento que su acción había sido llevada a cabo para vengar a los pobres por la política de impuestos a la que eran sometidos por los intendentes del cardenal Mazarino. Tras una segunda sesión de tortura, uno de los asesinos confesó que él y su compañero procedían de Borgoña. También confesó a Hugues de Lionne, el jefe de espías de Mazarino, que un extraño hombre, al que creían religioso, les había convencido para atentar contra el cardenal y primer ministro de Francia. Incluso el segundo asesino dijo que el religioso les financió el viaje desde Borgoña a París para dar el golpe. De Lionne estaba seguro de que aquel religioso y el «espía fantasma» eran la misma persona, el dominico Giulio Guarnieri.

Tras el atentado, el espía de la Santa Alianza desapareció de Francia, no volviéndose a saber más de él.

Giulio Guarnieri, dominico y espía de la Santa Alianza, moriría en Roma en el año de 1646 (?), víctima de fiebres, debido a un empeoramiento de su salud, bastante deteriorada desde sus tiempos de espía en Francia. Guarnieri sirvió sus últimos años como ayudante y secretario privado del cardenal Stefano Durazzo, tesorero general de la Cámara Apostólica. Otras fuentes apuntan a que el antiguo espía pudo haber sido asesinado por alguien enviado desde Francia para esa delicada misión; pero, como todo en la vida del «espía fantasma», eso forma parte ya de su leyenda.

6

Paluzzo Paluzzi

El «Apóstol de la Orden Negra»

Nacido en Roma, el 8 de junio de 1623, Paluzzo Paluzzi adoptó el segundo apellido de Altieri cuando fue adoptado por el cardenal Emilio Bonaventura Altieri, el mismo día en que fue coronado como Clemente X. Doctorado en leyes por la Universidad de Perugia, Paluzzo Paluzzi fue nombrado miembro de la Cámara Apostólica durante el pontificado de Urbano VIII y auditor general de la misma institución durante el pontificado de Alejandro VII. Durante el consistorio celebrado el 14 de enero de 1664, Paluzzi recibió el capelo cardenalicio de manos del papa Alejandro VII y dos años después, exactamente el 15 de marzo de 1666, nombrado XII Apóstol de Su Santidad.

La repentina muerte de Clemente IX, el 9 de diciembre de 1669, tras treinta meses de pontificado, obligaba al cónclave a reunirse nuevamente. No menos de seis partidos se disputaban la elección del nuevo Papa que debía suceder a Clemente el Breve.

Españoles unidos al cardenal Chigi lanzaron la candidatura del cardenal Escipión d'Elce, pero los franceses decidieron vetarlo. El cardenal Azzolini presentó entonces como candidato al cardenal Vidoni, antiguo nuncio en Polonia, mas esta vez fueron los españoles los que impusieron el veto. Solo cuando los jerarcas de Venecia, España y Francia ordenaron a sus embajadores que encontrasen un candidato de consenso, el cónclave, tras cuatro meses de votaciones, eligió al anciano cardenal Emilio Altieri como nuevo Papa. Altieri adoptaría el

nombre de Clemente X en recuerdo de su antecesor, que le había ascendido a la púrpura cardenalicia[1].

Realmente, este Papa no dio demasiada importancia al papel que debía jugar la Santa Alianza en el ajedrez político de Europa. Clemente X prefería la sutileza de la política y la diplomacia a los bruscos métodos utilizados por la Santa Alianza cuando hacía tan solo cuatro años que el espionaje papal había cumplido un siglo de existencia. El nuevo Pontífice decide descargar su poder en otros, pero al no contar con familiares directos con los que practicar el nepotismo, decidió hacerlo sobre los hombros del poderoso cardenal Paluzzo Paluzzi.

Su poder en la Roma papal fue de tal magnitud que los políticos y poderosos de la época llegaron a denominar al cardenal Paluzzi como el «Apóstol Paluzzi-Altieri», en referencia al primer apellido del Sumo Pontífice. En pocos meses el cardenal Paluzzi no solo se había convertido en la sombra de Su Santidad, sino que también decidió asumir con mano férrea las riendas del espionaje papal y los asuntos de Estado. Nada ni nadie, incluido el secretario de Estado, se movía en Roma sin que el cardenal Paluzzo Paluzzi lo supiese.

Se cree que fue este cardenal quien resucitó la «Orden Negra», la temible organización formada por once monjes, creada por Olimpia Maidalchini y finiquitada por el papa Clemente IX. Paluzzi la utilizaría más como servicio de contraespionaje que como una unidad de asesinos al servicio de la Iglesia[2]. Lo cierto es que en los poco más de seis años en los que Clemente X ocupó la Silla de Pedro, Paluzzi concentró en sus manos uno de los mayores poderes de toda la historia de la Curia romana. Por sus manos pasaron la vida y la muerte de decenas de personajes que renegaban del poder del Papa y de la Iglesia católica como verdadera fe. Para su eminencia el cardenal Paluzzo Paluzzi-Altieri de Albertoni el espionaje y el contraespionaje eran unas poderosas armas en unas manos como las suyas, y de lo que no cabía la menor duda era de que él estaba dispuesto a utilizarlas. Paluzzo Paluzzi sabría cómo hacerlo.

El pontificado de Clemente X no tuvo tampoco unas buenas relaciones con Francia, debido principalmente al desdén con el que el entonces monarca Luis XIV trataba todo lo relacionado con Roma. La más grave crisis surgida entre el rey y el Papa tuvo lugar el 21 de mayo de 1670, cuando el embajador de Francia, el duque D'Estrées, acusó al poderoso cardenal Paluzzo Paluzzi de imponer el veto al nombramiento de todo cardenal francés o claramente pro francés. Paluzzi negó la

acusación y acusó a su vez al embajador de tener una posición antipapista y anticatólica, así como su rey. Clemente X decidió entonces levantarse del trono y dar por terminada la audiencia. En ese momento el diplomático francés se arrojó sobre el anciano Papa y agarrándolo fuertemente por los brazos le obligó a sentarse nuevamente en el trono de Pedro. El Pontífice miró fijamente al diplomático y le juró que no permitiría una nueva afrenta francesa.

El 26 de mayo, por la noche, cinco días después del incidente, el secretario de la legación diplomática de Luis XIV en Roma apareció muerto[3]. Al parecer, el joven diplomático, después de despachar con su embajador, el duque D'Estrées, salió del edificio y se dirigió al Trastevere, al otro lado del río Tíber, en donde se hacinaban lupanares y tabernas. En una de ellas, y mientras comía, estableció contacto con dos hombres muy educados que decían ser estudiantes de Florencia llegados a Roma con el fin de tomar los hábitos, según habían decidido sus nobles familias.

El secretario de D'Estrées continuó bebiendo y comiendo los restos que quedaban en su plato. Al salir del lugar, la noche era primaveralmente agradable y decidió caminar de regreso al pequeño cuarto que tenía alquilado cerca de la embajada de Francia. Hacia la mitad del camino el sudor le hacía casi insoportable el poder respirar y continuar andando. Cerca de una fuente se refrescó y se sentó a descansar. Ya no se levantó. El francés se derrumbó ahí mismo. Una investigación llevada a cabo por los franceses demostró que el joven secretario había sido envenenado con alguna extraña sustancia.

Los dos jóvenes florentinos desaparecieron entre las estrechas calles del Laterano, atravesando un muro cubierto por una maraña de enredaderas. Al otro lado les esperaba el cardenal Paluzzo Paluzzi. Uno de ellos besó el anillo cardenalicio rodilla en tierra mientras su mano le deslizaba un pequeño pergamino rodeado de una cinta de seda roja, el *Informi Rosso*. La misión encomendada por el jefe del espionaje papal había sido llevada a cabo.

Al día siguiente, 27 de mayo de 1670, mientras la embajada francesa aún no se había recuperado de la noticia por la muerte del joven secretario, el papa Clemente X nombraba seis nuevos cardenales, ninguno de ellos francés. A partir de este mismo momento las relaciones entre Francia y Roma, entre Luis XIV y Clemente X, se interrumpieron indefinidamente[4].

La guerra con Holanda dio origen en 1673 a la creación de la llamada Gran Alianza de La Haya con el fin de oponerse a la política expansionista de Francia[5]. El monarca pretendía hacer pasar la situación con Holanda como una guerra santa para el restablecimiento de la religión católica.

Clemente X creyó en tal objetivo a pesar de las advertencias del cardenal Paluzzi, que lo veía únicamente como una guerra expansionista por parte de los franceses. El Papa moriría el 22 de julio de 1676, no sin antes beatificar a Pío V, el gran Papa de la reforma y fundador de la Santa Alianza, el servicio de espionaje papal que había cumplido ciento diez años de existencia[6].

En el mes de agosto se encerraron los cardenales en cónclave para elegir a un nuevo Papa. Los mejores candidatos para ocupar el trono de Pedro eran los cardenales Gregorio Barbarigo y Benedicto Odescalchi, ambos muy próximos al Papa fallecido. Barbarigo se negaba a aceptar la tiara pontificia y así lo comunicó al Colegio cardenalicio.

Para el cardenal Paluzzo Paluzzi aquello suponía quitarse un problema, debido a que Gregorio Barbarigo se había declarado en diversas ocasiones contrario a los métodos utilizados por la Santa Alianza y contrario al poder ejercido por el propio cardenal Paluzzi. Estaba claro que si llegaba a ceñir la tiara pontificia, las operaciones del espionaje pontificio se verían reducidas a la mínima expresión en un momento en el que eran tan necesarias en una Europa dominada por una Francia católica cada vez más belicosa hacia Roma.

A pesar de la oposición francesa, los cardenales votaron a Odescalchi el 21 de septiembre, adoptando el nombre de Inocencio XI, en honor del papa Inocencio X. Como Pamphili, el nuevo Papa apoyaría claramente durante sus trece años de pontificado la necesidad de utilizar los servicios de la Santa Alianza como un mal necesario. Inocencio XI decidió ratificar al cardenal Paluzzo Paluzzi como jefe del servicio de información papal, pero bajo control del cardenal Cibo, secretario de Estado. El nuevo Papa no despacharía directamente con Paluzzi, tal y como hacía su antecesor en la Silla de Pedro. Todos los temas relacionados con el servicio de espionaje serían tratados dentro de un orden del día con el cardenal secretario de Estado, Alderano Cibo[7].

La política de Inocencio XI, y por consiguiente los principales frentes de la Santa Alianza, serían las siempre conflictivas relaciones con Francia y el Rey Sol, la lucha contra el Turco y la esperanza de la

llegada del catolicismo a Inglaterra. Los agentes del cardenal Paluzzi centrarían sus misiones en Francia e Inglaterra.

Estaba claro que el Papa no estaba dispuesto a seguir tolerando las injerencias de Luis XIV en los asuntos de la Iglesia, y es por eso por lo que decide enviar al Rey Sol tres misivas en 1678, 1679 y 1680 exigiéndole que renuncie a la extensión del derecho de «regalías». Las «regalías» eran el derecho que ostentaba la corona de Francia desde la Edad Media sobre algunas diócesis y que consistía en administrar sus bienes y cobrar las rentas (regalía temporal), y conferir en ellas los beneficios sin cura de almas (regalía espiritual). En 1673, Luis XIV extendió este derecho a todas las diócesis de Francia.

Luis XIV pensó que la corona de Francia podía estar en peligro con respecto a las obligaciones de los católicos hacia ella, por lo que decidió convocar una reunión del clero francés en 1680. En el encuentro, todos presentaron sus disculpas al rey por las palabras utilizadas por Inocencio XI en sus misivas y ratificaron su fidelidad y lealtad a la corona y su rechazo abierto al Pontífice. Tan solo dos obispos se negaron a ello. En 1681, un año después, el rey reunió a una nueva asamblea en la que reconocía las «regalías» como un derecho soberano. Los cardenales Cibo, secretario de Estado, y Paluzzi, jefe del espionaje papal, aconsejaron al Pontífice que contraatacase, ya que el monarca francés no se detendría ahí.

El 19 de marzo de 1682, Luis XIV de Francia aprobó los «cuatro artículos» de la declaración redactada por Bossuet, en la que sostenía la independencia absoluta del rey de Francia a las cuestiones temporales, la superioridad del Concilio de Constanza sobre el Papa, la infalibilidad del Pontífice condicionada al consentimiento del episcopado y la inviolabilidad de las antiguas costumbres de la Iglesia galicana. Para rematar la cuestión, el monarca ordenó la enseñanza de los «cuatro artículos» en todas las escuelas del país [8].

Inocencio XI manifestó su desagrado por la posición de los obispos franceses con su rey, ante el que no supieron defender los derechos de la Iglesia. Con respecto a los «cuatro artículos» prefirió no intervenir, pero negó la institución canónica a todos aquellos que habían asistido a las reuniones con Luis XIV.

En 1687, por consejo del cardenal Cibo, el Papa nombró arzobispo de Colonia al candidato imperial frente al propuesto por Francia y, por consejo del cardenal Paluzzi, abolió el derecho de asilo en las em-

bajadas en Roma en defensa del orden público. España y Venecia se sometieron a la disposición pontificia, pero no así Francia. Esta última medida generaría una guerra encubierta entre Francia y los Estados Pontificios por el llamado *caso de la red Scipion*[9].

Desde 1685 la Santa Alianza había detectado la infiltración en la Secretaría de Estado de agentes franceses. Los espías de Luis XIV eran tres religiosos que trabajaban archivando documentos de la Secretaría de Estado, muchos de los cuales, clasificados como «Material delicado», eran copiados y enviados mediante un sistema de correo a la legación diplomática francesa en Roma. El jefe de la red se hacía llamar *Scipion.* El secretario de Estado, Alderano Cibo, convocó a Paluzzi y le ordenó que desmontase toda la red de espías franceses dentro del Laterano. El propio Cibo autorizó entonces a Paluzzi a utilizar todos los métodos necesarios. El jefe de la Santa Alianza decidió entonces conectar a los monjes de la «Orden Negra».

El primer miembro de la *red Scipion* caería en manos de la «Orden Negra» en la mañana del 11 de mayo de 1687. Dos agentes del espionaje papal seguían desde hacía meses a un *scriptor*[10] que trabajaba en la Biblioteca Vaticana. Los *scriptores* eran frailes que copiaban a mano los manuscritos para la Biblioteca Vaticana desde 1431, durante el pontificado del papa Martín V. Este fraile se dedicaba a transcribir y copiar documentos de la Secretaría de Estado para ser luego distribuidos entre los diferentes miembros de la Curia. La Santa Alianza había descubierto que algunos de los documentos, en especial los relacionados con Francia, eran requeridos siempre por este *scriptor.* El espionaje pontificio contabilizó el número de copias realizadas por el fraile y las que después fueron distribuidas. Siempre que se trataba de un documento clasificado de «Material delicado» y relacionado con Francia o Luis XIV, una de las copias dejaba de ser distribuida o simplemente desaparecía.

Reportado el caso al cardenal Paluzzo Paluzzi, el jefe del espionaje ordenó a los monjes de la «Orden Negra» que detuviesen «vivo» al *scriptor.* El 19 de mayo el fraile fue detenido y enviado a la sede del espionaje papal, en donde fue interrogado. Aplicado el suplicio, el espía de *Scipion* reveló el nombre de otros dos miembros de la red que espiaban para el rey Luis XIV en Roma.

El 21 de mayo el cadáver torturado del fraile fue encontrado colgado de un puente sobre el Tíber. Alguien le había introducido un pe-

queño trozo de tela negra con dos bandas rojas cruzadas en el interior de la boca. El temible brazo de la Iglesia había golpeado a un enemigo, pero aún quedaban libres dos espías más de la red[11].

En la tarde del 23 de mayo los agentes de la Santa Alianza se disponían a detener a un sacerdote que trabajaba a las órdenes del cardenal Alderano Cibo. El religioso consiguió evadirse de la vigilancia y pidió asilo en la embajada de Francia. Los agentes informaron al cardenal Paluzzi de que el espía había conseguido refugiarse en la legación francesa. Cibo, en aplicación del decreto papal de abolición del derecho de asilo en las embajadas en Roma decretado por Inocencio XI, ordenó a seis monjes de la «Orden Negra» penetrar con la cara cubierta en el palacio Farnese, sede de la embajada de Luis XIV en Roma, y llevarse al sacerdote por la fuerza.

Interrogado, se descubrió que tras el nombre clave de *Scipion* se ocultaba un monje que tiempo atrás había formado parte de la Santa Alianza y que había sido reclutado por el espionaje de Luis XIV debido a sus orígenes franceses. *Scipion* era hijo de un ciudadano de Venecia y de una mujer florentina que se había educado en la Francia de Mazarino. Al parecer, *Scipion* se había especializado dentro de la Santa Alianza en la eliminación de «enemigos de la Iglesia» a través del veneno.

El 26 de mayo de 1687 ocho miembros de la «Orden Negra» entraron espada en mano en la habitación de un hospedaje cercano al palacio papal en Roma. Desde una carroza negra cubierta con el emblema pontificio en sus puertas observaban la operación el cardenal Paluzzo Paluzzi y el cardenal Alderano Cibo. Antes se había dado la orden de que en los alrededores no hubiese ninguna patrulla de la guardia papal. Realmente, no interesaba que hubiese testigos de la eliminación de *Scipion*[12].

Los primeros monjes subían por la estrecha escalera cuando ante ellos apareció *Scipion* espada en una mano y daga de misericordia en la otra. En posición de guardia, se entabló un combate desigual de seis a uno. El lance duró poco tiempo, debido al número de atacantes, que obligaron al espía de Luis XIV a tener que retirarse hacia los pisos superiores de la casa. Intentando evadirse por una pequeña ventana, *Scipion* resbaló, cayendo a pocos metros de donde se encontraba la carroza con los dos cardenales. Uno de los oficiales de la «Orden Negra» se dirigió hacia el espía de Luis XIV, que aún no había conseguido levan-

tarse, y clavó su espada en el cuello del jefe de la *red Scipion*. Sangrando abundantemente, intentaba levantarse para continuar luchando. En ese mismo momento, *Scipion* recibió tres certeras estocadas, una de ellas partiéndole el corazón en dos. Antes de caer al suelo ya estaba muerto. El cardenal Paluzzi, con su mano derecha enguantada, hizo la señal de la cruz y cerró la cortina mientras la carroza se alejaba.

Los cadáveres de *Scipion* y del sacerdote arrancado de la embajada francesa aparecerían colgados de un puente sobre el Tíber. Sus restos deberían mostrar una señal clara a todos aquellos ciudadanos de Roma y extranjeros que pusiesen en duda el poder papal. El mensaje de que la justiciera mano de Dios era larga, y la Santa Alianza y la «Orden Negra» sus herramientas para administrarla, quedaba ya bastante claro para todos.

El incidente en la embajada de Francia con los agentes de la Santa Alianza provocó graves reacciones en la corte de París. Luis XIV ordenó a su nuevo embajador que entrase en Roma en noviembre de 1687 escoltado por un regimiento con gran ostentación de armamento. Inocencio XI decidió excomulgar al enviado del monarca y no recibirle en audiencia.

A comienzos de 1688 el Papa, a través de su nuncio en París, hizo saber a Luis XIV que tanto él como sus ministros debían considerarse *incursus* (incurrir en censuras eclesiásticas) [13]. Luis XIV, en pleno esplendor de su poder, ni siquiera hizo caso alguno a las advertencias de Inocencio XI y, como ya había hecho durante el pontificado de Alejandro VII, ordenó a sus ejércitos la ocupación de Avignon y el Venassin.

También las ansias por la llegada de un monarca católico a la corona de Inglaterra dieron un punto de optimismo al Papa de Roma casi a finales del siglo XVII. Jacobo II, católico ferviente y que había ascendido al trono en 1685, envió un embajador al papa Inocencio XI y permitió el regreso de los jesuitas a los territorios de su reino [14]. Es durante este tiempo cuando la Santa Alianza despliega un mayor número de agentes por toda Inglaterra.

El cardenal Paluzzo Paluzzi sabía que tarde o temprano la situación religiosa en las islas volvería a la normalidad, es decir, a la religión protestante. Jacobo intentaba imitar el absolutismo llevado a cabo por su vecino Luis XIV. La reacción de los protestantes no se hizo esperar, tal y como esperaba Paluzzi. La sublevación fue retrasada, según informaron los agentes de la Santa Alianza en la corte de Jacobo, debido a

que este no tenía hijos varones y sus hijas estaban casadas todas ellas con príncipes protestantes. Tan solo había que esperar a que muriese el rey; pero en 1686 la segunda esposa del monarca le dio un hijo varón, abriéndose así la posibilidad de establecer una dinastía y linaje católicos.

El primer paso para la sublevación de los protestantes dio comienzo con el ofrecimiento de la corona de Inglaterra a Guillermo III de Orange, casado con la hija mayor de Jacobo. El 5 de noviembre de 1688 el propio Guillermo y sus tropas desembarcaron en Inglaterra y en poco tiempo se hizo con el absoluto control del país. Jacobo II tuvo que refugiarse en Francia hasta su muerte y la derrota del catolicismo en Inglaterra se consumó hasta el día de hoy.

Inocencio XI no fue testigo de ello, debido a que había muerto tan solo tres meses antes, el 12 de agosto de 1689, siendo sucedido en el trono de Pedro por el cardenal Pedro Ottoboni, que adoptaría el nombre de Alejandro VIII. Este Papa, que tan solo gobernaría dieciséis meses, cedería a las presiones del despótico Luis XIV hasta su muerte, el 1 de febrero de 1691. Su sucesor, Inocencio XII, se convertiría en el último Papa del siglo XVII, pero esto no significaba que fuese a tener un pontificado tranquilo. Europa estaba envuelta en guerras religiosas y políticas, y Luis XIV seguía aún ejerciendo su influencia y poder no solo en toda Francia, sino también en el continente, lo que le permitía mantener el control absoluto ante la época de intrigas que llegaba.

A la muerte del breve Alejandro VIII, el 1 de febrero de 1691, se convocó el cónclave para elegir al que sería el último Papa del siglo XVII, que estaba a punto de finalizar. Nuevamente el cardenal Gregorio Barbarigo, y como había ocurrido ya durante la elección del papa Inocencio XI, se convirtió en el más firme candidato para ocupar el trono de Pedro. Barbarigo era un hombre piadoso, pero también un recalcitrante enemigo de las actuaciones de la Santa Alianza. En 1676, el cardenal Paluzzo Paluzzi, que aún mantenía el control sobre el espionaje, no estaba dispuesto a tener que deshacerse de tan valioso aparato de seguridad e información y con tanto poder como el servicio secreto papal[15].

De todos los cónclaves del siglo XVII, el de 1691 fue el más largo. En total duró cinco meses, del 12 de febrero al 12 de julio. Ni los españoles, ni los franceses, ni los imperiales estaban dispuestos a votar a

Barbarigo. La llegada de los calores a Roma hizo que los cardenales encontrasen un candidato de consenso, Antonio Pignatelli, que adoptó el nombre de Inocencio XII, el 12 de julio de 1691.

Nacido en el corazón de una de las más nobles familias de Bari, el padre del nuevo Papa era príncipe de Minervo y Grande de España. Sus relaciones con la Curia romana le ayudaron a ascender en el escalafón eclesiástico hasta alcanzar los cargos de vicelegado en Urbino, gobernador de Viterbo, nuncio en Florencia, Viena y Polonia, e inquisidor en Malta. En esta última etapa es cuando el cardenal Antonio Pígnatelli mantiene las más estrechas relaciones con los agentes de la Santa Alianza y con su jefe, el poderoso cardenal Paluzzo Paluzzi.

En estos años operaba en Malta un comerciante protestante irlandés llamado William DeKerry. En las calles de la isla se decía que DeKerry no solo era un simple comerciante, sino también un espía de los herejes ingleses y contrabandista. Los galeones de la marina inglesa permitían el libre paso de los barcos de DeKerry a cambio de informaciones sobre los atraques y rutas de buques que navegaban bajo banderas enemigas o de naciones católicas. Al parecer, el irlandés tenía sobornadas a las autoridades del puerto, que le informaban de las rutas y fechas de partida de los galeones de países enemigos, así como del contenido de sus cargas, para después en alta mar ser abordados por los galeones ingleses[16].

El inquisidor Antonio Pignatelli informó al secretario de Estado y al servicio secreto papal a través de una carta al cardenal Paluzzi. La Santa Alianza decidió entonces el envío de cinco agentes de la «Orden Negra». Los monjes resolvieron el asunto secuestrando al oficial del puerto de Malta y, bajo amenaza de ser entregado al Santo Oficio, el hombre confesó que recibía una buena cantidad de dinero por pasar información a William DeKerry sobre el tráfico portuario. Paluzzo Paluzzi decidió acabar con el irlandés como jefe de la red y así se lo ordenó a sus agentes.

Una noche, mientras DeKerry se dirigía a pie a la residencia del embajador de Francia, cuatro hombres armados con espada y espadín salieron a su encuentro. El duelo duró poco tiempo debido al número de asaltantes. Minutos después el cadáver del comerciante y espía irlandés era arrojado a las aguas del Mediterráneo. Al conocerse la muerte y desaparición de William DeKerry, la red dejó de operar y los agentes de la Santa Alianza abandonaron silenciosamente Malta de la

misma forma en que habían llegado. El largo brazo de la Iglesia había alcanzado a un nuevo enemigo.

Inocencio XII, con claras reminiscencias de su época como inquisidor, continuaría con su cruzada contra los herejes, utilizando a la Santa Alianza del cardenal Paluzzi como largo brazo de la fe. Uno de estos enemigos sería Charles Blount [17].

La teoría del libre examen, que apareció en el siglo XVI con la Reforma, no solo contribuyó a la descomposición del protestantismo, sino que dio origen a pequeñas sectas, una de ellas el deísmo. Es Charles Blount, nacido a mediados del siglo XVII, de quien se tiene la primera documentación a través del *Diccionario Enciclopédico de Teología Católica* de Wetzer y Welth [18].

Blount, en su refugio inglés, se distinguió como un enemigo cada vez más poderoso de la Iglesia de Roma a través del deísmo, que penetraba en las fronteras de los Estados Pontificios mediante predicadores que intentaban ganar adeptos de forma clandestina. Varios de estos serían detenidos por miembros de la Santa Alianza y entregados a los tribunales e interrogadores del Santo Oficio. Muchos de ellos, tras ser sometidos a torturas, se confesaron seguidores de Charles Blount [19].

El Papa no estaba dispuesto a permitir semejante herejía, así es que ordenó al cardenal Paluzzi que pusiese remedio a aquellos herejes. El ya anciano cardenal, que contaba setenta años de edad, decidió el envío de tres monjes de la «Orden Negra» a Inglaterra. Una mañana del año 1693 el cadáver del polemista Charles Blount fue encontrado en el suelo de su residencia con un disparo en el pecho. Las autoridades explicaron que posiblemente Blount se habría suicidado al no permitírsele contraer matrimonio con su cuñada, a la que amaba profundamente, y debido a la depresión provocada se había quitado la vida disparándose directamente al corazón. Con aquella explicación el caso fue cerrado y los monjes del cardenal Paluzzi regresaron a Roma.

Los últimos años del pontificado de Inocencio XII y del poder del cardenal Paluzzo Paluzzi al frente de los servicios de inteligencia pontificios se centrarían en el problema de la sucesión a la corona española. El rey Carlos II, que ostentaba la corona desde 1665, pidió consejo al Papa, que se pronunció a favor del príncipe elector de Baviera, José Fernando, que tenía cuatro años de edad. Hijo del elector de Baviera, Maximiliano Manuel, y de la archiduquesa María Antonia, nieta de Fe-

lipe IV, fue elegido sucesor por Carlos II en 1696 por mediación de Mariana de Austria y del papa Inocencio XII.

La firma del «Tratado de Partición» en La Haya, bajo el impulso del rey Luis XIV de Francia, le adjudicaba los reinos peninsulares, menos Guipúzcoa, las colonias en América, Cerdeña y los Países Bajos, quedando los demás territorios para el archiduque Carlos de Austria o para el Delfín de Francia. La noticia llegó a España y Carlos II nombró al pequeño José Fernando heredero universal de todos sus Reinos, Estados y Señoríos, sin permitir la renuncia a ninguno de ellos[20].

El cardenal Paluzzo Paluzzi aconsejó entonces al Papa que protegiese al niño si quería que este reinase alguna vez en España. El jefe de los espías del Pontífice sabía que tarde o temprano Luis XIV intentaría algo contra el heredero, en claro favor de su nieto, Felipe de Anjou. Paluzzi no llegó nunca a ver cumplidos sus temores debido a que moriría a los setenta y cinco años de edad, el 29 de junio de 1698, en la ciudad italiana de Ravena, en donde había sido nombrado arzobispo emérito.

Según la leyenda, el Apóstol de Su Santidad, jefe del espionaje papal y maestro de espías durante casi tres décadas, que había regido los destinos de la Santa Alianza durante los pontificados de Clemente X, Inocencio XI, Alejandro VIII e Inocencio XII, murió envenenado por agentes al servicio de Luis XIV tras un banquete. Al parecer, el cardenal Paluzzo Paluzzi-Altieri de Albertoni habría recibido una fuerte dosis de veneno al ingerir un cordero que al parecer había sido sazonado con hojas de eléboro negro, una planta altamente tóxica que se utilizaba en la antigüedad para envenenar el agua o puntas de flechas[21]. Nadie en la cocina del cardenal comprobó los platos que fueron servidos en la última y opípara cena del jefe de los espías del Papa y a quien muchos estudiosos han definido como el «Apóstol de la Orden Negra».

Realmente esta es una leyenda más que rodea la vida y la muerte de uno de los mejores y más grandes espías del servicio secreto papal. Al no existir pruebas documentales ni bibliográficas sobre este asunto, el «posible» asesinato del cardenal Paluzzo Paluzzi, jefe de la Santa Alianza entre 1670 y 1698, mediante envenenamiento por eléboro negro o «Rosa de Navidad» por agentes de Luis XIV, debe tomarse como tal, como una leyenda más.

Lo cierto es que su cadáver permaneció expuesto en la iglesia de Santa María, en Campitelli (Roma), y enterrado días después en la ca-

pilla de San Juan Bautista que él mismo había mandado construir en la misma iglesia.

Pocos meses después, en los primeros días de 1699 y cumpliéndose la profecía del cardenal Paluzzi, el pequeño José Fernando de Baviera cayó enfermo de manera repentina. El tratamiento prescrito no fue resolutivo y el 5 de febrero se agravó su estado de salud de manera alarmante. En la madrugada del día 6 fallecía entre vómitos y convulsiones a la edad de siete años, lo que iba a permitir la entrada de los Borbones en el trono español con Felipe V [22]. En numerosas cortes europeas circuló el rumor de que el niño había sido envenenado siguiendo instrucciones de Versalles, pero, como en el caso del espía y cardenal Paluzzo Paluzzi, nunca pudo ser demostrado.

El 22 de julio de 1700 moriría también en extrañas circunstancias el cardenal secretario de Estado Alderano Cibo, quien había sido uno de los más poderosos protectores del cardenal Paluzzo Paluzzi y defensor de las operaciones de la Santa Alianza a lo largo y ancho de toda Europa. La causa de su muerte, así como la del cardenal Paluzzi, continúa siendo un misterio más en la oscura y larga historia del servicio de espionaje papal.

7

Annibale Albani

En nombre de «Iscariote»

Nacido el 15 de agosto de 1682 en el seno de una noble familia de Urbino, los Albani eran descendientes de refugiados albaneses llegados a tierras italianas en la mitad del siglo XV. Con el paso de los años los Albani se convirtieron en una de las familias más nobles de la Curia romana. El propio Annibale Albani era sobrino del papa Clemente XI (1700-1721) y hermano del cardenal Alessandro Albani. Con dieciocho años se incorpora al Seminario Romano, de donde sale en 1706 para ser nombrado chambelán privado de Su Santidad, protonotario apostólico y, finalmente, presidente de la Cámara Apostólica, el 8 de agosto de 1707. Pero siete años antes un hecho en España iba a marcar la vida eclesiástica de Annibale Albani hasta el día de su muerte.

El 3 de octubre de 1700, mientras se desarrollaba el cónclave que eligió al cardenal Giovanni Francesco Albani, su tío, como nuevo Papa, el rey Carlos II redacta un último testamento en el que deja toda su herencia y la corona de España al segundo hijo del Delfín de Francia. Si Anjou no aceptaba, la corona pasaría entonces al archiduque Carlos. Pocos minutos antes de las tres de la tarde del 1 de noviembre fallecía el último rey de España de la Casa de Austria. Bajo la monarquía de Carlos II el imperio español se había hundido y los españoles deseaban ardientemente un nuevo rey que les devolviese a los gloriosos tiempos de Felipe II, una época que no volverían a vivir.

Durante el cónclave el sector francés y el hispano-imperial no llegaban a un acuerdo, por lo que el grupo de los zelantes decidió lanzar la candidatura del cardenal Giovanni Francesco Albani; pero este se negó a aceptar la tiara. Antes de dar el sí al nombramiento, el cardenal Albani quería consultarlo con un prestigioso grupo de teólogos. Por fin, el 23 de noviembre de 1700 el cardenal Albani se convirtió en Clemente XI[1].

El nuevo Pontífice, de cincuenta y un años, era un hombre jovial y tremendamente culto, pero sus decisiones políticas eran a veces, y en los tiempos que corrían, demasiado lentas. Una de estas importantes decisiones que tardaron en llegar fue el nombramiento de un nuevo jefe para la Santa Alianza.

Desde el supuesto asesinato del poderoso cardenal Paluzzo Paluzzi, dos años antes, por agentes franceses, los espías del Papa habían notado una clara inactividad en sus operaciones, algo que se apreciaba a la larga en las actividades de la Secretaría de Estado, vacante desde la muerte de Inocencio XII. Por ejemplo, el cónclave no se enteró de la muerte del rey Carlos II de España hasta dieciocho días después del fallecimiento de este[2].

Clemente XI no entendió hasta pasados bastantes años de gobierno la necesidad de un servicio de información ágil para conocer de antemano los acontecimientos que iban a asolar Europa en los meses siguientes. Tal y como habían hecho otros papas, utilizando a la Santa Alianza como un peón importante en el gran juego de ajedrez de la política europea, el nuevo Papa no sabía aún cómo hacerlo o por lo menos en qué medida podían los espías del Vaticano ayudarle a tomar una decisión correcta en bien de la Iglesia.

El nuevo secretario de Estado, el cardenal Fabrizio Paolucci, era un hombre hábil y experto en política, pero no creía demasiado en cómo la Santa Alianza podía ayudar al Papa a tomar decisiones en materia de política exterior.

Felipe de Anjou, de acuerdo con el testamento de Carlos II, fue coronado el 8 de mayo de 1701 en Madrid como nuevo rey, adoptando el nombre de Felipe V, pero el emperador puso en duda la validez del testamento del rey fallecido y declaró que su hijo, el archiduque Carlos, tenía los mismos derechos sucesorios que Felipe V. Clemente XI se ofreció como intermediario en la disputa para que no se desatase la guerra entre el Imperio y Francia.

En esos mismos días el Papa, por recomendación del cardenal Paolucci, decide nombrar a su sobrino Annibale Albani[3], experto en diplomacia y muy allegado a la Santa Sede, responsable en funciones de la Santa Alianza. Albani tenía órdenes expresas del secretario de Estado Paolucci de mover la maquinaria de información e inteligencia de la Santa Sede y proveer de información política a la Secretaría de Estado.

Las primeras informaciones que comienzan a recopilar los agentes de la Santa Alianza son que los dos bandos buscan aliados en caso de que estalle una guerra abierta entre ambos sectores. La Santa Alianza ha informado al cardenal Paolucci de que Felipe V intenta conseguir como aliados a los duques de Mantua y Parma para su causa, mientras que el archiduque Carlos busca la alianza con el duque de Módena. Clemente XI decide enviar una mensaje pontificio a los tres recomendándoles «absoluta» neutralidad. El cardenal Paolucci y Annibale Albani saben que si alguno de ellos se suma a la causa de uno u otro contendiente la guerra que se desate podría llegar a las mismas puertas de los Estados Pontificios.

El duque de Módena tenía entre sus consejeros a un veneciano llamado Vicenzo Lascari. Este le aconsejaba unir sus fuerzas a las del emperador de Austria en defensa de los derechos del archiduque Carlos a la corona española. Lascari sabía que su señor podría alcanzar importantes privilegios territoriales si la causa de Carlos ganaba la corona de España. A pesar de las advertencias del Papa, el duque de Módena dijo estar dispuesto a ir a la guerra en defensa de la causa del archiduque Carlos[4].

Para el cardenal Paolucci y los Estados Pontificios las interferencias del veneciano Lascari eran demasiado peligrosas y, por lo tanto, se había convertido en un objetivo a eliminar. Para las jerarquías cercanas al pontífice Clemente XI era mucho más peligroso que la guerra se acercase a las puertas de la Santa Sede a que se desatase un conflicto bélico a mayor escala en todo el continente europeo.

El cardenal secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, decidió, antes de tomar una decisión más trascendental, enviar una carta al consejero del duque de Módena con el fin de hacerle ver la peligrosidad de acercar la guerra que iba a desatarse en breve hasta el mismo corazón de los reinos italianos. Vicenzo Lascari prefirió ignorar la carta y continuó con su clara política de apoyo a la causa del archiduque Carlos. Al final, los agentes de Annibale Albani decidieron actuar por orden del cardenal Paolucci y en la noche del 11 de enero de 1702 asesinan a

Vicenzo Lascari cuando este se dispone a subir a un carruaje. Esa noche el fiel consejero del duque de Módena había ido a visitar a una cortesana, quien al parecer informaba a los agentes del espionaje pontificio en la ciudad. Por recomendación de la Santa Alianza, la mujer citó en su casa a Lascari.

Cuando este salió en la madrugada para regresar a su casa, los asesinos ya le esperaban en la calle daga en mano. Seis puñaladas acabaron con su vida. Al día siguiente, y tras conocerse la terrible noticia del asesinato por parte de los hombres de Albani, el duque de Módena envió una carta personal al cardenal Paolucci, secretario de Estado del papa Clemente XI, anunciándole su predisposición a mantenerse neutral en la Guerra de Sucesión[5].

Durante el año 1701 el rey Luis XIV, en nombre de su nieto, el rey de España, había ocupado militarmente las posesiones españolas en Italia, como el ducado de Milán, los reinos de Nápoles y Sicilia y la isla de Cerdeña. También había enviado tropas a las provincias de los Países Bajos del sur. El resto de colonias, las islas Canarias, todo el sur y centro de América, las islas Filipinas y un buen número de fortificaciones en la costa norte de África se pusieron a las órdenes del rey Felipe V. Debido a las guerras contra Francia de finales del siglo XVII, España había perdido el Franco-Condado, la mayor parte de los Países Bajos meridionales y casi todas las posesiones en el Caribe[6]. «El actual estado del reino era el más lastimoso del mundo, porque el débil gobierno de los últimos reyes había producido un horrible desorden en los asuntos: la justicia abandonada, la policía descuidada, los recursos agotados, los fondos vendidos, el pueblo oprimido y el amor y el respeto al soberano perdidos», escribía el duque de Escalona, marques de Villena, al rey Luis XIV de Francia en 1700, una carta que sería interceptada por agentes papales.

La guerra parecía ya casi inevitable cuando un poderoso ejército del emperador de Austria al mando del general príncipe Eugenio de Saboya entró en territorio italiano. A finales del mes de mayo de 1702 agentes del cardenal Annibale Albani destinados en Cataluña informaron a Roma de que el rey Felipe V se disponía a crear una escuadra de guerra formada por navíos franceses para dirigirse a Nápoles. El 8 de abril del mismo año, tal y como habían informado los agentes papales, los nueve buques al mando del mismísimo rey de España zarparon del puerto de Barcelona hacia el reino de Nápoles[7].

El desertor más importante de la causa, y según cuentan por recomendación del papa Clemente XI y del cardenal Annibale Albani, de la Santa Alianza, sería el propio duque de Saboya. En octubre de 1701, mientras su hija se casaba con el rey Felipe V, él unía sus tropas y fidelidades al emperador de Austria para luchar contra el abuelo de su yerno.

La llegada de Felipe V a Nápoles no pudo ser en mejor momento. A los napolitanos no les gustaba ni el nuevo rey, ni España. Incluso unos meses antes la Santa Alianza había descubierto una conspiración para asesinar al virrey.

La «conspiración de los nobles», como fue conocida en su momento, estuvo orquestada por un grupo de nobles, en su mayor parte napolitanos, que apoyaban la sublevación contra España y Felipe V en favor del archiduque Carlos con la esperanza de que este, como agradecimiento, les concediese la independencia.

La Santa Alianza había informado a Roma de lo que se preparaba en Nápoles. El cardenal Albani informó a su vez al secretario de Estado Paolucci y al papa Clemente XI. El Sumo Pontífice ordenó a su jefe de espías pasar la información a los españoles. La diplomacia papal tenía claro que prefería una colonia española cerca de los territorios pontificios que una república napolitana independiente de España o Roma.

Pocos días antes de llevar a cabo el atentado, el cabecilla de la rebelión fue detenido por agentes españoles informados por agentes de la Santa Alianza. El mayor problema de los espías españoles de la época era que en su mayor parte no hablaban italiano o dialecto y, por lo tanto, sus principales fuentes de información eran los sirvientes españoles que trabajaban en las grandes casas de la nobleza de la ciudad. Los agentes del Papa, en cambio, eran florentinos, sieneses, venecianos e incluso napolitanos, por lo que sus redes de informadores tenían mayor alcance. En tan solo tres días, diecinueve personas involucradas en la conspiración fueron detenidas y la mayor parte de ellas ejecutadas en la horca[8].

El 15 de mayo de 1702, Inglaterra, las Provincias Unidas y el Imperio declaraban la guerra a Francia, dando así inicio a la Guerra de Sucesión española. Los temores del papa Clemente XI se hacían brutalmente realidad. Desde ese mismo momento, Annibale Albani y sus espías se pondrían a trabajar en beneficio único y exclusivo de la Santa

Sede y manteniéndose siempre en el peligroso filo de la navaja de la neutralidad, algo que finalmente terminaría pasando factura al Sumo Pontífice de Roma. La neutralidad del Papa provocaría años después la ruptura de relaciones entre Madrid y Roma.

El primer conflicto para mantener esa neutralidad se daría pocos meses después. Felipe V comentó a su abuelo Luis XIV su intención de ir a Roma para presentar sus respetos al papa Clemente XI[9]. El poderoso Rey Sol le ordenó quitarse de la cabeza la idea, pero Felipe sabía que para poder usar el título de rey de Nápoles, en el pasado una tradicional posesión feudal del Papado, el Pontífice tenía antes que confirmarle como tal.

Clemente XI, encerrado en Roma, se encontraba atrapado en la difícil neutralidad entre las grandes potencias católicas y desde luego era impensable confirmar a Felipe V como rey de Nápoles. Antes de partir de Nápoles, el rey envió ante Clemente XI a un embajador para presentar sus respetos al Pontífice, como signo de cortesía. El 2 de junio partía hacia el norte con veinte buques de escolta. La llegada a Milán fue realmente el primer contacto de Felipe V con la guerra[10].

Las fuerzas franco-españolas en el norte de Italia estaban al mando del general francés Louis-Joseph de Borbón, duque de Vendôme. Este era un experto militar que ya había dirigido al ejército que había tomado Barcelona en 1697. Hasta el 12 de octubre, fecha de su regreso a Milán, el rey permanece en el frente, participando activamente en la batalla de Luzzara.

Otro hecho destacado para la historia de la Santa Alianza y del cardenal Annibale Albani es el reclutamiento del marqués de Louville por parte del espionaje pontificio. Varios historiadores han llegado a afirmar que era el marqués de Louville, tutor de Felipe V, el doble agente que actuaba para el servicio de espionaje de Luis XIV y para la Santa Alianza de Clemente XI. Mucho se ha discutido sobre este tema; incluso las cartas firmadas por el marqués de Louville encontradas en los Archivos Vaticanos y dirigidas al cardenal secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, y al cardenal Annibale Albani escapan de inocentes misivas para convertirse en importantes y precisos informes sobre los movimientos de Felipe V y su corte.

Lo cierto es que la relación entre el rey y el marqués de Louville era muy estrecha, llegando incluso Felipe V a conceder a su tutor el mando del llamado Tercio Viejo de los Morados. Con casi seis mil

hombres divididos en dos regimientos, uno español y otro valón, que se trajo consigo el rey desde Barcelona, el Tercio fue destinado a la Guardia de Palacio, sustituyendo a las antiguas compañías de archeros y alemanes que desempeñaban esta función durante el reinado de los Austrias. Desde ese mismo momento el marqués de Louville se convirtió en el mejor espía del Papa en la corte del rey de España.

Es también Louville quien informa a Annibale Albani sobre otro grave incidente ocurrido en la corte: la traición de Juan Tomás Enríquez de Cabrera, Almirante de Castilla, duque de Rioseco y conde Melgar. El almirante había estado ocultando desde hacía tiempo su insatisfacción por los manejos de los cortesanos y nobles franceses de Felipe V en detrimento de los nobles españoles que habían servido con lealtad al rey Carlos II y a la Casa de Austria.

Tal vez para apartarlo de Madrid, a él y a sus quejas, Juan Tomás Enríquez de Cabrera fue nombrado embajador en Francia, saliendo de España con un séquito de trescientas personas y ciento cincuenta carruajes. En septiembre de 1702 el gran almirante ordenó desviarse hacia Portugal, en donde se exilió y entró al servicio del archiduque Carlos. Como mano derecha y acompañante en la huida estaba Diego Hurtado de Mendoza, conde de la Corzana y antiguo virrey de Cataluña[11].

El rey Felipe V «acusaba» diplomáticamente en una rígida carta al papa Clemente XI, al cardenal Paolucci, al cardenal Albani y a la Santa Alianza de haber orquestado la deserción de su almirante Juan Tomás Enríquez de Cabrera y de Hurtado de Mendoza. Documentos de la época señalan que tal vez, aunque no los motivos de la deserción de ambos nobles, la ruta de escape hacia Portugal pudo haber sido diseñada por agentes del espionaje papal en Lisboa y Madrid con el conocimiento del cardenal Paolucci y del jefe de la Santa Alianza, Annibale Albani.

La Guerra de Sucesión española se estaba convirtiendo en una guerra mundial, ya no tanto por los teatros de operaciones, sino porque el conflicto estaba provocando reacciones económicas y políticas desde Perú a Moscú, desde Jamaica a Roma, desde París a Madrid, desde Londres a Viena. Portugal se había unido a la causa del archiduque Carlos de Habsburgo, formando bloque con Inglaterra.

En septiembre de 1703 el segundo hijo del emperador Leopoldo fue coronado rey de España en Viena a los dieciocho años de edad,

adoptando el nombre de Carlos III. El 7 de marzo del año siguiente, Carlos entra en Portugal acompañado de una escuadra inglesa al mando del almirante sir George Rooke y trescientos soldados alemanes, cuatro mil ingleses y dos mil holandeses. Para amortiguar el efecto político de la deserción de Juan Tomás Enríquez de Cabrera y Diego Hurtado de Mendoza y la posible ayuda recibida en su huida por la Santa Alianza, Clemente XI ordena al cardenal Albani que pase a Madrid los informes recibidos desde Londres por el agente Tebaldo Fieschi sobre la expedición militar de escolta del archiduque Carlos. Felipe V, enterado de las noticias, decide cruzar la frontera, provocando la guerra con Portugal.

La guerra se extendería hasta 1711, cuando el emperador José I, el hermano del archiduque Carlos, falleció repentinamente. Este hecho hizo que Carlos renunciase al trono de España y aceptase el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Annibale Albani, el jefe del espionaje papal, sería nombrado el 15 de agosto procurador de la Santa Sede en la Dieta Imperial de Fráncfort por orden del Sumo Pontífice para la elección del nuevo emperador. En el mes de septiembre de 1711 el archiduque, ahora emperador Carlos VI, sería coronado en Fráncfort.

Durante los diez años siguientes el cardenal Annibale Albani siguió controlando los destinos del espionaje papal con mayor o menor fortuna, hasta el 19 de marzo de 1721, fecha en la que Clemente XI fallecía en su propia cama en Roma.

Veintiún días después, exactamente el 31 de marzo, los miembros del Sacro Colegio cardenalicio se encerraban en cónclave para elegir un sucesor de Pedro. La mayoría del Colegio cardenalicio había sido nombrada por el Papa fallecido y en las primeras votaciones Fabrizio Paolucci estuvo a punto de alcanzar los dos tercios de votos necesarios para ser elegido Papa. Para la Santa Alianza sería una verdadera oportunidad de extender sus largos brazos si Paolucci salía elegido Sumo Pontífice[12]. El cardenal Annibale Albani sabía que si el antiguo secretario de Estado de Clemente XI salía elegido nuevo Pontífice el espionaje viviría momentos de gloria. Pero su alegría se volvió tristeza cuando el cardenal Mihály Frygies Althan, obispo de Vac (Hungría), hizo público en el cónclave el veto imperial a Paolucci, en parte por su papel durante la Guerra de Sucesión española. Eliminado el poderoso cardenal Paolucci de la carrera por el Papado, los cardenales se pasan

casi seis semanas y media buscando un candidato de consenso. Por fin, el 8 de mayo de 1721 fue proclamado Papa el cardenal Michelangelo Conti, que adoptó el nombre de Inocencio XIII. Conti sería realmente un Papa breve, ya que gobernaría tan solo tres años, pero antes de morir daría luz verde para las represalias contra los jesuitas, el principal núcleo de agentes de la Santa Alianza, y que irían endureciéndose a lo largo de los siguientes pontificados [13].

Durante los tres años en los que Inocencio XIII ocupó el trono de Pedro las actividades de la Santa Alianza fueron casi nulas, en parte debido a que el nuevo Pontífice jamás nombró oficialmente a un nuevo jefe del espionaje vaticano, y lo mismo sucedería en el siguiente Papado, el de Benedicto XIII. Mientras tanto, el cardenal Annibale Albani continuó ejerciendo como jefe del servicio de espionaje papal, aunque sin verdaderos poderes, únicamente como una especie de jefe en funciones. El único apoyo de Albani en el interior de la Santa Sede seguía siendo el cardenal Fabrizio Paolucci, quien volvería a ser favorito en la carrera al Papado en el siguiente cónclave de 1724.

Tras la muerte de Inocencio XIII, el 7 de marzo de 1724, el cónclave volvió a reunirse en Roma. Nuevamente los candidatos mejor posicionados son el cardenal Giulio Piazza, apoyado por los imperiales, y el cardenal Fabrizio Paolucci, apoyado por Felipe V. Al final, los cardenales eligieron el 29 de mayo de 1724 a Pietro Francesco Orsini, que quiso reinar con el nombre de Benedicto XIV. Advertido de que el anterior Benedicto XIII, a quien conocían como el Papa Luna, no había sido nunca consagrado como Sumo Pontífice, Orsini decidió entonces adoptar el nombre de Benedicto XIII [14].

El nuevo Papa decidió traer consigo como parte de su nueva corte a personas de su confianza que ya habían colaborado con él en las diócesis de Benevento, Manfredonia y Cesena. Una de ellas sería Niccolò Paolo Andrea Coscia, quien había sido su coadjutor en Benevento.

Beneficiándose de su estrecha relación con el Sumo Pontífice, Coscia ejerció durante años un poder corrupto sin igual como secretario privado del Papa. Se apoderó indebidamente de enormes sumas de dinero, haciendo peligrar todo el presupuesto del Vaticano; manipuló en provecho propio su cercanía con el Papa; intentó manipular las relaciones exteriores del Estado Pontificio en su beneficio, y sobre todo utilizó los recursos de la Santa Alianza para beneficiar a reyes y príncipes de Europa de la política eclesiástica [15].

A pesar de la oposición mayoritaria, veinte de los veintiséis miembros del Colegio cardenalicio que odiaban a Coscia, Benedicto XIII lo nombró cardenal en el consistorio del 11 de junio de 1725 y le confirió una posición similar a la que en anteriores pontificados habían ocupado los cardenales nepotes.

Annibale Albani, que aún mantiene cierto poder en la Santa Alianza, informa entonces al cardenal Fabrizio Paolucci sobre los movimientos del cardenal Coscia por hacerse con el control y los documentos secretos pontificios de la Santa Alianza. Paolucci indica a Albani que recomiende a varios cardenales vigilar las actividades económicas del favorito del Papa.

Una parte del Colegio cardenalicio prefiere cerrar los ojos y los oídos ante el poder cada vez mayor de Niccolò Coscia, mientras que otra parte, liderada por el cardenal Fabrizio Paolucci, recomienda a Benedicto XIII que controle las actividades de su «favorito». El Papa indica entonces a Paolucci que no debe inmiscuirse en los asuntos del cardenal Coscia. Así lo hace, aunque pide secretamente al cardenal Albani que los agentes de la Santa Alianza vigilen de cerca al corrupto cardenal.

Coscia intentaba penetrar en la Secretaría de Estado de Paolucci y en la Santa Alianza controlada por Albani, pero ambos cardenales no se lo iban a poner nada fácil. Paolucci tenía demasiado poder dentro del Colegio cardenalicio; al fin y al cabo, había sido dos veces candidato a ser elegido Papa, mientras que Albani se ocupaba de un departamento de la Iglesia en el que Benedicto XIII prefería no intervenir [16]. Para el Sumo Pontífice, el cardenal Annibale Albani y sus «espías» eran un aparato de la Iglesia demasiado oscuro, siempre en penumbras.

Con el paso del tiempo la situación comenzó a volverse más tensa, cuando el propio Papa acusó a los cardenales Paolucci y Albani y a otros cardenales de calumniar al cardenal Coscia. El cardenal Albani había recibido un informe secreto de sus espías en el que se demostraba que el cardenal Niccolò Coscia estaba recibiendo sobornos de varios monarcas europeos. Albani informó de ello al cardenal Paolucci, pero este le previno de que antes de lanzar una acusación formal contra el favorito del Papa, la Santa Alianza debía tener pruebas claras de la implicación de Coscia en los sobornos.

Annibale Albani decidió entonces ordenar la llamada operación «Iscariote», en honor del apóstol que traicionó a Jesucristo. Esta ope-

ración consistía en introducir «troyanos», agentes de la Santa Alianza que penetraban en la organización a espiar, en la secretaría dirigida por Coscia.

En el mes de febrero de 1726 el cerco sobre el cardenal Niccolò Coscia comenzó a cerrarse. Paolucci estaba decidido a acabar con el corrupto consejero del papa Benedicto XIII, costase lo que costase, aunque Coscia sabía que la Santa Alianza de Albani estaba al acecho vigilando cada paso que daba. Una fría tarde el cadáver del sacerdote Enrico Fasano apareció en las cercanías de un puente del Tíber. Algunas partes de su cuerpo habían sido amputadas durante la tortura a la que había sido sometido.

Fasano era un dominico y agente de la Santa Alianza destinado por Albani a la operación «Iscariote». Su labor era la de recabar información sobre el pequeño ejército de malhechores que el cardenal Niccolò Coscia había reclutado con fondos de la Santa Sede entre lo peor de los más humildes barrios de Roma. Este particular ejército era utilizado por el cardenal como una especie de «guardia de corps» en la sombra. Ellos eran los encargados de limpiar cualquier rastro o pista que amenazase a su poderoso jefe [17].

Lo que nunca llegó a descubrirse fue la implicación del secretario de Benedicto XIII en el asesinato del agente, pero lo cierto es que tras este asesinato de un agente papal el cardenal Annibale Albani no cejó en su empeño de recabar una mayor información relativa a los casos de corrupción realizados por Coscia.

El siguiente golpe del ayudante del Papa fue contra el sacerdote Lorenzo Valdo, un franciscano que trabajaba en la secretaría pontificia desde los tiempos del papa Inocencio XII. Valdo había sido un agente menor del espionaje, pero su puesto, muy cercano a Coscia, le hacía un privilegiado a ojos de Annibale Albani. Lo convertía en un perfecto «troyano».

La noche del 9 de junio de 1726, Lorenzo Valdo salió del Palacio Pontificio portando una carta con membrete papal de Benedicto XIII y que debía ser entregada en una casa de Roma. La misión del padre Valdo era sagrada debido a que en sus manos portaba un mensaje papal. Al llegar a la casa, el franciscano golpeó la puerta. Al abrirse, tres hombres salidos de la nada lo empujaron al interior y lo apuñalaron en el cuello. El cadáver del franciscano fue arrojado a las frías aguas del Tíber.

La investigación llevada a cabo por Annibale Albani demostraba que posiblemente la carta que portaba el espía de la Santa Alianza Lorenzo Valdo estaba en blanco y que alguien muy cercano al papa Benedicto XIII, seguramente el cardenal Niccolò Coscia, debía haber utilizado el sello pontificio para engañar al funcionario.

Tres días después del asesinato de Lorenzo Valdo, el 12 de junio de 1726, a las cinco de la tarde, moría misteriosamente el cardenal Fabrizio Paolucci en su despacho del Quirinal. Dos veces candidato a ocupar la Silla de Pedro, veinticuatro años secretario de Estado y uno de los mejores amigos que la Santa Alianza pudo tener en toda su historia, dejaba a su amigo y cardenal Annibale Albani solo frente a las conspiraciones del poderoso cardenal Niccolò Coscia [18].

Otra de las operaciones descubiertas por la Santa Alianza llevadas a cabo por el favorito del Papa en 1727 fue la de manipular las relaciones de la Iglesia con Vittorio Amadeo II de Saboya, rey de Cerdeña, y que daría como resultado la firma de un Concordato.

Vittorio Amadeo nombró embajador en Roma al marqués D'Ormea, un hábil y astuto diplomático que supo obtener importantes privilegios para su rey del cardenal Coscia. Algunos de estos privilegios fueron los de permitir a Vittorio Amadeo de Saboya la presentación de candidatos a cardenales; el veto para los obispos nombrados para su región, y la concesión del derecho de presentación de todas las iglesias, catedrales, abadías y prioratos [19]. Al parecer, el cardenal Niccolò Coscia consiguió que el papa Benedicto XIII firmase el decreto. Annibale Albani supo que por ello el corrupto cardenal recibió de Vittorio Amadeo de Saboya una importante cantidad de tierras en propiedad en la rica región del Piamonte [20].

Otro de los conflictos generados por Coscia sería con la comunidad judía de Roma. Entre 1634 y 1790 casi 2.030 judíos de Roma se convirtieron al catolicismo. El papa Benedicto XIII bautizó a veintiséis de ellos. Las conversiones fueron seguidas por fuegos artificiales y procesiones religiosas, mientras en los guetos los judíos eran reducidos al silencio por el particular ejército de Coscia. Si alguno de ellos era encontrado encendiendo una *menorah* en los funerales o colocando pequeñas piedras en las tumbas, los guardias del cardenal Coscia estaban autorizados a azotarlos [21].

Los rufianes del cardenal Coscia campaban a sus anchas por las calles de Roma y algunos de ellos habían extendido la leyenda de que

si un católico conseguía convertir a un hereje podía ganarse el libre paso al Paraíso. Durante los meses siguientes, un gran número de niños judíos fueron arrancados de sus casas y bautizados por la fuerza, en fuentes o con agua de lluvia. Todos estos acontecimientos sucederían supuestamente sin el conocimiento del papa Benedicto XIII.

A principios de 1730 la salud del Papa, de ochenta y dos años, se complicó. Unas fiebres le llevaron a la cama, hasta que el 21 de febrero de 1730 provocaron su muerte. El mejor historiador sobre los papas, Luis von Pastor, tenía razón cuando afirmó que «no basta ser un buen monje para ser un buen Papa», y en el caso de Benedicto XIII esta regla se cumplió a la perfección. Su pontificado fue más religioso que político y por eso fue por lo que pudo engendrarse en la cúpula de la Santa Sede un hombre como el cardenal Niccolò Coscia.

El cónclave que se abrió a la muerte del Papa duró cerca de cinco largos meses, desde el 6 de marzo al 12 de julio. Como ningún partido era suficientemente poderoso dentro del Colegio cardenalicio, nadie pudo imponer a un candidato. La llegada del calor y la muerte de varios cardenales hicieron que el cardenal Álvaro Cienfuegos, del partido imperial, se uniera a los que apoyaban la candidatura del cardenal Lorenzo Corsini. El mismo 12 de julio de 1730 salió elegido Papa, adoptando el nombre de Clemente XII y ciñéndose la tiara papal el 19 de noviembre en San Juan de Letrán[22]. A sus setenta y ocho años, el nuevo Pontífice aún conservaba su ingenio y ya desde que era regente de la Cancillería y clérigo de la Cámara Apostólica había demostrado una gran capacidad para mantenerse neutral en las duras luchas intestinas dentro de la Iglesia y la Curia.

La primera medida adoptada por Clemente XII, el 24 de julio de 1730, fue pedir al cardenal Annibale Albani su dimisión como responsable del espionaje pontificio. El papa Clemente XII acusaba a Albani de no haber sabido defender los intereses de la Iglesia desde su cargo como jefe de la Santa Alianza. También el Papa calificó de inepta e ineficaz la operación «Iscariote», en la que habían perdido la vida dos agentes, el dominico Enrico Fasano y el franciscano Lorenzo Valdo.

Nada más fallecer Benedicto XIII, el cardenal Niccolò Coscia y sus seguidores huyeron de Roma, pero al llegar a las puertas de la ciudad la Guardia Suiza prohibió al religioso atravesarlas debido a que tenía que formar parte del siguiente cónclave, en donde debían elegir a un sucesor del que hasta entonces había sido su protector. Curiosa-

mente, durante una de las votaciones del cónclave, apareció el nombre de Niccolò Coscia en una de las papeletas, provocando las protestas de todos los miembros del Colegio cardenalicio[23].

La primera medida de Clemente XII contra el cardenal Coscia fue la de ordenar la creación de cuatro tribunales eclesiásticos independientes con el fin de juzgar al corrupto cardenal y su obra. El primero debería juzgar al propio cardenal Niccolò Coscia; el segundo, examinar todo el ciclo seguido por Coscia hasta convertirse en el hombre de confianza del Papa, para que esto no volviese a suceder; el tercero debía estudiar todos los casos de privilegios conseguidos por Coscia para los príncipes de Europa, y el cuarto debería estudiar la situación de las finanzas de la Cámara Apostólica y descubrir las cantidades malversadas por el cardenal Niccolò Coscia.

Para evitar ser detenido, el religioso consiguió huir en la noche y refugiarse en Nápoles, pero tuvo que regresar a los Estados Pontificios al recibir una dura carta escrita de puño y letra por el propio Papa. Con Niccolò Coscia fueron también juzgados su hermano Filippo Coscia, Vescovo de Targa y el cardenal Francesco Fini.

Según parece, Fini era el encargado de revelar a Coscia los movimientos realizados por los agentes de la Santa Alianza y por su jefe, el cardenal Annibale Albani, en contra del corrupto cardenal. Francesco Fini había estado destinado en la Secretaría de Estado y en ella había actuado como una especie de «hombre de confianza» del fallecido cardenal Fabrizio Paolucci e incluso como «correo secreto» entre Paolucci y Albani.

El proceso contra Coscia y los suyos concluyó el 22 de mayo de 1733. Los dieciséis cardenales que formaban la comisión aprobaron por unanimidad la condena de Niccolò Coscia. La condena sería ratificada el 25 de mayo, tres días después del veredicto por el Sumo Pontífice. Todos los bienes del cardenal Coscia serían confiscados y restituidos a los pobres. El corrupto cardenal debería pagar a las arcas de la Iglesia y de Roma la cantidad de cien mil escudos de oro en concepto de daños. Se le condenaba también a la pérdida de todos los honores y cargos eclesiásticos y se le retiraba el derecho de voto en los subsiguientes cónclaves. Y por último se le condenaba a una pena de diez años de prisión, a cumplir en una celda del castillo de Sant'Angelo[24].

El hermano de Coscia, Filippo, fue condenado a pagar veinte mil escudos de oro en concepto de daños, la pérdida de todos los honores

y cargos eclesiásticos y a cumplir también en la fortaleza romana una pena de dos años de reclusión. El traidor cardenal Francesco Fini sería condenado a pagar cincuenta mil escudos de oro en concepto de daños, la pérdida de todos los honores y cargos eclesiásticos y a cumplir una pena de cinco años de reclusión en el castillo romano.

Cumplida la condena, el papa Clemente XII absolvió de la censura a Niccolò Coscia y le restituyó el derecho de voto en el cónclave. Reintegrado a la dignidad cardenalicia, Niccolò Coscia se retiraría a Nápoles, en donde moriría el 14 de septiembre de 1755, completamente pobre, solo y olvidado[25].

Tras ser cesado por Clemente XII, el cardenal Annibale Albani fue nombrado por el Sumo Pontífice obispo de Sabina el 24 de julio de 1730. Allí permaneció casi hasta su muerte, acaecida el 21 de octubre de 1751, a los sesenta y nueve años de edad. El cardenal Annibale Albani se llevó consigo los secretos que había adquirido durante sus casi treinta años como jefe de la Santa Alianza. Antes participó en el cónclave de 1740, en el que salió elegido el papa Benedicto XIV, y el 9 de septiembre de 1743 fue nombrado vicedeán del Sacro Colegio cardenalicio. Tras su muerte, su cadáver permaneció en la basílica de los Doce Apóstoles, hasta que el papa Benedicto XIV ordenó su exhumación y traslado a la Basílica vaticana, en donde fue enterrado en la capilla de San Clemente Mártir.

8

Tebaldo Fieschi

El experto «troyano»

El apelativo «troyano» continúa siendo un término utilizado en el espionaje del Estado Vaticano para definir a aquellos agentes de la Santa Alianza que consiguen penetrar en organizaciones o países beligerantes hacia los intereses del Estado Vaticano o del Papa. Los primeros «troyanos» fueron utilizados por el cardenal Annibale Albani, jefe de la Santa Alianza (1701-1730), en 1726, durante la investigación contra el corrupto cardenal Niccolò Coscia en la llamada operación «Iscariote»; pero un espía sienés iba a convertirse en el mejor «troyano» de toda la historia del espionaje pontificio. Su nombre era Tebaldo Fieschi.

En el mes de febrero de 1702 un agente de la Santa Alianza en Londres llamado Tebaldo Fieschi informó al cardenal Annibale Albani que los ingleses estaban preparando una gran operación naval contra el territorio español. Posiblemente contra Cádiz o Vigo. Los agentes de la Santa Alianza informaron entonces al Papa sobre el incidente sucedido en Vigo. Una escuadra de buques ingleses y holandeses había abordado por sorpresa a la escuadra española, que traía en sus bodegas un valioso cargamento de plata desde las Américas. Los tesoros habían sido saqueados y los buques hundidos, pero ¿quién era realmente el espía de Clemente XI que dio la voz de alarma? [1]

Fieschi, a sus dieciocho años, era un joven guapo, elegante, culto y rico comerciante de sedas que había nacido en Siena en 1684. Desde su más tierna infancia el ahora espía papal vivió de cerca el poder pon-

tificio debido a que su padre, Giovanni Fieschi, había servido a las órdenes de varios papas. El joven Fieschi se negó a servir a la Iglesia a través del sacerdocio hasta que fue reclutado por el cardenal Paluzzo Paluzzi para servir en el espionaje papal. Se decía incluso que Fieschi se había convertido en uno de los más cercanos confidentes del rey de Inglaterra, aunque esto era tan solo un rumor.

Entre los principales clientes del comerciante de sedas se encontraban los nobles y más ricos miembros de la corte de Guillermo de Orange, y en especial sus esposas, principal fuente de información del espía de la Santa Alianza. Una de estas «clientas» era lady Rooke, esposa del almirante sir George Rooke.

El italiano no solo era el suministrador de telas de lady Rooke, sino también su amante, lo que le había permitido tener acceso a importantes documentos que el almirante Rooke guardaba en su casa de las afueras de Londres. Tras una noche de apasionado amor con la señora de sir George Rooke, Fieschi pudo hacerse con los documentos que mostraban los planes ingleses para sitiar la ciudad de Cádiz. Rápidamente decidió informar al cardenal Fabrizio Paolucci, secretario de Estado del papa Clemente XI. Misteriosamente, Roma no informó a Madrid sobre el ataque que se avecinaba, tal vez porque aquel aviso hubiese supuesto para Roma el fin de la neutralidad que tanto defendía el papa Clemente XI.

Pocos meses después, exactamente en el mes de julio, una flota combinada anglo-holandesa, formada por medio centenar de galeones al mando de sir George Rooke, sitiaba la ciudad de Cádiz. La resistencia de la guarnición de la ciudad puso las cosas demasiado difíciles a las tropas de Rooke, que, castigadas por el estado del mar, decidieron retirarse y levantar el sitio a la ciudad un mes después. El almirante Rooke prefirió no hacer un análisis derrotista de aquel incidente, como escribe en su propio diario, *Journal of Sir George Rooke, Admiral of the Fleet*[2]. El descalabro de Cádiz fue olvidado ante las noticias de la inminente llegada de una gran flota española procedente de América cargada de plata y cuyo destino era el puerto de Vigo. Los buques españoles iban fuertemente escoltados por galeones franceses al mando del almirante Chateaurenaud.

La primera flota inglesa enviada para formar parte de la vanguardia de ataque estaba bajo el mando del almirante sir Cloudesley Shovell y seguida por la flota de sir George Rooke, quien estaba al mando

de las tropas que debían saltar a tierra y hacerse con el control de los buques españoles atracados en puerto.

Nuevamente, Tebaldo Fieschi informa a la Santa Alianza en Roma de que una gran flota al mando de Rooke ha zarpado, pero que desconoce su situación actual. Lo que sí sabe el espía Fieschi es que el objetivo de Rooke es alcanzar en algún punto de la ruta a la «Flota de la Plata» para intentar hacerse con el valioso cargamento. La información había sido recabada por el sienés durante una de sus aventuras amorosas con lady Elizabeth Rooke. El almirante y esposo de la infiel mujer jamás sabría cómo la Roma papal pudo hacerse con una copia de los planes de ataque.

Con la información en la mano, el cardenal secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, informó al Sumo Pontífice, quien ordenó a su vez pasar la información a los españoles a través de los agentes de la Santa Alianza estacionados en la corte de Madrid. Los espías de la Santa Alianza entregaron entonces el informe de Tebaldo Fieschi al cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero, primer ministro de Felipe V. El poderoso cardenal Portocarrero (1635-1709) había convencido al rey Carlos II para que nombrase a Felipe de Anjou heredero de la corona tras la muerte del principal candidato, el pequeño José Fernando de Baviera. Portocarrero ocuparía la regencia del reino junto a la reina viuda, Mariana de Neoburgo. Cuando el duque de Anjou fue elegido rey (Felipe V) nombró en 1701 primer ministro a Portocarrero.

El 23 de septiembre de 1702 tiene lugar el primer combate entre buques franco-españoles e ingleses. En pocas horas, varios galeones con la carga en su interior se van a pique, mientras que otros son capturados en tierra por los marineros al mando de Rooke, su carga requisada y posteriormente hundidos[3].

Pero existe otra versión de lo que realmente sucedió en Vigo. Efectivamente, la flota de los almirantes Rooke y Shovell hundió la «Flota de la Plata» procedente de América. Tres galeones y trece navíos fueron incendiados y hundidos, menos seis que fueron requisados por el enemigo. La escuadra francesa de escolta fue totalmente aniquilada, menos seis galeones que fueron capturados e incorporados a la marina inglesa[4]. La segunda parte de la historia fue que los almirantes George Rooke y Cloudesley Shovell encontraron en las bodegas de los barcos tan solo cacao, pimienta y pieles, pero nada de plata. Al parecer, con la información suministrada por Tebaldo Fieschi, el agente de la Santa Alianza en Londres, al cardenal Portocarrero, los españoles

decidieron desembarcar en el más absoluto de los secretos toda la plata de las bodegas de los barcos y trasladarla al Alcázar de Segovia, donde quedó a buen recaudo y lejos de las herejes manos inglesas.

En febrero de 1703, cinco meses después del suceso, el rey Felipe V promulgó un decreto en el que declaraba que, en vista del criminal ataque de los barcos de guerra aliados a la flota, había decidido confiscar toda la plata que había llegado en los barcos hundidos y cuyos destinatarios eran nada más y nada menos que los comerciantes ingleses y holandeses en los puertos del sur de España. Además, y como segunda medida, decidía tomar «prestada» una importante cantidad de plata destinada al consulado inglés de Sevilla[5]. Al final, el monarca español consiguió hacerse con más del 50 por 100 de la plata que portaba la flota atacada y ahora almacenada en el Alcázar de Segovia. Realmente, Felipe V había convertido una tragedia para el orgullo español en un espléndido y beneficioso negocio para él. El cardenal Portocarrero diría entonces: «Lo económico ha salvado lo político».

Ese mismo año, el cardenal Annibale Albani, responsable del espionaje papal, decide enviar a Tebaldo Fieschi, su mejor espía, a España con la misma cobertura que este tenía en Inglaterra, el de un culto y rico comerciante de sedas. Con varias cartas de recomendación de diferentes nobles de Venecia y Roma, Fieschi se acercó a la princesa de los Ursinos, una de las más fieles consejeras de la reina María Luisa. El guapo comerciante de sedas sabía cómo acercarse a una mujer y utilizar esa relación en provecho de la Santa Sede.

Desde la posición de privilegio adquirida por Tebaldo Fieschi, a través de la princesa de los Ursinos, consiguió mantener una estrecha relación con Jean Orry, el inteligente enviado de Luis XIV de Francia con la tarea de reformar los maltrechos ejércitos de España. Poco después comenzaron a llegar a Roma valiosos y exactos informes en materia militar[6]. En los textos el espía de la Santa Alianza informaba, por ejemplo, que Orry y el rey Luis XIV estaban aconsejando la abolición del anticuado armamento, como el arcabuz o la pica, en favor del fusil francés con bayoneta, mucho más ligero y eficaz en el combate cuerpo a cuerpo. A la vez, los agentes de la Santa Alianza en Francia informaban de innumerables cargamentos de pistolas, fusiles, balas, uniformes y tiendas de campaña enviados a España.

El hambre asolaba Francia y España por motivos climáticos mientras los soldados comenzaban a desertar al no recibir sus sueldos, dinero

que estos enviaban a sus familias con el fin de alimentarlas. La Guerra de Sucesión quedaba estancada sin ningún ganador ni perdedor.

El papa Clemente XI no deseaba, desde el comienzo de la guerra, ninguna alianza, ni con los Borbones franceses, ni con la Casa de Austria, pero la presión militar de los Habsburgo en el norte de Italia, que amenazaba la estabilidad de los Estados Pontificios, obligó al Papa a tomar partido por uno de los candidatos. El 15 de enero de 1709 el Sumo Pontífice emitió un comunicado en el que reconocía al archiduque Carlos como Rey Católico, pero sin que ello implicase cuestionar el derecho de Felipe V a la corona de España[7].

Con este reconocimiento de Rey Católico de las regiones hispanas ocupadas se abría un nuevo frente en España. El siguiente paso del papa Clemente fue el envío de un nuncio a Barcelona, en donde Carlos había establecido su corte. Desde ese mismo momento en España había dos reyes y dos nuncios, uno en Castilla y otro en Cataluña. Felipe V reaccionó, retirando a su embajador de Roma, expulsando al nuncio en Castilla y decretando el 22 de abril la ruptura de relaciones con el Papa[8].

La situación se agravó aún más cuando el decreto de Felipe V prohibió toda comunicación oficial con Roma o cualquier transacción monetaria con los Estados Pontificios. También se imponía un alto pago de impuestos a toda cantidad de dinero que tuviese como destino la Iglesia católica, la Roma papal o sencillamente el cepillo dominical. Como última medida el monarca estableció el llamado *pase regio,* por lo que cualquier documento procedente o con destino a Roma debía ser secuestrado por la censura y «conocer si de su práctica y ejecución puede resultar inconveniente o perjuicio al bien común o al Estado». La ruptura de relaciones entre Felipe V y Roma duró hasta 1717. De cualquier forma, el rey Felipe sabía que Clemente XI actuaba bajo una fuerte presión política, así es que aceptó el papel espiritual del Pontífice de Roma, pero asumiendo que el Papa era sencillamente un prisionero de su propio destino.

Mas la desesperada situación que se vivía en Francia obligó a Luis XIV a retirar todas sus tropas de España. En la misiva escrita por el Rey Sol a su nieto, Felipe V, habla de hambre, guerra, miseria, campos yermos y desbordamiento de ríos. Este sería el primer paso para alcanzar la paz. A pesar de que las negociaciones de Geertruidenberg fracasaron, el camino hacia la paz era ya casi inevitable.

En abril de 1711 moría el emperador José de Austria tras solo seis años de reinado. Al no tener heredero, le sucedería su hermano, el archiduque Carlos. Desde ese mismo momento las armas dieron paso a la diplomacia. El 27 de septiembre de 1711 el archiduque Carlos, ahora emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, salía de Barcelona a bordo de un navío inglés al mando del almirante Rooke, para no regresar jamás a territorio español. El espía Tebaldo Fieschi sería el primero en informar a Roma sobre la carta de Luis XIV a su nieto Felipe V y sobre la partida de Carlos de Barcelona.

En octubre, los ingleses comenzaban las negociaciones de paz con Francia, a pesar de las protestas de algunos generales de Felipe V, que deseaban, en lugar de hablar de paz, hablar de rendición. Uno de estos sería el famoso duque de Vendôme, Louis-Joseph de Borbón.

En enero de 1712 se habían abierto las conversaciones de paz en Utrecht entre Francia y las potencias marítimas, con la consiguiente protesta de Vendôme. Para el militar las negociaciones no debían ser de igual a igual, sino de vencedor a vencido. Luis XIV y Felipe V sabían que si continuaban con esa línea, la guerra se alargaría al menos cinco años más, con un mayor coste de dinero de las ya vacías arcas de la corona y un alto coste de vidas. Fieschi informó entonces a su jefe, el cardenal Annibale Albani en Roma, de que Vendôme estaba presionando para que la paz no llegase jamás y que ello colocaría a Europa en una inestabilidad larga y duradera. «Roma jamás conseguirá un acercamiento con España si el conflicto continúa, y Vendôme se está convirtiendo en una traba importante para ello», escribía Tebaldo Fieschi al poderoso jefe de la Santa Alianza.

El 10 de junio, en Vinaroz, Louis-Joseph de Borbón, duque de Vendôme, moría misteriosamente tras un ataque de apoplejía durante un almuerzo [9]. Los testigos aseguraron que el mariscal estaba de perfecto humor y gozaba de buena salud al sentarse a la mesa junto a sus generales. Minutos después de probar la carne que le habían servido, el mariscal se levantó con fuertes dolores en el vientre. Retirado en su tienda, moriría pocos minutos después. Al parecer, durante todo el día, el duque de Vendôme había estado departiendo estrechamente con un correo enviado desde la corte de Madrid, un italiano culto que había vivido en Francia durante muchos años. El correo llegó incluso a citar a Louis-Joseph de Borbón un gran número de amistades y contactos a los que el duque conocía desde hacía varios años. Durante va-

rias horas comieron y bebieron a la salud del rey Felipe V de España, hasta que finalmente se separaron, debido a que el correo debía regresar a Madrid cuanto antes.

El duque de Vendôme se despidió de aquel italiano elegante y culto y se sentó a la mesa de sus generales. Pocos minutos después el noble comenzó a vomitar y a sentirse mal. De repente se puso en pie y se desplomó sobre los platos. Trasladado a su tienda, tras una corta agonía, moriría poco después. Alguien aseguró que aquel misterioso italiano pudo haberlo envenenado. Tebaldo Fieschi había cumplido órdenes estrictas del cardenal Annibale Albani.

En el mes de agosto de 1712 cesaron las hostilidades entre Inglaterra, Holanda, Portugal, Francia y España, y el 11 de abril de 1713 se firmaba la paz de Utrecht. Cataluña permaneció alzada en armas contra Felipe V hasta el 12 de septiembre de 1714, fecha en la que Barcelona se rindió. Esa misma tarde, Tebaldo Fieschi, el espía de la Santa Alianza, envió un informe secreto a Roma: «Un ejército franco-español formado por treinta y cinco mil soldados de infantería y cinco mil de caballería se ha enfrentado a dieciséis mil soldados y ciudadanos. Berwick, al mando de los ejércitos de Felipe V, ha arrasado la ciudad a sangre y fuego».

El último capítulo de la Guerra de Sucesión sería la rendición de Mallorca, en junio de 1715, ante un ejército de diez mil hombres al mando del general D'Asfeld. Felipe V ordenó perdonar la vida de los asediados y emitió un perdón real para toda la ciudad. Por fin llegaba la paz, pero el monarca, que no olvidaría jamás la rebelión de Cataluña y sus trágicas consecuencias, establecería la ley marcial durante años en aquella región.

Finalizada la Guerra de Sucesión y reconocido Felipe V como rey de España, Roma necesitaba una vía de acercamiento a la corte de Madrid. El papa Clemente XI decidió convocar a su secretario de Estado, Fabrizio Paolucci, y a su jefe de la Santa Alianza, Annibale Albani. Ambos cardenales recomendaron al Sumo Pontífice un acercamiento a través de Isabel de Farnesio, la nueva esposa del monarca. Según parece, el espía Tebaldo Fieschi, quien proveía de ricas sedas a la reina, dejó caer en algún momento la necesidad de un acercamiento de Madrid a Roma. Con ello, «el papa Clemente XI podría dar cierto lustre político y religioso al reconocimiento de Felipe V como rey de la España católica», aseguró Fieschi a Isabel de Farnesio.

Misteriosamente, el pontífice Clemente XI, aconsejado por el cardenal Giulio Alberoni, decidió apartar de la negociación al cardenal Paolucci y obligó al cardenal Albani a retirar de Madrid a todos sus agentes de la Santa Alianza. Tebaldo Fieschi permanecería en secreto en España por orden de Annibale Albani, pero nadie entendía la animadversión de Alberoni por Paolucci y Albani. La explicación era bien sencilla.

El ascenso del cardenal Alberoni entre la Curia de los Estados Pontificios había sido meteórico. En 1702 el duque de Parma le envió en misión diplomática al duque de Vendôme, Louis-Joseph de Borbón, quien lo contrató como secretario. Rápidamente su influencia en la corte de España se hizo realidad al negociar el matrimonio entre el rey Felipe V e Isabel de Farnesio. En 1717 le fue concedido el capelo cardenalicio por el papa Clemente XI y nombrado primer ministro por Felipe V [10].

El cardenal Annibale Albani pensaba que las informaciones transmitidas por el cardenal Giulio Alberoni sobre los movimientos de los ejércitos franceses recibidas en Roma eran en la mayor parte de los casos falsas. Por ejemplo, el jefe de los espías papales recibió un informe de Giulio Alberoni informando sobre un posible movimiento de tropas francesas hacia los Estados Pontificios. Poco después, Tebaldo Fieschi rebatió esa información, asegurando que realmente Louis-Joseph de Borbón había sido enviado en esas mismas fechas a España para hacerse cargo de los ejércitos de Felipe V. El cardenal Alberoni había pasado en pocos años de ser un espía de poca importancia de la Santa Alianza en el norte de Italia a ser el responsable de negociar la restitución de todos los derechos de la Iglesia católica en España como primer ministro de Felipe V, mediante un Concordato que en nada benefició a Roma.

Alberoni responsabilizaba a los cardenales Fabrizio Paolucci y Annibale Albani de ser los cerebros del «asesinato» de su antiguo protector Louis-Joseph de Borbón, duque de Vendôme, el 10 de junio de 1712.

En febrero de 1718, tal y como había previsto Paolucci, las relaciones entre Madrid y Roma volvieron a romperse. Lo cierto es que el cardenal Giulio Alberoni demostró haber sido un pésimo espía y demostraba ahora ser un pésimo primer ministro. Su mala política exterior y la derrota de las fuerzas españolas durante la invasión franco-británica resultaron decisivas para la caída en desgracia del cardenal Giulio Alberoni, el 5 de diciembre de 1719.

Mientras tanto, el espía Tebaldo Fieschi, ahora con treinta y cinco años, se convertiría en uno de los asiduos de la corte de la reina Isabel de Farnesio en el palacio de El Pardo. Mujer de indudable inteligencia y amante de las artes y los placeres, se rodeó de un buen número de italianos, actores venecianos, músicos florentinos y artistas napolitanos que formaban parte de su cerrado círculo. Fieschi, el apuesto espía de Siena y comerciante de sedas que espió para el papa Clemente XI desde Londres hacía ya casi veinte años, aprovechó este hecho para entrar en el círculo de Isabel. Desde esa posición privilegiada, y gracias al espía de la Santa Alianza, Roma sería testigo de los acontecimientos que iban a desarrollarse en breve en una Europa cambiante.

Luis XIV, el poderoso Rey Sol, fallecía el 1 de septiembre de 1715, tras sesenta y cinco años de reinado. Luis XV, un niño de seis años, se convertiría en el nuevo amo y señor de la mayor potencia de Europa. El papa Clemente XI moriría el 19 de marzo de 1721 y fue enterrado en la basílica de San Pedro, dejando una sociedad que se movía por la razón de Estado. En España, el rey Felipe V había decidido abdicar en su hijo Luis.

El 9 de febrero de 1724 el príncipe de Asturias era proclamado rey de España a los diecisiete años. Desde ese momento, el joven rey Luis y su esposa, la reina Luisa Isabel de Orleans, comenzaron a asumir las tareas de gobierno[11].

Los españoles tenían grandes esperanzas con la llegada de un rey español al trono, pero pronto descubrirían que estas eran mayores que las realidades demostradas por el nuevo monarca. Realmente, quien gobernaba desde el palacio de La Granja de San Ildefonso era Felipe V, y todas las decisiones adoptadas por el rey Luis debían ser ratificadas antes por su padre, una vez discutidas con el que hasta entonces era el hombre fuerte de España, el marqués José de Grimaldo[12].

El 26 de junio, Felipe V se reunió con su hijo Luis y su nuera Luisa Isabel en La Granja. Felipe V lanza una severa reprimenda contra el rey Luis por no saber controlar a su esposa.

La reina, de catorce años, mantenía un comportamiento indecoroso. No usaba ropa interior y en un gran número de ocasiones se la podía ver vestida únicamente con un ligero camisón, que dejaba su cuerpo a la vista de todos. Incluso el marqués de Santa Cruz escribe a Grimaldo que «... muchas veces la reina es vista con dos italianos de forma indecorosa». Uno de ellos era un comerciante de sedas sienés, de cuarenta años, llamado Tebaldo Fieschi, el espía de la Santa Alianza[13].

Fieschi, a través de la reina Luisa Isabel de Orleans, conseguía hacerse con valiosa información del manipulador José de Grimaldo. A cambio, Tebaldo Fieschi iniciaba a la joven reina en el amplio mundo del placer, que tan buen resultado había dado al espía durante su larga carrera, primero en Inglaterra y después en España. Como tantas veces había sucedido, el espía papal utilizaba a las mujeres para llegar hasta lo que más deseaba: alguna valiosa información que poder enviar a su poderoso jefe en Roma, el cardenal Annibale Albani.

Agotado por la conducta de su esposa, el rey Luis decidió finalmente encerrar casi desnuda a la reina Luisa Isabel en el Alcázar hasta que prometiese comportarse como una reina. Tras siete días de encierro, fue puesta en libertad. Los dos italianos, uno de ellos Tebaldo Fieschi, serían expulsados de España por orden del rey Luis, pero la orden de expulsión no sería nunca ejecutada. El 14 de agosto el joven monarca cayó repentinamente enfermo. El 19, los médicos de la corte le diagnosticaron viruela. El 29, una fiebre muy alta le hizo delirar hasta que dos días después, exactamente el 31 de agosto de 1724, tras un reinado de siete meses y medio, falleció. Felipe V se vio obligado nuevamente a asumir la corona de España y abandonar su placentero retiro en el palacio de La Granja[14].

El famoso espía Tebaldo Fieschi volvería a aparecer en Roma al mando del todavía jefe de la Santa Alianza, el cardenal Annibale Albani. En 1730, año del cese del propio Albani por orden del papa Clemente XII, Fieschi desapareció misteriosamente.

Algunos historiadores aseguran que el espía sienés Tebaldo Fieschi se retiró a Florencia, en donde moriría víctima de las fiebres en 1732, a los cuarenta y ocho años de edad. Otras fuentes aseguran que Fieschi moriría durante una refriega de borrachos en una oscura calle de Florencia, en 1740, a los cincuenta y seis años de edad. Sea verdad o no, lo cierto es que tanto su vida como su muerte están más marcadas por la leyenda que por la realidad, y así sigue siendo tres siglos después.

Tebaldo Fieschi se convirtió en uno de los mejores «troyanos» de toda la historia de la Santa Alianza. Jamás nadie descubrió la verdadera identidad de Fieschi durante los veintiocho años en los que sirvió como espía a las órdenes de cuatro papas de Roma, Clemente XI, Inocencio XIII, Benedicto XIII y Clemente XII, entre 1702 y 1730.

9

Louis Siffrein Joseph de Salamon

Los oídos de Pío

El 5 de octubre de 1774 se reunió el cónclave para designar al sucesor del polémico Clemente XIV. París y Madrid apoyaban al cardenal Lázaro Opizio Pallavicino, el antiguo secretario de Estado de Clemente XIV y uno de los mayores defensores de la política antijesuita.

Pallavicino fue entonces rechazado por los imperiales, pero el cardenal Albani presenta la candidatura del cardenal Braschi, que figura entre los independientes. Con el apoyo de las cortes borbónicas y con el rechazo de Portugal, Juan Ángel Braschi es elegido Papa el 15 de febrero de 1775. Para su pontificado adoptaría el nombre de Pío VI, en honor de san Pío V, inquisidor y fundador de la Santa Alianza [1].

Su pontificado iba a desarrollarse en uno de los momentos más convulsos de la historia y en un momento de profunda crisis para la religión católica, por las consecuencias de la Revolución francesa. Durante la primera etapa de su pontificado, Pío VI se centró en materias políticas, estrechando lazos con aquellos Estados católicos que durante los anteriores papados no habían sido del todo amistosos. Pero sería la segunda etapa del largo pontificado de Pío VI la más dura y dolorosa que iba a tener que vivir con la Revolución francesa y sus efectos sobre la Iglesia católica. En los primeros días de julio de 1789 el pueblo de París tiene miedo; en parte se debe a haber conseguido una victoria: la de la constitución de una Asamblea Nacional, que ha desafiado la or-

den del rey Luis XVI de disolverse y ha jurado permanecer unida hasta dar una Constitución a Francia[2].

La burguesía de París se encuentra decidida a defenderse de sus dos enemigos, la monarquía y la anarquía, y para ello necesita armas con el fin de constituir una milicia nacional que defienda su nueva libertad y sus intereses materiales. Realmente fue la burguesía el motor de la Revolución francesa y no el proletariado, debido a que este no tenía en aquellos años unas cabezas pensantes. Los primeros «revolucionarios» fueron el marqués de Mirabeau, el marqués de Lafayette; los abogados Desmoulins, Robespierre, Danton y Vergniaud; o médicos como Marat[3]. Jacques Necker, «el amigo en el que todo el pueblo de Francia confía» para solucionar la crisis económica que genera hambre entre los franceses, ha sido destituido por Luis XVI. El barril de pólvora lo aplicaría el revolucionario Camil Desmoulins cuando se encaramó a una mesa del Palacio Real para gritar: «Necker ha sido destituido. Este es el toque de alarma para una noche de San Bartolomé de patriotas. Esta noche los batallones suizos y alemanes saldrán del campo de Marte [sede de sus cuarteles] para degollarnos. ¡Ciudadanos!, ¡corramos a las armas!». El problema es que esas armas que tanto necesitaban estaban almacenadas en la Bastilla, la fortaleza situada en el centro de París, símbolo del poder real y con la amenaza constante de sus cañones apuntando a los ciudadanos, de quienes no se fiaba Luis XVI. Y así los ciudadanos se lanzaron al asalto de la Bastilla, el 14 de julio de 1789[4].

El gobernador de la Bastilla, De Launey, ordenó a sus tropas abrir fuego contra los ciudadanos asaltantes, hasta que por fin decide rendir la fortaleza. Varios asaltantes cortan la cabeza a De Launey y al resto de oficiales. Sus cabezas serían paseadas por las calles de París sobre una pica como símbolo del fin de la monarquía absolutista.

En los primeros momentos revolucionarios el papa Pío VI se mantuvo neutral, a pesar de las advertencias del cardenal Giovanni Battista Caprara, jefe de la Santa Alianza, cuyos agentes comenzaban a ver en Francia claros movimientos anticlericales. Caprara había nacido el 29 de mayo de 1733 en la ciudad italiana de Bolonia, dentro de una noble familia. Su padre era el conde Francesco Montecuccoli, y su madre, la condesa Maria Vittoria Caprara. Tras un breve paso por el seminario de su ciudad natal, se doctoró en derecho canónico en la Universidad de la Sapienza de Roma, en 1755. Dos años después fue nombrado vicelegado en Ravena y relator de la Santa Iglesia en la Sacra Consulta.

Tras incorporarse a la Secretaría de Estado, monseñor Caprara sería nombrado asistente del Trono Pontificio en 1766 por el papa Clemente XIII. Durante los años siguientes permanecería fuera de Roma como nuncio en Colonia, Suiza, Austria, Hungría y Bohemia. Es durante esta época cuando monseñor Giovanni Battista Caprara realiza diversas operaciones de espionaje para la Santa Sede, principalmente en la corte del emperador José II.

Finalmente, el 18 de julio de 1790 fue llamado nuevamente a Roma por orden del papa Pío VI para hacerle responsable del servicio de espionaje papal. Dos años después, y como premio por sus servicios a la Iglesia, al Papa y a la Santa Alianza, a Caprara le fue concedido el capelo cardenalicio en el consistorio del 18 de junio de 1792. La principal tarea del nuevo responsable del espionaje papal sería la de conseguir infiltrar el mayor número de agentes en una Francia cada vez más convulsa por la Revolución.

El 12 de julio de 1790 la Asamblea Constituyente promulgó la Constitución Civil del Clero y la imposición a todos los religiosos del juramento de fidelidad a la nueva ley; dos días después, el rey Luis XVI, la reina María Antonieta y el Delfín prestaron juramento de fidelidad a la nación. Pío VI promulgó entonces el breve *Quod aliquantum,* el 10 de marzo de 1791, condenando en bloque todo lo decretado por la Asamblea en materia religiosa. Como contramedida, en el mes de mayo, los nuevos gobernantes de Francia decidieron expulsar al nuncio pontificio, quedando así rotas definitivamente las relaciones entre el París revolucionario y la Roma papal. Las persecuciones a los religiosos, la ejecución del rey Luis XVI en la guillotina y la continua descristianización en Francia provocaron un mayor abismo entre ambos países[5].

Alguien debía dirigir la red de espías de Roma en el París revolucionario, y nadie mejor para ello que un monje al que se conocía con el nombre de Louis Siffrein Joseph, abate de Salamon. Giovanni Battista Caprara había conocido al joven monje en Suiza en septiembre de 1779, cuando ocupaba el cargo de nuncio. Allí tuvo tiempo de conversar durante largas horas con aquel extraño monje que realizaba interesantes análisis políticos sobre lo que podría pasar en Francia si el monarca no cedía parte de su poder a una Asamblea Nacional. Caprara, ahora en Roma, recordó aquel análisis casi quince años después, cuando dio comienzo la Revolución francesa.

Louis Siffrein Joseph, a quien todo el mundo conoce como el abate de Salamon, había nacido el 22 de octubre de 1759, en Carpentras. Después de estudiar leyes y teología en Avignon, fue nombrado auditor de la Rota.

Tras hacer llamar al abate de Salamon a Roma, el ahora cardenal Caprara le confirió la peligrosa tarea de organizar una red de espionaje, lo más amplia posible, dentro de territorio francés. Sus agentes debían ser en su mayor parte religiosos y fieles seguidores del Papa de Roma. Los agentes de Salamon deberían estar dispuestos a morir en defensa de la fe en un país cada vez más anticatólico y con leyes cada vez más antipapales.

Con esta nueva misión, Louis Siffrein Joseph de Salamon fue enviado al Parlamento de París, en donde tomaría parte en el famoso caso del «collar de diamantes» de la reina María Antonieta. Puede afirmarse que el abate de Salamon fue uno de los máximos responsables de la brecha abierta entre el pueblo de Francia y el rey Luis XVI. Por orden del papa Pío VI se ordenó a Salamon que convenciese al rey para que utilizase su derecho de veto ante las nuevas reformas religiosas que la Asamblea deseaba aprobar. Los agentes de la Santa Alianza habían informado al abate de Salamon de que la Asamblea Nacional tenía previsto aprobar varias reformas, entre ellas la del clero francés, por la que se les ordenaba acabar con el signo de obediencia al Pontífice de Roma. Los espías de Pío VI pedían al rey que vetase esa ley utilizando su derecho constitucional. Luis XVI decide entonces hacer uso de ese derecho[6].

El 2 de abril muere Mirabeau, el hombre que conseguía que Francia caminase en paralelo entre una revolución desorganizada y una monarquía, más o menos controlada. Exactamente el 31 de mayo de 1791 es cuando el gobierno revolucionario de Francia decide expulsar al nuncio papal, monseñor Antonio Dugnani. Antes de su regreso a Roma, Dugnani tiene órdenes expresas del Sumo Pontífice de nombrar al abate de Salamon «nuncio en la sombra».

Una de sus primeras misiones fue la de intentar convencer al rey de que huyera para refugiarse junto a sus tropas estacionadas en el norte y reconquistar así la corona de Francia con todos sus derechos. El cardenal Caprara sabía que esta sería la única forma que tenía la Iglesia para mantenerse intacta en Francia. Si triunfaba el rey Luis XVI y conseguía reconquistar la corona, los derechos de la Iglesia serían devueltos.

Los espías de la red, liderados por el abate de Salamon y los realistas, consiguen despistar a los espías revolucionarios y poner a la familia real en una carroza, rumbo a la frontera. La huida dura poco, porque el 21 de julio de 1791 es detenida y obligada a regresar a París. Ahora la ruptura entre rey y pueblo es absoluta [7]. Nuevamente el monarca vuelve a utilizar su derecho de veto contra el decreto de los sacerdotes refractarios, es decir, aquellos que se niegan a jurar lealtad a la nación en contra de su fidelidad al papa Pío VI.

El asalto a las Tullerías en agosto de 1792 dio inicio al llamado gobierno del Terror. La guillotina sería levantada el 22 de agosto y el 21 de enero de 1793 colocada definitivamente en la Place de la Révolution [8]. Mientras tanto, el rey se recompone, se coloca el sombrero y parte para su recorrido hacia la muerte. Cuando llegó al sitio donde estaba la guillotina se arrodilló al lado del cura y recibió su última bendición.

Los cuatro verdugos tumbaron al rey sobre la plancha de la guillotina, pero este se resistió, gritó; mas la cuchilla bajó con extraordinaria rapidez y cortó su cabeza, salpicando de sangre al abate. Samson cogió la cabeza por el pelo y la mostró al pueblo. Los federados, los fanáticos, los furiosos radicales subieron a la tarima y mojaron sus sables, sus pañuelos, sus cuchillos y sus manos con la sangre del rey. Gritaron «¡Viva la Nación!», «¡Viva la República!», pero casi nadie respondió. La reina María Antonieta correría la misma suerte el 16 de septiembre de 1793.

Las protestas del papa Pío VI provocaron la ocupación de Avignon y el condado de Venaissin por parte del ejército revolucionario de Francia. Estaba ya claro para el Papa que los diplomáticos y políticos papales debían dar paso a los espías de la Santa Alianza, los cuales deberían jugar un papel importante en los años siguientes.

Desde hacía poco más de un año el abate de Salamon había creado una de las mejores redes de información y evasión a lo largo y ancho de toda Francia [9]. La Asamblea Nacional, la Convención popular que había desplazado del poder al rey Luis XVI y a sus ministros, había decidido la confiscación de todas las propiedades de la nobleza y la Iglesia. También la abolición de las órdenes monásticas, la reducción de diócesis y la institucionalización de una especie de clero civil adepto al nuevo régimen. A pesar de no contar con un nuncio ante el gobierno revolucionario, Salamon se convirtió en los ojos y los oídos del papa Pío VI en el París del Terror. Desde su pequeña casa el abate informaba constantemente a la Santa Alianza en Roma sobre los rumores

de las nuevas medidas contra los religiosos adoptadas por el gobierno revolucionario de Francia, organizaba huidas de nobles y religiosos hacia países seguros o, sencillamente, celebraba misas clandestinas en sótanos o bodegas abandonadas [10]. Pero el abate de Salamon iba a verse envuelto en una compleja misión de espionaje y evasión conocida como «operación Heredero».

Esta historia ha pasado más a la leyenda de la Santa Alianza en Francia que a la realidad, debido a que no existen documentos fehacientes sobre este hecho.

El 3 de agosto de 1793 el pequeño Carlos Luis Capeto, de tan solo siete años, había sido separado de su madre, la reina María Antonieta, ya que esta iba a ser ejecutada. El niño fue recluido en una estrecha y lúgubre celda bajo la protección de dos guardianes, el ciudadano zapatero Simón y su esposa. Los agentes del Papa en la prisión informaron al abate de Salamon de que el niño había entrado en la prisión el 13 de agosto de 1792 y que su vigilancia era más bien escasa. El abate de Salamon se dispuso a intentar salvar al niño [11].

Sobre el caso de Luis XVII existen dos versiones. La primera es que el pequeño Luis, que no era un personaje activo de la política de Francia debido a su corta edad, moriría a los diez años en la misma prisión en la que había sido recluido, el 8 de junio de 1795. Otras fuentes, posiblemente espías de la red del abate de Salamon, aseguran que el niño fue envenenado; pero lo cierto es que Luis XVII murió víctima de una estancia forzada y prolongada en una celda sin apenas espacio para moverse y en unas condiciones de salubridad lamentables, acompañado únicamente por las ratas. En el mes de mayo lo había visitado un médico y encontró al pequeño Luis en grave deterioro físico y psíquico [12].

Los días 6 y 7 de junio su estado era muy grave, y a las dos de la tarde del día 8 moría Luis XVII, para unos, y el ciudadano Carlos Luis Capeto, para otros. Tras registrar el cadáver y colocarlo en un ataúd, el pequeño sería enterrado en el cementerio de Santa Margarita a las nueve de la mañana. Dos soldados permanecieron durante días haciendo guardia para evitar que alguien pudiese hacerse con los restos del último rey de Francia.

En aquellos días las conspiraciones monárquicas se fundamentaban en el asesinato de todos los miembros del Comité de Salvación Pública y en colocar al joven Luis como rey de Francia. A la cabeza de es-

tas conspiraciones se encontraba Pierre Gaspare Chaumette; muchos dicen que era un miembro muy activo de la Santa Alianza y que con la restauración de la monarquía había prometido al Papa de Roma devolver a su antigua situación a la Iglesia de Francia.

Las leyendas que circularon fueron que realmente el niño que había fallecido no era el hijo de Luis XVI, sino otro muy parecido en edad y rasgos, y que el verdadero rey estaba a salvo en la corte del rey Carlos IV de España gracias a una operación de la Santa Alianza dirigida por Louis Siffrein Joseph, abate de Salamon [13].

Por otro lado, cartas encontradas en los Archivos Nacionales de Francia demuestran que mientras se intentaba hacer ver que Luis XVII se encontraba a salvo en España, el rey Carlos IV enviaba, una tras otra, cartas para convencer a las autoridades revolucionarias de la entrega de los dos hermanos, nacidos de Luis XVI y María Antonieta. París siempre se negó a ello.

Otro agente de la Santa Alianza llamado Frotté había recibido la orden de intentar encontrar al joven rey y ponerlo a salvo. Tras alcanzar París a través de la región vendeana, Frotté escribía: «He tenido el dolor de comprobar que hemos sido engañados. Los monstruos dos veces regicidas, tras haberle dejado languidecer en prisión largo tiempo, le han hecho perecer en su celda. No nos queda más remedio que llorar». Otra versión aparecida en 1801 y más romántica cuenta la historia de un miembro de la red del abate de Salamon llamado Émile Fronzac cuyo relato quedó reflejado en la obra escrita por el vizconde de Richemont a finales del siglo XIX, titulada *Correspondance secrète de l'Abbé de Salamon* [14].

Según parece, Fronzac habría sacado de París al Delfín en el interior de un caballo de madera de juguete y dejado en su lugar a un niño huérfano sacado de un orfanato de París. Para abrirse camino por el interior y los jardines del Palacio, el agente de la Santa Alianza habría utilizado como sobornos dinero facilitado por el abate de Salamon. La carroza en la que viajaban en dirección a las líneas del ejército monárquico fue detenida por un grupo de gendarmes revolucionarios. Antes de rendirse, el espía papal fue ayudado por un grupo de soldados vendeanos que mataron a los revolucionarios y acogieron a su legítimo rey, Luis XVII de Francia [15].

La investigadora Deborah Cadbury, en su estudio *The Lost King of France: A True Story of Revolution, Revenge, and DNA*, se pregunta

que, si esta versión es cierta, dónde estaba entonces el rey. Según el vizconde de Richemont, que recoge las aventuras del abate de Salamon tras la muerte de los revolucionarios, Émile Fronzac logró embarcar rumbo a América a Luis XVII, pero una fragata francesa consiguió cortarle el paso. Tras descubrir la verdadera identidad del pasajero, el niño fue devuelto a París, en donde moriría en su celda el 8 de junio de 1795.

Fuese como fuese, leyendas o realidades, ayudaron a crear una idea más romántica de la Santa Alianza y de la red de espías del Papa, creada por el misterioso abate de Salamon en una época en la que los religiosos católicos iban a sustituir a los nobles en su camino a la guillotina.

El intento de evasión del rey Luis XVI y su familia, ayudados por agentes del papa Pío VI, y los continuos discursos del Consejo Revolucionario igualando a nobles y religiosos, hizo que la furia se desatase en septiembre de 1792. Más de doscientos sacerdotes serían asesinados en los primeros dos días. Miles de religiosos tuvieron que huir y los que decidieron permanecer en Francia fueron obligados a llevar una vida clandestina[16].

El abate de Salamon fue uno de los más importantes religiosos y espías papales entre los que decidieron quedarse en Francia. Continuamente recorría las calles, plazas, comercios y tabernas de París, de día y de noche, recabando información para la Santa Alianza en Roma. El abate asumió a la perfección el nombre por el que era conocido en la Santa Sede: los «oídos de Pío», en alusión al papa Pío VI. El abate de Salamon desarrolló un gran número de contactos clandestinos con obispos y sacerdotes de provincias y recogía cualquier periódico, panfleto u octavilla con los que poder dar mayor exactitud a sus informes enviados desde París y durante varios años a su jefe de la Santa Alianza, el cardenal Giovanni Battista Caprara; a los secretarios de Estado del papa Pío VI, el cardenal Ignazio Gaetano Boncompagni (1785-1789), al cardenal Francesco Saverio de Zelada (1789-1796), al cardenal Ignazio Busca (1796-1797), al cardenal Giuseppe Maria Doria (1797-1799) y al cardenal Ercole Consalvi, secretario de Estado (1800-1806) del papa Pío VII.

Para burlar la estrecha vigilancia a la que era sometido por la policía secreta revolucionaria, debido a su condición de religioso, Salamon creó canales seguros de comunicación con Roma. Pero en el mes de

agosto de 1792 esa situación iba a cambiar. Louis Siffrein Joseph de Salamon había establecido contacto con un hombre que decía ser un sacerdote perseguido por los revolucionarios por su condición de religioso.

El supuesto sacerdote organizó un encuentro con el abate de Salamon en una taberna de Marsella con el fin de facilitar valiosa información sobre la situación de varios religiosos detenidos y encarcelados en condiciones infrahumanas. Durante el encuentro el sacerdote intentó obtener información del hábil abate sobre si conocía el nombre del jefe de la red de espías del papa Pío VI en Francia. Estaba claro que el sacerdote no había descubierto que estaba sentado ante el mismísimo jefe de la red de espías del Sumo Pontífice.

Al salir de la taberna, el abate de Salamon fue detenido por varios gendarmes y trasladado a la prisión central de París. El abate de Salamon sería condenado a seis años de cárcel por actividades contrarrevolucionarias. Su ingreso en la prisión para dar comienzo su condena le salvó la vida. En los primeros días de septiembre de 1792 se desató una ola de violencia contra cualquier religioso o religiosa que aún habitase en Francia [17]. Sacerdotes descuartizados en París, monjas violadas y asesinadas a puñaladas en Valence, frailes quemados vivos en Dijon fueron algunos de los informes recibidos en la Santa Sede. Más de mil trescientos religiosos católicos serían asesinados en los primeros días de septiembre. Incluso varios religiosos recluidos en oscuras cárceles como las de la Abadía de San Germán, La Force, Le Châtelet, El Carmen, San Fermín o La Salpêtrière fueron arrancados de sus celdas y asesinados en pasillos y patios, sin juicio alguno. En el momento en que daban comienzo las matanzas, el abate de Salamon estaba siendo trasladado desde la cárcel central de Marsella a la de La Salpêtrière. Cuando llegó a París, las matanzas de religiosos habían concluido.

El espía papal en Francia escribiría entonces al cardenal secretario de Estado, Francesco Saverio de Zelada [18]:

> Encerrados y vigilados en la iglesia de los Carmelitas, los mártires bendecían a Dios con voces unánimes, se animaban mutuamente para la próxima batalla, tenían todos un alma y un corazón. Un sacerdote de San Sulpicio leía en voz alta las Actas de los primeros mártires cristianos; y un estremecimiento de entusiasmo corría por aquellas apretadas falanges de víctimas. El momento supremo se acercaba. Danton, que por una

> cruel ironía de las cosas se apellidaba Ministro de Justicia, no se contentó con la pena de deportación decretada por la Asamblea contra los sacerdotes detenidos. Quería otro castigo más decisivo y radical: consiguió que la Comuna de París cambiara el primer decreto por el de pena de muerte. Uno de sus esbirros más feroces, Maillard, recibió de Danton instrucciones precisas y detalladas para dar el golpe, según decía el ministro, de manera útil y segura, con precauciones para evitar los gritos de los ajusticiados y para borrar cualquier rastro de su sangre[19].

En otra carta, fechada en 1792 y destinada también al cardenal secretario de Estado del papa Pío VI, el espía de la Santa Alianza escribe:

> Danton tenía demasiada prisa por desembarazarse de aquel montón de prisioneros cuya muerte podía provocar un tumulto en el pueblo; además, las amenazas del ejército prusiano que se acercaba a París le ponían en trance de salir rápidamente de la capital. En la madrugada del domingo 2 de septiembre los rumores alarmantes se hicieron más vivos; había que consumar el crimen lo antes posible: cada minuto de retardo podía ser para él un paso hacia la muerte. Maillard, al frente de una banda de forajidos, penetró en el convento de los Carmelitas, dispuesto a ejecutar la horrible carnicería. Los confesores de Cristo fueron sacados violentamente de la iglesia y conducidos al jardín inmediato. Con increíble serenidad y fervorosos actos de fe, obedecieron a sus verdugos que les amenazaban con mazas de hierro y con gritos salvajes. Los sacerdotes se postraron de rodillas, prontos para entregar su vida sin resistencia; se dieron la última absolución unos a otros, y la matanza comenzó con toda la furia de un huracán. En aquel momento de confusión, algunos prisioneros consiguieron saltar las tapias del jardín y escapar por una de las calles vecinas. Otros se refugiaron en la iglesia. Los criminales, poseídos de ciego furor, comenzaron a descargar sus armas sobre todos sin distinción: unos morían en el acto, otros quedaban palpitando en un charco de sangre; los asesinos tenían deseos de acabar su obra en poco tiempo, y las víctimas eran más de cien. En breves instantes, los cadáveres cubrieron los caminos y arriates del jardín, el suelo de la capilla, los bancos, la sacristía. Al feroz Maillard le pareció que aquello iba demasiado lento. Víctimas y verdugos entraron en la iglesia y allí se constituyó un tribunal burlesco ante el cual pasa-

ron de dos en dos los pocos detenidos sobrevivientes. «¿Cuál es tu profesión?», preguntaba el juez. Y los reos contestaban, invariablemente: «Soy católico, apostólico, romano». Un grupo de hombres armados, que rodeaban el tribunal, se encargaban de hacer enmudecer a los valientes confesores de la fe[20].

En pocos minutos, 113 mártires fueron asesinados brutalmente. Morían sonrientes, tranquilos, dichosos. El comisario Violet, responsable, según el espía papal Louis Siffrein Joseph de Salamon, de dirigir las ejecuciones, exclamó sorprendido: «Yo no comprendo la conducta de estos sacerdotes; van a la muerte como si fueran a una fiesta nupcial». Los cadáveres fueron sacrílegamente despojados de sus hábitos y cruces, en medio de una orgía frenética: «un baile macabro, movido por el vino y azuzado por el olor de la sangre caliente y por los estertores de los que aún agonizaban, puso un epílogo de horror al drama que acababa de consumarse», relataba el espía al cardenal secretario de Estado, Francesco Saverio de Zelada.

Años después se conocería que más de dos mil sacerdotes se vieron obligados a contraer matrimonio durante la Revolución para esconder su condición de religiosos. Mil setecientos cincuenta lo hicieron durante el llamado «reinado del Terror», a partir de 1794. Las otras opciones eran la horca o la guillotina. Ocho obispos fueron ejecutados en la guillotina, y en Orange fueron ejecutados 67 religiosos en un solo día.

Con el paso de los años, la vida y la muerte de Louis Siffrein Joseph, abate de Salamon y maestro de espías, se convirtieron en leyenda. Sobre el fin de sus días existen hasta cinco versiones diferentes, cuatro que no han podido demostrarse y una quinta más probable. La primera versión es la de que tras ser puesto en libertad en el mes de diciembre de 1798, y tras haber pasado seis años y tres meses de reclusión, el religioso volvió a su labor dentro del espionaje papal, reconstruyendo la red que había quedado inoperante desde su encarcelación.

La segunda versión que se cuenta es que, tras su puesta en libertad en la misma fecha, el abate de Salamon se encontraba en un lamentable estado de salud. El espía papal se trasladó a la ciudad de Biel, cerca de Berna, en donde pasó sus últimos años llevando una vida absolutamente monástica, hasta el mismo día de su muerte, muy alejada de la existencia llevada hasta entonces al servicio del espionaje pontificio.

La tercera versión que se cuenta es que tras ser puesto en libertad, y debido a su experiencia en las tareas de espionaje, el abate de Salamon fue requerido por el papa Pío VI para dirigir el servicio secreto de la Santa Sede. Según esta versión, que no ha podido ser comprobada, el religioso dirigiría la Santa Alianza tan solo dos años, desde 1798 a 1800, aunque existen cartas del espía desde Francia a la Santa Sede hasta 1829.

La cuarta versión es que el abate de Salamon sufrió una segunda encarcelación en 1796 y fue puesto en libertad finalmente en junio de 1797. El 16 de junio de 1797 escribió un nuevo informe desde París dirigido al cardenal Giuseppe Maria Doria, secretario de Estado del papa Pío VI. Pero la quinta versión es la que más se acerca a la realidad.

Tras la aprobación en 1801 del Concordato entre Francia y la Santa Sede, que supuso la restauración del catolicismo en el país, el cardenal Giovanni Battista Caprara, antiguo jefe del espionaje pontificio, fue nombrado representante del Papa ante la corte del emperador Napoleón.

Nada más llegar a París, el cardenal Caprara nombró a Louis Siffrein Joseph de Salamon administrador general de la diócesis de Normandía. El papa Pío VII lo ordenó obispo por sus valiosos servicios a la Iglesia, el 7 de agosto de 1807, y lo nombró obispo titular de Orthosias, en Caria. El abate de Salamon continuó viviendo apaciblemente en Francia bajo la protección del cardenal Caprara, su antiguo jefe en la Santa Alianza, hasta el fallecimiento de este el 21 de junio de 1810. Caprara sería enterrado en la iglesia del Panteón de la capital de Francia.

Finalmente, el 6 de marzo de 1820, el papa Pío VII nombró al antiguo espía obispo de Saint-Flour, en donde permaneció hasta el mismo día de su muerte, ocurrida el 11 de junio de 1829, a la edad de setenta años. En su testamento, redactado el 11 de junio de 1828 por el propio Louis Siffrein Joseph, legaba todos sus bienes al Gran Seminario de Saint-Flour, en la persona de su superior. También legaba a los pobres la cantidad de 8.000 francos, parte de lo cual debía ser invertido en la educación escolar de niños de familias humildes. Otra suma de 2.000 francos debía ser entregada en especies y alimentos a los pobres de Saint-Flour y una suma de 1.000 francos al hospicio de los pobres, para procurarles medicinas para reducir sus males[21].

Las aventuras del abate de Salamon, espía a las órdenes del servicio de inteligencia papal en la Francia revolucionaria, permanecieron

en el más absoluto secreto hasta que en 1890, seis décadas después de su muerte, sus memorias fueron descubiertas en Roma por el abate Bridier. Este religioso las hizo públicas el mismo año en el volumen titulado *Mémoires inédits de l'internonce à Paris pendant la Révolution 1790-1801.* En 1911 las memorias del obispo y espía Louis Siffrein Joseph de Salamon serían traducidas al inglés por Frances Jackson en el libro titulado *A Papal Envoy during the Terror.* También parte de su correspondencia e informes a la Santa Sede fueron magníficamente recopilados por el vizconde de Richemont en su obra titulada *Correspondance secrète de l'Abbé de Salamon,* y por el escritor Charles Ledré en su documentada obra *L'Abbé de Salamon, correspondant et agent du Saint-siège pendant la Révolution.* Estos tres libros son magníficos tratados sobre la vida de uno de los más grandes y famosos espías papales de toda la historia.

El cuerpo de monseñor Louis Siffrein Joseph de Salamon fue enterrado en la cripta de la catedral de Saint-Flour. Todas las cartas e informes redactados por Louis Siffrein Joseph, abate de Salamon, y enviados a la Santa Sede en Roma, permanecen archivados actualmente en el Archivium Secretum Apostolicum Vaticanum, bajo el código «Francia 582».

10

Bartolomeo Pacca

El «cardenal negro»

Las relaciones entre París y Roma eran cada vez más tirantes, pero la ruptura entre ambos Estados se provocó exactamente en noviembre de 1806, cuando el emperador Napoleón ordena al papa Pío VII expulsar de Roma a todos aquellos ciudadanos de naciones enemigas de Francia. Las batallas de Jena y Auerstadt, dos meses antes, han permitido a las tropas napoleónicas desfilar en Berlín.

Desde que en 1801 fuese nombrado el cardenal Giovanni Battista Caprara representante del Papa ante la corte del emperador Napoleón, la jefatura del espionaje papal quedó en manos del inteligente cardenal Bartolomeo Pacca.

Nacido en Benevento el 27 de diciembre de 1756, el joven Bartolomeo descubrió pronto su vocación por la Iglesia. Sus padres, Orazio Pacca, marqués de Matrice, y su madre, Clementina Malaspina, enviaron a su hijo a educarse con los jesuitas de Nápoles, finalizando sus estudios en el Colegio Clementino de Roma y en la prestigiosa Academia della Nobili Ecclesiastici.

En 1785 el papa Pío VI le conferiría la categoría de chambelán privado de Su Santidad, y un año después, el 24 de abril de 1786, lo nombró nuncio en Colonia. Durante estos años se granjearía serios e importantes enemigos, así como una imagen de estricto seguidor de las normas de la Iglesia. El primer contacto de Bartolomeo Pacca con el espionaje papal sucedió en 1790, cuando fue enviado en misión secreta

a la Dieta de Fráncfort con el fin de salvaguardar los intereses de la Santa Sede y prevenir la adopción de un nuevo Concordato que facilitase las cosas a los protestantes de Colonia[1].

Cuando los franceses invadieron las provincias del Rin se ordenó a Bartolomeo Pacca abandonar Colonia. Como recompensa por sus valiosos servicios prestados de forma secreta, el 21 de marzo de 1794, Pacca sería nombrado nuncio en Lisboa. Durante su permanencia en Portugal el nuevo papa Pío VII le concedió la púrpura cardenalicia en el consistorio del 23 de febrero de 1801, siendo el propio Sumo Pontífice quien le colocaría el birrete cardenalicio, el 29 de julio del mismo año. Desde ese mismo momento el ahora cardenal Pacca permanecería al lado del Santo Padre como jefe de su servicio de espionaje, amigo y consejero en los duros momentos que iban a vivir ambos.

El Sumo Pontífice es advertido por el espionaje vaticano de que tropas francesas están siendo puestas en estado de alerta para el caso de tener que ocupar Roma. A pesar de las advertencias de la Santa Alianza, el papa Pío VII se niega a expulsar a los extranjeros y a participar o apoyar el bloqueo contra Inglaterra.

El enfrentamiento es ya abierto entre Francia y la Santa Sede. Napoleón ordena la ocupación de Ancona y el Lacio, y el 2 de febrero de 1808, finalmente, el emperador da la orden al general Miollis de entrar en Roma, desarmar a la guardia pontificia y ocupar el castillo de Sant'Angelo. El III Cuerpo del ejército rodea el palacio del Quirinal y sitúa diez cañones apuntando a las habitaciones papales. Pío VII es ya un prisionero en su propio palacio y el control del Estado Pontificio pasa a la administración francesa[2].

La Santa Alianza es disuelta por orden del cardenal Bartolomeo Pacca y sus operaciones prohibidas dentro de los Estados Pontificios, ahora ocupados por los soldados de Napoleón. Ni el Papa, ni el secretario de Estado, ni el jefe del servicio secreto papal deseaban ningún tipo de altercado dentro de Roma y que podría provocar al ocupante francés, tal como ocurrió tras el asesinato del general Duphot nueve años atrás.

El 16 de junio, y debido a las presiones de Napoleón, el papa Pío VII es obligado a cesar al cardenal Consalvi y a los prosecretarios Casona, Doria y Gabrielli. Este último es sorprendido en sus propias habitaciones, detenido y obligado a abandonar los territorios papales[3]. Dos días después, el 18 de junio de 1808, el cardenal Bartolomeo Pac-

ca es nombrado prosecretario de Estado. En su nueva posición de prosecretario y aún como jefe del espionaje papal, Pacca sabe que debe mantener la calma para no provocar la ira de Napoleón.

El cardenal debe hacer oídos sordos a los excesos de los soldados franceses en Roma. Varios de ellos se dedican a violar mujeres, a simular ejecuciones de ciudadanos de la Santa Sede o a entrar en las casas para realizar pillajes. Pero un nuevo conflicto entre el cardenal Pacca y el comandante en jefe de las tropas francesas en Roma, el general Miollis, iba a desatarse en breve.

En el mes de agosto de 1808, Pacca recibió del militar francés un bando prohibiendo a los ciudadanos de la Santa Sede alistarse en la llamada Guardia Cívica, así como en cualquier otro cuerpo de ejército bajo mando extranjero. La pena impuesta para los que violasen esta prohibición sería la muerte o la expulsión de los territorios pontificios, y así le fue comunicado al cardenal Bartolomeo Pacca. Miollis hizo llamar al prosecretario a su presencia y le amenazó con expulsarlo de Roma en caso de que el bando fuese violado. El cardenal Pacca, mucho más cauto, replicó que la única persona en la Tierra que podía dar esa orden era el papa Pío VII. Miollis le dejó marchar con una frase que le dejó intrigado: «Ya veremos, querido cardenal», dijo el militar a modo de despedida.

Dos días después, el general Radet, jefe de las fuerzas francesas en la Ciudad Eterna, al mando de un regimiento de coraceros, se presentó en el Quirinal. El papa Pío VII se negó a recibirle, acusándole de violar los acuerdos que prohibían la entrada de soldados en las estancias papales. Radet dijo entonces al Sumo Pontífice que debía entregarle el «Anillo del Pescador» para ser enviado a Francia.

Este anillo no es el que lleva el Papa normalmente, sino el que se emplea para sellar y autorizar los *Breves* pontificios. En él está grabada la imagen de san Pedro subido en una barca y lanzando una red al mar. Este anillo se entregaba al Sumo Pontífice el mismo día de su elección y no solo debía ser conservado de la misma forma, sino que era irreemplazable por los otros anillos episcopales del Pontífice.

El general Radet, en nombre del general Miollis, exigió a Pío VII la entrega del «Anillo del Pescador», pero el Papa se negó. Si no entregaba el anillo en cuestión de horas, varios ciudadanos ilustres de la Santa Sede serían detenidos y deportados a Francia, entre ellos el jefe del espionaje papal y prosecretario de Estado, el cardenal Bartolomeo

Pacca. Finalmente, el Papa cedió y entregó el anillo al general Miollis para ser enviado al emperador Napoleón. Lo más curioso de todo es que el Sumo Pontífice se negó a hacer otro para sustituirlo, sino que en otro ordinario, en el que tenía grabadas las imágenes de san Pedro y san Pablo, ordenó incluir la leyenda: *Pro Annulo Piscatoris, Pius Papa VII.* El llamado «conflicto del Anillo» entre Francia y la Santa Sede finalizaría en 1814, cuando el rey Luis XVIII lo devolvió al Papa, mediante la entrega de este al cardenal Bartolomeo Pacca[4].

Finalmente, el 10 de junio de 1809, Napoleón declaraba Roma como ciudad abierta y desposeía al papa Pío VII de todo su poder. Para contraatacar, el Sumo Pontífice lanzó una bula amenazando con excomulgar a quien ejercitase cualquier forma de violencia contra la Santa Sede o sus representantes. Napoleón ordenó entonces al general Radet asaltar el Quirinal y capturar al Papa como prisionero. La noche del 5 al 6 de julio, Radet entró en el palacio papal por la fuerza, derribando puertas y encontrando a Pío VII, junto al cardenal Bartolomeo Pacca, sentado en su mesa de despacho. Conducido fuera de Roma, tan solo se le permitió coger un pequeño pañuelo[5]. El cardenal Pacca fue el único autorizado para acompañar al Santo Padre.

El general Radet estaba orgulloso de tener en su poder al Sumo Pontífice de Roma, así es que no iba a permitir que nada ni nadie se interpusiese entre su prisionero y los intereses de su emperador. La situación se iba agravando cada vez más debido a la disentería que sufría Pío VII, pero Pacca tenía reservada una sorpresa para Radet y Miollis.

Cuando las tropas francesas entraron en los Archivos vaticanos descubrieron que estaban vacíos. Alguien había dado orden a los agentes de la Santa Alianza de sacar clandestinamente de Roma todos los documentos papales, así como los del servicio de espionaje, y enviarlos en treinta y seis carruajes cerrados a un lugar secreto en la ciudad de Venecia.

Cuando el papa Pío VII y su escolta llegaron a Savona, escala final del viaje, habían pasado cuarenta y dos días desde su detención en Roma. El cardenal Bartolomeo Pacca fue detenido en Grenoble el 6 de agosto de 1809, conducido a la prisión-fortaleza de Fenestrelle y recluido en una oscura celda en condiciones infrahumanas. Al parecer, había sido el propio general Miollis quien había dado la orden de detención de Pacca, al que acusaba de ser el máximo responsable de la desaparición de los Archivos papales[6]. Durante sus cuatro años de

cautiverio el cardenal Bartolomeo Pacca escribió parte de sus memorias.

> Si usted no lo sabe —escribe el propio Pacca—, la fortaleza de la Fenestrelle está construida en los Alpes, en una parte en la que las montañas separan el Piamonte del Delfinato. La ciudad de Fenestrelle se encuentra a los pies de los Alpes, rodeada de los valles del Prato Gelato; uno de estos valles fue anexionado al Delfinato tras la firma del Tratado del año 1713 *[Utrecht]* y cedido a la Casa Real de Saboya. Ellos están situados en los libros de geografía como parte de Italia y en donde la religión protestante es tolerada públicamente y su población está formada por miles de herejes conocidos como *barbetti* debido a las largas barbas usadas por sus sacerdotes tiempo atrás[7].

Fenestrelle, una pequeña ciudad de ochocientas almas, estaba situada en los mapas únicamente por su formidable fortaleza utilizada por los franceses como lugar de deportación para los «peligrosos» enemigos del Estado y de Napoleón. Allí languidecían, azotados por el crudo invierno, intelectuales y periodistas, espías y cardenales, todos ellos unidos por un sentimiento común: el de ser enemigos del emperador Napoleón. El cardenal Bartolomeo Pacca escribe en su diario:

> Las noches de invierno son terribles, algunas con hasta dieciséis horas de profunda oscuridad; y la sombra de silencio es solo interrumpida por el silbido de los impetuosos vientos que de tiempo en tiempo anuncian la llegada de fuertes caídas de nieve. Solo las águilas que anidan en sus montañas son los únicos seres vivos capaces de vivir en este lugar.

El jefe del espionaje papal hace un buen retrato del edificio de la prisión al escribir:

> El gran edificio consiste en dos partes unidas por una vasta red de escaleras con miles de peldaños. En lo alto de la montaña está el fuerte llamado Delle Valli, y un poco más abajo, el fuerte San Carlo, donde los prisioneros y la desesperación viven unidos. La fortaleza de Fenestrelle fue construida por orden del rey Vittorio Amadeo II con el fin de controlar los accesos a Italia por el lado del Piamonte de los franceses.

[...] El edificio principal está bien defendido, haciéndolo casi inexpugnable. Los franceses, en cambio, planearon demoler todas las fortalezas de la zona, incluida la de Fenestrelle, pero la intervención de un general francés hizo que la demolición se detuviese, para convertirla en una prisión más del gobierno «liberal y tolerante» *[sic]*.

La celda en la que me encuentro está situada en el nivel principal del edificio; no tiene ventanas, tan solo una cortina raída que evita pobremente el que entre el frío viento; sus muros aparecen resquebrajados en diversos puntos, tal vez debido al terremoto del año anterior; los muros están negros en algunos puntos debido al humo que sale de algunas chimeneas. Las zonas más altas, también inundadas de celdas, son sucias, con sustancias fétidas y enfermizas inundando sus suelos.

En la página final el cardenal Pacca escribiría sobre su rúbrica:

En este horrible castillo, palacio de venganza, están ambos prisioneros, crimen e inocencia.

Mientras, en París se ha convocado al Colegio cardenalicio en Francia y se ha acondicionado un palacio como residencia del papa Pío VII. Napoleón pretende convertir París en un Vaticano supeditado a las órdenes del Imperio.

El 9 de junio de 1812 se ordena nuevamente el traslado de Pío VII de Savona a Fontainebleau. Según informes de los agentes de Joseph Fouché, el jefe del espionaje napoleónico, un grupo de frailes que conforman una sociedad denominada la «Orden Negra» están intentando rescatar al Sumo Pontífice y ponerlo a salvo en un lugar seguro. La «Orden Negra» está dirigida, según informes en poder de Fouché, por un alto miembro de la Curia a quien denominan como el «cardenal negro». Para el jefe de los espías de Napoleón ese «cardenal negro» solo puede ser Bartolomeo Pacca, recluido en la fortaleza de Fenestrelle. El Papa es obligado entonces por el comandante Lagorse a vestir de negro, a teñir sus zapatos blancos del mismo color y a viajar de noche para que nadie le reconozca. Los frailes de la «Orden Negra» llegarían al lugar en donde estaba recluido el Papa tan solo seis horas después de su partida[8].

El 30 de enero de 1813 la puerta de la celda del prisionero Pacca se abrió en la noche. Cuatro soldados franceses con antorchas escoltaron al

prisionero hasta el patio central y lo introdujeron en una carroza rumbo a Fontainebleau. Días después el cardenal Bartolomeo Pacca se presentaba ante el papa Pío VII. Este había obligado a Napoleón a liberar a su prosecretario y jefe del espionaje papal tras la firma de un Concordato entre Francia y los Estados Pontificios. El emperador afirmó mientras firmaba los documentos, y a pesar de que el propio Fouché recomendaba no liberar al prisionero de Fenestrelle: «Pacca es mi enemigo»[9].

El cardenal Bartolomeo Pacca, junto a otros miembros de la Curia liberados, aconsejaron al Papa retrotraer el Concordato firmado y rechazar cualquier negociación hasta que no regresase a Roma con absoluta libertad. En el mes de enero de 1814, cuando el Papa fue trasladado a Savona, Pacca fue deportado a Uzes, hasta el 22 de abril, en que le fue autorizado volver a reunirse con Pío VII.

Junto al Sumo Pontífice regresaría a Roma, tras cinco años alejado de la Ciudad Eterna. Nombrado cardenal camarlengo el mismo año, Pacca se esforzó por restablecer las órdenes religiosas.

La marcha de la guerra y las cada vez más continuas derrotas francesas en diversos frentes provocaron el asedio de Francia y la liberación del Papa, que pudo regresar a Roma el 24 de mayo de 1814. Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se habían comprometido a estar unidas durante veinte años para impedir que Napoleón se mantuviera en el poder. No obstante, Bonaparte no cedía, pero sus maniobras no consiguieron detener la marcha de los ejércitos aliados, que se presentaron a las mismas puertas de París el día 30 de marzo, obligando a capitular a la capital francesa. Napoleón, como último intento, quería lanzar los restos de su ejército para recuperar París, pero sus mariscales más ilustres, los mismos que le habían acompañado en mil y una batallas, entre los que estaban Michel Ney, Lefèbvre y Moncey Oudinot, se negaron a seguirle, alegando que les era imposible seguir enviando a la muerte a miles de jóvenes franceses. Seguidamente, los tres militares exigieron a Napoleón su abdicación[10].

El 6 de abril de 1814, en Fontainebleau, el mismo lugar en donde había estado recluido el papa Pío VII, Napoleón Bonaparte firmó su renuncia cuando en París el Senado había ya instituido ante los aliados un gobierno provisional presidido por Talleyrand. El antiguo hombre de confianza de Napoleón debía mantener el orden en París hasta la llegada del rey Luis XVIII, con el que había de restaurarse la monarquía de los Borbones en Francia.

Unos días más tarde, el 10 de abril, el general Wellington derrotaba al general Soult en la península Ibérica, sin que ninguno de los contendientes supiese aún que Napoleón había ya capitulado [11].

Varios líderes europeos decidieron entonces convocar el Congreso de Viena, con el fin de restablecer las fronteras de una Europa alterada por Napoleón. En el encuentro, llevado a cabo entre el 1 de octubre de 1814 y el 9 de junio de 1815, se decidió el restablecimiento del absolutismo en aquellos Estados en los que los monarcas habían sido destronados.

Entre los ilustres asistentes se encontraban Klemens von Metternich, quien presidió la conferencia; Charles Maurice de Talleyrand, en representación del rey Luis XVIII; el zar Alejandro I; Francisco I de Habsburgo; Federico Guillermo III de Prusia; lord Castlereagh y el duque de Wellington; representantes de España, Portugal, Suecia y los Estados Pontificios. En ausencia del cardenal Ercole Consalvi, el cardenal Pacca fue enviado por Pío VII a Austria para representar los intereses papales. Más tarde el propio Consalvi criticaría abiertamente el discurso de Pacca en Viena, acusando al prosecretario de Estado y jefe de la Santa Alianza de ser demasiado severo con los seguidores de Napoleón. Sería el cardenal Bartolomeo Pacca quien en el documento final del Congreso de Viena incluiría el anexo que precisaba: «Debemos coincidir en estar unidos y permanecer vigilantes contra los liberales, los republicanos y los ateos».

Un acto realizado por el cardenal Pacca pondría en un serio aprieto al Papa y provocaría el rechazo del prestigioso y hábil diplomático Ercole Consalvi. Cuando Joaquín Murat, rey de Nápoles y yerno de Napoleón, envió sus tropas a través de los Estados Papales para encontrarse con los austríacos, el cardenal Pacca recomendó al Papa refugiarse en Génova, alegando que tal vez lo que Murat deseaba era anexionar los Estados Pontificios al reino de Nápoles. Con la salida del Sumo Pontífice, Pacca estableció entonces un gobierno provisional en Roma, bajo su mando.

Como primera medida, Pacca ordenó la detención del cardenal Jean-Siffrein Maury, bajo la acusación de dirigir la red de espionaje de Joaquín Murat en Roma. El juicio contra Maury continuó abierto incluso después del retorno del Papa a Roma, pero la llegada del cardenal Ercole Consalvi provocó que el proceso fuera paralizado y archivado [12].

Napoleón sería recluido en la isla de Elba, frente a la costa meridional de Italia, mientras que a su esposa, María Luisa, y a su hijo se les concedía el ducado de Parma. Pero el antiguo amo y señor de Europa no iba a quedarse quieto. Apoyado por un pequeño grupo de mariscales y generales, decidió salir de su destierro, conocido como los «Cien Días». El desastre de Waterloo, el 15 de junio de 1815, supuso para Napoleón y toda su familia el repudio de todas las cortes de Europa. Para evitar un nuevo foco bonapartista, los aliados decidieron entonces recluir a Napoleón Bonaparte en la isla de Santa Elena, un trozo de piedra enclavado a dos mil kilómetros de la costa africana y a más de dos meses de navegación de Inglaterra. Allí permanecería olvidado por todos hasta el 5 de mayo de 1821, fecha en la que moriría envenenado[13].

Tras el internamiento de Napoleón en Santa Elena, Pío VII ordenó al jefe del espionaje papal, el cardenal Bartolomeo Pacca, que se ocupase de proteger a la familia del derrocado emperador de Francia. La madre de Napoleón, María Letizia, pudo instalarse en el palacio de la romana Piazza Venecia, donde moriría en 1836, aún protegida por el papa Gregorio XVI. Además, Pío VII acogió al tío y a los hermanos de Napoleón, el cardenal Joseph Fesch y a Lucien y Luis Bonaparte, que había sido rey de Holanda. El hijo de este último, Luis Napoleón, también refugiado bajo el manto protector de Pío VII y de la Santa Alianza, llegaría años después a gobernar Francia bajo el nombre de Napoleón III.

Mientras tanto, el poderoso cardenal Pacca iba a tener que vivir un desgraciado incidente debido a un sobrino suyo, monseñor Tiberio Pacca.

Nacido el 31 de agosto de 1786, en Benevento, al igual que su poderoso tío, Tiberio se educó en el Nobile Collegio Clementino. Posteriormente, y junto a sus hermanos, Orazio y Paolo, fue enviado a Roma bajo el manto protector del cardenal Bartolomeo Pacca. Su primera misión para el Papa fue la de llevar el comunicado del nombramiento como cardenal a su tío cuando este era nuncio en Lisboa. Durante los años siguientes, Tiberio Pacca ejerció como una especie de secretario privado y correo especial para su tío cuando Bartolomeo Pacca era prosecretario de Estado, y junto a este pasaría varios años recluido en la fortaleza de Fenestrelle, hasta el 4 de agosto de 1811, en que fue liberado. Pocos años después el jefe de la Santa Alianza supo

que su sobrino había mantenido relaciones sexuales con una joven con la que había tenido un hijo ilegítimo, pero decidió guardar la noticia como un «secreto de familia».

El 21 de abril de 1814, Tiberio Pacca sería nombrado protonotario apostólico, y el 28 de septiembre del mismo año, presidente de la Cámara Apostólica. Aquel puesto fue utilizado por el hábil Tiberio como plataforma hacia las más altas esferas del poder de la Curia. El 22 de julio de 1816 sería nombrado, con el apoyo de su tío, progobernador de Roma; director general de la policía pontificia, el 23 de octubre; y gobernador de Roma y vicecamarlengo de la Santa Iglesia Católica, el 24 de abril de 1817 [14].

Dos meses después, el cardenal Bartolomeo Pacca recibe los primeros informes en los que se asegura que su sobrino ha estado recibiendo fondos como soborno por parte de los austríacos. Pacca ordenó entonces abrir una investigación a la Santa Alianza, cuyos resultados debían ser entregados a él en exclusiva. Ni siquiera el papa Pío VII o el secretario de Estado, el cardenal Ercole Consalvi, debían leer el informe resultante.

Durante los tres años siguientes, monseñor Tiberio Pacca fue sometido a vigilancia por los servicios de inteligencia papales, hasta que una filtración a la policía pontificia lo puso sobre alerta. El sobrino de Bartolomeo Pacca se encontraba cada vez más endeudado debido a su afición por las mujeres jóvenes y el juego. Esto le llevó a robar pequeñas cantidades de dinero de los fondos de la policía papal, en un primer momento, para después robar cantidades que eran difíciles de ocultar.

Por fin, el 7 de abril de 1820, monseñor Tiberio Pacca huyó de Roma, refugiándose en Suiza y poco después en Francia. En un primer momento el cardenal Pacca ordenó a su sobrino presentarse ante el Papa, pero este se negó. Posteriormente, el jefe de la Santa Alianza ordenaría a sus agentes hacer todo lo posible para localizar los fondos robados por su sobrino, aunque sin resultado satisfactorio. También el cardenal Consalvi había dado orden a la policía papal de detener a su antiguo jefe en cuanto pisase territorio pontificio. Para el «cardenal negro» Pacca, aquella maniobra de Consalvi no era más que una venganza contra él. El *caso Tiberio Pacca* permaneció archivado y los fondos robados fueron devueltos a la policía pontificia por las arcas papales, debido a la muerte del papa Pío VII.

Poco antes de morir, el 20 de agosto de 1823, el Papa había pronunciado el nombre de las ciudades de Savona y Fontainebleau como símbolo del sufrimiento que le había tocado vivir en los años del ascenso y caída de Napoleón.

El cardenal Bartolomeo Pacca, como cardenal camarlengo, volvería a tener un papel relevante en los Estados Pontificios. En 1823 daría comienzo el cónclave para elegir al sucesor de Pío VII. El pulso se llevaba a cabo entre el candidato de los *zelanti* y el de los *politicanti,* las dos únicas facciones que se disputaban el liderazgo de la Santa Sede. Los *zelanti* o «celosos» estaban liderados por el jefe de la Santa Alianza, el cardenal Bartolomeo Pacca, y el cardenal Agostino Rivarola. Estos eran partidarios de mantener una organización dura y conservadora contra cualquier liberalismo que desease infiltrarse en Roma [15].

Los *politicanti,* por el contrario, admitían la necesidad de evolucionar hacia un orden más social dentro de la Iglesia. El cardenal Ercole Consalvi, líder de esta facción y enemigo acérrimo de Pacca, pensaba que el desmoronamiento del gobierno de la Iglesia tras la era napoleónica debía ser aprovechado para restaurar un gobierno basado en un Estado Pontificio con una administración reformada, mucho más abierta a los fieles.

Los países católicos gobernados por monarquías absolutistas no veían con buenos ojos a Ercole Consalvi, a quien acusaban de haber introducido demasiadas medidas «revolucionarias», como la supresión de los derechos feudales de la nobleza o la abolición de privilegios de algunas ciudades; otros acusaban al anterior secretario de Estado de haber vendido la política vaticana a los austríacos. El cardenal Bartolomeo Pacca consiguió en el cónclave que Consalvi llegase a él sin ningún tipo de oportunidad de ser elegido Sumo Pontífice [16].

El nombre de Annibale della Genga no figuraba entre los candidatos, y a pesar de ser desde hacía tres años vicario de Roma, era para los ciudadanos un desconocido. El 28 de septiembre de 1823, treinta y cuatro de los cuarenta y nueve cardenales electores le dieron el voto. Della Genga, sorprendido por la elección, dijo entonces: «Habéis elegido a un cadáver».

La primera medida del nuevo papa León XII fue nombrar al cardenal Giulio Maria della Somaglia, próximo a los *zelanti* y por lo tanto protegido del cardenal Bartolomeo Pacca, como nuevo secretario de

Estado, y ratificar al propio cardenal Pacca al cargo de los servicios de inteligencia de la Santa Sede.

En octubre de 1828, cuando León XII cumplía cinco años de pontificado, decidió extender un permiso para que monseñor Tiberio Pacca pudiese regresar a los Estados Pontificios. Aquello había sido una hábil maniobra de su tío, Bartolomeo, mas la repentina muerte del Papa hizo que el permiso no fuese ratificado y Tiberio Pacca se vio obligado a permanecer en Milán. Las siguientes noticias del antiguo director general de la policía papal serían en 1835, cuando fue nombrado intendente general del Ministerio del Interior del Reino de Cerdeña, pero unas oscuras maniobras llevadas a cabo por Tiberio Pacca le obligaron nuevamente a huir y refugiarse en Nápoles, en donde moriría en la más absoluta miseria, víctima del cólera, el 29 de junio de 1837 [17].

Las enormes sumas robadas supuestamente por monseñor Tiberio Pacca jamás fueron encontradas, aunque algunos se preocuparon en difundir por los pasillos de los palacios papales que ese dinero podría tal vez haber sido utilizado por el «cardenal negro», Bartolomeo Pacca, para financiar su particular «ejército de espías en las sombras». Ahora, nuevos frentes se abrían para el cardenal Pacca.

Para el espionaje papal posnapoleónico los nuevos enemigos serían los bandoleros y los miembros de sociedades secretas masónicas, como los *carbonari.* Estos últimos habían organizado un levantamiento en la Romaña y para sofocarlo, el papa León XII decidió enviar al cardenal Agostino Rivarola con el fin de que este mediase en el conflicto. Lo que el Papa no sabía era que Rivarola llevaba instrucciones muy explícitas del cardenal Pacca para acabar con la revuelta con el visto bueno del cardenal secretario de Estado, Della Somaglia [18].

Realmente, nadie consideraba a los *carbonari* como simples delincuentes, pero desde principios del siglo XIX se habían formado en Nápoles, Milán y Calabria numerosas sectas, nacidas la mayor parte de ellas dentro de la masonería y por lo tanto prohibidas por diversos papas y ratificadas por numerosas bulas. Los miembros de los *carbonari,* los *protectores,* los *independientes,* los *calderari,* los *peregrinos blancos* o la *mafia* eran perseguidos en los territorios de los Estados Pontificios por organizaciones bajo control del Vaticano de forma oficial, como la propia Santa Alianza, el servicio de espionaje papal, y de forma extraoficial, mediante pequeños grupos clandestinos integrados por religio-

sos y que operaban realizando acciones encubiertas de castigo. Entre estas últimas organizaciones se encontraban las renacidas «Orden Negra» y el «Círculo Octogonus» y otras menos conocidas, como los «Hábitos Negros», la «Sociedad de los Trece» o los «Seguidores de Jehú»[19].

Los agentes de la Santa Alianza sabían que los *carbonari* estaban dirigidos por dos hombres llamados Angelo Targhini y Leonida Montanari. Durante una partida para capturarlos, un agente de la Santa Alianza cayó muerto de un disparo, mientras que otro resultaba herido de gravedad. El cardenal Bartolomeo Pacca estaba decidido a encontrar a los cabecillas y llevarlos ante la justicia.

El 20 de noviembre de 1825, Targhini y Montanari serían engañados por un agente del espionaje pontificio que se hizo pasar por seguidor de los *carbonari* y durante el encuentro ambos revolucionarios fueron detenidos por agentes de la Santa Alianza y soldados de la Guardia Papal. El 21 fueron trasladados a Roma; el 22, juzgados por rebelión, y el 23 de noviembre, decapitados por orden de León XII, bajo la acusación de ofensas al Sumo Pontífice. Pero la particular guerra entre los *carbonari* y los agentes del Papa no se detendría ahí.

El cardenal Rivarola, un *zelanti* y mano ejecutora del cardenal Pacca, se emplearía a fondo en la tarea de cortar la rebelión. Apoyándose en la sociedad secreta de los *sanfedisti,* Rivarola y los agentes de la Santa Alianza se dedicaron a practicar una especie de guerra sucia. Los sospechosos de ser miembros o de apoyar a los *carbonari* eran secuestrados, interrogados bajo tortura y en la mayor parte de los casos ejecutados de forma sumarísima. Medio millar de personas fueron empujadas al exilio o a las prisiones papales[20]. Enterado León XII de las operaciones clandestinas llevadas a cabo por la Santa Alianza contra los *carbonari* con el visto bueno del secretario de Estado, decidió cesar a Giulio della Somaglia, mientras mantenía en el cargo al poderoso Pacca[21].

Desde ese mismo momento el nuevo secretario de Estado, el cardenal Tommaso Bernetti, de clara ideología moderada y discípulo de Consalvi, decidió mantener un estrecho y férreo control sobre el servicio de espionaje, sus operaciones, su jefe y sobre todas sus actuaciones en la guerra contra los *carbonari*.

Los dos siguientes *carbonari* en caer en manos del servicio de espionaje pontificio serían Luigi Zanoli y Angelo Ortolani. En el mes de

febrero de 1828, Zanoli interceptó a un emisario papal que llevaba instrucciones secretas de Bartolomeo Pacca a monseñor Francesco Capaccini, uno de los grandes maestros en el diseño de claves papales y quien años después se convertiría en un importante espía del Papa en Holanda contra los *carbonari*[22].

Zanoli había seguido al emisario papal hasta la misma frontera y antes de que la cruzase lo asesinó y robó los mensajes con el sello de lacre de la Santa Alianza. El *carbonari* se refugió en una cabaña de la Romaña hasta que fue localizado por los hombres de Pacca. Durante el asalto para su detención, otro *carbonari* amigo de Zanoli, llamado Angelo Ortolani, disparó sobre un miembro de la policía pontificia, matándolo en el acto. Ambos serían detenidos, juzgados y condenados a muerte. Luigi Zanoli sería decapitado en la mañana del 13 de mayo de 1828, mientras que Angelo Ortolani sería ahorcado en la tarde del mismo día. Para el poderoso cardenal Bartolomeo Pacca estaba claro el dicho de «ojo por ojo», y los agentes de la Santa Alianza estaban dispuestos a llevarlo a cabo.

Los líderes *carbonari* querían devolver el golpe al Vaticano por sus compañeros ajusticiados y el objetivo elegido sería nada más y nada menos que el cardenal Agostino Rivarola, el enviado papal a la Romaña.

Gaetano Montanari, hermano de Leonida, y Gaetano Rambelli serían los encargados de matar al enviado de León XII. El problema surgió cuando, dos días antes de la fecha escogida para el golpe, un sastre que tenía previsto entregar a ambos *carbonari* unos hábitos negros que les permitiesen acercarse al cardenal Rivarola se equivocó, entregándolos a dos sacerdotes, uno de los cuales era un colaborador de la policía pontificia. Al día siguiente, Montanari y Rambelli serían detenidos. Gaetano Montanari sería ejecutado por tentativa de asesinato del cardenal Agostino Rivarola a finales de 1828 y Gaetano Rambelli ahorcado el mismo año por haber conspirado contra el Estado Pontificio y el Papa; pero la guerra no se detendría con la muerte de León XII, acaecida el 10 de febrero de 1829.

Ya en el cónclave de 1823 el cardenal Francesco Saverio Castiglioni era uno de los más firmes candidatos a suceder a Pío VII. Incluso se contaba la anécdota de que un día el papa León XII, durante una discusión con el cardenal Castiglioni, le había llegado a decir: «Vuestra Santidad, Pío VIII [refiriéndose al propio Castiglioni], arreglará más tarde este asunto». Por lo tanto, su elección el 31 de marzo de 1829

como nuevo Sumo Pontífice en el cónclave no fue ninguna sorpresa para nadie[23]. A pesar de su corto pontificado, tan solo veinte meses, fue un período lleno de acontecimientos que iban a cambiar la estructura de Europa. Las revoluciones que iban a desatarse en el verano de 1830 en Francia, Alemania, Polonia, Bélgica y los Estados Pontificios iban a finiquitar definitivamente el sistema de la Restauración. Pío VIII siguió manteniendo a las riendas del espionaje papal al poderoso cardenal Bartolomeo Pacca, que contaba setenta y cuatro años de edad.

Un nuevo frente iba a abrirse en Francia. La estrategia de Carlos X, hermano del guillotinado Luis XVI, que reinaba en Francia desde hacía seis años, había sido la de colocar la imagen de la Iglesia al lado del absolutismo y por consiguiente enemiga de las libertades. El nuncio en París había ya informado a Albani y Pacca de que la política del rey Carlos X perjudicaría la imagen de la Iglesia y Roma ante los ciudadanos franceses, pero al parecer nadie quiso escucharle[24].

En el mes de julio los revolucionarios atacaron la sede arzobispal, el noviciado de los jesuitas, la casa de las misiones y la nunciatura. En otras ciudades de Francia se asaltaron iglesias, conventos y monasterios. Pío VIII, bajo recomendación del secretario de Estado Albani, desautorizó la vinculación de la Iglesia con la monarquía de Carlos X, reconociendo al nuevo rey Luis Felipe de Orleans. Por recomendación de Pacca, el Papa ordenó a todos los obispos y clero de Francia que prestasen sumisión al nuevo monarca elegido por la nación. Del mismo modo, la Santa Sede procedió a reconocer a Bélgica, un nuevo Estado surgido en 1830 al unirse los católicos y los liberales belgas para luchar por su independencia del reino de los Países Bajos. El rey de Holanda, de religión protestante, intentaba imponer el absolutismo en todos sus dominios[25]. El 30 de noviembre de 1829 fallecía el papa Pío VIII, abriéndose así un nuevo cónclave que debía elegir a su sucesor.

Como era de esperar, el cónclave no fue corto, sino más bien demasiado largo. Cincuenta días y un centenar de votaciones fueron necesarios para elegir al sucesor del papa Pío VIII. El cardenal Alberto Cappellari no estaba en los pronósticos, y prueba de ello es que no recibió el primer voto hasta pasado un mes de cónclave[26].

Mientras se iban leyendo los votos, Cappellari pidió a los miembros del cónclave que dejasen de votarle; sin embargo, el cardenal Zurla, alegando obediencia a las decisiones del cónclave, le pidió que aceptase la tiara pontificia. El 2 de febrero de 1831 recibía los símbo-

10

Bartolomeo Pacca

El «cardenal negro»

Las relaciones entre París y Roma eran cada vez más tirantes, pero la ruptura entre ambos Estados se provocó exactamente en noviembre de 1806, cuando el emperador Napoleón ordena al papa Pío VII expulsar de Roma a todos aquellos ciudadanos de naciones enemigas de Francia. Las batallas de Jena y Auerstadt, dos meses antes, han permitido a las tropas napoleónicas desfilar en Berlín.

Desde que en 1801 fuese nombrado el cardenal Giovanni Battista Caprara representante del Papa ante la corte del emperador Napoleón, la jefatura del espionaje papal quedó en manos del inteligente cardenal Bartolomeo Pacca.

Nacido en Benevento el 27 de diciembre de 1756, el joven Bartolomeo descubrió pronto su vocación por la Iglesia. Sus padres, Orazio Pacca, marqués de Matrice, y su madre, Clementina Malaspina, enviaron a su hijo a educarse con los jesuitas de Nápoles, finalizando sus estudios en el Colegio Clementino de Roma y en la prestigiosa Academia della Nobili Ecclesiastici.

En 1785 el papa Pío VI le conferiría la categoría de chambelán privado de Su Santidad, y un año después, el 24 de abril de 1786, lo nombró nuncio en Colonia. Durante estos años se granjearía serios e importantes enemigos, así como una imagen de estricto seguidor de las normas de la Iglesia. El primer contacto de Bartolomeo Pacca con el espionaje papal sucedió en 1790, cuando fue enviado en misión secreta

a la Dieta de Fráncfort con el fin de salvaguardar los intereses de la Santa Sede y prevenir la adopción de un nuevo Concordato que facilitase las cosas a los protestantes de Colonia[1].

Cuando los franceses invadieron las provincias del Rin se ordenó a Bartolomeo Pacca abandonar Colonia. Como recompensa por sus valiosos servicios prestados de forma secreta, el 21 de marzo de 1794, Pacca sería nombrado nuncio en Lisboa. Durante su permanencia en Portugal el nuevo papa Pío VII le concedió la púrpura cardenalicia en el consistorio del 23 de febrero de 1801, siendo el propio Sumo Pontífice quien le colocaría el birrete cardenalicio, el 29 de julio del mismo año. Desde ese mismo momento el ahora cardenal Pacca permanecería al lado del Santo Padre como jefe de su servicio de espionaje, amigo y consejero en los duros momentos que iban a vivir ambos.

El Sumo Pontífice es advertido por el espionaje vaticano de que tropas francesas están siendo puestas en estado de alerta para el caso de tener que ocupar Roma. A pesar de las advertencias de la Santa Alianza, el papa Pío VII se niega a expulsar a los extranjeros y a participar o apoyar el bloqueo contra Inglaterra.

El enfrentamiento es ya abierto entre Francia y la Santa Sede. Napoleón ordena la ocupación de Ancona y el Lacio, y el 2 de febrero de 1808, finalmente, el emperador da la orden al general Miollis de entrar en Roma, desarmar a la guardia pontificia y ocupar el castillo de Sant'Angelo. El III Cuerpo del ejército rodea el palacio del Quirinal y sitúa diez cañones apuntando a las habitaciones papales. Pío VII es ya un prisionero en su propio palacio y el control del Estado Pontificio pasa a la administración francesa[2].

La Santa Alianza es disuelta por orden del cardenal Bartolomeo Pacca y sus operaciones prohibidas dentro de los Estados Pontificios, ahora ocupados por los soldados de Napoleón. Ni el Papa, ni el secretario de Estado, ni el jefe del servicio secreto papal deseaban ningún tipo de altercado dentro de Roma y que podría provocar al ocupante francés, tal como ocurrió tras el asesinato del general Duphot nueve años atrás.

El 16 de junio, y debido a las presiones de Napoleón, el papa Pío VII es obligado a cesar al cardenal Consalvi y a los prosecretarios Casona, Doria y Gabrielli. Este último es sorprendido en sus propias habitaciones, detenido y obligado a abandonar los territorios papales[3]. Dos días después, el 18 de junio de 1808, el cardenal Bartolomeo Pac-

ca es nombrado prosecretario de Estado. En su nueva posición de prosecretario y aún como jefe del espionaje papal, Pacca sabe que debe mantener la calma para no provocar la ira de Napoleón.

El cardenal debe hacer oídos sordos a los excesos de los soldados franceses en Roma. Varios de ellos se dedican a violar mujeres, a simular ejecuciones de ciudadanos de la Santa Sede o a entrar en las casas para realizar pillajes. Pero un nuevo conflicto entre el cardenal Pacca y el comandante en jefe de las tropas francesas en Roma, el general Miollis, iba a desatarse en breve.

En el mes de agosto de 1808, Pacca recibió del militar francés un bando prohibiendo a los ciudadanos de la Santa Sede alistarse en la llamada Guardia Cívica, así como en cualquier otro cuerpo de ejército bajo mando extranjero. La pena impuesta para los que violasen esta prohibición sería la muerte o la expulsión de los territorios pontificios, y así le fue comunicado al cardenal Bartolomeo Pacca. Miollis hizo llamar al prosecretario a su presencia y le amenazó con expulsarlo de Roma en caso de que el bando fuese violado. El cardenal Pacca, mucho más cauto, replicó que la única persona en la Tierra que podía dar esa orden era el papa Pío VII. Miollis le dejó marchar con una frase que le dejó intrigado: «Ya veremos, querido cardenal», dijo el militar a modo de despedida.

Dos días después, el general Radet, jefe de las fuerzas francesas en la Ciudad Eterna, al mando de un regimiento de coraceros, se presentó en el Quirinal. El papa Pío VII se negó a recibirle, acusándole de violar los acuerdos que prohibían la entrada de soldados en las estancias papales. Radet dijo entonces al Sumo Pontífice que debía entregarle el «Anillo del Pescador» para ser enviado a Francia.

Este anillo no es el que lleva el Papa normalmente, sino el que se emplea para sellar y autorizar los *Breves* pontificios. En él está grabada la imagen de san Pedro subido en una barca y lanzando una red al mar. Este anillo se entregaba al Sumo Pontífice el mismo día de su elección y no solo debía ser conservado de la misma forma, sino que era irreemplazable por los otros anillos episcopales del Pontífice.

El general Radet, en nombre del general Miollis, exigió a Pío VII la entrega del «Anillo del Pescador», pero el Papa se negó. Si no entregaba el anillo en cuestión de horas, varios ciudadanos ilustres de la Santa Sede serían detenidos y deportados a Francia, entre ellos el jefe del espionaje papal y prosecretario de Estado, el cardenal Bartolomeo

Pacca. Finalmente, el Papa cedió y entregó el anillo al general Miollis para ser enviado al emperador Napoleón. Lo más curioso de todo es que el Sumo Pontífice se negó a hacer otro para sustituirlo, sino que en otro ordinario, en el que tenía grabadas las imágenes de san Pedro y san Pablo, ordenó incluir la leyenda: *Pro Annulo Piscatoris, Pius Papa VII.* El llamado «conflicto del Anillo» entre Francia y la Santa Sede finalizaría en 1814, cuando el rey Luis XVIII lo devolvió al Papa, mediante la entrega de este al cardenal Bartolomeo Pacca[4].

Finalmente, el 10 de junio de 1809, Napoleón declaraba Roma como ciudad abierta y desposeía al papa Pío VII de todo su poder. Para contraatacar, el Sumo Pontífice lanzó una bula amenazando con excomulgar a quien ejercitase cualquier forma de violencia contra la Santa Sede o sus representantes. Napoleón ordenó entonces al general Radet asaltar el Quirinal y capturar al Papa como prisionero. La noche del 5 al 6 de julio, Radet entró en el palacio papal por la fuerza, derribando puertas y encontrando a Pío VII, junto al cardenal Bartolomeo Pacca, sentado en su mesa de despacho. Conducido fuera de Roma, tan solo se le permitió coger un pequeño pañuelo[5]. El cardenal Pacca fue el único autorizado para acompañar al Santo Padre.

El general Radet estaba orgulloso de tener en su poder al Sumo Pontífice de Roma, así es que no iba a permitir que nada ni nadie se interpusiese entre su prisionero y los intereses de su emperador. La situación se iba agravando cada vez más debido a la disentería que sufría Pío VII, pero Pacca tenía reservada una sorpresa para Radet y Miollis.

Cuando las tropas francesas entraron en los Archivos vaticanos descubrieron que estaban vacíos. Alguien había dado orden a los agentes de la Santa Alianza de sacar clandestinamente de Roma todos los documentos papales, así como los del servicio de espionaje, y enviarlos en treinta y seis carruajes cerrados a un lugar secreto en la ciudad de Venecia.

Cuando el papa Pío VII y su escolta llegaron a Savona, escala final del viaje, habían pasado cuarenta y dos días desde su detención en Roma. El cardenal Bartolomeo Pacca fue detenido en Grenoble el 6 de agosto de 1809, conducido a la prisión-fortaleza de Fenestrelle y recluido en una oscura celda en condiciones infrahumanas. Al parecer, había sido el propio general Miollis quien había dado la orden de detención de Pacca, al que acusaba de ser el máximo responsable de la desaparición de los Archivos papales[6]. Durante sus cuatro años de

cautiverio el cardenal Bartolomeo Pacca escribió parte de sus memorias.

> Si usted no lo sabe —escribe el propio Pacca—, la fortaleza de la Fenestrelle está construida en los Alpes, en una parte en la que las montañas separan el Piamonte del Delfinato. La ciudad de Fenestrelle se encuentra a los pies de los Alpes, rodeada de los valles del Prato Gelato; uno de estos valles fue anexionado al Delfinato tras la firma del Tratado del año 1713 *[Utrecht]* y cedido a la Casa Real de Saboya. Ellos están situados en los libros de geografía como parte de Italia y en donde la religión protestante es tolerada públicamente y su población está formada por miles de herejes conocidos como *barbetti* debido a las largas barbas usadas por sus sacerdotes tiempo atrás[7].

Fenestrelle, una pequeña ciudad de ochocientas almas, estaba situada en los mapas únicamente por su formidable fortaleza utilizada por los franceses como lugar de deportación para los «peligrosos» enemigos del Estado y de Napoleón. Allí languidecían, azotados por el crudo invierno, intelectuales y periodistas, espías y cardenales, todos ellos unidos por un sentimiento común: el de ser enemigos del emperador Napoleón. El cardenal Bartolomeo Pacca escribe en su diario:

> Las noches de invierno son terribles, algunas con hasta dieciséis horas de profunda oscuridad; y la sombra de silencio es solo interrumpida por el silbido de los impetuosos vientos que de tiempo en tiempo anuncian la llegada de fuertes caídas de nieve. Solo las águilas que anidan en sus montañas son los únicos seres vivos capaces de vivir en este lugar.

El jefe del espionaje papal hace un buen retrato del edificio de la prisión al escribir:

> El gran edificio consiste en dos partes unidas por una vasta red de escaleras con miles de peldaños. En lo alto de la montaña está el fuerte llamado Delle Valli, y un poco más abajo, el fuerte San Carlo, donde los prisioneros y la desesperación viven unidos. La fortaleza de Fenestrelle fue construida por orden del rey Vittorio Amadeo II con el fin de controlar los accesos a Italia por el lado del Piamonte de los franceses.

> [...] El edificio principal está bien defendido, haciéndolo casi inexpugnable. Los franceses, en cambio, planearon demoler todas las fortalezas de la zona, incluida la de Fenestrelle, pero la intervención de un general francés hizo que la demolición se detuviese, para convertirla en una prisión más del gobierno «liberal y tolerante» *[sic]*.
>
> La celda en la que me encuentro está situada en el nivel principal del edificio; no tiene ventanas, tan solo una cortina raída que evita pobremente el que entre el frío viento; sus muros aparecen resquebrajados en diversos puntos, tal vez debido al terremoto del año anterior; los muros están negros en algunos puntos debido al humo que sale de algunas chimeneas. Las zonas más altas, también inundadas de celdas, son sucias, con sustancias fétidas y enfermizas inundando sus suelos.

En la página final el cardenal Pacca escribiría sobre su rúbrica:

> En este horrible castillo, palacio de venganza, están ambos prisioneros, crimen e inocencia.

Mientras, en París se ha convocado al Colegio cardenalicio en Francia y se ha acondicionado un palacio como residencia del papa Pío VII. Napoleón pretende convertir París en un Vaticano supeditado a las órdenes del Imperio.

El 9 de junio de 1812 se ordena nuevamente el traslado de Pío VII de Savona a Fontainebleau. Según informes de los agentes de Joseph Fouché, el jefe del espionaje napoleónico, un grupo de frailes que conforman una sociedad denominada la «Orden Negra» están intentando rescatar al Sumo Pontífice y ponerlo a salvo en un lugar seguro. La «Orden Negra» está dirigida, según informes en poder de Fouché, por un alto miembro de la Curia a quien denominan como el «cardenal negro». Para el jefe de los espías de Napoleón ese «cardenal negro» solo puede ser Bartolomeo Pacca, recluido en la fortaleza de Fenestrelle. El Papa es obligado entonces por el comandante Lagorse a vestir de negro, a teñir sus zapatos blancos del mismo color y a viajar de noche para que nadie le reconozca. Los frailes de la «Orden Negra» llegarían al lugar en donde estaba recluido el Papa tan solo seis horas después de su partida[8].

El 30 de enero de 1813 la puerta de la celda del prisionero Pacca se abrió en la noche. Cuatro soldados franceses con antorchas escoltaron al

prisionero hasta el patio central y lo introdujeron en una carroza rumbo a Fontainebleau. Días después el cardenal Bartolomeo Pacca se presentaba ante el papa Pío VII. Este había obligado a Napoleón a liberar a su prosecretario y jefe del espionaje papal tras la firma de un Concordato entre Francia y los Estados Pontificios. El emperador afirmó mientras firmaba los documentos, y a pesar de que el propio Fouchě recomendaba no liberar al prisionero de Fenestrelle: «Pacca es mi enemigo»[9].

El cardenal Bartolomeo Pacca, junto a otros miembros de la Curia liberados, aconsejaron al Papa retrotraer el Concordato firmado y rechazar cualquier negociación hasta que no regresase a Roma con absoluta libertad. En el mes de enero de 1814, cuando el Papa fue trasladado a Savona, Pacca fue deportado a Uzes, hasta el 22 de abril, en que le fue autorizado volver a reunirse con Pío VII.

Junto al Sumo Pontífice regresaría a Roma, tras cinco años alejado de la Ciudad Eterna. Nombrado cardenal camarlengo el mismo año, Pacca se esforzó por restablecer las órdenes religiosas.

La marcha de la guerra y las cada vez más continuas derrotas francesas en diversos frentes provocaron el asedio de Francia y la liberación del Papa, que pudo regresar a Roma el 24 de mayo de 1814. Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia se habían comprometido a estar unidas durante veinte años para impedir que Napoleón se mantuviera en el poder. No obstante, Bonaparte no cedía, pero sus maniobras no consiguieron detener la marcha de los ejércitos aliados, que se presentaron a las mismas puertas de París el día 30 de marzo, obligando a capitular a la capital francesa. Napoleón, como último intento, quería lanzar los restos de su ejército para recuperar París, pero sus mariscales más ilustres, los mismos que le habían acompañado en mil y una batallas, entre los que estaban Michel Ney, Lefěbvre y Moncey Oudinot, se negaron a seguirle, alegando que les era imposible seguir enviando a la muerte a miles de jóvenes franceses. Seguidamente, los tres militares exigieron a Napoleón su abdicación[10].

El 6 de abril de 1814, en Fontainebleau, el mismo lugar en donde había estado recluido el papa Pío VII, Napoleón Bonaparte firmó su renuncia cuando en París el Senado había ya instituido ante los aliados un gobierno provisional presidido por Talleyrand. El antiguo hombre de confianza de Napoleón debía mantener el orden en París hasta la llegada del rey Luis XVIII, con el que había de restaurarse la monarquía de los Borbones en Francia.

Unos días más tarde, el 10 de abril, el general Wellington derrotaba al general Soult en la península Ibérica, sin que ninguno de los contendientes supiese aún que Napoleón había ya capitulado[11].

Varios líderes europeos decidieron entonces convocar el Congreso de Viena, con el fin de restablecer las fronteras de una Europa alterada por Napoleón. En el encuentro, llevado a cabo entre el 1 de octubre de 1814 y el 9 de junio de 1815, se decidió el restablecimiento del absolutismo en aquellos Estados en los que los monarcas habían sido destronados.

Entre los ilustres asistentes se encontraban Klemens von Metternich, quien presidió la conferencia; Charles Maurice de Talleyrand, en representación del rey Luis XVIII; el zar Alejandro I; Francisco I de Habsburgo; Federico Guillermo III de Prusia; lord Castlereagh y el duque de Wellington; representantes de España, Portugal, Suecia y los Estados Pontificios. En ausencia del cardenal Ercole Consalvi, el cardenal Pacca fue enviado por Pío VII a Austria para representar los intereses papales. Más tarde el propio Consalvi criticaría abiertamente el discurso de Pacca en Viena, acusando al prosecretario de Estado y jefe de la Santa Alianza de ser demasiado severo con los seguidores de Napoleón. Sería el cardenal Bartolomeo Pacca quien en el documento final del Congreso de Viena incluiría el anexo que precisaba: «Debemos coincidir en estar unidos y permanecer vigilantes contra los liberales, los republicanos y los ateos».

Un acto realizado por el cardenal Pacca pondría en un serio aprieto al Papa y provocaría el rechazo del prestigioso y hábil diplomático Ercole Consalvi. Cuando Joaquín Murat, rey de Nápoles y yerno de Napoleón, envió sus tropas a través de los Estados Papales para encontrarse con los austríacos, el cardenal Pacca recomendó al Papa refugiarse en Génova, alegando que tal vez lo que Murat deseaba era anexionar los Estados Pontificios al reino de Nápoles. Con la salida del Sumo Pontífice, Pacca estableció entonces un gobierno provisional en Roma, bajo su mando.

Como primera medida, Pacca ordenó la detención del cardenal Jean-Siffrein Maury, bajo la acusación de dirigir la red de espionaje de Joaquín Murat en Roma. El juicio contra Maury continuó abierto incluso después del retorno del Papa a Roma, pero la llegada del cardenal Ercole Consalvi provocó que el proceso fuera paralizado y archivado[12].

Napoleón sería recluido en la isla de Elba, frente a la costa meridional de Italia, mientras que a su esposa, María Luisa, y a su hijo se les concedía el ducado de Parma. Pero el antiguo amo y señor de Europa no iba a quedarse quieto. Apoyado por un pequeño grupo de mariscales y generales, decidió salir de su destierro, conocido como los «Cien Días». El desastre de Waterloo, el 15 de junio de 1815, supuso para Napoleón y toda su familia el repudio de todas las cortes de Europa. Para evitar un nuevo foco bonapartista, los aliados decidieron entonces recluir a Napoleón Bonaparte en la isla de Santa Elena, un trozo de piedra enclavado a dos mil kilómetros de la costa africana y a más de dos meses de navegación de Inglaterra. Allí permanecería olvidado por todos hasta el 5 de mayo de 1821, fecha en la que moriría envenenado [13].

Tras el internamiento de Napoleón en Santa Elena, Pío VII ordenó al jefe del espionaje papal, el cardenal Bartolomeo Pacca, que se ocupase de proteger a la familia del derrocado emperador de Francia. La madre de Napoleón, María Letizia, pudo instalarse en el palacio de la romana Piazza Venecia, donde moriría en 1836, aún protegida por el papa Gregorio XVI. Además, Pío VII acogió al tío y a los hermanos de Napoleón, el cardenal Joseph Fesch y a Lucien y Luis Bonaparte, que había sido rey de Holanda. El hijo de este último, Luis Napoleón, también refugiado bajo el manto protector de Pío VII y de la Santa Alianza, llegaría años después a gobernar Francia bajo el nombre de Napoleón III.

Mientras tanto, el poderoso cardenal Pacca iba a tener que vivir un desgraciado incidente debido a un sobrino suyo, monseñor Tiberio Pacca.

Nacido el 31 de agosto de 1786, en Benevento, al igual que su poderoso tío, Tiberio se educó en el Nobile Collegio Clementino. Posteriormente, y junto a sus hermanos, Orazio y Paolo, fue enviado a Roma bajo el manto protector del cardenal Bartolomeo Pacca. Su primera misión para el Papa fue la de llevar el comunicado del nombramiento como cardenal a su tío cuando este era nuncio en Lisboa. Durante los años siguientes, Tiberio Pacca ejerció como una especie de secretario privado y correo especial para su tío cuando Bartolomeo Pacca era prosecretario de Estado, y junto a este pasaría varios años recluido en la fortaleza de Fenestrelle, hasta el 4 de agosto de 1811, en que fue liberado. Pocos años después el jefe de la Santa Alianza supo

que su sobrino había mantenido relaciones sexuales con una joven con la que había tenido un hijo ilegítimo, pero decidió guardar la noticia como un «secreto de familia».

El 21 de abril de 1814, Tiberio Pacca sería nombrado protonotario apostólico, y el 28 de septiembre del mismo año, presidente de la Cámara Apostólica. Aquel puesto fue utilizado por el hábil Tiberio como plataforma hacia las más altas esferas del poder de la Curia. El 22 de julio de 1816 sería nombrado, con el apoyo de su tío, progobernador de Roma; director general de la policía pontificia, el 23 de octubre; y gobernador de Roma y vicecamarlengo de la Santa Iglesia Católica, el 24 de abril de 1817 [14].

Dos meses después, el cardenal Bartolomeo Pacca recibe los primeros informes en los que se asegura que su sobrino ha estado recibiendo fondos como soborno por parte de los austríacos. Pacca ordenó entonces abrir una investigación a la Santa Alianza, cuyos resultados debían ser entregados a él en exclusiva. Ni siquiera el papa Pío VII o el secretario de Estado, el cardenal Ercole Consalvi, debían leer el informe resultante.

Durante los tres años siguientes, monseñor Tiberio Pacca fue sometido a vigilancia por los servicios de inteligencia papales, hasta que una filtración a la policía pontificia lo puso sobre alerta. El sobrino de Bartolomeo Pacca se encontraba cada vez más endeudado debido a su afición por las mujeres jóvenes y el juego. Esto le llevó a robar pequeñas cantidades de dinero de los fondos de la policía papal, en un primer momento, para después robar cantidades que eran difíciles de ocultar.

Por fin, el 7 de abril de 1820, monseñor Tiberio Pacca huyó de Roma, refugiándose en Suiza y poco después en Francia. En un primer momento el cardenal Pacca ordenó a su sobrino presentarse ante el Papa, pero este se negó. Posteriormente, el jefe de la Santa Alianza ordenaría a sus agentes hacer todo lo posible para localizar los fondos robados por su sobrino, aunque sin resultado satisfactorio. También el cardenal Consalvi había dado orden a la policía papal de detener a su antiguo jefe en cuanto pisase territorio pontificio. Para el «cardenal negro» Pacca, aquella maniobra de Consalvi no era más que una venganza contra él. El *caso Tiberio Pacca* permaneció archivado y los fondos robados fueron devueltos a la policía pontificia por las arcas papales, debido a la muerte del papa Pío VII.

Poco antes de morir, el 20 de agosto de 1823, el Papa había pronunciado el nombre de las ciudades de Savona y Fontainebleau como símbolo del sufrimiento que le había tocado vivir en los años del ascenso y caída de Napoleón.

El cardenal Bartolomeo Pacca, como cardenal camarlengo, volvería a tener un papel relevante en los Estados Pontificios. En 1823 daría comienzo el cónclave para elegir al sucesor de Pío VII. El pulso se llevaba a cabo entre el candidato de los *zelanti* y el de los *politicanti,* las dos únicas facciones que se disputaban el liderazgo de la Santa Sede. Los *zelanti* o «celosos» estaban liderados por el jefe de la Santa Alianza, el cardenal Bartolomeo Pacca, y el cardenal Agostino Rivarola. Estos eran partidarios de mantener una organización dura y conservadora contra cualquier liberalismo que desease infiltrarse en Roma[15].

Los *politicanti,* por el contrario, admitían la necesidad de evolucionar hacia un orden más social dentro de la Iglesia. El cardenal Ercole Consalvi, líder de esta facción y enemigo acérrimo de Pacca, pensaba que el desmoronamiento del gobierno de la Iglesia tras la era napoleónica debía ser aprovechado para restaurar un gobierno basado en un Estado Pontificio con una administración reformada, mucho más abierta a los fieles.

Los países católicos gobernados por monarquías absolutistas no veían con buenos ojos a Ercole Consalvi, a quien acusaban de haber introducido demasiadas medidas «revolucionarias», como la supresión de los derechos feudales de la nobleza o la abolición de privilegios de algunas ciudades; otros acusaban al anterior secretario de Estado de haber vendido la política vaticana a los austríacos. El cardenal Bartolomeo Pacca consiguió en el cónclave que Consalvi llegase a él sin ningún tipo de oportunidad de ser elegido Sumo Pontífice[16].

El nombre de Annibale della Genga no figuraba entre los candidatos, y a pesar de ser desde hacía tres años vicario de Roma, era para los ciudadanos un desconocido. El 28 de septiembre de 1823, treinta y cuatro de los cuarenta y nueve cardenales electores le dieron el voto. Della Genga, sorprendido por la elección, dijo entonces: «Habéis elegido a un cadáver».

La primera medida del nuevo papa León XII fue nombrar al cardenal Giulio Maria della Somaglia, próximo a los *zelanti* y por lo tanto protegido del cardenal Bartolomeo Pacca, como nuevo secretario de

Estado, y ratificar al propio cardenal Pacca al cargo de los servicios de inteligencia de la Santa Sede.

En octubre de 1828, cuando León XII cumplía cinco años de pontificado, decidió extender un permiso para que monseñor Tiberio Pacca pudiese regresar a los Estados Pontificios. Aquello había sido una hábil maniobra de su tío, Bartolomeo, mas la repentina muerte del Papa hizo que el permiso no fuese ratificado y Tiberio Pacca se vio obligado a permanecer en Milán. Las siguientes noticias del antiguo director general de la policía papal serían en 1835, cuando fue nombrado intendente general del Ministerio del Interior del Reino de Cerdeña, pero unas oscuras maniobras llevadas a cabo por Tiberio Pacca le obligaron nuevamente a huir y refugiarse en Nápoles, en donde moriría en la más absoluta miseria, víctima del cólera, el 29 de junio de 1837 [17].

Las enormes sumas robadas supuestamente por monseñor Tiberio Pacca jamás fueron encontradas, aunque algunos se preocuparon en difundir por los pasillos de los palacios papales que ese dinero podría tal vez haber sido utilizado por el «cardenal negro», Bartolomeo Pacca, para financiar su particular «ejército de espías en las sombras». Ahora, nuevos frentes se abrían para el cardenal Pacca.

Para el espionaje papal posnapoleónico los nuevos enemigos serían los bandoleros y los miembros de sociedades secretas masónicas, como los *carbonari*. Estos últimos habían organizado un levantamiento en la Romaña y para sofocarlo, el papa León XII decidió enviar al cardenal Agostino Rivarola con el fin de que este mediase en el conflicto. Lo que el Papa no sabía era que Rivarola llevaba instrucciones muy explícitas del cardenal Pacca para acabar con la revuelta con el visto bueno del cardenal secretario de Estado, Della Somaglia [18].

Realmente, nadie consideraba a los *carbonari* como simples delincuentes, pero desde principios del siglo XIX se habían formado en Nápoles, Milán y Calabria numerosas sectas, nacidas la mayor parte de ellas dentro de la masonería y por lo tanto prohibidas por diversos papas y ratificadas por numerosas bulas. Los miembros de los *carbonari*, los *protectores*, los *independientes*, los *calderari*, los *peregrinos blancos* o la *mafia* eran perseguidos en los territorios de los Estados Pontificios por organizaciones bajo control del Vaticano de forma oficial, como la propia Santa Alianza, el servicio de espionaje papal, y de forma extraoficial, mediante pequeños grupos clandestinos integrados por religio-

sos y que operaban realizando acciones encubiertas de castigo. Entre estas últimas organizaciones se encontraban las renacidas «Orden Negra» y el «Círculo Octogonus» y otras menos conocidas, como los «Hábitos Negros», la «Sociedad de los Trece» o los «Seguidores de Jehú»[19].

Los agentes de la Santa Alianza sabían que los *carbonari* estaban dirigidos por dos hombres llamados Angelo Targhini y Leonida Montanari. Durante una partida para capturarlos, un agente de la Santa Alianza cayó muerto de un disparo, mientras que otro resultaba herido de gravedad. El cardenal Bartolomeo Pacca estaba decidido a encontrar a los cabecillas y llevarlos ante la justicia.

El 20 de noviembre de 1825, Targhini y Montanari serían engañados por un agente del espionaje pontificio que se hizo pasar por seguidor de los *carbonari* y durante el encuentro ambos revolucionarios fueron detenidos por agentes de la Santa Alianza y soldados de la Guardia Papal. El 21 fueron trasladados a Roma; el 22, juzgados por rebelión, y el 23 de noviembre, decapitados por orden de León XII, bajo la acusación de ofensas al Sumo Pontífice. Pero la particular guerra entre los *carbonari* y los agentes del Papa no se detendría ahí.

El cardenal Rivarola, un *zelanti* y mano ejecutora del cardenal Pacca, se emplearía a fondo en la tarea de cortar la rebelión. Apoyándose en la sociedad secreta de los *sanfedisti,* Rivarola y los agentes de la Santa Alianza se dedicaron a practicar una especie de guerra sucia. Los sospechosos de ser miembros o de apoyar a los *carbonari* eran secuestrados, interrogados bajo tortura y en la mayor parte de los casos ejecutados de forma sumarísima. Medio millar de personas fueron empujadas al exilio o a las prisiones papales[20]. Enterado León XII de las operaciones clandestinas llevadas a cabo por la Santa Alianza contra los *carbonari* con el visto bueno del secretario de Estado, decidió cesar a Giulio della Somaglia, mientras mantenía en el cargo al poderoso Pacca[21].

Desde ese mismo momento el nuevo secretario de Estado, el cardenal Tommaso Bernetti, de clara ideología moderada y discípulo de Consalvi, decidió mantener un estrecho y férreo control sobre el servicio de espionaje, sus operaciones, su jefe y sobre todas sus actuaciones en la guerra contra los *carbonari.*

Los dos siguientes *carbonari* en caer en manos del servicio de espionaje pontificio serían Luigi Zanoli y Angelo Ortolani. En el mes de

febrero de 1828, Zanoli interceptó a un emisario papal que llevaba instrucciones secretas de Bartolomeo Pacca a monseñor Francesco Capaccini, uno de los grandes maestros en el diseño de claves papales y quien años después se convertiría en un importante espía del Papa en Holanda contra los *carbonari*[22].

Zanoli había seguido al emisario papal hasta la misma frontera y antes de que la cruzase lo asesinó y robó los mensajes con el sello de lacre de la Santa Alianza. El *carbonari* se refugió en una cabaña de la Romaña hasta que fue localizado por los hombres de Pacca. Durante el asalto para su detención, otro *carbonari* amigo de Zanoli, llamado Angelo Ortolani, disparó sobre un miembro de la policía pontificia, matándolo en el acto. Ambos serían detenidos, juzgados y condenados a muerte. Luigi Zanoli sería decapitado en la mañana del 13 de mayo de 1828, mientras que Angelo Ortolani sería ahorcado en la tarde del mismo día. Para el poderoso cardenal Bartolomeo Pacca estaba claro el dicho de «ojo por ojo», y los agentes de la Santa Alianza estaban dispuestos a llevarlo a cabo.

Los líderes *carbonari* querían devolver el golpe al Vaticano por sus compañeros ajusticiados y el objetivo elegido sería nada más y nada menos que el cardenal Agostino Rivarola, el enviado papal a la Romaña.

Gaetano Montanari, hermano de Leonida, y Gaetano Rambelli serían los encargados de matar al enviado de León XII. El problema surgió cuando, dos días antes de la fecha escogida para el golpe, un sastre que tenía previsto entregar a ambos *carbonari* unos hábitos negros que les permitiesen acercarse al cardenal Rivarola se equivocó, entregándolos a dos sacerdotes, uno de los cuales era un colaborador de la policía pontificia. Al día siguiente, Montanari y Rambelli serían detenidos. Gaetano Montanari sería ejecutado por tentativa de asesinato del cardenal Agostino Rivarola a finales de 1828 y Gaetano Rambelli ahorcado el mismo año por haber conspirado contra el Estado Pontificio y el Papa; pero la guerra no se detendría con la muerte de León XII, acaecida el 10 de febrero de 1829.

Ya en el cónclave de 1823 el cardenal Francesco Saverio Castiglioni era uno de los más firmes candidatos a suceder a Pío VII. Incluso se contaba la anécdota de que un día el papa León XII, durante una discusión con el cardenal Castiglioni, le había llegado a decir: «Vuestra Santidad, Pío VIII [refiriéndose al propio Castiglioni], arreglará más tarde este asunto». Por lo tanto, su elección el 31 de marzo de 1829

como nuevo Sumo Pontífice en el cónclave no fue ninguna sorpresa para nadie[23]. A pesar de su corto pontificado, tan solo veinte meses, fue un período lleno de acontecimientos que iban a cambiar la estructura de Europa. Las revoluciones que iban a desatarse en el verano de 1830 en Francia, Alemania, Polonia, Bélgica y los Estados Pontificios iban a finiquitar definitivamente el sistema de la Restauración. Pío VIII siguió manteniendo a las riendas del espionaje papal al poderoso cardenal Bartolomeo Pacca, que contaba setenta y cuatro años de edad.

Un nuevo frente iba a abrirse en Francia. La estrategia de Carlos X, hermano del guillotinado Luis XVI, que reinaba en Francia desde hacía seis años, había sido la de colocar la imagen de la Iglesia al lado del absolutismo y por consiguiente enemiga de las libertades. El nuncio en París había ya informado a Albani y Pacca de que la política del rey Carlos X perjudicaría la imagen de la Iglesia y Roma ante los ciudadanos franceses, pero al parecer nadie quiso escucharle[24].

En el mes de julio los revolucionarios atacaron la sede arzobispal, el noviciado de los jesuitas, la casa de las misiones y la nunciatura. En otras ciudades de Francia se asaltaron iglesias, conventos y monasterios. Pío VIII, bajo recomendación del secretario de Estado Albani, desautorizó la vinculación de la Iglesia con la monarquía de Carlos X, reconociendo al nuevo rey Luis Felipe de Orleans. Por recomendación de Pacca, el Papa ordenó a todos los obispos y clero de Francia que prestasen sumisión al nuevo monarca elegido por la nación. Del mismo modo, la Santa Sede procedió a reconocer a Bélgica, un nuevo Estado surgido en 1830 al unirse los católicos y los liberales belgas para luchar por su independencia del reino de los Países Bajos. El rey de Holanda, de religión protestante, intentaba imponer el absolutismo en todos sus dominios[25]. El 30 de noviembre de 1829 fallecía el papa Pío VIII, abriéndose así un nuevo cónclave que debía elegir a su sucesor.

Como era de esperar, el cónclave no fue corto, sino más bien demasiado largo. Cincuenta días y un centenar de votaciones fueron necesarios para elegir al sucesor del papa Pío VIII. El cardenal Alberto Cappellari no estaba en los pronósticos, y prueba de ello es que no recibió el primer voto hasta pasado un mes de cónclave[26].

Mientras se iban leyendo los votos, Cappellari pidió a los miembros del cónclave que dejasen de votarle; sin embargo, el cardenal Zurla, alegando obediencia a las decisiones del cónclave, le pidió que aceptase la tiara pontificia. El 2 de febrero de 1831 recibía los símbo-

los papales de manos del propio jefe de la Santa Alianza, Bartolomeo Pacca, adoptando el nombre de Gregorio XVI.

El nuevo pontificado se vería inmerso en una oleada revolucionaria que sacudiría a media Europa. La rebelión había estallado en Módena justo un día después de ser coronado Gregorio XVI. Los primeros éxitos se convirtieron en avances, tales como la formación de un gobierno revolucionario en Bolonia, en donde habían hecho prisionero al legado pontificio y proclamado la república. Pronto los ejércitos revolucionarios continuaron con su imparable avance, haciéndose con el control de Marcas y Umbría. Los ejércitos papales eran incapaces de contener el avance de los revolucionarios, que habían ya conseguido conquistar el 80 por 100 del territorio que conformaba los Estados Pontificios.

Aconsejado por Tommasso Bernetti, secretario de Estado, y por Bartolomeo Pacca, jefe del espionaje, el papa Gregorio XVI decidió solicitar ayuda militar a Austria para sofocar la rebelión. Por estas fechas, Bartolomeo Pacca estaba bastante desprestigiado dentro de la Curia romana al haber sido incapaz la Santa Alianza de detectar semejante movimiento revolucionario en el interior de las fronteras papales[27].

La entrada de las tropas austríacas en los Estados Pontificios provocó la rápida protesta de Francia. Durante más de dos meses los Estados Papales se vieron inmersos en permanentes disturbios y ataques con bombas producidos por grupos revolucionarios.

Sofocada la rebelión, Inglaterra, Francia, Prusia y Rusia convocaron una conferencia en Roma, obligando a Gregorio XVI a introducir una serie de reformas que apaciguasen los ánimos revolucionarios. Ninguna de las potencias deseaba que triunfasen los revolucionarios en los Estados Papales, debido a que esto podría provocar una «epidemia» hacia el resto de naciones de Europa.

Tras la retirada de las tropas austríacas, los Estados Pontificios volverían a vivir una nueva revuelta en 1832 en la Romaña, que tampoco fue descubierta a tiempo por los servicios secretos del Papa. El único detenido por los agentes de la Santa Alianza sería Giuseppe Balzani, el cual fue decapitado el 14 de mayo de 1833, acusado de cometer ofensas contra el Sumo Pontífice. Finalmente, en enero de 1836, el papa Gregorio XVI decidió cesar de forma fulminante al cardenal Tommasso Bernetti como secretario de Estado y al cardenal Bartolomeo Pacca como responsable del espionaje pontificio[28].

El cardenal Bartolomeo Pacca, jefe del espionaje papal durante treinta y cinco años, que había servido como tal a cuatro papas —Pío VII, León XII, Pío VIII y Gregorio XVI—, moriría el 19 de abril de 1844, a la edad de ochenta y siete años. Su cadáver sería expuesto en la iglesia de Santa Maria en Portico, siendo enterrado en el mismo lugar.

El papa Gregorio XVI, que ofició la misa funeral en honor del fallecido cardenal, diría: «Aquí yace un servidor de la Iglesia, el cual tuvo en muchas ocasiones que luchar entre su deber a Dios y su deber a los Estados Papales. No siempre fue fácil asumir una u otra decisión. Descanse en paz».

11

Francesco Capaccini

El hacedor de claves

No cabe la menor duda de que monseñor Francesco Capaccini fue uno de los mejores criptógrafos y uno de los grandes expertos en la creación de claves de toda la historia, no solo del Vaticano, sino también de toda Europa. Muchas de las claves creadas por él hace dos siglos continúan aún hoy, en el siglo XXI, siendo utilizadas por la Santa Sede en sus mensajes diplomáticos.

Nacido en Roma el 14 de agosto de 1784, Capaccini desarrolló su educación eclesiástica en el Collegio Romano y posteriormente en el Seminario Romano. El 19 de septiembre de 1807, a los veintitrés años, fue ordenado sacerdote. Ocho años después, Francesco Capaccini era destinado como *minutante* en la Secretaría de Estado, convirtiéndose en uno de los más estrechos colaboradores del cardenal secretario de Estado, Ercole Consalvi.

Durante estos años, Capaccini no deja de leer ningún libro sobre astronomía y sobre el funcionamiento de claves en mensajes secretos. Durante horas y horas, Capaccini leía una vez tras otra el llamado *Carteggio Kircheriano,* la recopilación de cartas recibidas por el extraño jesuita del siglo XVII Athanasius Kircher y guardado celosamente en los archivos de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma; los manuscritos de astrónomos como Johannes Kepler, Robert Boyle o Isaac Newton; o los estudios sobre los jeroglíficos egipcios *Hieroglyphica siue de sacris aegyptiorum aliarumque gentium lite-*

ris commentarii, publicado en 1556 por Giovanni Piero Valeriano Bolzani; el *Symbolica Aegyptiorum sapientia,* escrito por el sacerdote Nicolas Caussin en 1631, o el famoso *Thesaurus* de Horwart von Hohenburg.

Sus estudios quedarían cortados en 1828, cuando el papa León XII lo nombró internuncio en Holanda, debido a su experiencia durante la negociación del Concordato con los Países Bajos, firmado el año anterior, y en el que Capaccini participó activamente. La muerte del Sumo Pontífice, el 10 de febrero de 1829, y la elección de un nuevo Papa, Pío VIII, cogió a monseñor Capaccini en su puesto en Holanda.

Entre los graves problemas con los que debía enfrentarse el papa Pío VIII, y por consiguiente la Santa Alianza y monseñor Francesco Capaccini, estarían los movimientos revolucionarios y sectas secretas dentro del Estado Pontificio. Durante su etapa como nuncio en Holanda, Capaccini se dedicó a establecer una amplia red de informadores que iban desde los barrios más humildes a los salones de la corte. Capaccini recibía un gran número de informes altamente secretos incluso de miembros de los Estados Generales, el Parlamento holandés [1].

Bartolomeo Pacca, el jefe del servicio de espionaje pontificio, había descubierto una verdadera mina de oro con Francesco Capaccini y estaba dispuesto a explotarla. Monseñor conocía incluso todo lo relacionado con la familia real a través de un consejero de Estado que se había convertido en un asiduo de la nunciatura. Informes sobre homosexualidad, infidelidades y otros asuntos de los miembros de la Casa de Orange pasaban por las manos de Capaccini y acababan en la mesa del cardenal Pacca y en los archivos de la Santa Alianza en Roma.

Pío VIII había llamado en varias ocasiones la atención de Pacca sobre los métodos utilizados por el nuncio en Holanda, pero para la mentalidad del jefe de la Santa Alianza todo método era aceptable siempre y cuando este fuese en defensa de los intereses de la Iglesia, de Roma, del Papa y de los Estados Pontificios [2].

Un día, Francesco Capaccini alertó al espionaje papal con respecto a un asunto de «alto secreto». «He tenido en mis manos por escasos minutos un informe confidencial enviado por el embajador de los Países Bajos en la Santa Sede con respecto a posibles movimientos revolucionarios que se están desarrollando en los Estados Papales», escribía Capaccini a Pacca [3].

Realmente, monseñor Capaccini había conseguido leer el informe durante una visita que este estaba realizando a la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores holandés. Durante la espera para ser recibido por el responsable del departamento de asuntos religiosos del ministerio, y en un momento en el que el secretario salió de la sala, el agente de la Santa Alianza descubrió entre un montón de carpetas una que llevaba escrito «Santa Sede: Asunto Confidencial y de Alto Secreto». Sin pensárselo, monseñor abrió la carpeta y comenzó a leer la primera página.

Fechado en el verano de 1829, el informe de los holandeses mostraba un complot organizado por una serie de individuos en la ciudad de Spa, desde donde desarrollarían operaciones subversivas contra los Estados Pontificios. Los conspiradores, que tenían acceso a importantes fondos y a la impresión de panfletos, planeaban viajar separadamente hasta el puerto toscano de Livorno y entrar en los Estados Papales como peregrinos. Una vez dentro del territorio de la Santa Sede distribuirían literatura antipapal y revolucionaria.

La información fue entregada al secretario de Estado, el cardenal Giuseppe Albani, y al responsable del espionaje pontificio, cardenal Bartolomeo Pacca. Los agentes de la Santa Alianza consiguieron acercarse al grupo revolucionario, próximo a los *carbonari,* a través de un artesano que formaba parte de la conspiración[4]. Uno de ellos anotó que el artesano era un hombre joven que posiblemente deseaba vengarse de algún otro miembro del grupo. Entre los meses de octubre y diciembre de 1829 los soldados pontificios y los espías papales detuvieron a cerca de catorce miembros del grupo revolucionario. Cinco de ellos, los principales cabecillas, fueron condenados a muerte y ejecutados en la horca.

Aquella acción provocó otra en cadena en la figura del Papa. Pío VIII comprendió la necesidad de mantener una red de espionaje activa que pudiese poner en guardia a la Santa Sede sobre posibles movimientos revolucionarios. Uno de los más firmes defensores, junto con monseñor Capaccini, de la necesidad de que los diplomáticos papales se ocupasen también de recolectar material de inteligencia sería monseñor Antonio Saverio de Lucca, nuncio en Múnich y en Viena[5]. El problema de estos deseos era que durante la primera década del siglo XIX la Santa Sede tenía relaciones diplomáticas tan solo con unos pocos Estados, la mayor parte de ellos en la Europa occidental.

En 1840 el Papa había enviado nuncios a tan solo once naciones, de los cuales dos estaban en países de Sudamérica (Colombia y Brasil); dos nuncios más estaban destinados en países con población no predominantemente católica (Holanda y Suiza); y otros tres nuncios más estaban destinados en reinos cercanos a los Estados Pontificios: el Reino de Nápoles, el Gran Ducado de Toscana y el Reino de Piamonte.

Otra fuente de recolección de inteligencia no utilizada por el Vaticano sería el cuerpo consular. La red consular pontificia no estaba muy extendida. Principalmente se centraba en los puertos y centros comerciales de la península italiana, sur de Francia y España. Sus miembros eran más hábiles emitiendo visas, certificados de salud o documentos notariales que recolectando valiosa información de inteligencia.

Los informes especiales que se recibían en la Santa Sede de sus enviados, nuncios y cónsules eran nada más que una gran recolección de noticias sin importancia aparecidas en periódicos locales, boletines y posibles libros subversivos. Pero un nuevo problema iba a suscitar una gran controversia en Roma, la necesidad de establecer una mayor seguridad en las comunicaciones entre las nunciaturas y el Vaticano, y en este tema monseñor Francesco Capaccini iba a jugar un importante papel.

Desde la primera mitad del siglo XIX todos los gobiernos europeos, incluyendo la Santa Sede, mantenían un férreo control sobre el correo que entraba y salía de sus respectivos países. Todas las oficinas postales eran controladas con el fin de detectar material subversivo u otras actividades criminales. El cardenal secretario de Estado, Ercole Consalvi, sabía que no contaba con ninguna privacidad con respecto a los mensajes recibidos y enviados a su nuncio en París.

En 1801, por ejemplo, durante la negociación del Concordato, todas las cartas entre el secretario de Estado y su nuncio en París fueron interceptadas y abiertas por las autoridades francesas. Incluso durante las guerras napoleónicas la interceptación de cartas dirigidas al Papa era una prioridad máxima de los servicios de inteligencia dirigidos por Joseph Fouché, el jefe del servicio de espionaje del emperador.

A mediados del siglo XIX los diferentes nuncios en París continuaron enviando sus despachos diplomáticos al Vaticano a través del correo postal. Muchas veces los mensajes se perdían o extraviaban misteriosamente. El cardenal Bartolomeo Pacca, jefe del espionaje papal,

sospechaba que los mensajes de la nunciatura eran abiertos y copiados por sus homólogos franceses.

También durante la celebración del Congreso de Viena los austríacos controlaron la correspondencia del cardenal Consalvi con Roma, y ese interés continuó durante toda la reunión. Por ejemplo, en 1822, cuando importantes políticos italianos se reunieron con los austríacos en la ciudad de Verona, controlada por Viena, se discutió, entre otros temas, el establecimiento formal de un acuerdo postal. El cardenal Consalvi aseguró a los miembros de la delegación italiana que todos sus comunicados con el papa Pío VII estaban siendo abiertos y leídos por la inteligencia austríaca. En 1860 el entonces nuncio en Viena, Antonio Saverio de Lucca, protestó formalmente ante la corte de Viena debido a que todo su correo consignado en la oficina postal austríaca era abierto y controlado, así como los telegramas dirigidos desde la Secretaría de Estado de la Santa Sede a la nunciatura [6].

En el verano de 1860, De Lucca pidió al secretario de Estado que, debido a la falta de seguridad en los comunicados y despachos diplomáticos, dos cartas confidenciales sobre hechos acaecidos en Bélgica fueran llevadas y entregadas en propia mano por un mensajero de la nunciatura. Estaba claro que había que buscar un sistema más seguro de comunicaciones entre las nunciaturas y Roma, y viceversa. Para la Secretaría de Estado de la Santa Sede el sistema de mensajeros era costoso y, principalmente, lento.

Los poderes más comprometidos con la interceptación de las comunicaciones papales eran Austria y Francia, aunque también en España y Piamonte el correo de la Santa Sede era rutinariamente interceptado por las policías o servicios de espionaje. El nuncio en los Países Bajos, monseñor Francesco Capaccini, alertó al secretario de Estado de que tomase importantes precauciones a la hora de enviar mensajes a su nunciatura. Todo el correo desde Roma era abierto y leído.

Por fin, en 1829, Capaccini comenzó a trabajar en un sistema, casi como si fuera un juego, con el fin de que cuando un tercero intentase leer el correo papal no llegase a comprender el mensaje. El inteligente obispo fue convocado en Roma por orden del secretario de Estado, el cardenal Tommaso Bernetti.

Durante un encuentro con Bernetti y el Sumo Pontífice, Capaccini intentó explicarles de forma sencilla cómo había codificado el mensaje

enviado desde su nunciatura y que no pudo ser descifrado por los holandeses.

Utilizando los dos términos más comunes en criptografía, cifra y código, Capaccini ocultaba el significado del mensaje de miradas indiscretas. El nuncio en los Países Bajos lo único que había hecho era reemplazar las letras del mensaje por números y símbolos.

«Una cifra cambia las partes componentes de las palabras, mientras que un código actúa como un lenguaje secreto, donde cada palabra en el mensaje original debe tener un equivalente en el lenguaje del código utilizado», explicó Capaccini al Papa y al secretario de Estado.

La principal desventaja de un código es que, para que funcione, tanto quien envía el mensaje como quien lo recibe deben disponer del mismo libro de códigos. «Debe ser como una especie de diccionario de claves en donde cada palabra en el lenguaje de texto sin cifrar debe venir acompañada de un equivalente en código. Para que Su Santidad lo entienda —explicó Capaccini—, a la palabra 'Dios' se le aplica el número 1; a la palabra 'te', el número 20; a la palabra 'salve', el número 31; y a la palabra 'María', el número 48. Para cifrar el mensaje "Dios te salve, María", los enviados papales solo tendrán que escribir "1-20-31-48", y así con todos las palabras y mensajes»[7].

Monseñor Francesco Capaccini explicó al papa Gregorio XVI y al cardenal Bernetti que este sencillo sistema debía ser utilizado para los mensajes más secretos, mientras que para los simples mensajes diplomáticos se podía utilizar el sistema de «alfabeto corrido» o claves de sustitución.

Este último sistema era el utilizado por el emperador Julio César para comunicarse con los generales de sus ejércitos y que fue documentado por el historiador romano Suetonio. El sistema era conocido como «Cifra César de Sustitución». El tratado escrito por Suetonio, que permanecía archivado en la Biblioteca Vaticana, había sido estudiado concienzudamente por Capaccini.

Capaccini explicó a Gregorio XVI y a Bernetti: «Para cifrar un mensaje se reemplaza cada letra en el mensaje original por una letra situada a un número acordado de posiciones en el alfabeto. Aunque este sistema parezca complicado, es muy sencillo. La línea superior, en minúsculas, corresponde a las letras originales escritas en el mensaje. La línea inferior, en mayúsculas, representa al alfabeto en clave y a partir del cual se descodificará el mensaje»[8].

Para mostrarles un ejemplo, monseñor Francesco Capaccini utilizó la misma frase: «Dios te salve, María». Para ello la línea superior se desplazaba un número de letras con respecto a la inferior, permitiendo de esta forma que la clave pudiese ser cambiada cada día.

a b c d e f g h i j k l m n o p q r s t u v w x y z
A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z

La línea superior es desplazada, por ejemplo, cinco posiciones:

v w x y z a b c d e f g h i j k l m n o p q r s t u v w x y z
A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z A B C D F

El mensaje «Dios te salve, María» debería escribirse entonces:

«Intx yj xfqaj Rfwnf»

Para descifrar el mensaje el receptor simplemente debe invertir el proceso, siempre y cuando conozca el número de letras desplazadas. El conocer dicho valor es la clave de este tipo de cifras. Si el mensaje cae en manos no deseadas, los servicios de seguridad enemigos tienen solo veintiséis cambios disponibles para que el criptoanalista pueda descifrar el mensaje. Por esta razón la clave debía ser cambiada diariamente y únicamente utilizada en mensajes cuyo contenido fuese poco importante[9].

Para satisfacción de monseñor Francesco Capaccini, aquel inocente juego lo convertiría en 1831 en sustituto de la Secretaría de Estado y en secretario de Cifras y Claves por orden del papa Gregorio XVI.

Desde el mismo día en que Capaccini entró en su despacho en el Palacio Apostólico, los ejemplares de libros y manuscritos especializados en criptografía y criptoanálisis pasaron por su mesa. El secretario de Cifras y Claves comenzó a aplicar sistemas de cifrado de la Edad Media al siglo XIX.

Monseñor Capaccini pasaba horas y horas encerrado en su despacho, revisando libros, tomando apuntes y anotaciones hasta que conseguía entender las claves utilizadas en el pasado. El secretario de Cifras y Claves sabía que los mensajes enviados por la Santa Sede no estarían a salvo de otros criptoanalistas expertos y principalmente de aquellos que dominaban el uso de los análisis de frecuencias.

Francesco Capaccini estudió durante meses cómo romper las claves que él mismo creaba. Uno de estos análisis de frecuencia consistía en un tipo de cifra que un siglo más tarde se dio a conocer como «clave homofónica». Capaccini descubrió el origen de este tipo de claves en un manuscrito fechado en 1401 en el ducado de Mantua y almacenado en la Biblioteca Vaticana.

Con este manuscrito como base, monseñor Francesco Capaccini empezó a trazar en la línea que marcaría desde ese mismo momento el sistema de claves que iba a utilizar la Santa Sede hasta el siglo XXI. Capaccini se convirtió en un estudioso de la obra de Matteo Argenti, que había aprendido el oficio de criptógrafo de su famoso tío, Giovanni Battista Argenti. El joven Argenti redactó un valioso manual sobre criptografía a principios del siglo XVII. En aquel siglo, a Argenti le preocupaba, lo mismo que a Capaccini en el siglo XIX, la fragilidad de las cifras homofónicas y el establecimiento de medidas para la seguridad de las claves [10].

Capaccini estableció la introducción de caracteres nulos en un alfabeto en cifra. Los caracteres nulos eran sencillos símbolos que se utilizaban en la codificación del mensaje, pero no tenían equivalentes en el alfabeto sin cifrar y realmente carecían de significado. El experto Simon Sing, en su libro *The Code Book: The Science of Secrecy from Ancient Egypt to Quantum Cryptography,* explica el sistema desarrollado por monseñor Francesco Capaccini:

> Podía sustituirse cada letra sin cifrar con un número entre el 1 y el 99, lo que dejaría 73 números sin significado. Estos a su vez podrían disponerse al azar a lo largo del texto cifrado, con frecuencias variables. Los caracteres nulos no representarían ningún problema para el destinatario del mensaje, quien sabría cómo evitarlos. Sin embargo, el interceptor del mensaje no podría descifrarlo, pues sus criptoanalistas atacarían el mensaje mediante un análisis de frecuencia.

El propio Capaccini lo explicaría de forma sencilla al papa Gregorio XVI. Utilizando las mismas dos líneas de letras que conforman el alfabeto, lo único que habría que hacer para dificultar el sistema de descodificación sería introducir un código o palabra clave secreta en la segunda línea del alfabeto y que solo el emisor y el receptor del mensaje conocerían. Utilizando la palabra 'Dios', el alfabeto cifrado comen-

zaría a descodificarse a partir de la última letra de la palabra clave, la 's', y sin utilizar las letras anteriores a la primera letra de la palabra clave, la 'D'.

a b c d e f g h i j k l m n o p q r s t u v w x y z a b c d
A B C D E F G H D I O S **I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z**

El siguiente problema, que fue puesto bajo control de la Secretaría de Cifras y Claves, a cuyo mando se encontraba monseñor Capaccini, sería la cuestión de los correos diplomáticos. Desde hacía años, los nuncios utilizaban los servicios de correos postales de los países en los que estaban destinados, así es que la mayor parte de las cartas enviadas desde y hacia Roma eran abiertas, copiadas y transmitidas a los gobiernos en cuestión. Capaccini ideó entonces un sistema de correos secretos que serían utilizados únicamente para transportar mensajes muy importantes hacia la Santa Sede. En los Países Bajos el más famoso de estos correos sería Horatius van der Vrecken, y en Francia, Pierre Perault y Bertaud Duvoin.

Una noche de verano, un hombre llegó hasta la puerta de la residencia del nuncio en París. El recién llegado se negó a identificarse, pero pidió hablar con el embajador papal. Cuando este fue avisado, el extraño personaje alargó su mano y le entregó un sobre lacrado. El nuncio miró el sello formado por la tiara pontificia sobe dos llaves cruzadas y entre ellas dos pájaros blancos sobre un cáliz. No cabía la menor duda de que aquel mensaje era del mismísimo papa Gregorio XVI. Al levantar la vista para dar las gracias al misterioso hombre que le había traído la carta, el nuncio descubrió que este había desaparecido. Esa fue la última vez que le volvió a ver el rostro. Desde entonces, entre los diplomáticos papales y las policías secretas de toda Europa comenzaron a aparecer diversas leyendas sobre los llamados «Mensajeros de Dios».

Algunos niños, alimentados por los cuentos y leyendas, llegaban a afirmar que los mensajeros de Capaccini eran seres inmortales protegidos por Dios; pero aquello estaba muy alejado de la realidad. Los «Mensajeros de Dios» eran personas normales y corrientes, fieles creyentes, con trabajos que iban desde abogados o periodistas a sencillos comerciantes de telas que creían en la infalibilidad del Sumo Pontífice y en el poder papal sobre la Tierra y la Iglesia católica.

Otro de los famosos mensajeros de Dios, a las órdenes de monseñor Francesco Capaccini, sería el francés Bertaud Duvoin, un ciudadano residente en Lyon. Durante un corto lapso de tiempo en el que el nuncio vaticano había sido llamado a Roma, Duvoin se convirtió en la única fuente de información sobre lo que ocurría en París.

El agente papal realizaba un informe con material clasificado y tras codificarlo lo introducía en un sobre sin dirección ni nombre de destinatario. El sobre era entregado a otro mensajero, un tal Perault, quien se ocupaba de llevarlo personalmente hasta las manos del secretario de Estado. De esta forma, el sobre y su contenido llegaban a Roma, sin haber sido interceptado y su información violada[11].

Otro sistema seguro para enviar mensajes codificados entre las nunciaturas en Europa y Roma era el sistema bancario. Este último fue creado también por monseñor Capaccini, quien comenzaría a utilizarlo durante su etapa en la nunciatura de los Países Bajos. Como primera medida de seguridad, Capaccini enviaba una docena de mensajes, siempre con la misma clave, a diferentes destinatarios de Roma. Todos ellos convergían después en el secretario de Estado. Los mensajes eran escritos con claves numéricas y enviados a través de la sede de la firma financiera franco-italiana Goupy-Busoni. El secretario de Estado solo debía pedir el mensaje codificado a la sede del banco en Roma y descifrarlo.

Realmente, monseñor Francesco Capaccini sería el primer jefe de claves del Vaticano y, como tal, el primero en preocuparse por la seguridad de las comunicaciones de los Estados Pontificios.

Capaccini permaneció como secretario de Cifras y Claves hasta el 11 de julio de 1836, aunque hasta el mismo día de su muerte formó parte del grupo de asesores papales para la seguridad de las comunicaciones de la Santa Sede.

Tras un breve paso como director del Observatorio Astronómico de Nápoles, Capaccini sería nombrado por el papa Gregorio XVI miembro del equipo negociador para la normalización de las relaciones diplomáticas con Portugal. Monseñor Capaccini en realidad se ocupaba de cifrar todos los mensajes con destino a la Secretaría de Estado en Roma sobre los avances y retrocesos de las negociaciones, y con el fin de evitar que los servicios secretos de Lisboa pudieran interceptar los mensajes.

En 1844, Francesco Capaccini sería nombrado auditor general de la Cámara Apostólica, cargo que pondría fin a su vida al servicio del

Papa. Monseñor Capaccini sería elevado a cardenal *in pectore* el 22 de julio de 1844 por el papa Gregorio XVI como recompensa por sus valiosos servicios a la Santa Iglesia Católica y a la seguridad de sus comunicaciones. Este brillante agente del servicio de espionaje pontificio moriría un año después, víctima de un infarto, exactamente el 15 de junio de 1845, a los sesenta y un años de edad, sin haber podido recibir el capelo cardenalicio y el título. Cuando descubrieron el cadáver del ahora cardenal Capaccini, su cuerpo estaba cubierto de legajos que estaba estudiando en el momento de su muerte. Todos ellos trataban sobre asuntos de criptología y criptoanálisis.

Si realmente la Santa Alianza hubiese tenido agentes tan eficientes como el cardenal Francesco Capaccini o Louis Siffrein Joseph de Salamon, el Estado Pontificio habría sido el gobierno mejor informado de toda Europa. Por desgracia, las líneas de espionaje clásico seguidas por Capaccini o Salamon no eran del todo aceptables para sus colegas destinados en otras nunciaturas. Muchos de ellos creían que las tareas de espiar a otro Estado o gobierno no estaban incluidas dentro de su función pastoral o de enviado papal y, por consiguiente, no era del todo «cristiano» espiar a quienes te habían acogido en su país. Incluso un gran número de nuncios no veían con buenos ojos los métodos utilizados por la Santa Alianza y presentaron cartas de protesta al secretario de Estado y al propio Papa. Esta falta de información provocaría el fin de los Estados Pontificios pocas décadas después.

12

Antonino Saverio de Luca

El organizador de espías

En su encíclica *Nullus certi,* promulgada el 19 de enero de 1860, el papa Pío IX denunciaba «los atentados sacrílegos cometidos contra la soberanía de la Iglesia romana y exijo la devolución de lo que ha sido robado [la Romaña]». El texto acababa con la amenaza de excomunión contra los usurpadores de los derechos de la Santa Sede. A finales de 1860 al Papa solo le quedaba un tercio de sus Estados [1].

Uno de los primeros agentes del servicio secreto vaticano en darse cuenta del difícil equilibrio que iba a originarse entre Francia, Austria y el Piamonte sería monseñor Antonino Saverio de Luca. Nuncio papal, primero en Múnich (1853-1856) y después en Viena (1856-1863), se convirtió en una de las más fructíferas fuentes de información del espionaje pontificio durante la dura etapa política que iban a tener que vivir los Estados Papales.

Nacido en la ciudad siciliana de Bronte, el 28 de octubre de 1805, monseñor De Luca era el menor de diez hermanos. Debido a la mala situación económica de la familia, el joven Antonino fue enviado a estudiar al Real Collegio Capizzi de Bronte y al Seminario de Monreale, bajo la protección de la Iglesia católica. Allí se especializó en el estudio de lenguas, en donde aprendió a dominar el inglés, francés y alemán. En Palermo aprendió griego y latín. El 23 de noviembre de 1839, a los treinta y cuatro años, se doctoró con los máximos honores en filosofía y teología en la Universidad de Lovaina.

Antonino Saverio de Luca fue llamado a Roma en 1829, diez años antes de doctorarse, gracias a su amplio dominio de las lenguas. Tras pasar varios meses editando, como miembro fundador, un periódico teológico para la Curia llamado *Annali delle Scienze Religiose,* monseñor De Luca fue nombrado secretario del cardenal Thomas Weld, ocupando ese cargo hasta 1836[2].

Se cree que monseñor De Luca fue reclutado para el servicio de espionaje papal en 1841 por el cardenal Lambruschini, de quien habría aprendido la forma de codificar mensajes, de saber apartar la información valiosa de la que no lo era, o de saber analizar rápidamente las reacciones políticas a un hecho del que él hubiera sido testigo. Para entonces, Antonino Saverio de Luca había sido consultor del Index y de Propaganda Fide, censor de la Academia de la Religión Católica, rector del Colegio Irlandés de Roma y chambelán privado supernumerario del papa Gregorio XVI.

Durante los primeros meses de su entrenamiento como espía, monseñor Antonino Saverio de Luca pasaba largas horas conversando con el cardenal Luigi Lambruschini sobre política y filosofía, sobre astronomía y teología. Su relación era tan estrecha que incluso De Luca comenzó a ser apodado por la Curia de Roma como el «espía de Pío IX». El cardenal Giovanni Maria dei Conti Mastai Ferretti había sido elegido nuevo Sumo Pontífice el 16 de junio de 1846, adoptando el nombre de Pío IX, tras la muerte de su antecesor, Gregorio XVI, el día 1 del mismo mes.

El 24 de diciembre de 1853, monseñor Antonino Saverio de Luca fue enviado a Baviera como nuncio papal, y a Viena, tres años después. Este último puesto era el más importante de la diplomacia pontificia en aquellos años, pero el breve aprendizaje de Múnich le sirvió para su entrada en la capital austríaca. Su labor como nuncio y espía fue de lo más fructífera para el espionaje papal, pero esa carrera se cortaría temporalmente tras la muerte, el 12 de abril de 1854, del cardenal Luigi Lambruschini, jefe de la Santa Alianza durante dieciocho años y protector del propio De Luca.

Realmente, el primer gran éxito de monseñor De Luca como espía sucedería durante su estancia como nuncio en Múnich, unos meses antes de la muerte de Lambruschini. El diplomático aseguró que el espionaje austríaco le había informado de que un grupo revolucionario había identificado a tres sacerdotes como agentes de la Santa Sede y

que tenían intención de atentar contra sus vidas. Al parecer, uno de los agentes había sido muy activo a la hora de denunciar a activistas revolucionarios y garibaldinos a la policía papal de Pío IX[3].

Todos los agentes de la Santa Alianza que operaban dentro del territorio italiano fueron puestos en estado de máxima alerta para que tomasen precauciones.

A pesar de todo, a principios de enero de 1854, mientras los tres espías del Papa estaban reunidos en una taberna cerca de la ciudad de Pistoia, entraron Gustavo Paolo Rambelli, Gustavo Marloni e Ignazio Manzini. Los asaltantes se habían organizado para atacar un objetivo cada uno. Rambelli disparó sobre el primer agente del espionaje pontificio, que se encontraba de espaldas a la puerta. El espía cayó muerto en el acto. Marloni intentó disparar sobre el segundo agente, pero su pistola se encasquilló. El sacerdote, de un salto, consiguió desarmar a Marloni, mientras Manzini disparaba sobre el tercer agente de la Santa Alianza, dejándolo herido de muerte.

Ignazio Manzini, al darse la vuelta, vio cómo Marloni aún estaba luchando en el suelo con el espía papal. Manzini agarró entonces una daga y se la clavó varias veces en la espalda al agente de la Santa Alianza, matándolo con la primera puñalada. Antes de que llegasen los retenes de la Guardia Pontificia y las patrullas de la policía papal, los tres hombres huyeron a pie por las estrechas calles que rodeaban el edificio.

El Sumo Pontífice ordenó entonces al cardenal Lambruschini que los tres asesinos debían ser localizados y llevados ante la justicia de Roma. Siete días después, y tras una partida por los alrededores de Pistoia, Rambelli, Marloni y Manzini fueron localizados, detenidos, juzgados y condenados a muerte por el asesinato de los tres agentes del espionaje papal. El 24 de enero de 1854, Gustavo Paolo Rambelli, Gustavo Marloni e Ignazio Manzini subirían al patíbulo, en donde serían decapitados. Incluso a Manzini se le ayudó a subir al cadalso, debido a que durante su captura un guardia pontificio le disparó en la pierna derecha. La bala le rompió un hueso. El poderoso cardenal secretario de Estado, Giacomo Antonelli, firmaría la sentencia de muerte. Por este acto, años después, el propio Antonelli sería víctima de otro atentado por parte de un seguidor de Garibaldi, llamado Antonio de Felici. El atacante solo consiguió herir en el brazo y la mano derecha al cardenal y hombre de confianza del papa Pío IX, la misma

mano con la que poco después firmaría la orden de ejecución del propio De Felici.

Los importantes éxitos diplomáticos y de inteligencia en Múnich llevados a cabo por monseñor De Luca hicieron que el 16 de junio de 1856 fuese nombrado por el Papa nuevo nuncio en Viena. Durante su etapa austríaca, monseñor De Luca se convirtió en un buen reclutador y en un perfecto organizador de redes y células de espionaje.

Una vez en Viena, y siempre con la ayuda del famoso espía Wilhelm Stieber y de su amplia red de espías, monseñor Antonino de Luca se convirtió en una fuente inagotable de informaciones, mensajes y análisis políticos desde la nunciatura a la Santa Sede. El cardenal Giacomo Antonelli, secretario de Estado y responsable del espionaje papal desde la muerte del cardenal Lambruschini, escribió a De Luca: «Desde que los asuntos italianos han dejado de ser diplomáticos, el nuncio debería adoptar tareas más de inteligencia»[4].

En uno de sus comunicados a Roma, monseñor Antonino Saverio de Luca informó que oficiales traidores del ejército piamontés le habían ofrecido los planes de fortificación en la Romaña, una región que antiguamente formaba parte de los Estados Papales y que había sido anexionada por el Reino del Piamonte en 1860. Nadie hizo caso a esta información, aunque sí Wilhelm Stieber, que la aprovecharía en la guerra franco-prusiana de 1870[5].

En marzo de 1861, Víctor Manuel II se proclamó rey de Italia, y empezaron las negociaciones, en las que se hacían mil promesas al Papa en el terreno espiritual, con tal de que este cediera terreno en el reino temporal. Las negociaciones se alargarían hasta 1864, cuando el rey Víctor Manuel adquirió el compromiso de respetar el patrimonio y territorio sobre el que se asentaba San Pedro, así como el patrimonio que existiese en su interior[6].

Debido a la situación de desmoronamiento que vivía el imperio de la Iglesia, las comunicaciones de la Santa Alianza en Roma con los espías que tenía desperdigados por el mundo eran casi inexistentes, y por este motivo el espionaje vaticano fue incapaz de prever el fin de los Estados Pontificios.

Como primera medida, el cardenal Giacomo Antonelli ordenó que cada administración de la Iglesia, nunciaturas y arzobispados prepararan semanalmente informes políticos en los que habían de incluir actividades políticas de sus áreas, títulos de libros que deberían ser cen-

surados, periódicos y qué ideas políticas defendían, entretenimientos públicos, retratos de funcionarios públicos, seguimientos de extranjeros y viajeros sospechosos, y, sobre todo, cualquier información sobre grupos o movimientos políticos subversivos. Los boletines eran enviados a la Secretaría de Estado, que se ocupaba de diferenciar entre material de espionaje interior, por lo que solo concernía al directorio general de policía de Roma, y de espionaje exterior, que solo concernía a la Santa Alianza.

El problema que tenía la Santa Alianza entonces era el de organizar y controlar de una forma coherente las redes de espionaje: desde los espías, los informadores y la información recibida por estos.

Uno de los agentes más hábiles y prolíficos a las órdenes de monseñor Antonino Saverio de Luca sería monseñor Tancredi Bellà[7]. Siendo un joven delegado papal en la pequeña ciudad de Rieti, al norte de Roma, ya había demostrado su experiencia como miembro del servicio de espionaje al descubrir una conspiración de un grupo que se hacía llamar *Fedeltà e Mistero* (Fidelidad y Misterio). Estos lanzaban operaciones de sabotaje contra los austríacos y contra las autoridades papales hasta que con su información se consiguió desarticular a todo el grupo[8].

Como delegado en 1859 en una Ancona a punto de caer en manos de los patriotas italianos, Tancredi Bellà descubrió una conspiración mayor para acabar con el poder pontificio en la región, apoyada por el Reino del Piamonte. Las informaciones recolectadas eran de la mayor importancia. Bellà descubrió, por ejemplo, que desde mediados de abril de 1859 un gran número de voluntarios llegados desde todas partes de Italia se estaban concentrando en el Piamonte para servir a las órdenes de Giuseppe Garibaldi en los cuerpos de «cazadores alpinos» contra los austríacos; descubrió también que el exilio antipapal estaba haciendo llegar serias amenazas a los funcionarios de la policía pontificia y a sus familias en la región de la Romaña, dentro de los territorios pontificios; o que Francia estaba enviando fuertes contingentes de tropas a su frontera con el Piamonte.

Entre marzo y agosto de 1860, monseñor Bellà había recibido la información de uno de sus agentes sobre la mala salud de Garibaldi y de que, a pesar de ello, el héroe de la Unificación había salido al mando de un ejército de cinco mil hombres rumbo a Sicilia. Una parte importante de estas tropas pertenecían a la sociedad secreta de los *protec-*

tores, que se unieron a los *carbonari* y que llevarían la iniciativa en la campaña garibaldina que conseguiría la liberación de Sicilia en 1860[9].

La calidad de la información de inteligencia conseguida por Tancredi Bellà era de lo mejor, en parte por la organización de su propia red, diseñada por monseñor Antonino Saverio de Luca, y que para su seguridad quedaba fuera del control de la Santa Alianza y la Secretaría de Estado en Roma. De esta forma operaba con mayor independencia, más ágil, con mayor seguridad y con un menor riesgo de filtraciones.

Monseñor De Luca comenzó de forma privada, como nuncio en Viena, a diseñar lo que años después se convertiría en la estructura definitiva de la organización de la Santa Alianza. De Luca controlaba a dos importantes espías que le reportaban directamente a él; por ejemplo, Wilhelm Stieber y monseñor Tancredi Bellà. Como delegado, monseñor Bellà controlaba entre diez y doce agentes, y cada uno de ellos tenía plena libertad para reclutar a sus propios informantes. Stieber, por su lado, hacía lo propio, reclutando entre quince y veinte informantes. Al final, la Santa Alianza contaba en Viena con una red de espionaje perfectamente estructurada de entre veinticinco y treinta y dos agentes libres, muchos de los cuales lo hacían por dinero; otros, por cuestiones materiales, y unos pocos, por la fe. Toda la información que recababan los miembros de la red de espionaje acababa en manos de monseñor De Luca, quien tras analizarla realizaba un informe semanal que acababa en la mesa del cardenal Giacomo Antonelli en Roma.

Gracias a los informantes la Santa Alianza había conseguido infiltrarse en importantes sectores políticos y diplomáticos. Por ejemplo, uno de estos informantes era un inspector de la policía de Pesaro, quien previamente había servido en los cuerpos de policía de Toscana y Venecia. Después de la incorporación del gran ducado de Toscana al Reino de Italia en 1860, el policía decidió mudarse al puerto adriático de Pesaro. El agente de la Santa Alianza decidió abandonar el espionaje papal y unirse a la policía en Nápoles, aunque siguió informando a monseñor Tancredi Bellà, y por lo tanto a monseñor Antonino Saverio de Luca, durante años[10].

Otro de los agentes más activos de la llamada «Red De Luca» era un sirviente que trabajaba para Odo Russell, diplomático británico en Roma y agente del servicio secreto inglés entre 1858 y 1870. A través del agente papal infiltrado en casa de Russell, el secretario de Estado

era informado de las visitas de personajes ilustres a Roma, desde aristócratas a diplomáticos, de periodistas a banqueros.

También, y gracias a un sistema ideado por monseñor De Luca, el correo diplomático se convirtió en una buena fuente de información para los espías del Papa. En 1860 el representante estadounidense en Roma presentó una nota de protesta al cardenal secretario de Estado debido a que su correo entre las legaciones diplomáticas de Estados Unidos en París y Roma era abierto por espías papales. Dos años más tarde el embajador informó al Departamento de Estado de que todo el correo que recibía desde Washington hacia la Santa Sede llegaba siempre en sobres abiertos [11].

Pero la principal fuente de información de monseñor Antonino Saverio de Luca en Viena sería el espía Wilhelm Stieber. Nacido en Sajonia el 3 de mayo de 1818, Stieber se educó dentro del seno de una familia luterana en donde no se veía con muy buenos ojos ni a los sacerdotes, ni al poder de Roma, ni a la infalibilidad papal. Habiéndose trasladado a Berlín con su familia —su padre era funcionario—, terminó en su universidad los estudios de derecho. En estos años, Stieber se había convertido en un soplón de la policía prusiana en los ambientes universitarios. Todavía no había cumplido los treinta años cuando Europa se agitaba por los movimientos obreros y revolucionarios [12].

Federico Guillermo de Prusia temía que los grupos revolucionarios, a imagen y semejanza de los que aparecían en París, Viena y los Estados Pontificios, pudieran arrebatarle el trono. Stieber comprendió entonces el poder que podía llegar a adquirir basándose en ese miedo y en la cantidad de información que él mismo podía recabar sobre esos grupos. Tan solo con esa información podría llamar a las puertas de los poderosos y vendérsela.

Durante sus años universitarios y después como abogado había trabajado muy estrechamente con los movimientos socialistas, conociendo a la perfección los nombres de cada uno de sus líderes. Todos ellos serían entregados a la policía berlinesa.

Stieber organizó manifestaciones, revueltas y protestas hasta que pudo comunicar a la jerarquía policial del emperador que él solo servía a la causa de Federico Guillermo y que aquello eran solo movimientos para hacer creer a los revolucionarios que él estaba de su parte. Inmediatamente después, Wilhelm Stieber pasó a formar parte oficialmente de los servicios secretos prusianos. Entre 1845 y 1850 continuó con su tra-

bajo como abogado mientras entregaba abundante información de sus clientes revolucionarios o intelectuales a los servicios secretos de Prusia [13].

El primer contacto de Stieber con la Santa Alianza sucedió el 11 de agosto de 1848. Aquel día el espía se acercó a un joven sacerdote que trabajaba en la nunciatura papal en Berlín. El joven religioso era el secretario de monseñor Carlo Luigi Morichini, el representante del papa Pío IX en la corte de Prusia. Stieber deseaba establecer un contacto con los servicios de espionaje pontificios, debido a una información que había caído en sus manos. Para el espía prusiano cualquier dato o información era susceptible de ser vendida a quien pudiera interesarle. Wilhelm Stieber realmente no necesitaba dinero, pero sí influencias y contactos con otros servicios secretos. La Santa Alianza en Roma informó a monseñor Morichini de que Stieber debía ser puesto a prueba, y la información suministrada por este, pasada por un filtro de seguridad.

Lo cierto es que durante el encuentro entre Stieber y Morichini el espía informó al nuncio papal de que un infiltrado del espionaje prusiano en un grupo revolucionario le había comunicado que se preparaba un atentado contra una alta personalidad de Roma y tal vez esta personalidad pudiese ser el papa Pío IX. Morichini informó seguidamente al cardenal Luigi Lambruschini, entonces jefe de los servicios secretos pontificios, y al cardenal Giovanni Soglia Ceroni, secretario de Estado, de lo revelado por Stieber. Había que actuar con rapidez para detectar en primer lugar el «objetivo» del grupo revolucionario, algo difícil debido al gran número de personalidades y altas jerarquías de la Curia que eran susceptibles de ser asesinadas por su importancia política en la Santa Sede.

Informado el papa Pío IX, el Sumo Pontífice ordenó a Lambruschini que enviase a varios agentes de la Santa Alianza a Berlín con el fin de recabar una mayor información. Durante dos meses los espías del Papa penetraron en los movimientos revolucionarios de Berlín con la ayuda de Wilhelm Stieber, sin resultado positivo.

El «objetivo» de los revolucionarios era Pellegrino Rossi, jefe de gobierno de los Estados Pontificios. Nacido en la ciudad italiana de Carrara el 13 de julio de 1787, Rossi comenzó a trabajar para Joaquín Murat, rey de Nápoles, miembro de los *carbonari* y defensor de una Italia independiente y unida.

Tras la derrota de Murat en Tolentino, Pellegrino Rossi fue forzado a exiliarse en Francia, y después del fracaso de Napoleón en Waterloo

regresó a Ginebra. Años después sería llamado por el papa Pío IX al conocer sus opiniones basadas en el restablecimiento de una autoridad papal dentro de un gobierno constitucional. Pero Rossi también creía que el régimen de libertad que pedían los movimientos revolucionarios debía alcanzarse de forma pausada, dentro de un orden civil. Esta idea provocó su sentencia de muerte por parte de las sociedades secretas, cuyos líderes vivían exiliados en ciudades como Berlín, París o Bruselas.

El 15 de noviembre de 1848, tres meses después de la reunión entre Wilhelm Stieber y el nuncio papal, monseñor Carlo Luigi Morichini, y tan solo transcurridos dos meses desde que fuera nombrado ministro por el Papa, Pellegrino Rossi se dirigía a la Asamblea Legislativa en el Palazzo della Cancelleria para explicar su programa de reformas. El jefe de gobierno de los Estados Pontificios iba sentado en su carruaje, leyendo y corrigiendo su discurso, cuando de repente se abrió la portezuela y un hombre que se había encaramado al peldaño le clavó una daga en el cuello, matándolo en el acto[14].

La investigación del magnicidio fue llevada a cabo por los agentes del servicio de espionaje pontificio. Sin saber por qué, la causa fue cerrada por orden del cardenal Luigi Lambruschini sin ningún resultado positivo. Simplemente, la investigación del asesinato del conde Pellegrino Rossi fue cerrada, y los documentos sobre ella, depositados en el Archivo Secreto Vaticano, bajo «Secreto Pontificio».

Mientras el papa Pío IX declaraba abiertamente que el jefe de gobierno asesinado había muerto como un mártir de la causa, los ciudadanos comenzaban a lanzar oscuros rumores sobre que realmente tras el magnicidio podría estar la mano de la «Orden Negra» o del «Círculo Octogonus», manejados en la sombra por el cardenal Lambruschini. El jefe de la Santa Alianza era un declarado *zelanti* o «celoso», alguien que no desea un solo movimiento de libertad dentro de la Iglesia y de los Estados Pontificios.

Bajo esta ideología podría ser bastante real el rumor que comenzó a circular por Roma sobre que el cardenal Luigi Lambruschini podría haber ordenado el asesinato del conde Rossi, debido a sus ideas liberales con respecto al papel que debía jugar el Pontífice en la Italia unificada; pero el cierre de la investigación por uno de los interesados impidió descubrir no solo al autor material del asesinato, sino también a los cerebros de la conspiración. Lo cierto es que el asesinato de Rossi supuso para las sociedades secretas la señal para encender las llamas de

la revolución que conducirían al papa Pío IX al exilio y al establecimiento de la República Romana.

Monseñor Antonino Saverio de Luca sería nombrado cardenal, por el papa Pío IX, el 16 de marzo de 1863, «por sus especiales y laboriosos servicios diplomáticos en Múnich y Viena, por la doctrina del nuncio De Luca, por su fe en el destino del Papado, y por sus particulares servicios a la Iglesia y al Sumo Pontífice».

El 28 de diciembre de 1864 el ahora cardenal De Luca sería llamado a Roma. El Papa le ordenó la misión de rediseñar la estructura del órgano de espionaje de la Santa Sede, así como las de sus operaciones y recepción y análisis de las informaciones recolectadas por los espías papales en el extranjero. Hasta entonces esa función era única y exclusivamente de la Secretaría de Estado.

Al parecer, el Santo Padre estaba seriamente disgustado con sus espías debido a que estos no habían hecho absolutamente nada en 1861, cuando detectaron comunicaciones en clave entre el representante del Reino del Piamonte en Roma con su ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Cavour. La Secretaría de Cifras y Claves no hizo ningún esfuerzo por intentar romper los sencillos códigos piamonteses, lo que les hubiera ayudado a descubrir las intenciones de la Casa de Saboya con respecto al futuro de Italia. El ducado de Roma, lo único que le quedaba al Papa, sería protegido por el ejército de Napoleón III, hasta que Cavour consiguió a finales de 1866 que los franceses se retiraran de Roma.

El cardenal Antonino Saverio de Luca continuaría trabajando en la estructura de la Santa Alianza hasta el 19 de julio de 1870, cuando estalló la guerra franco-prusiana. El emperador Napoleón III se vio obligado a retirar a todas sus fuerzas de Roma, una circunstancia aprovechada por el rey Víctor Manuel, quien anunció su firme propósito de ocupar la Ciudad Eterna: «... para asegurar el mantenimiento del orden», según palabras del propio monarca. El papa Pío IX respondió entonces: «Bendigo a Dios, que ha permitido que V. M. colme de amargura el último período de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias contenidas en vuestra carta, ni asociarme a los principios que contiene. Invoco de nuevo a Dios, y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda a V. M. la misericordia que os es necesaria»[15].

El 20 de septiembre de 1870 el ejército piamontés, al mando del general Cardona, entraba en Roma por la Puerta Pía sin demasiada re-

sistencia, tan solo la de algunos cientos de miembros de la Guardia Papal. La toma de la Ciudad Eterna sería el último paso para la unificación definitiva de Italia.

El nuevo Estado italiano trataría de resolver la difícil situación con la Ley de Garantías firmada el 13 de mayo de 1871, que reconocía la inviolabilidad de la persona del Romano Pontífice. Pío IX entonces rechazó esta ley, ya que aceptarla sería reconocer la ocupación de Roma y de lo poco que quedaba de los Estados Pontificios. Como respuesta al rechazo papal, Víctor Manuel II se estableció en el palacio del Quirinal, histórica sede de los Pontífices, declarando: «Estamos en Roma y en ella permaneceremos»[16].

El 6 de noviembre de 1876 moría el hombre de confianza del Papa, el poderoso cardenal Giacomo Antonelli, a la edad de sesenta años. Antonelli había ocupado la Secretaría de Estado durante veintisiete años y la jefatura de la Santa Alianza durante veintidós.

En 1877 comenzó a declinar la salud del papa Pío IX, que ya contaba ochenta y seis años. El gobierno italiano empezó los preparativos de los funerales pontificios con demasiada antelación, ya que antes tuvo que celebrar las pompas fúnebres de su soberano. Curiosamente, y por simples cuestiones del destino, el rey Víctor Manuel II, el gran enemigo del Papa, moriría el 9 de enero de 1878, cuatro semanas antes que Pío IX[17]. Con la muerte del Sumo Pontífice y la pérdida de los territorios papales finalizaba también toda una era de espionaje en la Santa Alianza.

El cardenal Antonino Saverio de Luca ocupó diferentes cargos eclesiásticos durante los primeros meses del pontificado de León XIII, asesorando a diferentes departamentos de la Curia vaticana, como la Secretaría de Claves y Cifras, el espionaje papal o la Sacra Congregación de Estudios.

El cardenal De Luca moriría el 28 de diciembre de 1883, a la edad de setenta y ocho años, en su apartamento privado en el Palazzo della Cancelleria. El cardenal Antonino Saverio de Luca, «el organizador de espías», sería enterrado en la iglesia de San Lorenzo, muy cerca de la del asesinado conde Pellegrino Rossi. Tal vez fuese el destino. Con su muerte finalizaba una de las etapas más gloriosas de los espías del Papa. Su legado fue el diseño de una organización de inteligencia perfectamente estructurada y preparada para el nuevo y trágico siglo que le iba a tocar vivir.

13

Umberto Benigni

El fundador del «Sagrado Terror»

A la muerte del papa Pío IX en 1878, el Vaticano mantenía relaciones diplomáticas plenas con quince países, siete de ellos en Europa, bien con mayorías católicas, bien con comunidades católicas importantes, tanto desde el punto de vista de su número como de su relevancia política en el interior de los países [1]. El problema surgía en aquellos países del mundo en donde no existía una nunciatura y, por lo tanto, estaba más necesitado de ser cubierto por agentes experimentados de la Santa Alianza, como por ejemplo en Londres, Berlín o San Petersburgo.

El papa León XIII, uno de los que más daño hizo a la organización del espionaje pontificio, prefería enviar a «delegados apostólicos» antes que a espías a aquellas naciones con las que no tenían relaciones diplomáticas. Los «delegados apostólicos» generaban una mejor información religiosa hacia la Santa Alianza, mientras que los «nuncios» proporcionaban unos mejores análisis políticos.

En aquellos años, después de la rigurosa condena de las ideas modernistas por las encíclicas del papa Pío IX, modernistas y tradicionalistas luchaban en el seno de la Iglesia católica y por el poder en la Santa Sede. El papa Pío X, sucesor de León XIII y defensor de las ideas de Pío IX, decidió nombrar como secretario de Estado al cardenal español, aunque nacido en Londres, Rafael Merry del Val.

Entre los más estrechos y fieles colaboradores de Merry del Val se encontraba un oscuro prelado llamado Umberto Benigni, que con el

paso del tiempo iba a convertirse en uno de los mejores espías del Papa y responsable y fundador del servicio de contraespionaje vaticano. Benigni, un sacerdote nacido en Perugia en 1862, era el perfecto retrato del tradicionalista ortodoxo.

Con una modesta reputación de periodista y polemista, Umberto Benigni se trasladó desde Perugia a Roma en 1895 en busca de fortuna. Un clérigo que trabajaba en la Biblioteca Vaticana ofreció a este un puesto adecuado a sus ambiciones y habilidades[2].

En 1901, Benigni se aseguró un puesto de profesor de Historia de la Iglesia en el prestigioso Seminario Romano, la institución de las élites y en donde se graduaban todos aquellos que deseaban hacer carrera dentro de la Curia romana. Al mismo tiempo comenzó como colaborador a escribir artículos de opinión en el ultraconservador periódico *La Voce della Verità.*

Sus escritos, envueltos siempre en polémica, y sus puntos de vista reaccionarios con respecto a la sociedad o a la religión llamaron la atención de los llamados «integristas» de la corte de Pío X. Los artículos de Umberto Benigni defendían, por ejemplo, los poderes temporales del Papa y se oponían a toda reforma política o teológica. Rápidamente el inteligente Benigni se convirtió en protegido del poderoso secretario de Estado, el cardenal Rafael Merry del Val, y de Gaetano De Lai, el influyente prefecto de la Congregación Consistorial, el departamento vaticano encargado de la selección de obispos.

Benigni sería nombrado *minutante* en la Congregación de Propaganda Fide, el departamento responsable de la actividad misionera, así como profesor de aquellos sacerdotes que serían enviados a las misiones. En poco tiempo aquel oscuro sacerdote de Perugia se había convertido en una auténtica celebridad dentro de los círculos intelectuales conservadores de Roma, los cuales formaban la llamada «nobleza negra» alrededor del trono de san Pedro.

En 1906, con cuarenta y cuatro años, Umberto Benigni fue catapultado al propio corazón de la maquinaria del Vaticano al ser nombrado subsecretario de Estado para Asuntos Extraordinarios de la Secretaría de Estado[3]. Con una absoluta falta de experiencia en cuestiones diplomáticas, Benigni se dedicó más a cultivar contactos que le ayudasen a ascender en su carrera dentro de la Curia romana que a establecer relaciones diplomáticas con otros países. El cardenal secretario de Estado, Rafael Merry del Val, tenía bajo su mando a dos

secretarios: el de Asuntos Extraordinarios, que se ocupaba de supervisar las relaciones con otros Estados, y el «sustituto» para Asuntos Ordinarios, que se ocupaba de las tareas administrativas del Vaticano.

Por lo tanto, Umberto Benigni tenía la labor de dar asistencia a monseñor Pietro Gasparri, que había llegado al puesto de secretario de Asuntos Extraordinarios desde la dirección del Seminario Vaticano. Fue allí donde Gasparri conoció a Benigni, al que consideraba «un funcionario diligente e inteligente»[4].

Al quedar vacante la nunciatura en Cuba, Gasparri ofreció el puesto a Umberto Benigni, pero el clérigo tenía sus miras más altas: nada más y nada menos que en la Secretaría de Estado. Hacía poco tiempo que Benigni había visto cómo el puesto para dirigir la Congregación de *Propaganda Fide* (Propagación de la Fe), el departamento reservado a organizar toda la actividad misionera de la Iglesia, le había sido negado.

A comienzos del siglo XX el cargo de secretario de Estado para Asuntos Extraordinarios era de una vital importancia, pero misteriosamente Pietro Gasparri fue encargado de revisar y publicar el nuevo Código de Derecho Canónico. Una tarea absolutamente absorbente que obligó a Gasparri a tener que dejar parte de sus tareas diplomáticas en manos de su segundo, Umberto Benigni.

Con Gasparri ocupado en la redacción del nuevo Código, Benigni se convirtió en el principal colaborador del cardenal Rafael Merry del Val. El oscuro clérigo y periodista que había llegado a Roma buscando fortuna tenía ahora la libertad suficiente como para moverse por los pasillos del poder. Como primera medida, el nuevo subsecretario de Estado trasladó su despacho al Palacio Apostólico para estar más cerca del cardenal Merry del Val y a solo cuatro puertas del propio despacho del papa Pío X[5].

En 1909 el cardenal Merry del Val encargó de forma secreta a monseñor Benigni la creación de una poderosa y amplia red de espías con la función de espiar dentro del Vaticano y de los departamentos de la Iglesia, para detectar a todos aquellos que predicasen el modernismo. En poco tiempo los «agentes» de Benigni comenzaron a denunciar a religiosos que trabajaban en universidades, medios de comunicación e instituciones políticas en Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia. Como resultado de las denuncias formuladas por los agentes de Umberto Benigni, que afectaron a casi tres centenares de religiosos, el

cardenal secretario de Estado, Rafael Merry del Val, quien mostraba absoluta repugnancia por las innovaciones políticas y teológicas, autorizó a su subordinado a organizar una especie de unidad de contraespionaje que debería operar tan solo en el interior del Vaticano y de las organizaciones de la Iglesia. Las operaciones de espionaje en el exterior seguirían dependiendo de la Santa Alianza. La nueva organización de contraespionaje llevaría por nombre *Sodalitium Pianum* (Asociación de Pío) y sería conocida dentro de los muros del Vaticano como el S.P. [6]

Los primeros esfuerzos del *Sodalitium Pianum* irían dirigidos a crear un consistente programa de propaganda que permitiese atacar los argumentos modernistas con el fin de dominar un futuro debate público, tanto en la Iglesia como en la sociedad. Por su parte, el S.P. debería realizar operaciones clandestinas para reclutar agentes en Europa, Norteamérica y Sudamérica, para identificar a los modernistas, mostrar sus conspiraciones y conexiones y frustrar sus planes. Umberto Benigni se puso manos a la obra con toda la fuerza de un fanático. En muy poco tiempo las funciones como subsecretario de Asuntos Extraordinarios dieron paso a otras, en el mundo del espionaje, que deberían permanecer secretas a sus propios compañeros de la Secretaría de Estado e incluso a su propio jefe, el cardenal Pietro Gasparri.

El jefe del contraespionaje había conseguido escalar en la Curia romana de forma vertiginosa y en muy poco tiempo desde su puesto de periodista y editor de diarios católicos en Umbría y Liguria a su actual puesto de confianza de la mano del cardenal Merry del Val. Benigni conocía la influencia potencial de los periódicos y creía verdaderamente que el Vaticano debía usar de forma efectiva a la prensa en su batalla contra el modernismo y el liberalismo.

El jefe del S.P. se autonombró como una especie de jefe de prensa no oficial de la Secretaría de Estado y durante años filtró, o mejor dicho, «marcó» a los periodistas que cubrían los eventos del Papa la línea que debían seguir en sus artículos. Umberto Benigni calificaba de «enemigos» a los corresponsales de periódicos y agencias de noticias de ideología liberal, y de «amigos» a los de medios de comunicación de ideología conservadora. Por ejemplo, cada año, el cardenal secretario de Estado organizaba una audiencia y posterior recepción con el papa Pío X, a la que acudían tan solo periodistas «amigos». Esta lista era diseñada por Benigni [7].

Otro paso importante del S.P. fue el de crear un periódico propio, la *Corrispondenza Romana,* y que Benigni dirigía mediante un director-títere. Desde sus páginas se atacaba al modernismo y las políticas liberales, y se defendía abiertamente y sin tapujos las prerrogativas papales y la infalibilidad del Sumo Pontífice. Cuando comenzaron a llegar las primeras críticas desde Francia o la misma Italia por las afirmaciones vertidas en las páginas de la *Corrispondenza Romana,* el papa Pío X alegó que el periódico no era un medio de comunicación oficial de la Santa Sede y que, por lo tanto, el Sumo Pontífice no podía «legalmente» interferir en su línea editorial. En realidad, el Papa mentía, ya que él mismo había autorizado a su secretario de Estado, el cardenal Rafael Merry del Val, a financiar la *Corrispondenza Romana* con fondos de la Iglesia [8].

Finalmente, monseñor Umberto Benigni decidió escribir un artículo ante los ataques de los gobiernos de París y Londres en el que mostraba todas sus tesis integristas y su perspectiva conservadora con respecto a los acontecimientos mundiales políticos y religiosos que estaban sucediendo. El artículo, muy bien redactado, no solo fue publicado en la *Corrispondenza Romana,* sino que fue incluso distribuido por agentes del S.P. a varios corresponsales extranjeros. Muchos de ellos publicaron el artículo de forma íntegra o resumida con sus propios nombres, aun sin citar la fuente. Las tesis de Umberto Benigni fueron leídas por millones de personas en Argentina, España, Austria, Bélgica y Estados Unidos [9].

Las operaciones de propaganda y desinformación servían para desacreditar al modernismo, pero Benigni y sus jefes en el interior del Vaticano, principalmente Merry del Val, necesitaban controlar la influencia de este movimiento en las organizaciones seculares y en las instituciones. Los integristas tenían que identificar las adherencias del modernismo y arrancarlas de sus posiciones de mayor poder aplicando fuertes sanciones papales.

Para el S.P. sus principales fuentes de información eran los obispos, los delegados apostólicos y los nuncios, pero muchos de ellos no estaban dispuestos a dar información o denunciar a otros a la organización de Benigni.

Se necesitaba una buena red de espionaje instalada en pleno corazón del Vaticano, pero, desafortunadamente para los integristas como Merry del Val o Benigni, la Santa Sede no contaba con una buena or-

ganización de inteligencia desde la pérdida de los Estados Pontificios. La llegada de monseñor Umberto Benigni a la cúpula de poder de los servicios de espionaje pontificios provocó un importante parón en las operaciones de la Santa Alianza por dos motivos. El primero era que en muchas ocasiones los agentes de Benigni se cruzaban en las operaciones realizadas por agentes del servicio de espionaje papal. El segundo motivo era que desde hacía dos años muchos de los líderes del espionaje pontificio habían sido apartados de sus tareas tras ser convenientemente denunciados como defensores del «modernismo» por agentes del S.P.

Lo cierto es que el contraespionaje pontificio se convirtió en el principal enemigo del espionaje papal. Los agentes del *Sodalitium Pianum* luchaban con los espías de la Santa Alianza por una fuente de información, por tener más poder o sencillamente por alcanzar el mayor control del material de inteligencia que llegaba hasta la Santa Sede. Monseñor Umberto Benigni soñaba con un servicio de espionaje (la Santa Alianza) y contraespionaje (el *Sodalitium Pianum)* unificados bajo un único y poderoso mando: el suyo.

Realmente, la organización clandestina S.P. no tenía nombre oficial, ni localización alguna en sede o departamento pontificio, ni placa que identificase sus oficinas o departamentos. Ni siquiera su creación apareció en el *Anuario Pontificio,* la publicación en donde aparecen todos los departamentos y organizaciones del Vaticano. Sus gastos eran cubiertos con fondos secretos que llegaban a través del secretario de Estado, el cardenal Rafael Merry del Val, directamente a monseñor Umberto Benigni. Incluso si alguna autoridad de la Curia preguntaba al jefe del contraespionaje sobre sus actividades, Benigni afirmaba que solo a tres personajes podía responder, «a Dios, al papa Pío X y al cardenal Merry del Val». Por supuesto, la gente dejaba de hacer preguntas para no tener que enfrentarse a ninguno de los tres.

Benigni aplicó en el interior del Vaticano las mismas técnicas de espionaje que utilizaban las otras agencias de contrainteligencia de potencias como Gran Bretaña, Francia, Alemania o Rusia, y solo en muy raras ocasiones el S.P. compartía información con los servicios de seguridad italianos.

Espiar, interceptar correos y telegramas o vigilancias personales y seguimientos eran algunos de los trabajos realizados por los agentes del contraespionaje papal. Desde los palacios episcopales, congrega-

ciones, dicasterios o comisiones pontificias a sacristías, aulas, seminarios o nunciaturas, en todo el mundo eran vigilados por agentes del S.P. A Roma llegaban cada día cientos de denuncias anónimas de superiores o colegas sospechosos de abrazar el modernismo; incluso alguno de ellos trabajaba para el propio Umberto Benigni.

Una importante operación del *Sodalitium Pianum* contra esos movimientos «modernistas» sucedería en el mes de julio de 1904. El papa Pío X había decidido lanzar una campaña antimodernista contra las escuelas católicas. Para el Sumo Pontífice era impensable que sectores modernistas pudieran estar inculcando sus «terroríficas» ideas a niños y adolescentes en las aulas de las escuelas. Merry del Val ordenó entonces a Benigni que diseñase un «sencillo plan de ataque» contra los sectores laicos que dirigían escuelas católicas y que apoyaban el modernismo.

En pocos días el cardenal Merry del Val tenía sobre su mesa un amplio informe firmado por monseñor Umberto Benigni, en el que marcaba una dura línea de actuación por parte del S.P. y de la Santa Sede para cortar de cuajo cualquier idea modernista en las escuelas. En una página del informe, Benigni alertaba sobre dos objetivos claros a los que había que atacar: el espíritu de independencia de las mentes progresistas de los católicos laicos y el desarrollo de los movimientos cristiano-demócratas [10].

En Italia ya había tomado forma la llamada *Opera dei Congressi,* una serie de clubes, asociaciones, sindicatos y organizaciones de ayuda organizados por laicos que en poco tiempo se convirtieron en una importante maquinaria de penetración católica en los sectores políticos, en un momento en el que el Papado prohibía la participación de católicos en la política del Estado italiano.

El 28 de julio de 1904, sin la autorización de Pío X, el cardenal Merry del Val, con los informes recibidos por los agentes de monseñor Umberto Benigni, envió una carta en la que ordenaba la disolución de la *Opera dei Congressi,* transfiriendo todas sus actividades bajo el control de los respectivos obispos de las diócesis. El poderoso cardenal secretario de Estado creía sinceramente que con esa acción la Santa Sede controlaría a las organizaciones laicas y las mantendría alejadas del modernismo, pero monseñor Benigni no lo creía así. En un informe secreto presentado por el propio Umberto Benigni al cardenal Merry del Val se recomendaba reemplazar la labor hecha por la *Opera dei Con-*

gressi por otra organización vaticana formada por grupos y asociaciones de extrema derecha y que llevaba por nombre *Azione Cattolica.*

Otra operación famosa del S.P. sucedería en Francia contra una organización secreta llamada *Le Sillon* (El Surco). Fundada por Marc Sagnier en 1898, alrededor de ella se reunieron importantes sectores que defendían el movimiento cristiano-demócrata. En su origen, *Le Sillon* era una organización laica fuera del control de los obispos, algo que no gustaba al papa Pío X y al cardenal Merry del Val y, por consiguiente, tampoco a monseñor Umberto Benigni.

En 1908, diez arzobispos y veintiséis obispos prohibieron a sus clérigos unirse al movimiento, bajo pena de excomunión, mientras el Sumo Pontífice les daba el golpe de gracia usando el mismo sistema que había utilizado años antes con la *Opera dei Congressi* italiana. Ordenó que sus actividades pasasen bajo control de los obispos a nivel de diócesis y sus actividades traspasadas al movimiento derechista de *Action Française,* apoyada por el Vaticano. El problema surgió cuando *Le Sillon* fue mucho más reacia a desaparecer que su hermana italiana, a pesar de las presiones del Vaticano y del *Sodalitium Pianum.*

Nuevamente, monseñor Umberto Benigni confesó al cardenal Merry del Val que la única forma de atajar el mal modernista sería una condena pública y abierta por parte del papa Pío X. El Sumo Pontífice se negó a dictar una condena pública, alegando que sus miembros eran «más un daño que dañinos», pero por otro lado ordenó a los agentes del S.P. que requisasen cualquier libro, revista o periódico editado por *Le Sillon* para ser destruido por el Santo Oficio. «Cuantos más canales de comunicación destruyamos, más difícil será su penetración en la sociedad», dijo monseñor Umberto Benigni, refiriéndose a *Le Sillon* [11].

Sinceramente, para sus líderes, fue peor no ser condenados por el Sumo Pontífice que una condena pública y abierta, lo que posiblemente les hubiera ganado unas mayores simpatías y, por lo tanto, un mayor número de seguidores a su causa. El principal cerebro de aquel inteligente movimiento papal fue nada más y nada menos que monseñor Umberto Benigni.

En el mes de noviembre de 1909 iba a desatarse una de las operaciones más oscuras llevadas a cabo por agentes del S.P.. A través de varios informadores, Benigni descubrió que existía en Roma un anillo de religiosos modernistas cuyo líder era un hombre llamado Antonio De Stefano, un notable medievalista y antiguo sacerdote que ahora residía

en la ciudad suiza de Ginebra. Para conseguir penetrar en la organización de De Stefano el jefe del S.P. envió a un joven sacerdote y agente llamado Gustavo Verdesi. Este, próximo a las ideas modernistas, informó a monseñor Benigni de que la red dirigida desde Suiza se había desarticulado; pero el jefe del contraespionaje no estaba muy convencido. Decidió enviar entonces al padre Pietro Perciballi, un antiguo compañero de aula de De Stefano en el Seminario Romano[12].

Allí, Perciballi conoció a otros defensores del modernismo como Ernesto Buonaiuti, cuyos libros y escritos habían sido declarados herejes por el Santo Oficio, el departamento vaticano responsable de mantener la ortodoxia católica. Con dinero, un pasaporte falso y una cámara, Perciballi viajó a Ginebra, y con el fin de volver a encontrarse con su compañero se puso en contacto con Antonio De Stefano.

En el primer informe a monseñor Umberto Benigni el padre Perciballi informaba de las intenciones de De Stefano de lanzar una revista titulada *Revue Moderniste Internationale.* El texto que leía el jefe del *Sodalitium Pianum* resaltaba que De Stefano había invitado al agente Perciballi a abandonar la residencia donde vivía en Ginebra y mudarse a su casa. Durante las largas ausencias de Antonio De Stefano, el agente padre Pietro Perciballi se dedicaba a fotografiar los títulos de los libros que se amontonaban en una librería del salón y a revisar los papeles del despacho, incluyendo la correspondencia de este con Ernesto Buonaiuti. Cuando Perciballi regresó a Roma se presentó ante Benigni con copias de la correspondencia privada de De Stefano.

Los archivos del *Sodalitium Pianum* se nutrieron de valiosos informes sobre obispos reformistas, profesores liberales de seminarios, intelectuales y periodistas sospechosos y clérigos cercanos a la masonería. Entre los denunciados se encontraban también importantes personajes de la Curia como el cardenal Léon-Adolphe Amette, arzobispo de París; el cardenal Andrea Carlo Ferrari, arzobispo de Milán; el cardenal Désiré Mercier, arzobispo de Bruselas; el cardenal Pietro Maffi, arzobispo de Pisa; el cardenal Friedrich Gustav Piffl, arzobispo de Viena; o el cardenal Antón Hubert Fischer, arzobispo de Colonia, así como los rectores de las universidades católicas de Lovaina, París y Toulouse.

Dos investigados por Umberto Benigni, que se convertirían en los más poderosos personajes de la Santa Sede años después, serían los cardenales Giacomo della Chiesa y Pietro Gasparri. El primero sería «represaliado» por su proximidad a los «modernistas» y enviado de

forma fulminante a Bolonia como arzobispo. El motivo del traslado de Della Chiesa era que el cardenal Rafael Merry del Val deseaba apartarlo de los influjos de la Curia romana, y nada mejor que enviarlo como arzobispo lejos de la Ciudad Eterna. El 3 de septiembre de 1914 el cardenal Giacomo della Chiesa sería elegido Sumo Pontífice tras la muerte del papa Pío X, adoptando el nombre de Benedicto XV[13].

El segundo, antiguo protector de Benigni, sería investigado por este sin tener una orden expresa de Merry del Val o del propio Papa. El cardenal Gasparri se convertiría en secretario de Estado por orden del papa Benedicto XV.

Mientras tanto, los agentes del S.P. seguían recopilando informaciones tales como el desarrollo del Partido Católico Centrista en el Reichstag alemán; de la organización *Le Sillon,* que defendía en Francia la reforma social y la reconciliación del catolicismo con la Tercera República; la llegada de un nuevo presidente en Uruguay que defendía la separación de Iglesia y Estado y la supresión de las fiestas religiosas; o las tensiones en Rusia por las persecuciones religiosas a católicos de Polonia y Lituania por parte de las fuerzas de seguridad del zar Nicolás II[14].

Pronto el *Sodalitium Pianum* comenzó a ser conocido entre las altas jerarquías de la Curia romana como el «Sagrado Terror», siendo sus mayores defensores el propio papa Pío X; el cardenal Rafael Merry del Val, secretario de Estado; el cardenal Gaetano De Lai, prefecto de la Congregación Consistorial, y el capuchino español cardenal José de Calasanz Vives y Tutó, responsable del departamento de las órdenes religiosas. El cardenal Calasanz Vives y Tutó era conocido en el Vaticano como *Vives fa Tutto* (Vives lo hace todo), jugando con su apellido compuesto. El cardenal español acabó sufriendo una profunda esquizofrenia, lo que obligó a internarle en un hospital psiquiátrico en 1908, hasta su muerte, acaecida cinco años después.

Con el conocimiento y la complicidad de Pío X, monseñor Umberto Benigni se encontró entre sus manos con un poder inusitado; tanto es así que sus enemigos y víctimas lo consideraban el «diabólico genio del Papa». Benigni pasaba cada semana informes exhaustivos al propio Sumo Pontífice, con copia para Merry del Val y monseñor Giovanni Bressan, secretario privado del Papa y uno de los más fieles aliados de Benigni. Realmente, el jefe del contraespionaje tenía más protectores en las altas esferas que amigos y por eso causó sorpresa en los pasillos del Vaticano cuando el 7 de marzo de 1911 el diario *L'Osserva-*

tore Romano publicaba la noticia del cese de monseñor Benigni como subsecretario para Asuntos Extraordinarios de la Secretaría de Estado. Su sucesor sería un joven funcionario con brillante futuro en el Vaticano llamado Eugenio Pacelli, que con el paso del tiempo sabría escalar en la Curia romana hasta convertirse en Papa veintiocho años después. Más como consolación que como reconocimiento, el papa Pío X nombró a monseñor Umberto Benigni «protonotario apostólico» y se le permitió mantener el mando del contraespionaje [15].

Para los amigos de Benigni aquello suponía un ascenso y un alto honor, mientras que para sus enemigos aquello suponía una caída en desgracia o, mejor dicho, «un purgatorio».

Los rumores, que ayer como hoy corrían veloces por los pasillos de los palacios vaticanos, apuntaban a que Umberto Benigni había sido removido de su importante puesto al descubrirse que pasaba documentos secretos papales al representante del gobierno de la Rusia imperial ante el Vaticano. Lo único en verdad cierto es que monseñor Benigni pidió formalmente abandonar el cargo en la Secretaría de Estado para poder dedicar mayor tiempo a los servicios secretos pontificios [16]. En aquellos años aún Benigni seguía soñando con un servicio de espionaje y contraespionaje unificados bajo su mando.

Desde ese mismo momento las operaciones, y por lo tanto las organizaciones y efectivos de la Santa Alianza y del *Sodalitium Pianum,* serían unidas con un solo objetivo: la defensa de la Iglesia, el Vaticano y el Papa. Para facilitar esa labor, monseñor Benigni continuó accediendo a los documentos y personal de la Secretaría de Estado; pidió un salario de siete mil liras al año, así como el aumento de fondos para financiar sus actividades de inteligencia [17]. Su protector e interlocutor desde ese momento sería el cardenal Gaetano De Lai. Tan solo contactaba con el cardenal Merry del Val cuando este deseaba alguna información sobre un obispo que iba a ser ascendido o iba a recibir honores papales. Por ejemplo, en la primavera de 1912, monseñor Eugenio Pacelli, amante de las intrigas y el espionaje, preguntó a su antecesor sobre un religioso que iba a ser nombrado obispo. Algunas semanas más tarde, nuevamente Pacelli contactó con Benigni para informarle de que la Secretaría de Estado estaba preparando una declaración sobre los movimientos obreros en Alemania y para comunicarle que estaban buscando a alguien para reemplazar a un arzobispo alemán recientemente cesado.

Los problemas para Umberto Benigni no habían hecho más que empezar. Durante una entrevista del periodista Guglielmo Quadrotta con un antiguo sacerdote católico que se había hecho metodista, confesó que había trabajado como secretario privado de monseñor Umberto Benigni y como agente del S.P., admitiendo que se había infiltrado en círculos italianos sospechosos de tendencias modernistas. Otro de los escándalos que afectarían a la imagen del propio Benigni y de los servicios de inteligencia del Vaticano sería el caso destapado por un grupo de liberales belgas y alemanes.

Estos habían lanzado una investigación secreta sobre las actividades del *Sodalitium Pianum* y para ello habían conseguido infiltrar en el S.P. a un fraile dominico llamado Foris Prims. El dominico se hizo amigo de un abogado belga que trabajaba en la ciudad de Gante llamado Jonckx. Por esa relación, Prims supo con todo detalle el sistema de operaciones del S.P. Foris Prims, escandalizado y pensando que monseñor Umberto Benigni operaba sin protección alguna, decidió ir a Roma para pedir una audiencia con el papa Pío X para contárselo todo.

Rafael Merry del Val salvó a Benigni bloqueando todos los intentos de Foris Prims por ver al Papa y rechazando él mismo ver al dominico o recibir de su propia mano la información documental que portaba en dos gruesas carpetas de color azul [18]. En 1912 el cardenal secretario de Estado, Merry del Val, supo que si quería salvarse de la quema que iba a provocarse con la inminente caída de monseñor Umberto Benigni debía cortar el apoyo financiero al periódico *Corrispondenza Romana*. Poco después ordenaría su cierre.

Estaba claro que la estrella de Umberto Benigni estaba perdiendo brillo. Solamente si el papa Pío X hubiese reconocido públicamente la existencia del *Sodalitium Pianum* la habría armado de un inestimable poder, así como a su fundador. En lugar de legitimar el S.P., el Papa prefería, siempre a través del cardenal De Lai, enviar sus «mejores deseos apostólicos» al servicio de contraespionaje y a su jefe.

Los rápidos cambios significaban el nuevo curso que iba a seguir la política papal tras la muerte de Pío X y la llegada de Benedicto XV. La primera medida del nuevo Papa fue la de cesar al hasta entonces poderoso cardenal Rafael Merry del Val de su puesto como secretario de Estado y enviarlo como responsable de la abadía de Subiaco. Fuera ya de escena Merry del Val, sus amigos también cayeron en desgracia.

Por ejemplo, el cardenal Nicola Canali fue cesado de su cargo de «sustituto» y enviado a la menos importante Secretaría de la Sacra Congregación de Ceremonias.

Pero el mayor golpe contra los fanáticos antimodernistas se daría cuando el Sumo Pontífice ordenó el cese de monseñor Umberto Benigni como jefe del *Sodalitium Pianum,* el S.P., y destinado como profesor de estilo diplomático en la Academia de Nobles Eclesiásticos. Los «favoritos» del nuevo Papa dieron a Benigni tan solo cuarenta y ocho horas para desocupar su despacho en el ala Borgia y fue enviado a un pequeño apartamento en la Palazzina del Arcipreste de San Pedro. El cambio de política estaba claro cuando Benedicto XV promulgó la encíclica *Ad Beatissimi,* con la que ponía fin a los llamados «integristas», una palabra que el Papa desde luego no utilizó en el documento[19].

El servicio de contraespionaje papal, el *Sodalitium Pianum,* continuó floreciendo en un mundo en guerra hasta 1919, tras la publicación de unos documentos pertenecientes a sus archivos y encontrados por los servicios de espionaje alemanes[20].

En los primeros meses de 1914, Benigni sobrevivía ocupándose de marginales asuntos papales, y el que fuera maestro de espías era ahora una sombra patética y paranoica de lo que fue. Su clarividencia en crear un servicio de inteligencia parecido a los que ya operaban en Rusia, Alemania o Francia se convirtió en algo quimérico. Él personalmente se había ocupado de reclutar a los informantes, dirigir sus actividades, leer sus informes, asegurar los documentos, informar directamente al cardenal secretario de Estado y realizar él mismo operaciones encubiertas, pero de lo que no se había ocupado era de cuidar el suelo bajo sus propios pies.

Cuando monseñor Umberto Benigni abandonó el Vaticano tras el nombramiento como Papa del cardenal Giacomo della Chiesa (Benedicto XV), uno de los «represaliados» por el *Sodalitium Pianum,* dejó tras de sí un servicio secreto en ruinas, las operaciones de la Santa Alianza casi inexistentes, amistades rotas y sospechas continuas entre los miembros de la Curia romana por las denuncias que se habían lanzado los unos contra los otros. Desafortunadamente, la visión sobredimensionada de Benigni sobre un servicio de espionaje papal eficaz quedó solo en un sueño.

A comienzos de la década de los años veinte, monseñor Benigni vivía una vida en completa clandestinidad, que le fue llevando a una en-

fermiza paranoia. Desde su pequeño apartamento en el Corso Umberto I intentaba mantener su red de informadores y su contacto con los círculos papales, muchos de los cuales le habían ya cerrado las puertas, y sus antiguos aliados, dado la espalda. Incluso creía que agentes «modernistas» en las oficinas postales de Francia, Alemania e Italia interceptaban su correo y lo abrían. Por miedo a sus enemigos dentro y fuera del Vaticano, Umberto Benigni viajaba personalmente para reunirse con sus informantes y se las arreglaba para que sus visitas a Bruselas, París o Ginebra se mantuviesen en secreto, cuando realmente a nadie ya en la Santa Sede le interesaban sus encuentros clandestinos.

Se sabe que durante los años siguientes Umberto Benigni fue reclutado por Arturo Bocchini, el jefe de los servicios de seguridad del régimen, como agente de la OVRA *(Organizzazione di Vigilanza e Repressione Antifascista),* la policía secreta fascista de Benito Mussolini. Monseñor Benigni y Arturo Bocchini habían ya colaborado en diferentes ocasiones en misiones secretas en el Vaticano.

Sobre el fin de monseñor Umberto Benigni existen dos versiones. La primera más creíble que la segunda. La primera versión es que el antiguo jefe del *Sodalitium Pianum* moriría de un infarto en 1934, a la edad de setenta y dos años.

La segunda versión, defendida por el escritor e historiador Paul Williams en su libro *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* afirma que monseñor Umberto Benigni pudo formar parte de la conspiración que acabaría con la vida del papa Pío XI el 10 de febrero de 1939. Williams se basa en los diarios del cardenal Eugène Tisserant.

En junio de 1938 el papa Pío XI encargó a tres jesuitas, un estadounidense, un alemán y un francés, el proyecto de una encíclica destinada a denunciar el racismo y el antisemitismo. Remitido el texto al Vaticano a finales de ese año, la encíclica *Humani Generis Unitas* [En la unidad del género humano] jamás fue promulgada debido a la repentina muerte del Sumo Pontífice y la llegada al trono de Pedro del papa Pío XII, un Pontífice mucho más «permisivo» hacia el régimen nazi en Alemania y fascista en Italia.

Según el escritor e historiador, citando siempre los diarios de Tisserant, explica que a principios de febrero, cuando la salud del Sumo Pontífice comenzaba a decaer, alguien ordenó que los cuatro médicos que atendían a Pío XI desde hacía años fueran relevados por el doctor Francesco Petacci y dos monjas enfermeras. En la noche del 8 al 9 de febrero

de 1939 la salud de Pío XI se agravó, pero en la tarde del 9 de febrero, casi como un milagro, el Papa se recobró y pidió a Tisserant y a otros cardenales que se preparasen para la promulgación de la encíclica. El Santo Padre tenía previsto promulgarla el 11 de febrero durante la audiencia con los obispos italianos[21].

El 10 de febrero de 1939, a las cinco y media de la mañana, se hizo oficial la muerte del Sumo Pontífice. Nadie había sido testigo de su fallecimiento. La única persona que pudo acceder a sus habitaciones privadas fue su médico, el doctor Petacci.

Ese mismo día, según Tisserant, el doctor Petacci y el cardenal Eugenio Pacelli ordenaron que el cadáver debía ser embalsamado, siendo este hecho una clara violación de la sagrada tradición. Ningún Papa había sido sometido a embalsamamiento y menos cuando el Santo Padre hubiese muerto en la medianoche.

Sobre las 6.19 de la mañana apareció el cardenal Eugène Tisserant y pidió ver al Papa, pero la entrada le fue negada por el doctor Petacci, asegurándole que la salud de Pío XI había empeorado. Tisserant anotó en sus diarios, días después, que cuando el doctor Petacci le dijo que la salud del Papa había empeorado, en realidad llevaba muerto cuarenta y nueve minutos.

En sus diarios el cardenal Tisserant asegura que el cuerpo del papa Pío XI estaba «torcido» y que mostraba «marcas y arañazos extraños». El cardenal escribió en su diario: *«Ils lont assassine»* [Ellos lo asesinaron].

¿Quiénes lo asesinaron? Para Tisserant estaba claro que los principales sospechosos eran el cardenal Eugenio Pacelli y el doctor Francesco Petacci, y más cuando descubrió que el médico era el padre de Claretta Petacci, la amante del dictador Benito Mussolini. El cardenal Eugène Tisserant cree también que en la conspiración participó el secretario de Eugenio Pacelli, monseñor Umberto Benigni, informador de la OVRA, que entregó varios informes de la Santa Sede a la Gestapo en Roma, durante la Segunda Guerra Mundial[22].

Según unas fuentes, monseñor Umberto Benigni moriría en 1934, a la edad de setenta y dos años. Según otras fuentes, monseñor Benigni fallecería de un infarto a finales de 1945, a la edad de ochenta y tres años.

Todos los documentos relativos al paso de monseñor Benigni por los diferentes departamentos del Vaticano fueron clasificados de «Alto

Secreto» y depositados en el *Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum,* en la sección de «Colecciones Separadas: Papeles Familiares e Individuales». Los documentos sobre «Benigni, Umberto» se encuentran archivados entre los volúmenes del *Archivio Beni* y los de la «Familia Benincasa». Aún hoy no han sido desclasificados[23].

Tras la muerte del cardenal Eugène Tisserant, el 21 de febrero de 1972, y siguiendo sus instrucciones, todos sus papeles y documentos personales fueron embalados y enviados a Suiza, siendo depositados en una cámara de un banco suizo. Según confidencias del propio cardenal Eugène Tisserant a varios de sus más íntimos colaboradores, no deseaba que sus papeles fueran depositados en el *Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum* y dejar que fueran clasificados como «Secreto Pontificio». «Varios de esos papeles —según dijo el propio Tisserant— podrían convertirse en una auténtica bomba de relojería para el Vaticano», y monseñor Umberto Benigni bien podría haber sido uno de sus mecanismos de ignición.

Un buen epitafio, y que bien podría definir la personalidad de monseñor Umberto Benigni, sería la frase pronunciada por él mismo en referencia a los críticos de su obra: «La historia no es nada, salvo un continuo intento desesperado y vomitivo. Para este tipo de seres humanos solo hay un remedio: la Inquisición»[24].

14

Michel Joseph d'Herbigny

El jefe del «Russicum»

La Revolución rusa de 1917 planteó a la Iglesia, al Vaticano, al papa Pío XI y al servicio de espionaje pontificio un nuevo enemigo, el comunismo ateo, cuya propagación amenazaba con destruir la cristiandad.

En la mañana del 21 de abril de 1926 una figura vestida modestamente traspasaba las puertas giratorias del Hotel Moscú en dirección a la iglesia de St. Louis des Français, el único templo católico en funcionamiento. Al entrar en el edificio sagrado, dos personas rezan ante el altar, una mujer de mediana edad y un hombre de tez morena y bien vestido. Otros tres trabajadores se acercan nerviosos al recién llegado.

Todo se desarrolla con un alto grado de tensión. Si son detenidos por la temible *Obyeddinenoye Gosudarstvennoye Politicheskoye Upravleniye* (OGPU), la policía política del régimen, todos ellos pueden ser encarcelados, torturados e incluso ejecutados por negarse a renegar de sus creencias. Hablando casi en susurros, el recién llegado se presenta como Michel Joseph d'Herbigny, arzobispo católico enviado por el papa Pío XI a Moscú. Su misión secreta es la de establecer una jerarquía católica secreta, así como una administración que se ocupe de reemplazar a obispos y sacerdotes exiliados o encarcelados por las autoridades comunistas [1].

El jesuita D'Herbigny, nacido en la ciudad francesa de Lille el 8 de mayo de 1880, no solo era un fiel católico convencido de llevar la pala-

bra de la fe a los lugares más recónditos de la Unión Soviética de Stalin, sino que también era uno de los más expertos agentes de la Santa Alianza en cuestiones de esta región. Pío XI le había encargado personalmente el establecimiento de una organización capaz de preparar a sacerdotes para ser «infiltrados» en territorio soviético. Estos deberían realizar tareas pastorales de forma clandestina.

El hombre que esperaba a D'Herbigny era el padre Eugène Neveu. El obispo recién llegado de Roma nombró a Neveu «primer obispo católico secreto» de la Unión Soviética. Nada más salir del recinto, Michel d'Herbigny se dirigió nuevamente a su hotel, en donde se le comunicó que debía presentarse en una oficina de la policía moscovita y que antes de esa misma noche tenía que abandonar el país.

Antes de hacerlo, D'Herbigny debía realizar la ceremonia de consagración de Eugène Neveu. Monseñor D'Herbigny concedió unos minutos a Neveu para que se preparase. Poco después el obispo leyó el documento de nombramiento en perfecto latín firmado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, y le colocó el anillo en su dedo como símbolo de su autoridad episcopal. Esta autoridad le permitía también la ordenación de sacerdotes y la consagración de obispos[2]. Antes de salir de la iglesia, el obispo Michel d'Herbigny dio instrucciones al ahora obispo Neveu para que localizase a los padres Alexander Frison y Boleslas Sloskans y secretamente consagrarlos a ambos como obispos[3].

Frison era un sacerdote que dirigía una pequeña congregación católica en Odessa, en el mar Negro, mientras que Sloskans dirigía otra en Leningrado. Neveu recordaría siempre las palabras que monseñor Michel Joseph d'Herbigny les había susurrado al oído: «Recuerda que ahora eres un sucesor de los apóstoles». Desde ese mismo momento, Neveu, Frison y Sloskans se convirtieron en los líderes de una amplia red de la división rusa de la Santa Alianza, el *Russicum*. Esta nueva red era conocida como los «clandestinos».

El Vaticano había recibido, no sin cierto regocijo, la caída del zar Nicolás, fiel aliado de la Iglesia ortodoxa rusa en contra de la Iglesia católica romana, que había sido discriminada y perseguida oficialmente. La caída del zar y la llegada de un gobierno provisional demócrata liberal en marzo de 1917 dio nuevas esperanzas a la Santa Alianza. Con la nueva legislación aprobada, el gobierno intentó reconciliarse con el Papado y el catolicismo en Rusia[4].

Entre estas nuevas leyes estaban las de garantizar el control de los edificios sagrados como iglesias o monasterios a las autoridades católicas; reconocimiento de las prerrogativas vaticanas en asuntos eclesiásticos; así como el permiso para abrir seminarios, escuelas religiosas e imprentas y editoriales para propagar la fe católica entre el pueblo de la nueva Rusia. Pero todo esto cambió cuando en noviembre del mismo año los bolcheviques de Vladimir Lenin se hicieron con el poder. Para los bolcheviques las creencias religiosas eran una cuestión de clases y estas debían ser erradicadas de la nueva sociedad que querían crear.

El propio Lenin escribiría: «La incautación de los objetos de valor, sobre todo aquellos que pertenecen a los monasterios y a las iglesias más ricas, debe realizarse con resolución implacable y en el menor tiempo posible. Cuantos más exponentes de la burguesía y del clero reaccionarios consigamos fusilar por este motivo, tanto mejor»[5].

El 23 de enero de 1918 el Consejo de Comisarios Populares anunció un nuevo cambio de actitud ante las instituciones religiosas. Se decretaba la prohibición de que estas mantuviesen el control de las escuelas; se negaba el apoyo a la Iglesia por parte del Estado; se retiraba la potestad de la Iglesia para tener propiedades; se prohibía en las iglesias la petición de donaciones a los fieles; se retiraban los derechos civiles a todos aquellos ciudadanos que practicasen la religión católica; y, por último, se prohibía la enseñanza de la religión católica a los niños, no solo en las escuelas, sino también en sus propias casas[6].

En respuesta a las medidas antirreligiosas, el Vaticano y el entonces papa Benedicto XV decidieron convocar a Michel d'Herbigny, antiguo miembro de la Santa Alianza y experto en asuntos rusos, para que comenzase a tejer su red clandestina a lo largo y ancho de toda la Unión Soviética. Estas medidas debían ser «ignoradas» por el Sumo Pontífice y tan solo se le debía informar si era necesario su apoyo para el nombramiento de algún cargo religioso, como fue el caso de Eugène Neveu[7].

A pesar de que el Vaticano concedió un crédito sin intereses a Rusia por más de diez millones de dólares, Lenin retrasó las concesiones a los católicos. Incluso firmó en la ciudad italiana de Rapallo el establecimiento de relaciones diplomáticas y de cooperación económica con Alemania, su antiguo enemigo, antes que con el papa Pío XI. La respuesta a esta acción no se hizo esperar.

En la primavera de 1923 tres prelados católicos y doce sacerdotes serían detenidos por la policía secreta acusados de actividades con-

trarrevolucionarias y antisoviéticas. Dos de ellos, el arzobispo Jan Cieplak y su vicario general, Konstanty Budkiewicz, este último agente de la Santa Alianza, serían condenados a cadena perpetua y trabajos forzados, el primero, y a muerte, el segundo. La condena de Cieplak sería conmutada por diez años de prisión, pero Budkiewicz sería ejecutado de un disparo en la nuca en una mazmorra de la Lubyanka en la noche del 31 de marzo de 1923[8].

Seguidamente, iglesias, seminarios y escuelas fueron clausurados; los sacerdotes, detenidos, ejecutados o condenados al exilio. En 1924, a la muerte de Lenin, el anciano arzobispo Zerr de Tiraspol era el único obispo católico vivo y en libertad dentro de la Unión Soviética. Algunas voces presionaron al papa Pío XI a condenar públicamente la política anticatólica de Moscú y a movilizar a la opinión pública católica mundial contra el peligro del comunismo. Después de un breve discurso de condena ante sus cardenales por parte del Sumo Pontífice y aconsejado por su experto en asuntos rusos, Michel d'Herbigny, el Papa comunicó en diciembre de 1924 a su nuncio en Berlín, monseñor Eugenio Pacelli, que continuase sus conversaciones secretas con Moscú.

El ministro de Asuntos Exteriores soviético, Georgij Chicherin, lideraba a los pragmáticos en Moscú que defendían la necesidad de una convivencia con el Papado, aunque Pacelli estaba decidido a presionar por alcanzar un acuerdo que llevase a un reconocimiento pleno de la Iglesia por parte del Estado soviético. El futuro Pío XII estaba decidido a presionar e incluso a amenazar a Chicherin con el bloqueo económico a la Unión Soviética por parte de las naciones católicas si Moscú no aceptaba un reconocimiento explícito de los derechos católicos en el país. D'Herbigny recomendó al cardenal Pacelli ser más paciente si no quería romper la comunicación Roma-Moscú, pero el futuro Pío XII, un ferviente anticomunista, presionó a Chicherin de tal modo que finalmente las negociaciones se rompieron.

Diversos historiadores han coincidido en defender la teoría de que Pacelli no deseaba alcanzar un acuerdo con «un país de herejes y salvajes», como él mismo lo definía, y es por eso por lo que exigió a Chicherin puntos imposibles de cumplir por parte de los soviéticos. Aquella ruptura buscada y encontrada provocaría la detención, tortura, violación y ejecución de cientos de sacerdotes y religiosas en los temibles *gulags* soviéticos por defender la fe[9]. Estaba claro que el papa Pío XI debía haber dejado las negociaciones en manos de monseñor Michel

d'Herbigny, pero Pacelli consiguió apartar a este de las negociaciones y el catolicismo pagaría un alto precio por ello.

D'Herbigny había entrado en los jesuitas a la edad de diecisiete años y ordenado sacerdote de la misma orden a los treinta. Rápidamente se interesó por la cultura rusa y por su historia durante sus estudios en París. Él era un erudito, pero también un hombre de acción. Mientras escribía trabajos sobre la filosofía rusa en cirílico participaba en programas de la Santa Alianza para llevar el catolicismo hasta los más lejanos rincones de la Unión Soviética.

La reputación de Michel Joseph d'Herbigny llegó a oídos de Roma, que lo mandó llamar al Vaticano. En 1922 ya estaba dirigiendo el nuevo Instituto Pontificio para Estudios Orientales y al mismo tiempo era nombrado consultor experto de la Congregación para las Iglesias Orientales, el departamento papal responsable de los asuntos eclesiásticos en Rusia y en los países eslavos. El 11 de febrero de 1926, a los cuarenta y cinco años, Michel d'Herbigny sería nombrado obispo por el Santo Padre [10].

Lo cierto es que hasta la llegada de D'Herbigny a Roma el Vaticano estaba muy pobremente informado sobre lo que pasaba en la Rusia zarista, primero, y en la comunista Unión Soviética, después. Hasta entonces, sin un nuncio papal en Moscú o un delegado apostólico, el Vaticano se informaba a través de periodistas con conexiones en la Santa Sede que iban informando sobre los avances políticos o religiosos que se sucedían en el país.

Tan solo el jesuita Edmund Walsh, jefe de la misión de ayuda pontificia, enviaba algún que otro informe al Vaticano vía embajada de Alemania en Moscú, incluidos los movimientos del Ejército Rojo. Un buen día, el gobierno comunista prohibió a Walsh desplazarse libremente por el país, por lo que las informaciones que llegaban al servicio de espionaje papal eran cosas sin importancia en su mayoría.

Walsh sería relevado por el padre Eduard Gerhman, que continuó dando cobertura a la Santa Alianza en Moscú. En abril de 1924, por ejemplo, los agentes de Walsh informaron de que el arzobispo Cieplak había sido puesto en libertad y expulsado del país. El religioso viajó de inmediato a Roma para informar al papa Pío XI. Para comienzos de 1925 los refugios católicos eran ya bastante escasos y el Vaticano necesitaba urgentemente crear su propia red de informadores dentro de la Unión Soviética [11].

A finales de 1925, de repente, Michel d'Herbigny recibió una invitación de la Iglesia ortodoxa rusa para visitar el país, un movimiento que claramente aprobaba el gobierno de Moscú. En la visa de su pasaporte aparecía escrito: «Viaje por vacaciones y estudios». D'Herbigny, vestido con su sotana negra y su alzacuellos blanco, viajó a Moscú para reunirse con diplomáticos occidentales, prelados de la Iglesia ortodoxa y uno de los más influyentes miembros del régimen soviético, el ministro de Educación, Anatoli Lunarcharski. Cuando monseñor Michel Joseph d'Herbigny regresó a Roma traía bajo su brazo un incalculable número de valiosas informaciones recibidas de primera mano. El problema es que cada vez menos sacerdotes deseaban viajar a Rusia para hacerse cargo de forma clandestina de las diferentes parroquias que se extendían por todo el país.

A diferentes seminarios había llegado el rumor de tres sacerdotes detenidos en un pequeño pueblo de Siberia por agentes de la OGPU. Tras ser interrogados y torturados, los religiosos fueron atados a un tronco y quemados vivos. Realmente, esta historia nunca había sucedido, pero el hecho fue que muchos jóvenes sacerdotes hicieron caso de la leyenda y se negaron a viajar a Rusia.

Mientras las relaciones soviético-vaticanas caminaban a marchas forzadas, el papa Pío XI decidió tomar medidas ante el colapso de las estructuras eclesiásticas en Rusia. Los obispos tendrían una autorización papal extraordinaria para permitirles ordenar sacerdotes del lugar, impartir bautismos, matrimonios y dar las extremaunciones. Bajo esta autorización pontificia solo los obispos podrían ejercitar su autoridad en temas administrativos en los asuntos de las iglesias locales. El problema fue, según Michel d'Herbigny, que el poder otorgado por el papa Pío XI a los obispos les confería una situación de máximo peligro, ya que la policía secreta soviética tenía que detener tan solo a los obispos para desmembrar la red de religiosos montada por cada uno de ellos.

Realmente, fue en 1924 cuando el Papa decidió crear una red clandestina de sacerdotes enviados desde Roma con la misión de llevar a todos los rincones la religión católica [12]. El problema era que los agentes papales que podrían dirigir esta operación estaban bajo estrecha vigilancia de la OGPU. D'Herbigny dijo al Papa que no serían los obispos quienes sobrevivirían en las misiones clandestinas en Rusia, sino sencillos y desconocidos sacerdotes que supieran mezclarse con la población sin levantar sospechas.

Uno de estos protegidos de Michel d'Herbigny era el padre Eugène Neveu, que había llegado a Rusia en 1907 para dirigir la congregación francesa y belga en la ciudad de Makejevka. Neveu permaneció en su puesto hasta la Revolución de 1917, cuando la mayor parte de los ciudadanos franceses y belgas regresaron a sus países. No se supo desde entonces nada más de él hasta que la Santa Alianza en el Vaticano recibió un sencillo mensaje desde un rincón apartado de la Unión Soviética en 1922. Neveu pedía que le enviasen un buen par de pantalones y un mapa del mundo [13].

Eugène Neveu tenía mucho valor, era un defensor de la ética y creía firmemente en su jefe, monseñor Michel d'Herbigny, y en la autoridad papal. Por otro lado, Pío XI sabía que Neveu era un hombre de acción, un agente perfecto de la Santa Alianza, y que sus acciones eran más eficaces en Moscú o San Petersburgo que en Washington o Bruselas.

El 11 de febrero de 1926, Pío XI llamó a sus apartamentos privados a Michel d'Herbigny con motivo de ordenarle realizar una misión secreta en el interior de la Unión Soviética. El jesuita francés escuchó en silencio las instrucciones dadas por el Sumo Pontífice. Sus órdenes eran las de establecer una jerarquía clandestina católica en Rusia, consagrando, como primer paso, al padre Eugène Neveu como obispo. D'Herbigny, como buen jesuita, aceptó las órdenes del Papa sin rechistar y ni tan siquiera hacer preguntas.

Un día de finales de marzo, Michel d'Herbigny salió para Francia con la intención de pedir el visado para entrar en Moscú en la embajada soviética en París. De París viajó en tren hasta Berlín, en donde se reunió con el nuncio, monseñor Pacelli. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia había dado ya instrucciones a su embajada en Moscú para que localizasen a Eugène Neveu y fuese trasladado a la capital soviética, en espera de órdenes [14].

D'Herbigny pudo hablar por primera vez con Neveu el 1 de abril de 1926. Mientras el enviado papal y agente de la Santa Alianza realizaba operaciones encubiertas por orden del Papa, por otro lado realizaba llamadas telefónicas y encuentros en lugares públicos con el fin de despistar a los servicios de inteligencia soviéticos.

Cuando el agente papal regresó a su hotel y se encontró con una orden para presentarse ante la policía con el fin de ser interrogado sobre su misión en Rusia, fue cuando por vez primera monseñor Michel

Joseph d'Herbigny se dio cuenta de que había un «topo» dentro de su organización. Esta intuición prefirió no revelársela a nadie, ya que si lo hacía podría provocar el pánico entre los miembros de la organización que comenzaba ya a conocerse como los «clandestinos».

La segunda etapa del viaje la realiza abiertamente con Neveu a Karlov, Odessa, Kiev y Leningrado. Durante varios días, Michel d'Herbigny y Eugène Neveu se reúnen con sacerdotes y seminaristas, mientras van al mismo tiempo consagrando como obispos al padre Boleslas Sloskans, de Leningrado, y al padre Alexander Frison, de Sebastopol. El 10 de mayo, cuatro días antes de su regreso a Roma, monseñor Michel d'Herbigny se reunió nuevamente en la iglesia de St. Louis-des-Français para consagrar a Sloskans y Frison como segundo y tercer obispos secretos por orden del papa Pío XI [15].

En realidad, D'Herbigny era un novato en misiones clandestinas y sus movimientos en la Rusia bolchevique no habían pasado inadvertidos para su experta policía secreta.

En muy pocos días la OGPU tenía ya identificados a todos los miembros de la red de los «clandestinos», así como sus apoyos y sus centros de reunión, que partían desde la misma iglesia de St. Louis-des-Français. A pesar de que D'Herbigny, Neveu, Sloskans o Frison no fueron molestados ni interrogados, los hombres de Felix Edmundovich Dzerzhinsky, todopoderoso jefe del OGPU, sí arrestaron a los miembros de menor categoría de la red de espías papales. Muchos sacerdotes fueron detenidos y enviados a campos especiales y *gulags* para cumplir duras penas de trabajos forzados. Mientras tanto, Michel d'Herbigny seguía ampliando su red de la Santa Alianza [16].

A finales de agosto el enviado del Sumo Pontífice viajó desde la turística ciudad de Gorki a Leningrado. En la antigua ciudad imperial, y a puerta cerrada en la iglesia de Notre Dame de France, monseñor Michel d'Herbigny consagró al cuarto obispo clandestino de Rusia, el padre Antoni Malecki, quien recientemente había sido puesto en libertad tras cumplir una pena de cinco años de trabajos forzados por «crímenes contra la Revolución».

Los agentes de la OGPU controlaron cada paso de D'Herbigny sin que este lo supiese, pero tenían órdenes de no actuar hasta que las pruebas fueran aplastantes y permitiesen a la Unión Soviética sacar a Michel d'Herbigny de escena de un solo plumazo sin ofender a los países católicos aliados del Vaticano. Finalmente, la policía acumuló sufi-

cientes pruebas contra la red de los «clandestinos». El 4 de septiembre de 1926 la visa del agente de la Santa Alianza expiró, y el 28 de agosto D'Herbigny se había acercado a una comisaría de policía para pedir una extensión de su visa de permanencia en la Unión Soviética y un permiso para entrar en Ucrania.

Las autoridades le extendieron el permiso hasta el 12 de septiembre y le dijeron que estudiarían su petición para entrar en Ucrania. Tres días más tarde, cuatro agentes de la OGPU se presentaron en su hotel y le informaron de que había sido declarado persona *non grata* en el país y que, por supuesto, no era bienvenido en Rusia. De inmediato le fue entregado su pasaporte. Sin perderle de vista, los agentes de la OGPU le acompañaron en tren hasta la frontera con Finlandia. Desde ahí viajó rápidamente al Vaticano para reportar al Sumo Pontífice, el papa Pío XI.

Neveu esperaba a D'Herbígny en la capital, pero este nunca llegó, por lo que decidió regresar a la iglesia de St. Louis-des-Françaís y dar su misa matinal. De repente, en mitad de la ceremonia, las puertas del templo se abrieron y un hombre con aspecto de trabajador se acercó al obispo y le entregó un paquete con dinero y ropa. Este le dijo: «Esto es de parte de monseñor D'Herbigny. Que Dios le proteja desde este mismo momento en su labor». Inmediatamente después el hombre se dio media vuelta y desapareció por donde había llegado. Neveu descubrió entonces que desde ese mismo momento él y su red de «clandestinos» estaban solos, sin la protección del Papa o de la Santa Alianza; tan solo contaban con la protección de Dios[17].

Las autoridades soviéticas comenzaron de forma sistemática a desmantelar poco a poco la jerarquía católica en Rusia. El aumento de las persecuciones daba una idea al Vaticano y a la Santa Alianza de la política impuesta por el nuevo líder, Josip Stalin, que tras la muerte de Lenin se había convertido en el hombre fuerte de la Unión Soviética.

En los años del ascenso al poder de Stalin, el Vaticano y la jerarquía católica clandestina en la Unión Soviética iban a ser amenazados seriamente hasta su casi total desaparición. Para los marxistas-leninistas, «el Papado era un conspirador y sus sacerdotes ayudaban a propagar las conspiraciones por todo el mundo. El Vaticano era un aliado de los poderes anticomunistas dispuestos a destruir el modo de vida soviético». Realmente, para el líder soviético, los rusos católicos eran potencialmente subversivos y desde la OGPU ya le habían llegado infor-

mes claros sobre las intenciones del servicio secreto del Papa de establecer una red clandestina de sacerdotes católicos a lo largo y ancho del país y liderada por un obispo francés llamado Michel d'Herbigny.

El 15 de octubre de 1926, justo semanas antes de la expulsión de D'Herbigny, el Consejo de Ministros adoptó la resolución prohibiendo a todo extranjero predicar cualquier tipo de religión. Monseñor Vincent Ilyin, nombrado secretamente administrador apostólico en Karkov, fue detenido por llevar bajo su brazo periódicos extranjeros. Pocos meses después, monseñor Sloskans, quien en noviembre de 1926 había hecho público su estatus dentro de la Iglesia católica, sería detenido y condenado por cargos de espionaje a un campo de trabajos forzados en las cercanías del Círculo Polar Ártico. Una semana después, también el obispo Teofilus Matulionis sería detenido y enviado al Ártico. En febrero de 1929 ya estaban detenidos los obispos Malecki y Frison, y todas las iglesias católicas voladas con dinamita por orden expresa de Stalin [18].

En 1924, a la muerte de Lenin, se calcula que había en el interior de la Unión Soviética cerca de doscientos religiosos católicos; en 1936 se había reducido a cincuenta; en 1937, a solo diez, y un año después solo quedaban dos [19].

En 1931 la debacle de la colectivización agrícola que vino a aumentar el hambre hizo que Moscú tuviese que cambiar radicalmente su política hacia los países occidentales y, por consiguiente, hacia el sector católico y el Vaticano.

Los oficios católicos fueron permitidos y los religiosos, como el obispo Frison, fueron puestos en libertad, aunque solo de forma temporal. Una vez pasada la crisis económica, los servicios religiosos fueron nuevamente prohibidos y los clérigos detenidos y devueltos a los campos de trabajo. La Santa Alianza informaría en 1937 al papa Pío XI de que el obispo Alexander Frison, de Sebastopol, habría sido ejecutado de un disparo en la nuca en su propia celda del campo de trabajo. Cuando murió pesaba tan solo cuarenta kilos [20].

Obispos y sacerdotes eran secuestrados en mitad de la calle, introducidos en vehículos negros y llevados a centros ilegales de detención en donde eran torturados y ejecutados. Desde finales de 1926 o principios de 1927 la única conexión de la Santa Alianza y el Papa en la Unión Soviética era el obispo Eugène Neveu. Cada dos semanas exactas, Michel d'Herbigny recibía un informe de Neveu a cuál más desa-

lentador. Al obispo el haber nacido en Francia le permitía moverse más libremente por Moscú sin ser detenido, en contra de lo que les sucedía a sus colegas nacidos en Rusia.

El jesuita trataba toda la información sobre Rusia de «extremadamente confidencial», mientras que D'Herbigny y la Santa Alianza la trataban de «sumamente delicada».

A finales de la década de los años veinte la inteligencia soviética confirmó que existía una red clandestina dirigida por un prelado católico (Neveu) y que estaba bajo las órdenes de un superior (D'Herbigny) en el mismo corazón del Vaticano. También el informe del espionaje de Stalin aseguraba que la Iglesia de St. Louis-des-Français era la sede de las operaciones clandestinas contra el Estado soviético. La Santa Alianza perdería a monseñor Eugène Neveu en 1936, cuando este decidió salir de la Unión Soviética para realizar un tratamiento de salud en la costa francesa. Cuando intentó regresar a Moscú, la embajada soviética en París le negó el visado una vez tras otra hasta hacerle desistir en sus intentos por volver a operar en la Rusia de Stalin.

Finalmente, el 15 de agosto de 1929, el papa Pío XI ordenó la creación de una unidad especial que se denominaría *Russicum*. Los orígenes de esta nueva división de inteligencia del Vaticano sería la llamada Oficina Especial Vaticana, conocida también como Comisión para Rusia. La sede del *Russicum* se levantaría en un edificio del siglo XVIII en la romana Via Carlino Cattaneo y su dirección quedaría bajo el mando del obispo Michel Joseph d'Herbigny.

«Los caballeros que estudian en esta extraña institución académica saben que podrían ser enviados al extranjero para realizar tareas peligrosas. En grandes auditorios los reclutas aprenden tanto como les es posible sobre la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía o Bulgaria. Los participantes no solo aprenden a hablar el lenguaje, incluidos los dialectos de los países en los que se especializan, sino que también estudian de manera intensiva la historia, la economía y los problemas políticos de estos países. El Vaticano apenas está interesado en la información militar, y poca atención es prestada a este aspecto —escribía el prestigioso vaticanista Nino Lo Bello en 1982—. Esto es una característica que rápidamente podría compararse con cualquier otro tipo de agencia de inteligencia como la CIA o el KGB.»

El obispo D'Herbigny decidió mantener activa la llamada Comisión para Rusia. Su fin sería el de un instituto para entrenar a los futu-

ros miembros del *Russicum*. El programa de estudios aprobado por monseñor Michel d'Herbigny y por el papa Pío XI para la Comisión hacía especial énfasis en el total dominio de la lengua rusa, hablada y escrita; en su historia, su cultura o su gastronomía. A los futuros agentes se les hacía leer únicamente a los literatos rusos y solo podían leer diarios soviéticos. Las noticias eran discutidas en pequeños grupos en donde se debía hablar únicamente en ruso [21]. Como última fase de su preparación, dos miembros del ejército polaco entrenaban a los «reclutas» en tácticas de paracaidismo para poder ser lanzados desde aviones en diferentes puntos de la Unión Soviética.

Dos acontecimientos sucedidos en 1929 iban a alterar el buen desarrollo de las operaciones del *Russicum:* la creación de la Ciudad-Estado del Vaticano y la llegada a la Secretaría de Estado del cardenal Eugenio Paccelli.

El 11 de febrero del mismo año el Vaticano e Italia firmaban los llamados «Pactos Lateranenses», una serie de acuerdos que pondrían fin a la llamada «cuestión romana» y que demostraba a muchos países y cancillerías la buena línea de comprensión y comunicación establecida entre el papa Pío XI y el líder del régimen fascista, Benito Mussolini [22]. La firma del nuevo Concordato permitía la creación del minúsculo Estado del Vaticano, mediante su artículo 26: «Se reconoce la existencia del Estado de la Ciudad del Vaticano bajo la soberanía del Romano Pontífice». En el mes de noviembre de 1929 el Papa decidía relevar de sus funciones al cardenal Pietro Gasparri, de casi ochenta años, y sustituirlo por monseñor Pacelli.

El 16 de diciembre de 1929 el nuevo y flamante secretario de Estado vestía ya la púrpura cardenalicia y el 7 de febrero de 1930 ocupaba, a la edad de cincuenta y cuatro años, el cargo de mayor poder dentro de la Iglesia católica justo después del de Sumo Pontífice. A la semana siguiente, Pío XI decidió denunciar públicamente las persecuciones religiosas en el interior de la Unión Soviética. El Santo Padre condenó los «viciosos ataques» por parte de los bolcheviques, mientras reprochaba a los gobiernos europeos la impasibilidad que demostraban ante estos ataques. Curiosamente, esta llamada la realizó no solo a las autoridades católicas, sino también a las protestantes de toda Europa, sin demasiado efecto.

En los periódicos del régimen se catalogaba al Papa como «un representante de la autocracia que intentaba estrangular a la Unión So-

viética; a los sacerdotes y religiosos, como una pandilla de agitadores, y al servicio de espionaje del Vaticano, como un instrumento desestabilizador de los ideales de la Revolución y del sistema de vida comunista».

Aparentemente los servicios secretos soviéticos no tenían ninguna fuente fiable en el interior del Vaticano en la década de los veinte y los pocos que operaban habían sido descubiertos por el *Sodalitium Pianum,* el S.P.; pero en la década de los treinta esa situación cambió por completo.

Las células del régimen de Stalin comenzaron a infiltrarse de forma eficiente en la estructura de la Curia romana. En países como Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos el espionaje soviético había conseguido captar agentes locales o a miembros del Partido Comunista en estos países, pero en el Vaticano la cosa era bien diferente. Uno de los agentes más activos de la OGPU en el Vaticano sería un hombre muy cercano a monseñor Michel Joseph d'Herbigny, el responsable del *Russicum.*

Alexander Deubner, el «topo» de la OGPU en el *Russicum,* había nacido en San Petersburgo el 11 de octubre de 1899. Su padre era un oficial zarista que secretamente se había convertido al catolicismo. Este decidió enviar a su hijo Alexander a Bélgica para ser educado en el Colegio de los Padres Asuncionistas, una orden religiosa muy ligada a Rusia. Ya en 1921, con veintidós años, Deubner fue enviado a un seminario en Turquía para prepararse como misionero. Después de cinco años de estudios, Alexander Deubner se encontró sin dinero, por lo que decidió recurrir a un amigo de su padre en Varsovia, el arzobispo Andreas Sheptyckyi. El arzobispo destinó a Deubner como nuevo párroco de la congregación de expatriados rusos en la ciudad francesa de Niza. Allí se convirtió a la Iglesia ortodoxa, hasta que a finales de 1928 decidió renunciar a su apostasía y regresar al seno de Roma[23].

Nuevamente el arzobispo Sheptyckyi intervino en favor de su protegido, consiguiendo que el mismísimo Michel d'Herbigny reclamase a Deubner para un puesto de asistente en la nueva división de la inteligencia vaticana, el *Russicum.*

El nuevo investigador tenía tan impresionado a D'Herbigny que incluso invitó a Alexander Deubner a escribir juntos un monográfico sobre los obispos ruso-ortodoxos. Rápidamente, Deubner ascendió en el escalafón del espionaje vaticano hasta llegar a convertirse en el asistente principal y más importante de D'Herbigny. En el verano de 1932

el *Russicum* le encomendó una delicada misión en Polonia relacionada con asuntos eclesiásticos. Este sería el comienzo del fin de Deubner y el primer paso para la caída del arzobispo Michel Joseph d'Herbigny al frente del *Russicum.*

Por algún tiempo, D'Herbigny estuvo convencido de que, a pesar de la dictadura bolchevique, Rusia podría algún día vivir una conversión al catolicismo, pero solo si el Vaticano estaba preparado para adaptar sus costumbres y prácticas religiosas a la cultura rusa, menos en lo que respecta al dogma. El jefe del *Russicum* decidió enviar un informe al papa Pío XI y al secretario de Estado, Pacelli, en cuya portada podía leerse el sello «Rusificado», o lo que era lo mismo, un documento «extremadamente delicado» del *Russicum.* El texto resultó ser bastante controvertido, no solo entre los tradicionalistas que se oponían a cualquier cambio en sus ritos, sino entre aquellos que veían una liberalización de la estructura de la Iglesia católica, algo no muy en consonancia con el aparato vaticano[24].

Muchos de los católicos en Rusia eran de origen polaco que habían sufrido una transformación del catolicismo más recalcitrante al comunismo más obediente. Michel d'Herbigny y su *Russicum* estaban muy interesados en realizar operaciones en territorio polaco y establecer en el país una red clandestina de sacerdotes y obispos al igual que la organizada en la Unión Soviética.

Durante la visita a Polonia, Alexander Deubner atrajo la atención de los servicios secretos, quienes estaban interesados no solo en sus relaciones con D'Herbigny, sino también en sus conexiones con Moscú. El padre de Deubner había sido detenido por los bolcheviques justo después de la Revolución y la caída del zar Nicolás, y enviado a una prisión en Siberia. Su madre, francesa, vivía en la capital rusa junto a un tío en un apartamento en el mismo complejo del Kremlin. El tío de Deubner era amigo de la famosa activista comunista de Alemania Clara Zetkin. Cuando el agente del *Russicum* pasó por Berlín mantuvo un encuentro con Zetkin. Ella le presentó a diversos contactos en Alemania, entre ellos a varios diplomáticos de la embajada de la Unión Soviética en Berlín que resultaron ser agentes de la OGPU.

También la policía detectó varios encuentros entre Zetkin y Deubner en un pequeño apartamento, aunque no se especificó si era para mantener relaciones sexuales o para pasarse información de manera más confidencial.

A finales de 1932, y tras ser expulsado de Polonia por actos de espionaje, Alexander Deubner regresó a Roma en medio del escándalo. Diplomáticos e importantes miembros de la Curia romana comenzaron a extender el rumor de que delicados documentos secretos de las operaciones del *Russicum* en Europa oriental habían sido robados de la misma mesa del Sumo Pontífice. La prensa, como estaba previsto, decidió airear la «suculenta» historia. El nombre de Deubner apareció en grandes titulares a cuatro columnas[25].

Al final, los máximos jerarcas de la Santa Sede reclamaron a monseñor D'Herbigny una explicación sobre la filtración en el corazón del *Russicum,* mas no pudo darla. Al intentar descubrir la verdad, los agentes del S.P., el contraespionaje vaticano, reclamaron la comparecencia de Alexander Deubner, pero este había volado. Aquella huida desesperada suponía para muchos una confesión de culpabilidad. Los principales diarios de Europa comenzaron a publicar titulares como: «El espía soviético Deubner huye del Vaticano», «El secretario de D'Herbigny, un agente de la OGPU» o «A Moscú con los documentos robados»[26].

Sería el padre Eduard Gehrmann, durante un tiempo director de la Misión de Ayuda Pontificia a Rusia y antiguo consejero de asuntos rusos para el nuncio papal en Berlín, quien destaparía la caja de los truenos al hacer confesar a Alexander Deubner. El huido agente del *Russicum* confesó que había mantenido relaciones sexuales con la comunista Clara Zetkin durante su viaje a Berlín y Varsovia. Gehrmann conocería después que Deubner había entregado durante esos encuentros material altamente delicado del *Russicum* y de la Santa Alianza a Zetkin y esta a su vez a los responsables del espionaje soviético en Alemania. Nombres, fechas, ciudades, operaciones del espionaje vaticano fueron puestos en las manos del temible servicio de espionaje de Stalin.

Como primera medida se decidió que Deubner permaneciese en total aislamiento en una casa de los jesuitas en Berlín, pero tres días después consiguió escapar por una ventana y sencillamente desapareció de la faz de la tierra.

En febrero de 1933 un militante comunista, según la versión esgrimida por el aparato nazi, prendió fuego al Reichstag, el Parlamento de Alemania. Adolf Hitler y su Partido Nacionalsocialista, a punto de llegar al poder, vieron la oportunidad de lanzar sus hordas contra el Partido

Comunista alemán. Asesinatos callejeros de líderes del comunismo alemán, publicaciones incendiadas y sedes de partido atacadas y destruidas fueron la tónica general en aquellos días.

El padre Alexander Deubner tiene que abandonar Berlín debido a que estaba siendo buscado por agentes del partido nazi por su presunta relación con la militante comunista Clara Zetkin. Según parece, el antiguo agente del *Russicum* había tenido alguna discusión con vecinos de Zetkin. Uno de ellos era un importante dirigente nazi en el barrio[27].

Cuando intentaba cruzar la frontera con Austria disfrazado de granjero fue detenido por la Guardia de Fronteras de Alemania. Deubner sería encarcelado durante dos meses, hasta que fue liberado a finales del mes de mayo. Antes había sido investigado por sus posibles conexiones con el espionaje soviético. Se le perdió de vista nuevamente hasta que apareció en Belgrado. En la capital yugoslava pidió ayuda al obispo Franz Grivec, un experto en temas rusos.

Allí fue donde convocó una rueda de prensa en donde negó toda acusación de espionaje. Grivec recomendó a Deubner que regresase a Roma para responder ante el papa Pío XI, ante el cardenal secretario de Estado, Eugenio Pacelli, y ante el responsable del *Russicum,* monseñor Michel d'Herbigny.

Cuando Deubner entró en Roma en julio de 1933, monseñor Michel Joseph d'Herbigny había sido «enviado» a un monasterio para reflexionar sobre sus acciones y orar por el perdón. D'Herbigny pensaba que en un corto espacio de tiempo el Santo Padre le haría volver a Roma para retomar el mando del *Russicum.* Alexander Deubner pensaba que podría ponerse bajo la protección de su antiguo jefe sin saber que D'Herbigny, uno de los mejores agentes secretos papales, había sido desterrado del Vaticano por orden de Pío XI.

Monseñor Michel Joseph d'Herbigny se había creado demasiados enemigos entre las celebridades de Roma y, peor aún, entre los altos miembros de la Curia. En 1933 el número de poderosos enemigos contra el *Russicum* se había incrementado peligrosamente, siendo uno de ellos el padre Vladimir Ledochowski, general de los jesuitas.

Los acontecimientos que se sucedieron a continuación permanecen en el más absoluto secreto, y todos los documentos sobre el caso, en los más recónditos y oscuros depósitos del *Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum.* El 29 de septiembre de 1933 el papa Pío XI puso sobre la mesa un montón de fotografías en donde podían apre-

ciarse imágenes de sacerdotes recluidos en campos de trabajo soviéticos y que habían sido captadas por agentes de la red de «clandestinos» dirigida por monseñor Eugène Neveu. Sin más preámbulos, el Sumo Pontífice dijo a Michel d'Herbigny que por recomendación de su superior, el padre Ledochowski, había decidido enviarle a descansar una temporada a una clínica de Bélgica.

El 2 de octubre, Michel d'Herbigny desalojó su despacho con dos agentes de la Santa Alianza como testigos. Por la tarde, y completamente solo, abandonaba Roma para siempre[28].

A finales de noviembre, dos agentes del contraespionaje vaticano visitaron a D'Herbigny junto al padre general Vladimir Ledochowski. Uno de ellos sacó de su bolsillo un documento lacrado con el sello papal. Monseñor D'Herbigny lo abrió cuidadosamente sin romper el sello de lacre, en el que podían verse tres bolas bajo un águila negra con las alas desplegadas y coronada por la Tiara pontificia, el escudo de Pío XI. En el texto, el Sumo Pontífice indicaba a su antiguo espía que sería «conveniente» que presentase su dimisión de todos sus cargos y de todas sus posiciones dentro de la Curia romana. Según ordenaban las más estrictas normas de la orden de los jesuitas, llamados también los «soldados de Dios» y de clara obediencia al Sumo Pontífice romano, el antiguo jefe del *Russicum* firmó el documento sin protestar.

Monseñor Michel Joseph d'Herbigny permanecería totalmente incomunicado en una casa jesuita hasta el mismo día de su muerte, acaecida el 24 de diciembre de 1957, a los setenta y siete años de edad. Los superiores de los jesuitas, por orden pontificia, le prohibieron escribir o hablar públicamente sobre sus actividades en el *Russicum,* la división soviética de la Santa Alianza[29].

El padre Alexander Deubner encontró un refugio de caridad para indigentes gracias a la ayuda de sacerdotes que habían servido antes en el *Russicum* a las órdenes de D'Herbigny. Sin ninguna explicación posible, Deubner solo permaneció dos meses en el refugio. Los agentes del espionaje italiano lo encontraron viviendo en un piso de alquiler en pleno centro de Roma. Él explicó que había conseguido un trabajo en la biblioteca del Instituto Pontificio para Estudios Orientales. Sus amigos creyeron la historia, pero no los italianos.

Puesto bajo vigilancia, el servicio secreto italiano descubriría en el mes de septiembre que el padre Deubner visitaba asiduamente la embajada de la Unión Soviética. La policía descubrió que Deubner no

trabajaba realmente en la biblioteca del Instituto, sino que solamente frecuentaba su sala de lectura y que vivía en un apartamento de alquiler sin ningún tipo de ingresos conocidos. La Santa Alianza informó a sus colegas italianos de que Deubner había intentado pedir un permiso para regresar a Rusia, mientras que los soviéticos, conociendo sus conexiones con D'Herbigny y el *Russicum,* le habían negado el visado.

A finales de 1934 el antiguo espía papal fue escoltado hasta la frontera con Francia. De ahí viajó a Moscú, en donde esperaba ser condecorado por sus servicios al régimen comunista por el propio Stalin; pero sus sueños no se cumplieron. Nada más pisar tierra soviética fue detenido por agentes de la OGPU y recluido en un campo de prisioneros en Siberia. Allí, una fría noche sin fecha sería ejecutado de un disparo en la nuca por agentes de la policía secreta comunista. La nota oficial enviada al Vaticano explicaba que «el padre Alexander Deubner había sido asesinado por bandidos que habían asaltado el campo de trabajo para robar y asesinar a los prisioneros». La Secretaría de Estado no exigió más explicaciones y el peligroso «asunto Deubner» quedó cerrado y archivado en los sótanos del Archivo Secreto[30].

La información sobre agentes entrenados por el *Russicum* para después ser infiltrados en territorio soviético fue confirmada en 1999, tras la apertura de los archivos del KGB, ocho años después de la disolución de la Unión Soviética.

15

Günther Hessner

Un espía en el Reich

El ascenso al poder de los nazis provocó una fuerte reacción entre las altas jerarquías de la Iglesia católica en toda Alemania. Ante las cada vez mayores protestas por parte de los obispos, el nuevo régimen trató de pacificar los ánimos con el fin de ganar el tiempo suficiente para incrustar al Partido Nazi en todas las organizaciones y maquinaria de poder, incluida la católica.

Poco después del nombramiento de Adolf Hitler como canciller de Alemania, el 29 de enero de 1933, el vicecanciller Franz von Papen mantuvo reuniones secretas con el todavía nuncio Eugenio Pacelli. El papa Pío XI no supo de estos encuentros hasta dos años después, cuando llegó a sus manos un informe clasificado como «Alto secreto» y redactado por la Santa Alianza [1].

En las conversaciones, primero informales y después secretas, Von Papen y Pacelli establecieron los puntos definitivos que deberían conformar el famoso Concordato firmado entre Berlín y el Vaticano el 20 de julio de 1933. Según el acuerdo, el Reich permitía el ejercicio público y libre de la religión católica; se reconocía la independencia de la Iglesia; se garantizaba la libre comunicación entre la Santa Sede y sus obispos en Alemania; se garantizaba la libertad de nombramientos de cargos eclesiásticos; se daba acceso a la enseñanza católica en los colegios públicos, y se autorizaba al Vaticano a establecer la carrera de Teología en todas las universidades de Alemania. Pero todas estas cláu-

sulas tenían sus condiciones. El Estado podría ejercer su derecho de veto sobre el nombramiento de obispos por motivos políticos y los obispos ya electos debían prestar juramento de fidelidad al Reich y al *Führer.*

Lo que la Santa Alianza descubrió fue que Pacelli en el último minuto había decidido incluir en el texto del Concordato el punto por el que ningún religioso podría pertenecer a ninguna organización o partido político. Franz von Papen aceptó este punto sin entender por qué lo deseaba tan ardientemente monseñor Eugenio Pacelli[2].

Diversos historiadores calificaron la firma de este Concordato como una aprobación, y en parte apoyo, al régimen nazi de Hitler por parte de la Santa Sede. Realmente, fue más una concesión de Pacelli, el futuro Pío XII, que del papa Pío XI. Para el cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, si no hubiesen negociado este Concordato con Hitler hubiese supuesto el abandono de la comunidad católica alemana a las persecuciones y sus miembros a sus perseguidores. Cuando se firmó el documento en 1933 aún el régimen nazi no había comenzado su política de terror, ni las barbaridades que se avecinaban. El papa Pío XI había condenado el nazismo y a sus líderes a través de la polémica encíclica *Mit brennender Sorge,* fechada el 14 de marzo de 1937.

Al igual que en el caso de la Italia de Mussolini, Hitler deseaba una especie de reconocimiento religioso a su régimen y aumentar así su prestigio internacional, y nada mejor para ello que firmar un Concordato con la Santa Sede. A comienzos de 1939 la situación era bien distinta y las atrocidades nazis comenzaban a atravesar las fronteras de Alemania. Pío XI preparó entonces un nuevo texto, que se disponía a leer en el décimo aniversario de la firma de los Pactos Lateranenses en presencia de todos los obispos italianos y alemanes. Al final no se pudo leer el polémico documento debido a la prematura muerte del Sumo Pontífice la víspera del aniversario. El documento no fue hecho público hasta la llegada al trono de san Pedro del papa Juan XXIII, en 1958, casi veinte años después[3].

En el texto original, titulado *Nella Luce,* Pío XI ponía de manifiesto la incompatibilidad entre la ideología fascista y la doctrina de Jesucristo. Las cosas en Alemania iban de mal en peor.

Agentes de la Santa Alianza destacados en la nunciatura de Berlín comenzaron a enviar al Vaticano informes que hablaban de una espe-

cie de institución dependiente del Reich que se dedicaba a «purificar» la raza aria[4]. El espionaje vaticano decidió enviar a Berlín a dos expertos agentes y sacerdotes, Günther Hessner y Leon Brendt, para investigar los hechos. Hessner y Brendt consiguieron penetrar en el misterioso *Rasse-Heirat Institut* (Instituto de Matrimonio Racial). Hessner como mayordomo y Brendt como cocinero.

Günther Hessner había nacido en la región de Baviera en el seno de una familia fiel al káiser Guillermo II. Su padre, un funcionario de Hacienda, había combatido en los campos de Verdún y había sido herido en las trincheras durante la sangrienta batalla del Marne. Desde aquellos años, el padre de Günther Hessner vivió con los pulmones destrozados debido a los gases utilizados en el campo de batalla. El patriarca de los Hessner apoyó con su voto la llegada del Partido Nacionalsocialista de Hitler al poder. «Él [Hitler] representa la nueva Alemania renacida de sus cenizas. Él devolverá a Alemania el orgullo que nos arrebataron las naciones aliadas después de la Primera Guerra Mundial», solía decir el padre de Günther Hessner.

El padre Brendt, por su parte, procedía de una familia mixta. Su padre era escritor y editorialista en varios periódicos liberales de Alemania, y su madre, una escritora y poetisa francesa de cierto éxito. Brendt se había educado en un hogar de ideología liberal y, por lo tanto, contraria a Hitler, mientras que Hessner lo había hecho en un hogar conservador y nacionalista y, por consiguiente, seguidores del nuevo «Reich de los Mil Años». Dos hermanos del padre Hessner, Gerhard y Ülrich, servirían en la *Wehrmacht,* y ambos caerían en los campos de batalla de Europa pocos años después. Gerhard Hessner, en un temible lugar llamado Stalingrado, y Ülrich, durante la ofensiva en los bosques de las Ardenas, en 1944, sirviendo en una división *Panzer.*

Günther, el mayor de los hermanos, decidió unir su destino al de la Iglesia católica, incorporándose al seminario de Berlín. Durante sus estudios en la capital alemana veía cómo poco a poco las hordas nazis de las SS y las SA se hacían los amos de las calles a través de la violencia. Poco después eran ya imparables.

Justo antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Hessner fue llamado a Roma para servir en la Secretaría de Estado por recomendación de monseñor Clemens August von Galen, obispo de Münster. Este obispo se había hecho muy polémico debido a que fue quien

ayudó al papa Pío XI a redactar la famosa encíclica titulada *Mit brennender Sorge,* en la que condenaba la política del Partido Nazi ante el mundo. Por su valor y fuerte oposición al régimen nazi se le conocía en su parroquia como el «León de Münster». El 13 de julio de 1941, en la iglesia de St. Lamberto, y el 20 de julio de 1941, en la iglesia de Nuestra Señora en Überwasser, monseñor Von Galen celebró dos homilías contra el régimen de Adolf Hitler; incluso durante una reunión con el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, el religioso se atrevió a expresarle la defensa del derecho a la vida, la inviolabilidad de la libertad de los ciudadanos enfermos y a censurar el asesinato de enfermos mentales en instituciones bajo control del Reich.

Durante los primeros meses en Roma, Günther Hessner sirvió en diferentes puestos auxiliares en la Secretaría de Estado bajo el mando del cardenal Eugenio Pacelli, pero en el mes de marzo de 1936, Hessner fue enviado en misión especial a Berlín, bajo la cobertura diplomática de la nunciatura vaticana. Lo más curioso de todo es que el padre Hessner no informaba a la nunciatura, sino a monseñor Clemens August von Galen [5]. Günther Hessner permanecía en Alemania bajo cobertura de la nunciatura, mientras que su compañero Leon Brendt actuaba bajo la cobertura de secretario de monseñor Von Galen en Münster.

El primer informe sobre el *Rasse-Heirat Institut* [6] llegó a Roma en 1937 firmado por el padre Leon Brendt y por el padre Hessner. En el texto, de ocho páginas, se explicaba detalladamente cómo mujeres clasificadas como «arias» mantenían relaciones sexuales con destacados miembros del Partido Nazi y de las unidades SS y SA. Las mujeres eran atendidas y vigiladas como conejillos de Indias, incluso durante el acto sexual, por un miembro «ario» de las SS. «Las jóvenes, de entre dieciséis y veintidós años, reciben los máximos cuidados: alimentación, horas de sueño, doctores, medicamentos. Todo les es controlado. Los lunes llegan en vehículos del partido jóvenes atléticos, rubios, altos, de ojos azules y de raza aria. Descansan durante dos días, en los que son sometidos a todo tipo de pruebas médicas, para detectar si sufren alguna enfermedad hereditaria, en cuyo caso son rechazados. Los aceptados son enviados a un ala especial del *Rasse-Heirat Institut,* en donde son instalados en habitaciones especiales. Estas habitaciones tienen como único mobiliario una cama y una silla. Todo de color blanco. El "elegido" es desnudado con la ayuda de una enfermera del partido.

Una de las jóvenes "arias" elegidas es también desnudada. Los dos jóvenes mantienen relaciones sexuales, bajo la atenta mirada de la enfermera», explicaban los padres Hessner y Brendt[7].

Otro informe de los agentes Brendt y Hessner mostraba cómo algunas de estas mujeres habían aceptado ser inseminadas artificialmente. El Vaticano reaccionó de forma inmediata y envió a través de su nunciatura cincuenta y cinco notas de protesta a la Cancillería, sin citar en ninguna de ellas explícitamente el *Rasse-Heirat Institut.* El Vaticano no deseaba bajo ningún concepto poner en peligro a sus agentes infiltrados en la institución. Desde Roma se ordenó a Hessner que saliese del *Rasse-Heirat Institut* y regresase a la seguridad de la nunciatura. Si era descubierto por la Gestapo, podría provocar un conflicto diplomático entre Berlín y el Vaticano.

Pero la alarma volvió a cundir en los pasillos del Vaticano cuando llegó el siguiente informe del padre Günther Hessner. A través de una doncella del *Rasse-Heirat Institut,* la Santa Alianza descubrió que en diferentes clínicas y hospitales bajo control de los nazis se estaban realizando operaciones de esterilización y asesinato de deficientes mentales según las leyes raciales aprobadas por el Partido Nazi[8]. Según el padre Günther Hessner en una comunicación al Vaticano, las SS estaban realizando experimentos con deficientes mentales, de forma secreta, en un lugar al que llamaban el castillo de Hartheim.

El castillo, situado entre Alkoven y Passau, muy cerca de Linz, se convirtió en el centro de entrenamiento de los SS que accionarían las cámaras de gas en los campos de concentración de Auschwitz, Treblinka o Mauthausen. Hartheim (Mansión Áspera) era el nombre de un viejo castillo que no estaba muy lejos de Mauthausen. Incluso sus técnicos eran a veces enviados al campo de exterminio para reparar alguna cámara de gas que se hubiese estropeado con el uso[9].

La doncella del *Rasse-Heirat Institut* explicó al padre Günther Hessner que Hartheim comenzó a operar en 1937, teniendo lugar la primera eutanasia en el mes de octubre de 1938. A los primeros «sacrificados», alemanes que sufrían deficiencias mentales, se les sometía a lo que los nazis llamaban *Gnadentod* (muerte de favor).

Por orden de Hitler se reunieron en Brandenburgo el *Reichleiter* Philip Bouhler, ministro de Salud del Reich, Victor Brack, Werner Blankenburg, el doctor Leonard Conti y el doctor Karl Brand, médico privado del *Führer.* Las órdenes explícitas dadas por Hitler a los cinco

hombres eran planear la *«Vernichtung lebensunwerten Lebens»*. Esta frase es difícil de explicar en otro idioma que no sea el alemán, pero una traducción más o menos acertada sería: «Destrucción de vidas que no valen la pena ser vividas». El proyecto estaba declarado de «Alto secreto» y su dirección puesta bajo el control de la propia Cancillería del Reich. Adolf Hitler en persona designó a su lugarteniente Rudolf Hess para dirigir la operación «T4». Tras la deserción de Hess, con su famoso vuelo a Gran Bretaña, el *Führer* nombró a Martin Bormann para sucederle en el liderazgo de la «T4». Este nombre de la operación se debió a que las decisiones sobre quién debía o no debía morir eran tomadas por un consejo médico establecido en una elegante mansión en el número 4 de la Tiergartenstrasse[10].

El propio Bormann fue el responsable de nombrar al doctor Werner Heyde, un prestigioso profesor de Psiquiatría de la Universidad de Wurzburgo, para dirigir toda la operación[11]. El padre Hessner relataba en su informe al Vaticano, citando siempre lo relatado por la doncella del *Rasse-Heirat Institut:* «La fase inicial del programa *"Vernichtung lebensunwerten Lebens"*, según la fuente, es ejecutar un programa de eutanasia a ciertos grupos de personas, en su mayoría alemanes, calificados por el Partido Nazi de *Unnutze Esser* [bocas inútiles]. En este grupo se encuentran los enfermos mentales, los enfermos incurables y los extremadamente ancianos».

Realmente, el padre Günther Hessner estaba en lo cierto con respecto al programa de eutanasia nazi llevado a cabo durante finales de la década de los años treinta. La teoría esgrimida por los jerarcas nazis era que este grupo de población consumía mucho y no producían nada, así es que para ellos era mejor la muerte. La mayor parte de los pacientes a los que se les aplicó la *«Vernichtung lebensunwerten Lebens»* eran cristianos alemanes y austríacos, que ocupaban un gran número de plazas en los hospitales, residencias y asilos. Entre los pacientes a los que se les aplicaba este tipo de muerte no había judíos, ya que para los alemanes la «eutanasia» era una clase de ejecución casi ética y la reservaban solo para miembros de su propia raza y condición. Los judíos alemanes y austríacos habían sido ya enviados a los campos de exterminio.

La decisión sobre si un paciente debía morir o no era tomada por médicos especialistas conocidos también como «T4», una decisión que después era confirmada por el doctor Heyde. Posteriormente la lista

era reenviada a las instituciones en las que los pacientes estaban internados y se procedía a su «eutanasia». En la mayor parte de los casos los médicos «T4» ni siquiera veían al paciente. Tan solo incluían una gran cruz negra sobre el expediente, sinónimo de que el paciente debía morir.

Una unidad de transporte de las SS recogía en hospitales y clínicas a los pacientes que debían ser eliminados: hombres, mujeres y niños. Los pacientes eran después trasladados a cuatro «sanatorios especiales»: Hadamar, cerca de Limburg; Sennestein, en Sajonia; el castillo de Grafenegg, en Brandenburgo, y el castillo de Hartheim, cerca de Linz. Allí, en un oscuro sótano, médicos de las SS les aplicaban una inyección mortal.

Pocos meses después de que los hospitales, asilos y residencias fueran casi vaciados de «bocas inútiles», Hitler, por recomendación de Bormann y Heyde, decidió extender el programa secreto a los alemanes y austríacos internados en campos de trabajo, en su mayoría presos políticos. Con el paso de los años también fueron incluidos entre las «bocas inútiles» los soldados heridos gravemente en combate. La operación llevaría por nombre «14 f 13» y sería dirigida por el segundo al mando del doctor Heyde, el doctor Paul Nitsche[12].

El padre Hessner viajó al pueblo de Alkoven, a veinte kilómetros de Linz, a principios de 1939. Su misión era la de recabar información sobre lo que estaba sucediendo en Hartheim. El propio Hessner escribía en un informe: «El castillo es un edificio imponente y amenazador. Construido en el siglo XVI, cuenta con cuatro torres y varias hileras de ventanas. Un mayordomo del castillo me ha revelado que tras la verja protegida por guardias de las SS se pasa a un gran patio decorado con columnas. Los habitantes de Alkoven me han dicho que allí hay una especie de sanatorio, pero que les extraña no ver nunca a ningún paciente».

Monseñor Von Galen había pedido al agente Hessner que recopilase la mayor cantidad de datos posibles sobre Hartheim, aunque sin exponerse demasiado. Para el padre Hessner era sencillo, debido a que era alemán y a que sus hermanos, Gerhard y Ülrich, servían en el ejército nazi. Vestido sin su alzacuellos, el padre Günther Hessner consiguió establecer contacto en una taberna con un tal Bruno Bruckner, quien confesó ser fotógrafo en Hartheim. Bruckner, *Obersturmführer* de la SS, tenía no solo la labor de documentar fotográficamente lo que

sucedía en el interior de Hartheim, sino también la de enviar a Berlín todo el oro que portasen los «pacientes» que entraban en el sanatorio para morir[13].

Bruckner confesó al padre Hessner que había sido reclutado a principios de 1939 y que antes tuvo que firmar una declaración por la que se comprometía a no hablar a nadie de su trabajo, ni siquiera a su familia. Al mando del castillo de Hartheim estaba el capitán de las SS Christian Wirth[14], quien pocos años después sería puesto al mando de los campos de concentración de Belzec, Sobibor y Treblinka. Bruckner relató a Hessner que cuando quiso dejar el puesto, Wirth le amenazó con enviarlo a Mauthausen si lo hacía.

Hessner pidió entonces a Bruckner, mientras se emborrachaban con *schnapps,* si podría facilitarle alguna de las imágenes que tomaba con su cámara. Bruno Bruckner respondió que Wirth le impedía quedarse con alguna de las copias de las fotografías. Todo era material de «Alto secreto».

Cuando el padre Hessner preguntó a Bruckner si algo en especial había llamado su atención, el SS respondió: «Sí. Algo que no logré comprender. Cada día en el sótano eran encerrados entre treinta y treinta y cinco pacientes, y sin embargo el capitán Wirth destinaba a cerca de ochenta empleados para ser testigos de su "eutanasia". ¿Para qué se necesitaban a ochenta empleados para llevar a la muerte a treinta pacientes que no pueden mantenerse en pie?».

El padre Günther Hessner, ante los hechos descubiertos, decidió enviar un amplio informe a tres de los jerarcas católicos más combativos contra el régimen nazi, monseñor Clemens August von Galen, el cardenal Konrad von Preysing y el arzobispo de Múnich, monseñor Michael von Faulhaber. Sería Clemens August von Galen quien enviaría el informe del padre Hessner al Vaticano. Este informe provocaría una protesta formal y enérgica de la Santa Sede ante el *Führer* y ante su ministro de Asuntos Eclesiásticos, Hans Kerrl.

Kerrl, como contramedida, leyó entonces un mensaje que tal vez sería una premonición de lo que esperaba a la Iglesia católica en la Alemania del «Reich de los Mil Años»: «El partido se apoya en el fundamento del cristianismo positivo que es el nacionalsocialismo. Este nace de la voluntad de Dios, encarnada en la sangre alemana. Decir que el cristianismo consiste en la fe en Cristo, hijo de Dios, me provoca risa. El verdadero cristiano está representado por el partido, y el

pueblo alemán es llamado por el *Führer* para que practique un cristianismo verdadero y concreto. El *Führer* es el protagonista de una nueva revelación».

La reacción de Hitler no se hizo esperar. Las autoridades nazis, a través de las SS y la Gestapo, encarcelaron en las semanas siguientes a más de un millar de católicos, incluidos periodistas, sacerdotes, frailes, seminaristas, monjas y líderes de organizaciones juveniles católicas. A principios de 1938, trescientos cuatro de ellos fueron deportados al campo de concentración de Dachau [15].

Mientras, en el Vaticano, el papa Pío XI se refugiaba en su residencia de Castelgandolfo para no recibir a Hitler en su visita a Roma. «Tristes cosas suceden, cosas muy tristes suceden lejos y cerca. Y entre ellas, esta: que no se considera improcedente enarbolar en Roma, el día de la Santa Cruz, la insignia de una cruz [la esvástica] que no es la de Cristo», escribió el Sumo Pontífice.

Desde 1941, monseñor Clemens August von Galen se dedicó a denunciar la eutanasia en los enfermos mentales, en parte gracias a la valiosa información que le había facilitado el espía papal, el padre Günther Hessner. El sermón del 3 de agosto de 1943 de Von Galen en la iglesia de San Lamberto, en Münster, tuvo una gran repercusión en todo el Reich.

Monseñor Von Galen dijo entonces sobre el programa de eutanasia del Reich, utilizando la información que le había facilitado el padre Hessner: «Se trata de seres humanos, de nuestros semejantes, de nuestros hermanos y hermanas. Pobre gente, son gente enferma y para mí improductiva, pero ¿por qué ellos han perdido el derecho a la vida?, ¿tienes tú, tengo yo, el derecho a vivir solo fingiendo que soy productivo, que soy reconocido como tal por los demás? Si se establece o se garantiza el principio de que es lícito asesinar a los hombres "improductivos", entonces ¡desdichados de nosotros cuando seamos viejos y débiles a causa de los achaques de la edad!... Entonces nadie estará ya seguro de su propia vida. Cualquier comisión ["T4"] puede incluir nuestros nombres en la lista de los "improductivos", según el juicio de los que la constituyen y quizá considerarán al sujeto "indigno de vivir" porque carece ya de valor» [16].

Se dice que cuando la homilía de monseñor Von Galen se hizo pública, el propio Hitler ordenó su detención y ejecución; pero su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, lo desaconsejó debido a que ello

pondría en contra de Alemania al resto de naciones católicas aliadas del Eje.

Se calcula que el número de asesinados en los programas «T4» y «14 f 13» en lugares como el castillo de Hartheim pudo llegar al cuarto de millón de personas, en su mayoría católicos alemanes y austríacos. Esta información se supo tras la Segunda Guerra Mundial gracias al sacrificio y esfuerzo de hombres como el padre Günther Hessner.

El castillo de Hartheim no solo era una institución de eutanasia. Hartheim era mucho más, como descubrió el espía papal. Christian Wirth fue comandante de Belzec, Sobibor y Treblinka; Franz Stangl, comandante de Treblinka; Gustav Wagner, comandante también en Sobibor. Los tres habían sido «alumnos» en el castillo de Hartheim. La verdad, la terrible verdad es que Hartheim era una escuela de asesinatos en masa. Allí, varios líderes de las SS se entrenaron asesinando a doscientos mil pacientes, para después, una vez adiestrados, utilizar lo aprendido en el castillo de Hartheim para masacrar a millones de personas en los campos de exterminio. El castillo de Hartheim fue solo un laboratorio de pruebas para lo que vendría después, y Günther Hessner lo descubrió entonces.

El padre Günther Hessner, quien en el Vaticano era conocido como «el Espía de Monseñor», siempre a las órdenes de monseñor Clemens August von Galen, seguiría operando para el espionaje papal en diferentes puntos de Alemania e informando al Vaticano sobre el Holocausto judío hasta 1941, año en que sería detenido por la Gestapo y enviado al campo de concentración de Mauthausen. Allí sería ahorcado en una fecha desconocida, cuando los vigilantes del campo lo descubrieron dando la extremaunción a un anciano judío polaco de su mismo barracón, enfermo de tifus, al que estaba cuidando. El padre Günther Hessner había pedido ser trasladado a los barracones de enfermos de tifus para poder cuidarlos. Cuando fue ahorcado, el espía y religioso estaba ya infectado de tifus y le quedaba poco tiempo de vida.

El padre Leon Brendt sería detenido en abril de 1940 por la Gestapo, al descubrirse que ayudaba a judíos a escapar a Suiza a través de una red clandestina organizada por el propio Brendt sin autorización de la Santa Sede o del espionaje papal. El padre Brendt sería ahorcado en el campo de concentración de Dachau, a finales de junio de 1943. Según algunos informes, Brendt montó la red clandestina de huida con el apoyo de monseñor Von Galen.

Como los padres Hessner y Brendt, morirían asesinados también en los campos de concentración otros religiosos, como el beato Dominik Jerzejewski, sacerdote de Wloclawek. Fue ejecutado en Dachau el 29 de agosto de 1942, al haber rechazado su liberación a cambio de renegar del sacerdocio. O el padre austríaco Franz Dionys Reinisch, por negarse a prestar juramento de fidelidad al *Führer* y declarar públicamente desde su púlpito: «Como cristiano y austríaco no puedo prestar juramento de fidelidad a un hombre como Hitler. Es preciso protestar ante tal abuso de poder». Reinisch sería ejecutado en Brandenburgo el 21 de agosto de 1942. O el padre Stanislaw Gljakovskij, detenido por la Gestapo en un congreso de profesores, porque tras ser cantado el himno nazi el religioso se puso en pie haciendo la señal de la cruz, como protesta. Tras su detención nunca más se supo del padre Gljakovskij, y así cientos de miles de religiosos católicos [17].

Monseñor Clemens August von Galen sería elevado al cardenalato por el papa Pío XII el 18 de febrero de 1946. El cardenal fallecería víctima de una peritonitis justo un mes después, a la edad de sesenta y ocho años. El 9 de octubre de 2005 el cardenal Clemens August von Galen sería declarado santo por el papa Benedicto XVI. Su fiesta se celebra el 22 de marzo. Poco antes de morir, el santo pronunciaría unas palabras que el famoso cazanazis Simon Wiesenthal repetiría años después: «No existe pecado más grande que el olvido».

16

Nicolás Estorzi

«El Mensajero»

Desde noviembre de 1938 el papa Pío XI había visto cómo su salud iba resquebrajándose y a duras penas pudo superar las celebraciones de Navidad. Su voz se oía cada vez más débil en la emisión de Radio Vaticano. Los primeros meses de 1939 los pasó en su mayor parte en la cama, vigilado por su médico de cabecera. El 4 de febrero se levantó temprano para dar misa, pero una crisis cardíaca lo llevó nuevamente a la cama. Cinco días después la crisis se agravó con una insuficiencia renal. A las cinco y media de la madrugada del día 10 de febrero, falleció.

La elección del nuevo Sumo Pontífice se convertiría en uno de los comicios más politizados de la historia del Papado. El Vaticano se convirtió realmente en el primer campo de batalla política de la crisis mundial que se avecinaba. En todas las cancillerías de Europa y en Estados Unidos comenzaban a hacer quinielas sobre quién sucedería al Papa fallecido. En Londres, Washington y París se deseaba un nuevo Pontífice en la misma línea de Pío XI, o lo que es lo mismo, en contra de la política de Hitler y Mussolini. En Roma y Berlín se deseaba un Sumo Pontífice más germanófilo.

El mismo día de la muerte del papa Pío XI, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, sugirió al embajador británico en París, sir Eric Phipps, que Francia y Gran Bretaña deberían cooperar en asegurar la elección de un cardenal con claras ideas hacia la de-

mocracia y en contra de las dictaduras. El ministro francés tenía ya en mente al ex secretario de Estado de Pío XI, el cardenal Eugenio Pacelli[1].

El representante británico ante el Vaticano, D'Arcy Osborne, aseguraba al Foreign Office que Pacelli tenía una gran oportunidad de ser elegido. Los cardenales francófonos de Francia, Canadá y Siria se reunieron en bloque con el embajador francés ante la Santa Sede, François Charles-Roux, y le comunicaron que todos ellos votarían por Pacelli. El único contrario a esta decisión era el cardenal Tisserant, quien prefería al cardenal Maglione, el antiguo nuncio en París y con unas ideas mucho más antifascistas y antinazis que Eugenio Pacelli.

Por otro lado, Alemania e Italia hacían lo propio por su lado. El embajador italiano en el Vaticano, Bonifacio Pignatti, se reunió con su homólogo alemán, Diego von Bergen. Durante la conversación se trataron las preferencias de Roma y Berlín. El candidato de ambos era también Eugenio Pacelli, pero Von Bergen dijo a Pignatti que el *Führer* tampoco desechaba la idea de apoyar al cardenal Maurilio Fossati, de Turín, o al cardenal Elia dalla Costa, de Florencia[2].

Para Adolf Hitler, Pacelli era el candidato ideal y el primero en su lista de preferencias. Era un conocido germanófilo, había sido un importante nuncio en Alemania durante doce años, hablaba fluidamente el alemán y durante su cargo como secretario de Estado del Vaticano se había rodeado de una importante corte de alemanes.

El embajador Von Bergen no era el único observador en el Vaticano interesado en el cónclave. A la muerte de Pío XI los servicios de espionaje del Tercer Reich consiguieron introducir a uno de sus agentes en la Santa Sede. El espía se llamaba Taras Borodajkewycz, un vienés de padres ucranianos que había realizado estudios de teología y que presumía de tener excelentes contactos entre la Curia romana. El *Amt II,* departamento de asuntos vaticanos al mando del *Obersturmbannführer* Albert Hartl, decidió enviarlo al Vaticano.

Desafortunadamente, los contactos de Borodajkewycz no eran tan importantes como él creía y sus informes enviados a Berlín fallaron contra todo pronóstico. El espía alemán aseguraba que uno de los más firmes candidatos para suceder al papa Pío XI era el cardenal Ildefonso Schuster, el pro fascista arzobispo de Milán. Realmente, Schuster, el más firme apoyo de Benito Mussolini en el Vaticano, no consiguió ni un solo voto en el cónclave[3].

Mientras tanto, varios cardenales y obispos habían ya alertado al contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum,* sobre los movimientos de un agente alemán ante la llegada del nuevo cónclave. El S.P. estaba decidido a acabar con cualquier injerencia de agentes extranjeros que intentasen manipular las decisiones de los cardenales con derecho a voto en la próxima elección de Sumo Pontífice. Con lo que no contaban era con la habilidad de Albert Hartl y de su unidad *Amt II* para conseguir que un Papa pro alemán asumiese el trono de Pedro. Para ello el *SD* lanzaría contra el Vaticano la llamada operación *Eitles Gold* (Oro Puro). El líder de la operación sería Taras Borodajkewycz.

El agente del *SD* en el Vaticano había convencido a Hartl de que con tres millones de marcos en lingotes de oro el Reich podría comprar la elección del cónclave. Borodajkewycz aseguró a Hartl y Roth que con ese dinero sería posible convencer a varios cardenales para que su voto fuese dirigido a sus favoritos, los cardenales Maurilio Fossati, de Turín, y Elia dalla Costa, de Florencia. Una ola de optimismo recorrió los cuarteles generales del *Amt II* y del Departamento de Asuntos Religiosos del Reich en Berlín.

Con la información recibida por su agente en el Vaticano, Hartl decidió pedir una reunión con sus superiores Reinhard Heydrich y Heinrich Himmler. A la reunión también asistió Karl Wolff, el poderoso ayudante del jefe de las SS. Tras más de tres horas de debate, Albert Hartl abandonó el cuartel general de las SS en Berlín. A la mañana siguiente se ordenó al jefe de la *Amt II* que se presentase junto a Josef Roth ante el *Führer.* Roth fue el primero en hablar y en explicar al líder nazi que si el Tercer Reich aportaba los tres millones de marcos en lingotes de oro, tal vez podrían tener la oportunidad de «comprar» la elección del nuevo Papa. Hartl fue mucho más cauto que su colega. Inteligentemente, prefirió quedar en un segundo plano y no ser demasiado optimista a los ojos de Hitler. Al fin y al cabo, si la operación *Eitles Gold* no salía como se esperaba, la responsabilidad siempre podría caer en Josef Roth y su Departamento de Asuntos Religiosos del Reich[4].

Hitler dio el visto bueno al plan y se ordenó al Reichbank que entregase de sus depósitos los tres millones de marcos en oro a los enviados de Himmler. El oro sería depositado en un tren especial y enviado a Roma. El espionaje vaticano fue informado mientras el valioso cargamento se encontraba de camino a la Ciudad Eterna. Un informe desde Berlín comunicaba al espionaje papal en Roma que un cargamento de

oro había sido enviado a Italia con el fin de sobornar a altos cargos de la Iglesia católica e incluso posiblemente a cardenales, con la intención de hacerles cambiar su voto durante el próximo cónclave.

Taras Borodajkewycz, el espía de Hartl en el Vaticano, había contactado con un sacerdote que decía trabajar para la Secretaría de Estado, como una especie de correo con los miembros del Colegio cardenalicio. Este dijo a Borodajkewycz que él mismo se ocuparía de sondear a sus eminencias.

El agente alemán confesó a su contacto que Hitler y Himmler habían aprobado en persona un plan para entregarle tres millones de marcos en lingotes de oro garantizados por el Reichbank. Su idea era quedarse con parte del cargamento y entregar el resto a aquellos cardenales que votasen por los favoritos de Alemania[5].

El sacerdote y contacto de Borodajkewycz en el interior del Vaticano le aseguró que con esa cantidad de dinero podrían vivir lujosamente en algún lugar de Suiza.

El espía alemán tan solo temía al largo brazo de las SS y no creía que Heinrich Himmler se quedase cruzado de brazos al descubrir que uno de sus agentes se había quedado con tres millones de marcos alemanes propiedad del Reich.

El día 1 de marzo de 1939, a las seis de la mañana, comenzó el cónclave con sesenta y dos cardenales reunidos en la Capilla Sixtina. En la primera votación, Pacelli recibió veintiocho votos, seguido por el cardenal Dalla Costa y por el cardenal Maglione. No se consiguió el quórum necesario y la votación se repitió una segunda vez.

En esta segunda votación el cardenal Maglione consiguió un número mayor de votos, en total treinta y cinco, provocando nuevamente la fumata negra. En la tarde del 2 de marzo, a las 5.25, el cardenal Eugenio Pacelli resultó elegido Sumo Pontífice en la tercera votación, con cuarenta y ocho votos. Este sería el cónclave más rápido en trescientos años. Pacelli elegiría el nombre de Pío XII en deferencia a sus predecesores[6].

La noticia causó sorpresa en la Cancillería de Berlín y en el cuartel general de las SS. Heinrich Himmler hizo llamar a Josef Roth y a Albert Hartl a su presencia y les conminó a que el agente de la *SD* en Roma, Taras Borodajkewycz, retornase el cargamento de oro a las arcas del Reich. El problema era que desde hacía días el espía de la *SD* había dejado de comunicar con Berlín y el oro no aparecía.

El último contacto de Borodajkewycz fue el 27 de febrero, justo tres días antes de la elección papal. Aquella mañana se había reunido en un piso situado en el barrio del Trastevere romano con el sacerdote de la Secretaría de Estado. Después, simplemente se esfumó.

El cadáver del espía de la *SD* sería descubierto por la policía italiana colgado por el cuello de una viga en un templete de un céntrico parque de la Ciudad Eterna. El oro del Reich, sencillamente, se había esfumado. Las dos versiones que circularon durante mucho tiempo fueron que el agente alemán Taras Borodajkewycz había sido ejecutado por miembros de la SS enviados a Roma por Heinrich Himmler y que el oro había sido devuelto a las arcas del Reichbank[7].

Otra de las versiones más extendidas, y que se convirtió casi en una leyenda, fue que el sacerdote, contacto de Borodajkewycz, era realmente un agente de la Santa Alianza. El religioso, al parecer, pertenecía a una sociedad secreta dentro del espionaje pontificio conocido como los *Assassini,* los herederos de la «Orden Negra» creada por Olimpia Maidalchini en el siglo XVII. Un informe del *Abwehr* afirmaba que el agente del *SD* en el Vaticano, Taras Borodajkewycz, pudo haber sido ejecutado por un misterioso agente papal llamado Nicolás Estorzi, con quien este tenía contactos. El informe del espionaje militar alemán aseguraba que Estorzi era un hombre alto, bien parecido, de tez morena, abundante cabello negro y de unos treinta años.

Nacido en la ciudad italiana de Cremona, Estorzi, hijo de una rica y noble familia, había decidido estudiar en el Seminario de Roma. Sus estudios los lleva a cabo en el *Collegio dei Ss. Ambrogio e Carlo,* de Roma. Tras ser ordenado sacerdote, Estorzi entró a trabajar en diferentes departamentos de la Curia, por recomendación de un tío suyo amigo del cardenal Giovanni Battista Nasalli Rocca di Corneliano. Durante los años siguientes, Nicolás Estorzi pasó un tiempo destinado en la Secretaría de Cifras y Claves del Vaticano, pero debido a su dominio de varias lenguas, entre ellas el alemán, fue destinado durante unos meses al servicio de contraespionaje pontificio.

Poco después se incorporaría a la Santa Alianza, en donde se dedicaría a realizar «misiones especiales» en el extranjero para el papa Pío XII. Con treinta años, Estorzi se convirtió en un hábil agente directo, en un mensajero especial a las órdenes del Papa y de su secretario, el jesuita alemán Robert Leiber. Desde la elección del cardenal Pacelli como Sumo Pontífice, Estorzi operó bajo «secreto papal» para el

mismísimo Santo Padre. Nadie preguntaba a Estorzi sobre su destino o su misión. En la Santa Sede comenzó a esparcirse el rumor de que Nicolás Estorzi era un «mensajero» especial del Papa y, por lo tanto, era mejor no hacer preguntas.

Lo cierto es que el servicio secreto del *Duce* mantuvo a Taras Borodajkewycz bajo estrecha vigilancia e incluso detectó los encuentros de este con el agente del espionaje papal. El último informe del espionaje italiano está fechado el 26 de febrero de 1939, en el que se asegura: «Taras Borodajkewycz estuvo todo el día recorriendo varias fundiciones de las afueras de Roma junto a un hombre alto, bien parecido y de tez morena. Creemos que es un sacerdote de la Secretaría de Estado». Lo que estaba claro es que el agente alemán necesitaba borrar cualquier huella del sello del Reichbank en los lingotes y esa necesidad le llevaba a buscar una instalación en donde pudiese fundir nuevamente los tres millones de marcos en oro.

Nicolás Estorzi, al parecer, pudo haberse hecho con el oro tras hacer desaparecer a Taras Borodajkewycz. Desde el almacén de Roma se trasladó el valioso cargamento a la isla de Murano, frente a Venecia, donde se encuentran desde hace siglos las más famosas fábricas de cristal. En sus hornos pudo haberse refundido el metal, en lingotes más pequeños y desde ahí trasladado a un depósito en un banco suizo en donde dormirían desde entonces, con el sello vaticano de la mitra y las llaves cruzadas, símbolo de las entregadas por Cristo al apóstol Pedro.

La verdad es que los tres millones de marcos alemanes en lingotes de oro enviados por orden de Adolf Hitler al Vaticano para comprar la elección del Papa desaparecieron de la faz de la tierra sin dejar el menor rastro. Aún hoy el oro utilizado en la operación *Eitles Gold* sigue siendo uno de los grandes misterios de los tesoros desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial [8]. Los documentos sobre la operación *Eitles Gold* y el papel jugado en ella por Taras Borodajkewycz y Nicolás Estorzi fueron descubiertos tras la Segunda Guerra Mundial por la inteligencia militar aliada.

Nicolás Estorzi se convertiría desde entonces en uno de los agentes papales más activos de toda la historia del servicio de espionaje vaticano.

Cuatro días después de su elección como Papa, Pacelli decidió convocar a los cuatro cardenales de habla alemana, sus eminencias

Bertram, Schulte, Faulhaber e Innitzer. Durante la reunión el papa Pío XII aseguró de forma tajante que él seguiría dirigiendo personalmente los asuntos alemanes de la Iglesia católica. Al final, el Sumo Pontífice decidió mostrar el borrador de una carta que enviaría a Hitler al día siguiente.

Mientras que Pío XI estaba decidido a lanzar una dura protesta, a través de una encíclica, contra Adolf Hitler y el régimen del Tercer Reich, Pío XII optaba a suavizar esa posición. La carta decía:

> Al ilustre Herr Adolf Hitler, *Führer* y Canciller del Reich alemán. Al comienzo de Nuestro Pontificado deseamos asegurarle que seguimos comprometidos con el bienestar espiritual del pueblo alemán confiado a su liderazgo [...] Ahora que las responsabilidades de Nuestra función pastoral han aumentado Nuestras oportunidades, rezamos mucho más ardientemente por el logro de ese objetivo. ¡Que la prosperidad del pueblo alemán y su progreso en todos los terrenos llegue, con la ayuda de Dios, a colmarse![9].

El apoyo explícito de Pío XII a Hitler y a su régimen quedó ratificado cuando el Sumo Pontífice ordenó al arzobispo Orsenigo que organizase una gran recepción con motivo del cincuenta cumpleaños del *Führer.* Desde ese mismo año y durante todos los de la gran contienda, Adolf Hitler recibía una felicitación del cardenal Bertram, de Berlín. El texto era siempre el mismo:

> Las más cálidas felicitaciones al *Führer* en nombre de los obispos y diócesis de Alemania. Fervientes plegarias que los católicos alemanes envían al cielo desde sus altares[10].

Al mismo tiempo que la felicitación del papa Pío XII llegaba a Adolf Hitler, en el cuartel general del *SD,* Hartl y sus asistentes analizaban y procesaban cada dato, cada información que iba llegando sobre personas u organizaciones relacionadas con el catolicismo alemán, incluida la rama del espionaje papal en el Reich. En el mes de mayo de 1939, Albert Hartl se reunió con Josef Roth, antiguo sacerdote y profesor de teología, y que ahora dirigía la sección católica del Departamento de Asuntos Religiosos del Reich.

La labor de Roth era la de mantener frecuentes contactos con los obispos alemanes y con los líderes laicos católicos del país. Su departamento controlaba los fondos procedentes del extranjero hacia los obispos y a los sacerdotes que viajaban al Vaticano. Roth consiguió mantener una buena red de informadores, con quienes discutía los resultados de sus reuniones en la Santa Sede. Durante uno de estos encuentros, un religioso infiltrado en el Vaticano reveló a Josef Roth y a Albert Hartl que la Santa Sede, a través de su servicio de espionaje, contaba con un espía que entraba y salía de los territorios del Tercer Reich con fondos y mensajes de las altas jerarquías de la Curia romana hacia la Santa Sede. No se sabía cuál era su identidad, pero el religioso aseguró que al agente se le conocía como «el Mensajero» [11].

Hartl dispuso que varios agentes del *Amt II* del *SD* se dedicasen a la búsqueda y localización del misterioso «Mensajero». Todos los sacerdotes interrogados hablaban de él como si lo hubieran conocido, aunque realmente nunca le habían visto la cara. El agente de la Santa Alianza a quien llamaban «el Mensajero» no era otro que Nicolás Estorzi, que supuestamente habría acabado con la vida de Taras Borodajkewycz, el agente del *SD* en el Vaticano durante la operación *Eitles Gold*.

El almirante Wilhelm Canaris, por su parte, había elegido a un nuevo jefe de la inteligencia militar alemana en Roma. Su nombre era Josef Müller. Cuando este pisó suelo italiano en la Estación Central los periódicos anunciaban ya en todas sus portadas la entrada del ejército alemán en Polonia. Era el 1 de septiembre de 1939, el día en que dio comienzo la Segunda Guerra Mundial.

El llamado «Plan Blanco», minuciosamente preparado por Hitler y sus generales desde el mes de abril anterior, entraba en acción el día previsto, al mismo tiempo que la *Wehrmacht* invadía Polonia y la *Luftwaffe* bombardeaba ciudades enteras y ametrallaba a la población civil. Después de haber conquistado sin un solo disparo Austria y Checoslovaquia, ahora en menos de un mes caía también Polonia, que dejaba de existir en el mapa europeo [12].

Desde ese mismo día, el papa Pío XII ordenó a los jefes del espionaje papal y del contraespionaje que tomasen medidas de seguridad con respecto a las comunicaciones con sus agentes en el extranjero, y en especial con todos aquellos que operasen en zonas delicadas o de conflicto.

Hasta 1939 el Vaticano había utilizado un código conocido como «Rojo». Este consistía en unos doce mil grupos numéricos a partir de los cuales se imprimían veinticinco líneas en una página del libro con la clave. Para mayor seguridad, la Santa Alianza había establecido que los grupos numéricos se convirtiesen en letras, reemplazando el número de la página mediante un dígrafo formado por un par de tablas que se utilizaban alternativamente los días pares e impares. Los mensajes más secretos del Vaticano, es decir, todos aquellos que deseaba enviar el Sumo Pontífice, los que eran enviados a él directamente o los que afectaban a sus servicios de espionaje, se denominaban «Amarillo» y «Verde». El «Amarillo» era un código de unos trece mil grupos cifrados mediante tablas digráficas para los números de las páginas, y alfabetos mixtos aleatorios para los de las líneas. Las tablas y alfabetos se cambiaban para diferentes circuitos cada día.

El código «Verde», que sigue en plena vigencia en el siglo XXI, era uno de los secretos mejor guardados por el Estado Vaticano. Según varios estudiosos del tema, existían indicios de que se trataba de un código numérico formado por grupos de cinco cifras que se codificaban mediante cortas tablas aditivas, cada una de las cuales contenía más de un centenar de grupos aditivos de cinco cifras. Ni el «Amarillo» ni el «Verde» eran códigos mecánicos y, por lo tanto, eran muy difíciles de descodificar por los servicios de inteligencia italiano y alemán [13]. De casi ocho mil mensajes enviados, el *Servizio de Informazione Militare* (SIM) consiguió descifrar tan solo cerca de cuatrocientos, de los cuales solo sesenta de forma casi completa. Al parecer, a ello ayudó la unidad de infiltración del SIM conocida como *Sezione Prelevamento*. Estos habían conseguido infiltrarse en la Gendarmería pontificia e incluso en la Secretaría de Estado. Los mensajes enviados por Nicolás Estorzi directamente al Vaticano, al Santo Padre y a su secretario, Robert Leiber, eran siempre clasificados con código «Verde».

Las noticias de la agonía de Polonia no habían hecho más que comenzar. Mientras millones de habitantes, en su mayor parte católicos, eran asesinados por la *Blitzkrieg* alemana, el papa Pío XII permaneció en silencio y ordenó a su Secretaría de Estado y al padre general de los jesuitas, Wladimir Ledochowski, que dirigía Radio Vaticano, que disminuyesen sus emisiones en alemán, así como las críticas al Reich por la invasión de Polonia. El embajador de Polonia ante la Santa Sede desea-

ba ardientemente que el Papa emitiese una protesta pública contra la política de agresión de Hitler, y como el Vaticano no daba respuesta pidió que Pío XII recibiese al cardenal primado, August Hlond[14]. El encuentro duró dos horas y media, pero el resultado fue el mismo. El Sumo Pontífice se negó a hablar en defensa de Polonia[15].

Las informaciones sobre el sangriento avance de la maquinaria bélica alemana seguían llegando al Vaticano, siempre firmadas por «el Mensajero». Por ello la Santa Alianza se convirtió en una auténtica fuente de información para el resto de servicios secretos, tanto de los países aliados como de los países del Eje.

En la embajada alemana ante la Santa Sede quedan dos espías, Harold Friedrich Leith-Jasper, con cobertura de agregado de prensa de la embajada, y Carl von Clemm-Hohenberg, un oscuro oficial de inteligencia con cobertura de agregado comercial. En el otoño de 1942, Leith-Jasper informó a Berlín de los continuos viajes de Myron Taylor, el representante ante el Vaticano del presidente Roosevelt. Curiosamente, y a pesar de que Estados Unidos e Italia estaban en guerra, Taylor entraba y salía de Roma sin ser molestado. El informe llegó a Berlín a manos de Heinrich Himmler. El poderoso jefe de las SS ordenaría entonces a Carl von Clemm-Hohenberg la «liquidación» de Myron Taylor durante uno de sus viajes a Roma. La orden sería enviada a través del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores mediante un despacho especial.

Al mismo tiempo, otro despacho llegaba a la sede de la Santa Alianza en el Vaticano informando sobre un posible atentado contra un diplomático aliado. El padre Robert Leiber informó al Sumo Pontífice sobre la información recibida por su agente, el padre Nicolás Estorzi.

La Santa Alianza informó a los servicios secretos estadounidense y británico de la información recibida y de que tres agentes de la Gestapo habían sido enviados especialmente a Roma para llevar a cabo el asesinato. Leiber tenía claro que había que salvar al representante norteamericano. En la mañana del 22 de enero de 1943 los tres agentes nazis llegaron en tren a Italia, siendo asistidos por agentes italianos. Estos se instalaron en un pequeño apartamento desde donde tenían previsto dirigir la operación.

Durante semanas vigilaron todos los pasos de Myron Taylor. Por fin, a finales de febrero, decidieron dar el golpe. La idea era la de se-

guir el vehículo en el que se desplazaba el diplomático estadounidense y ametrallarlo en el momento adecuado. El día antes del atentado uno de los agentes de la Gestapo desapareció sin dejar el menor rastro, pero sus dos compañeros decidieron seguir adelante con la operación.

En una carretera de salida de Roma los dos agentes nazis divisaron el vehículo del enviado del presidente Roosevelt en un lado de la cuneta. Abrieron las ventanillas y comenzaron a disparar contra el coche y contra el pasajero que se encontraba en su interior, huyendo posteriormente.

Tras el atentado regresaron a la estación de tren y desaparecieron. Una vez en Berlín se presentaron ante Himmler para informar del éxito de la operación, pero ese fue su error. Realmente a quien habían matado en el coche del diplomático era al agente nazi desaparecido. Alguien lo había secuestrado, drogado e introducido en el coche. Myron Taylor continuó realizando tareas especiales entre Washington y el Vaticano para el presidente Roosevelt sin saber nunca que el espionaje pontificio le había salvado la vida.

Sería Harold Friedrich Leith-Jasper quien informaría a Himmler de que un agente de los servicios secretos alemanes había visto a Myron Taylor entrando en el Vaticano, con la posterior sorpresa del temible jefe de las SS. Según informes del propio Leith-Jasper, el espía desaparecido había sido visto el día anterior con un hombre alto, bien parecido y de tez morena. El espionaje italiano aseguró a Berlín que ese hombre podría ser un espía papal, a quien muchos llamaban «el Mensajero».

La siguiente operación del espionaje papal en la que vuelve a aparecer Nicolás Estorzi es el llamado «Plan Tisserant». El 22 de junio de 1941, Adolf Hitler desencadenó la llamada «Operación Barbarossa», la invasión de la Unión Soviética. El papa Pacelli vio una gran oportunidad de poder penetrar en las mismas entrañas del enemigo bolchevique a través de la evangelización. Para ello llamó al cardenal Eugène Tisserant y a su secretario, el padre Robert Leiber. El Sumo Pontífice les ordenó que preparasen un plan que permitiese el envío de misioneros católicos siguiendo la estela de las unidades de la *Wehrmacht* en su camino hacia Moscú, mientras estas «liberaban» los territorios de la Unión Soviética. Para ello el cardenal Tisserant, junto a Leiber, prepararía una auténtica operación de espionaje que sería conocida como «Plan Tisserant».

Pero Hitler tenía otros planes, cuando declaró que «el cristianismo es la peor calamidad que ha caído sobre la Humanidad. El bolchevismo no es sino el hijo bastardo del cristianismo; ambos son monstruos engendrados por los judíos». Franz von Papen declaró durante su interrogatorio desde el 12 de octubre de 1945, por el Tribunal Militar Internacional de Núremberg: «La reevangelización de la Unión Soviética fue una operación del Vaticano. O bien a través de su departamento de misiones o bien a través de sus servicios secretos»[16].

Lo cierto es que el llamado «Plan Tisserant» fue dirigido personalmente por el cardenal Eugène Tisserant y no por Robert Leiber, a pesar de que los principales operativos serían agentes de la Santa Alianza. El responsable del espionaje pontificio para llevar a cabo el llamado «Plan Tisserant» en la Unión Soviética sería Nicolás Estorzi, «el Mensajero».

Las actividades de su eminencia en el este de Europa ya habían sido tratadas en julio de 1940. El entonces dirigente nazi y ferviente anticatólico Alfred Rosenberg prohibió la entrada de sacerdotes en las áreas «liberadas» de la Unión Soviética. Pero sería Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, quien se ocuparía de cazar a los agentes de la Santa Alianza y del Vaticano en Rusia. El 2 de julio de 1941, Heydrich hizo circular un documento entre las altas jerarquías nazis titulado «Nuevas tácticas en la labor del Vaticano en Rusia». El poderoso jefe de la RSHA explicaba en el documento que el Vaticano y sus servicios de espionaje habían concebido una operación llamada «Plan Tisserant» para infiltrar sacerdotes católicos en las zonas controladas por la *Wehrmacht*. La base principal del plan diseñado por la Santa Alianza era la de reclutar capellanes, ayudados por sacerdotes españoles e italianos, para acompañar a las unidades que luchaban en el frente oriental[17].

Los religiosos liderados por Nicolás Estorzi se dedicaban a recopilar información para establecer el catolicismo, protegidos por el avance alemán. Heydrich seguía explicando en su informe: «Es necesario impedir que el catolicismo se convierta en el principal beneficiario de la guerra en la nueva situación que se está creando en el área rusa conquistada con sangre alemana. Los agentes del Papa se están aprovechando de esta situación y hay que acabar con ello»[18].

Una orden del 6 de septiembre ordenaba a los comandantes de las unidades informar al Alto Mando del Ejército sobre cualquier «signo de la activación de las operaciones del Vaticano y sus servicios de inte-

ligencia en Rusia». Realmente, el «Plan Tisserant» no era una operación diseñada en esos momentos, sino muy anterior, durante el pontificado del papa Pío XI.

Nicolás Estorzi se dedicó a entrevistar uno por uno a los candidatos para llevar a cabo el «Plan Tisserant», y para ello se acondicionaron las abadías de Grotta Ferrara en Italia, de Chevetogne en Bélgica y de Velehrad en Moravia. Allí los agentes de la Santa Alianza deseosos de participar en el «Plan Tisserant» fueron llegando para formar parte de una de las operaciones más importantes de la historia del servicio de inteligencia papal.

Viajaban disfrazados de comerciantes y con crucifijos plegados en el interior de plumas de escribir o como mozos de cuadra en la retaguardia del avance alemán. Una vez que se encontraban en zonas aptas para llevar a cabo misas clandestinas, los espías del Papa se separaban de las columnas y continuaban por su cuenta y riesgo. Muchos de ellos se encontraban con la aceptación de las poblaciones, mientras que otros eran ejecutados por partisanos comunistas o sencillamente detenidos y enviados a campos de trabajo en Siberia. Según fuentes extraoficiales, se calcula que cerca de doscientos diecisiete miembros del *Russicum,* pertenecientes a la Santa Alianza, murieron en el desarrollo del «Plan Tisserant».

Nicolás Estorzi, el responsable de llevar a cabo el «Plan Tisserant», se mantuvo en el interior de Rusia hasta febrero de 1943, fecha en que volvió a unirse a las tropas alemanas que se retiraban en desbandada ante el empuje del Ejército Rojo. El 31 de enero el general Von Paulus se había rendido en Stalingrado. De los 330.000 hombres que componían el VI Cuerpo de Ejército alemán, solo habían sobrevivido 91.000.

La rendición alemana en la ciudad rusa sería el primer paso del fin del «Reich de los Mil Años» soñado un día por Adolf Hitler. Mientras tanto, y tras el fracaso del «Plan Tisserant», el papa Pío XII pediría en la encíclica *Ecclesiae decus,* del 23 de abril de 1944: «espero que amanezca por fin el día en que haya un solo rebaño en un solo redil, todos obedientes con un solo pensamiento a Jesucristo y a su Vicario en la tierra. [...] Los fieles de Cristo deben trabajar juntos en la única Iglesia de Jesucristo, de forma que puedan presentar un frente común, apretado, unido e inconmovible a los crecientes ataques de los enemigos de la religión».

Los historiadores John Cornwell, Carlo Falconi, Jonathan Steinberg y Harold Deutsch coinciden en señalar que la ambición del papa Pío XII por evangelizar el este de Europa no explica, sin embargo, su silencio frente al exterminio de seis millones de judíos en la llamada «Solución Final».

El histórico silencio sobre el asesinato de millones de judíos, del Vaticano en general y del papa Pío XII en particular, provocó una declaración del embajador británico ante la Santa Sede, sir D'Arcy Osborne, que decía: «La política de silencio con respecto a esos crímenes contra la conciencia del mundo significaría una renuncia al liderazgo moral y la consiguiente atrofia de la influencia y autoridad del Vaticano, y precisamente del mantenimiento y afirmación de tal autoridad depende cualquier perspectiva de una contribución papal al restablecimiento de la paz mundial»[19].

Realmente, sobre la actuación del Vaticano y de sus servicios de espionaje, la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum,* durante la Segunda Guerra Mundial cabría destacar una frase del cardenal Eugène Tisserant, responsable de la Congregación de las Iglesias Orientales, escrita en una carta dirigida al cardenal Emmanuel Suhard en mayo de 1940, cuando dice: «Temo que la historia reproche a la Santa Sede haber practicado una política de provecho egoísta y poco más». Esto vendría a demostrar que ya casi a comienzos de la Segunda Guerra Mundial el Vaticano temía que su política de neutralidad «encubierta» sería «juzgada» y «condenada» por la propia historia, como así fue.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial se pierde la pista del padre Nicolás Estorzi, aunque su nombre aparece en las investigaciones posteriores relacionado con el llamado «Pasillo Vaticano», la ruta de escape de famosos criminales de guerra nazis rumbo a Sudamérica a través de instituciones controladas por el Vaticano.

Se tuvo noticias por última vez del padre Nicolás Estorzi, «el Mensajero», en octubre de 1958, cuando, tras la muerte del papa Pío XII, lideró un equipo de cinco agentes del espionaje papal que, cumpliendo órdenes estrictas del cardenal Pietro Fumasoni-Biondi, el jefe de la Santa Alianza, fue el encargado de expulsar de la parroquia de San Girolamo y del Vaticano a Krunoslav Draganovic. El religioso expulsado, y siempre bajo protección de Pío XII, fue el principal responsable del llamado «Pasillo Vaticano». Después de aquel hecho, Nicolás Estorzi

desapareció de la faz de la tierra. Se calcula que en esta época Estorzi rondaba los cincuenta años de edad.

Unas fuentes aseguran que el espía de Pío XII podría haberse recluido en un monasterio de Italia a petición propia, gracias a la mediación del padre Robert Leiber ante el papa Juan XXIII. Otras fuentes afirman que Estorzi abandonó el sacerdocio durante el pontificado de Pablo VI y decidió emigrar a Estados Unidos, en donde falleció víctima del cáncer a principios de la década de los setenta, cuando contaba sesenta y dos años de edad. Por ahora, todo lo relacionado con Nicolás Estorzi continúa siendo un misterio más.

17

Robert Georg Leiber

El secretario «secreto» de Pío XII

En el cuartel general del espionaje militar en Berlín, en el 74 de la Tirpitz Ufer Strasse, Josef Müller era un personaje misterioso y oscuro. Nadie sabía de dónde salía este agente y tal vez eso le hacía más peligroso a los ojos de sus superiores. Pero lo que nadie sabía era que Josef Müller y el padre Robert Leiber eran amigos. A Müller, un prestigioso abogado de Múnich, devoto católico y ferviente antinazi, le había encargado Wilhelm Canaris contactar con el papa Pío XII a través del espionaje vaticano, y para no levantar sospechas lo nombró jefe de la estación del *Abwehr* en Roma [1].

Antes de partir hacia la Ciudad Eterna, Müller se reunió con Nicolás Estorzi, «el Mensajero», para explicarle la peligrosa misión que le había encomendado Canaris en Roma. El espía papal preparó el terreno al agente alemán que en otros tiempos había colaborado con la Santa Alianza. Para ello, «el Mensajero» envió un extenso mensaje en código «Verde» al cardenal secretario de Estado, Luigi Maglione. En las páginas se amontonaban los datos sobre Josef Müller y la llamada operación *Amtlich Vatikanische* (Fuentes Vaticanas) [2].

Müller, así como sus dos asistentes en el *Abwehr,* el coronel Hans Oster y el mayor Hans Dohnanyi, pertenecían al «Círculo de Kreisau», formado por importantes antinazis y liderados por el general retirado Ludwig Beck. Müller se reunió en primer lugar con el exiliado monseñor Ludwig Kaas, el antiguo líder del Partido Zentrum y ahora arci-

preste de la basílica de San Pedro, y con monseñor Johannes Schönhöffer, un miembro de la Congregación de Propaganda Fide. El encuentro tuvo lugar en la Cervecería Dreher, un local muy concurrido por la comunidad alemana de Roma. Pío XII pidió a su secretario Robert Leiber que asistiese a la reunión únicamente como oyente, para después informarle solo a él.

Müller comunicó a Kaas y a Schönhöffer que necesitaba hablar en privado con el Sumo Pontífice para darle un importante comunicado de altas personalidades de su país y que había recibido órdenes muy estrictas de no hablar con otra persona que no fuese el Papa.

Kaas dijo al agente del *Abwehr* que tendría que hablar antes con un jesuita y profesor alemán llamado Robert Leiber. Lo que poca gente sabía era que el jesuita era una especie de asistente del papa Pío XII para «asuntos especiales». El Santo Padre tenía en Leiber el perfecto asistente en materia de inteligencia y muchos miembros de la Curia aseguraban que el jesuita era realmente el responsable de la Santa Alianza. Lo cierto es que el padre Robert Georg Leiber, nacido en Baviera en 1887, no solo era el mejor conocedor de los más profundos secretos del Papado, sino también el hombre de mayor confianza del Sumo Pontífice desde que el entonces cardenal Pacelli fuese nombrado nuncio en Baviera en 1917. Desde ese mismo momento, Leiber no se separó de Pío XII hasta el mismo día de su muerte, el 9 de octubre de 1958, convirtiéndose así no solo en el hombre que escribía sus discursos, sino también en una especie de secretario «secreto» del propio Papa[3]. Existen muy pocas imágenes de Robert Leiber, debido a que este se cuidaba mucho de no aparecer demasiado en público, ni siquiera cerca del Sumo Pontífice. La imagen que aparece en este libro data de la época en la que el entonces cardenal Pacelli era nuncio y negociaba el Concordato con Prusia. Robert Leiber, de treinta años, aparece tras él con semblante serio.

Sor Pascalina Lehnert, la poderosa monja ayudante de Pacelli durante décadas y a quien apodaban «la Papisa», lo describe en su biografía como «un hombre pequeño y tranquilo, triste y melancólico, siempre suspirando, pero con una gran capacidad de trabajo y que se sentía completamente de acuerdo con el nuncio [Pacelli] acerca de los problemas de la Iglesia». Estaba claro que el espía Robert Leiber no era del agrado de sor Pascalina, ni esta del agrado del jesuita alemán. Se dice incluso que, tras la muerte de Pío XII, Leiber recomendó al cardenal Eugène Tisserant la expulsión de sor Pascalina del Vaticano[4].

Durante la reunión que tuvo lugar entre Müller y Leiber, el alemán dijo al asistente del Papa que un amplio círculo de altos jerarcas alemanes contrarios a la política belicista de Adolf Hitler deseaba que el papa Pío XII sondease a Londres para negociar el fin de la guerra tras un cambio de régimen en Berlín.

Robert Leiber sabía que la desorganizada resistencia antinazi nunca podría orquestar un golpe de Estado contra Hitler y los suyos. Realmente, lo que los jefes de Müller deseaban era que Londres y París no aprovechasen las circunstancias del golpe de Estado para realizar avances militares contra Alemania.

La relación de Josef Müller con la Santa Alianza viene de cuando los obispos y cardenales alemanes descubrieron que su correo era interceptado por la Gestapo. Así es que Müller se convirtió en el correo «no-oficial» y secreto entre Alemania y el Vaticano, y viceversa. Fue también Müller quien ayudaría a montar la cobertura del agente padre Nicolás Estorzi, «el Mensajero», en Berlín.

Tras una breve estancia en Múnich, el Papa hizo llamar a Müller a Roma mediante el padre Leiber. Al llegar a suelo italiano, Robert Leiber informó al agente del *Abwehr* que el papa Pío XII había decidido que la voz de la oposición alemana debía ser escuchada en Londres. La decisión del Sumo Pontífice lanzó a Josef Müller a una auténtica misión clandestina que duraría varios meses y decenas de viajes entre Berlín y Roma.

En realidad, Müller no había llegado nunca a hablar directamente con el Sumo Pontífice, sino que todas las comunicaciones se realizaban a través del secretario y jesuita alemán, padre Robert Leiber. Las reuniones entre Müller y Leiber se celebraban primero en el apartamento del sacerdote jesuita en la Pontificia Universidad Gregoriana, pero por motivos de seguridad el lugar de encuentro cambió a una iglesia de los jesuitas a las afueras de Roma[5].

Por fin, en la primavera de 1940, Leiber decidió comunicar a Josef Müller que el papa Pío XII había decidido recibirle en sus apartamentos privados en el Palacio Apostólico del Vaticano. A la reunión se sumaría sir D'Arcy Osborne, el embajador británico ante la Santa Sede.

El alemán repitió toda la historia al Papa y a Osborne y cómo se organizó la llamada operación *Amtlich Vatikanische*. Tras informar al Foreign Office, el Gobierno de Winston Churchill se mostró escéptico sobre la credibilidad y los motivos declarados por los conspiradores.

Churchill no creía que estos tuviesen suficientes apoyos ni entre los militares ni entre la población civil como para dar un golpe de Estado con suficiente éxito contra Adolf Hitler. El tiempo le daría la razón cuando las unidades de la *Wehrmacht* conquistaron Francia y Holanda.

Para demostrar la buena fe de los conspiradores, Josef Müller viajó nuevamente hacia Roma para informar al papa Pío XII de que Hitler se preparaba para lanzar una campaña militar contra Francia, pasando antes sobre el suelo de Holanda y Bélgica. Con esta información el Papa ordenó alertar a sus nunciaturas en Bruselas y La Haya y exigió que se pusiera en alerta a los gobiernos de ambas naciones.

Robert Leiber alertó en secreto al embajador belga ante la Santa Sede, Adrien Nieuwenhuys, quien envió un cable urgente a Bruselas. Por su parte, el papa Pío XII recibió en audiencia privada al príncipe heredero de la corona de Italia, Umberto, y a su esposa, la princesa María. El Papa insistió en el peligro que se avecinaba sobre Holanda y en la necesidad de que la princesa María informase urgentemente a su hermano, el rey Leopoldo. Todos estos contactos sucederían entre el 2 y el 4 de mayo de 1940. El día 8 de mayo ni el Gobierno de Bélgica ni el de Holanda dieron demasiada importancia a las advertencias, y más cuando descubrieron que la fuente de esta información era un espía del *Abwehr,* y ese fue su error. El 10 de mayo las primeras unidades *Panzer* alemanas cruzaban la frontera rumbo a Francia, pasando sobre Holanda y Bélgica a sangre y fuego.

El poco caso que hicieron belgas y holandeses a las advertencias papales hizo sentirse molesto al papa Pío XII, llevando al Sumo Pontífice a ordenar a Robert Leiber establecer relaciones secretas con los servicios de inteligencia británicos y con la Resistencia en la Francia ocupada. Por colaborar en negociaciones secretas con gobiernos extranjeros y pasar información militar de Alemania e Italia a los países aliados, Pío XII ponía en grave peligro la tradicional neutralidad vaticana. El Papa ordenó a su consejero y espía el padre Robert Leiber que destruyese cualquier papel, incluidos documentos y notas, sobre las relaciones del Estado Vaticano con los aliados o la resistencia alemana.

En el interior del Vaticano tan solo tres hombres más conocían estos contactos, el cardenal secretario de Estado, Luigi Maglione, y sus dos hombres de máxima confianza, los monseñores Domenico Tardini

y Giovanni Montini (futuro Pablo VI), y todos ellos se llevarían el secreto a la tumba.

El Papa ordenó a su fiel espía y consejero que redactase una lista de personas que pudiesen haber estado en contacto de alguna forma con la operación *Amtlich Vatikanische.* En la lista aparecían monseñor Johannes Schönhöffer, amigo de Josef Müller; monseñor Paul Maria Krieg, capellán de la Guardia Suiza y confesor de Schönhöffer; Ivo Zieger, un jesuita del Colegio Germano-Húngaro de Roma, amigo de Robert Leiber; Augustine Mayer, un monje benedictino y profesor del Colegio de San Anselmo; el padre Vincent McCormick, el rector americano de la Pontificia Universidad Gregoriana y superior inmediato de Robert Leiber; y el general de los jesuitas, el padre Wladimir Ledochowski. El papa Pío XII ordenó a los seis religiosos, bajo pena de excomunión, no hacer nunca público ningún aspecto de la operación *Amtlich Vatikanische.* Para el mundo, todavía hoy, todo esto nunca sucedió, formándose así una leyenda más en la larga historia del espionaje papal[6].

Uno de los agentes más peligrosos con los que tuvo que verse Robert Leiber sería Herbert Keller, un hombre ambicioso y sin el más mínimo ápice de escrúpulos. Este monje benedictino era miembro de una antigua abadía de Beuron de donde había salido al exilio, por una orden de su superior, hacia un monasterio en un lugar desértico de Palestina, justo antes de la guerra.

Al regresar a Alemania, Keller se había convertido en un esporádico informante del *Abwehr* y del *Sicherheitsdienst (SD),* el servicio de inteligencia del Partido Nazi. El monje pasaba a los nazis cualquier información de inteligencia que iba recogiendo en sus viajes por Francia, Alemania y Suiza, buscando libros y manuscritos antiguos para la biblioteca de la abadía. Cuando Hitler y sus ejércitos arrasaron Polonia, Herbert Keller encontró un trabajo más acorde con sus ambiciones, abandonando la vida monástica[7].

Su carrera en el mundo del espionaje se movió siempre por dinero más que por lealtades. En su primera misión para el *Abwehr* fue destinado a Suiza. Allí entabló contactos con destacados miembros de la resistencia antinazi.

Entre mujeres y brandy, alguno de ellos llegó a confesar a Keller que ciertos oficiales del *Abwehr* y de la *Wehrmacht* estaban conspirando para deponer a Hitler, y que un agente del *Abwehr* llamado Müller

era el contacto con el Vaticano y con su servicio de espionaje, a través de un jesuita muy cercano al papa Pío XII. Herbert Keller supo que Müller y el padre Robert Leiber habían estado buscando negociar una paz con los aliados una vez que un grupo de oficiales alemanes consiguiesen derrocar a Hitler. El papel del Vaticano y principalmente el de Robert Leiber era el de realizar tareas de mediación con el Gobierno de Winston Churchill.

Keller conocía muy bien a Müller. Los dos se habían convertido en enemigos acérrimos cuando el abogado de Múnich había ayudado a los benedictinos a exponer el caso de Keller, que desembocaría en la orden de exilio a un monasterio de Palestina. Esperando encontrar más pruebas contra el colaborador del espionaje vaticano, Herbert Keller decidió viajar a Roma con el fin de recopilar más datos sobre Müller y sobre Robert Leiber. En muy pocos días el agente del espionaje alemán conoció todos los datos de la conspiración, así como la misión de Josef Müller y el importante papel jugado por este.

Keller retornó a Alemania con su informe. Este era tan importante que cayó en la mesa del mismísimo Heinrich Himmler. El jefe de las SS estaba impresionado por la exactitud de los datos aportados por el antiguo monje benedictino. El poderoso comandante llamó a su presencia a Herbert Keller. Cuando los dos hombres se encontraron cara a cara, Himmler, tras expresar su antipatía por el Papa, a quien acusaba de ser el mayor conspirador contra el Reich, confesó a Keller que ya desde 1936 Josef Müller estaba siendo vigilado debido a su trabajo como asesor legal de la Iglesia católica[8].

Himmler estaba convencido de que Müller era un agente secreto al servicio del Vaticano. La primera señal de desastre llegó a través de Arthur Nebe, el jefe de la policía criminal del RSHA. Nebe hizo una copia del informe de Herbert Keller y se lo envió al almirante Wilhelm Canaris, responsable del *Abwehr*, quien intervino rápidamente para proteger al mayor número de conspiradores[9].

Canaris era una figura enigmática que se movía entre su lealtad a Alemania y su odio al Partido Nazi y a sus dirigentes. Ello le llevó a ayudar y proteger a los círculos antinazis. Para contrarrestar el golpe, Canaris pidió a Josef Müller la redacción urgente de un informe en el que señalase que él había descubierto un complot en el Vaticano para negociar la paz con los aliados. Los jefes de esta conspiración debían ser los generales Werner von Fritsch y Walter von Reichenau. Canaris sabía que Von

Fritsch había caído en la campaña de Polonia y, por lo tanto, no podía ser interrogado, mientras que Von Reichenau era un conocido y ferviente seguidor de Hitler y del Tercer Reich. Realmente, ninguno de los dos habían tenido nunca relaciones con los círculos antinazis, pero Himmler necesitaba un culpable para demostrar que Müller era un espía del papa Pío XII, a las órdenes del jesuita Robert Leiber.

Cuando el informe falso redactado por Müller llegó a manos del *Führer,* el propio Adolf Hitler declaró que Walter von Reichenau era uno de sus más fieles generales y que sería imposible que su «hijo más fiel» pudiese haber conspirado con el Vaticano en contra del Reich. Finalmente, Hitler calificó de «basura» el informe contra Werner von Fritsch y Walter von Reichenau. El jefe del *Abwehr* consiguió apartar las sospechas del Vaticano y de Josef Müller, por lo menos por un tiempo[10].

Nuevamente, en el verano de 1940, la inteligencia alemana volvió tras la pista de los espías del Papa cuando el embajador de Bélgica ante la Santa Sede, Adrien Nieuwenhuys, telegrafió a su ministerio en Bruselas comunicando las advertencias del papa Pío XII sobre la pronta ofensiva de la *Wehrmacht* en el frente occidental; el telegrama cifrado fue interceptado por el *Forschungsamt* (Oficina de Investigación), uno de los servicios de descodificación de señales del Tercer Reich.

El mensaje descodificado terminó en la propia mesa del *Führer,* quien ordenó al *Abwehr* llevar a cabo una profunda investigación que diese con todos los traidores. Reinhard Heydrich, que tenía aún el informe del padre Herbert Keller fresco en su mente, fue separado de la investigación por su informe sobre Werner von Fritsch y Walter von Reichenau. Canaris había permitido que fuese el *SD* quien pasase el informe falso de Müller a Adolf Hitler.

Para dirigir la investigación ordenada por el *Führer,* Wilhelm Canaris puso al frente a Josef Müller. El espía alemán regresó a Roma para informar al «supuesto» jefe de la Santa Alianza, el padre jesuita alemán Robert Leiber, de que debían construir una historia convincente para Adolf Hitler. Toda la historia debía finalizar en el mensaje enviado por el embajador Nieuwenhuys a Bruselas informando del peligro alemán. Leiber y Müller se pusieron manos a la obra, creando la llamada operación *Wind Westlich* (Viento Occidental). La idea de ambos espías era la de crear toda una operación de desinformación, pero esta vez desde el final al principio.

Leiber propuso que la filtración debía haber salido del entorno del ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el conde Galeazzo Ciano. Por supuesto, Ciano había sido informado de la operación militar de la *Wehrmacht* hacia Holanda, Bélgica y Francia por su homólogo Joachim von Ribbentrop [11].

El siguiente paso era explicar que la información sobre la operación militar había sido filtrada por alguien no identificado y cercano a Ciano. La información fue pasada al padre Monnens, un sacerdote jesuita belga que había pasado la información al embajador de su país en Roma, Adrien Nieuwenhuys. Robert Leiber sabía que tanto Nieuwenhuys como el padre Monnens no estaban al alcance de los servicios de seguridad del Reich. Nieuwenhuys era diplomático y, por consiguiente, contaba con inmunidad, mientras que el padre Monnens se encontraba en una misión perdida en las junglas centroafricanas y, por lo tanto, fuera del alcance de las SS y Gestapo. Müller y Leiber creían que esta versión tranquilizaría a los líderes nazis; pero se equivocaban.

Un teniente coronel del *Abwehr,* llamado Joachim Rohleder, amigo de Heydrich, no estaba muy convencido de una historia sobre un diplomático italiano que pasa una información a un misionero belga sobre dos generales traidores que revelan la ofensiva militar alemana en el frente occidental. Rohleder estudió el telegrama del embajador belga interceptado y descodificado. En el texto, Nieuwenhuys menciona a una fuente alemana que ha salido de Berlín el 29 de abril de 1940; que llega a Roma el día 1 de mayo de 1940; y que permanece en la Ciudad Eterna hasta el 3 de mayo de 1940. Con estos datos el oficial del *Abwehr* amigo de Heydrich decide revisar la lista de todos los ciudadanos alemanes que abandonaron el país en esa misma fecha. Entre los nombres aparece el de Josef Müller, que ha entrado en Italia el 29 de abril y ha regresado el 4 de mayo.

Rohleder contacta entonces con la estación del *Abwehr* en Múnich, la sede en donde estaba adscrito Müller, con la esperanza de determinar si el oficial viajó a Roma en los días señalados. Josef Müller, el colaborador del padre Robert Leiber, se ha cubierto la espalda asegurando en un informe que su destino era Venecia. Para ello ha utilizado a agentes italianos del espionaje papal destacados en la Guardia Fronteriza italiana y que han sellado su pasaporte con la entrada en la bella ciudad del norte.

Rohleder estaba convencido, y así informó a Heydrich, de que Josef Müller y sus contactos con los servicios de espionaje pontificios eran la clave de este misterio. Por un tiempo la investigación se mantuvo dormida hasta que la estación del *Abwehr* en Estocolmo se mostró interesada en un conocido periodista católico llamado Siegfried Ascher. Este visitó Roma por vez primera en 1935. Poco después consiguió un puesto de secretario del padre Friedrich Muckermann, un jesuita alemán famoso por sus polémicas declaraciones antinazis[12].

De la mano de Muckermann, Ascher se introdujo en todos los sectores importantes de la Curia vaticana, haciéndose con una larga lista de amistades, incluido el padre Robert Leiber. En 1937 acompañó a Muckermann cuando los jesuitas destinaron a su protector a la capital austríaca. Cuando Austria fue anexionada por Alemania en el llamado *Anschluss,* Ascher se vio obligado a escapar a Holanda y después a Suiza, en donde consiguió un puesto de trabajo como corresponsal en el Vaticano del diario *Basler Nachrichten.* Tras la aprobación de las leyes raciales se vio obligado nuevamente a cambiar de ciudad. Lo que nadie sabía era que Ascher se llamaba realmente Gabriel, y no Siegfried, y que había abandonado la religión judía hacía pocos años para abrazar el catolicismo.

A finales de 1940, Ascher encontró una mejor fuente de ingresos: el teniente coronel del *Abwehr* Joachim Rohleder. El oficial del contraespionaje alemán no había abandonado su investigación sobre Josef Müller. Con sus valiosas credenciales antinazis al haber trabajado con el padre Muckermann, Ascher consiguió penetrar en las barreras de seguridad impuestas por el papa Pío XII a la Santa Alianza en el caso *Amtlich Vatikanische.*

En enero de 1941, Siegfried Ascher estaba ya preparado para viajar a Roma desde Berlín después de haber pasado un duro entrenamiento en la academia de agentes del *Abwehr*[13].

El espía del *Abwehr* dijo a su jefe que no necesitaba recibir honorarios, ya que su sueldo saldría directamente del Vaticano. Por supuesto, mentía. A finales de abril, Siegfried Ascher se reunió en Berlín con el teniente coronel Rohleder para recibir los fondos necesarios para su viaje a Roma. Antes de partir llamó por teléfono al nuncio vaticano, el cardenal Cesare Orsenigo, para que le entregase una carta de presentación. La carta iba dirigida al influyente sustituto de la Secretaría de Estado del Vaticano, monseñor Giovanni Montini, el futuro papa

Pablo VI. En la Santa Sede, y en tan solo una semana, Siegfried Ascher fue recibido por Montini, el padre Leiber y monseñor Kaas.

Debido a su cobertura como periodista especialista en asuntos de la Iglesia, nadie sospechó al principio, pero el padre Robert Leiber no podía creer que alguien de origen judío pudiese viajar libremente por Alemania. Leiber contactó con su agente Nicolás Estorzi, «el Mensajero», para que averiguase todo lo que pudiese sobre Ascher. El poderoso secretario papal fue avisado incluso por el responsable máximo de la orden de los benedictinos al conocer que Ascher pudo haber mantenido contacto con Herbert Keller, el agente del *SD* y antiguo monje. Estorzi informó a Leiber de que un judío que se hacía pasar por periodista había estado entrenándose en la academia del *Abwehr,* en la división de contraespionaje, y que tal vez su origen fuese Suecia.

Leiber llamó entonces a Siegfried Ascher con la intención de hablar sobre su paso por Alemania. El espía se disculpó alegando motivos de trabajo para rechazar la invitación. Robert Leiber informó entonces a Montini de que su agente de la Santa Alianza en Alemania le había asegurado que Siegfried Ascher era posiblemente un peligroso agente de la Gestapo[14].

Lo cierto es que ya a finales del mes de febrero de 1941 el agente de Rohleder conocía en líneas más o menos claras la misión de Josef Müller en el Vaticano, así como la implicación del papa Pío XII al avisar en la primavera de 1940 a los gobiernos holandés y belga de la posible intervención alemana en sus países, como poco después sucedería.

El informe final de Siegfried Ascher era absolutamente concluyente, y Rohleder así se lo comunicó a Canaris. El jefe del *Abwehr* intentó restar importancia al informe y exigió que sin más pruebas concretas no fuera posible detener a uno de los agentes más eficaces en asuntos vaticanos. El almirante Wilhelm Canaris no iba a permitir que Rohleder y Ascher capturasen a Müller. Finalmente, el llamado informe «Müller, Josef» fue escondido en lo más profundo de los archivos de la inteligencia militar del Reich.

A finales de 1942, las SS detuvieron a Ascher en una calle de Berlín. Alguien había hecho llegar un informe, en forma de denuncia, en el que se ponía de manifiesto el origen judío del espía alemán. Ascher fue entregado a la Gestapo sin comunicárselo al *Abwehr.* Cuando el teniente coronel Joachim Rohleder, jefe del contraespionaje, fue infor-

mado de la detención de Ascher ya era demasiado tarde. El periodista había muerto durante el interrogatorio. Diversos escritores e historiadores señalan que en aquel año Canaris había caído ya en desgracia ante Hitler y el abismo entre las fuerzas de seguridad del Reich, el *Abwehr* y las SS era ya enorme. Tal vez por eso, cuando los agentes de las SS de Himmler recibieron la filtración del informe en donde se demostraba el origen judío del agente del *Abwehr,* prefirieron pasar el interrogatorio a la Gestapo [15].

Otras fuentes aseguran que durante los meses anteriores a la detención de Siegfried Ascher por las SS, «el Mensajero» de la Santa Alianza había estado viajando incansablemente por Holanda y Suecia recopilando información sobre el periodista. Realmente, sería el padre Robert Leiber, el jefe de espías de Pío XII, quien ordenaría al padre Nicolás Estorzi el sistema para «quitarse de en medio» al peligroso Siegfried Ascher, informando sobre su origen a la seguridad del Reich.

Pero las relaciones de Robert Leiber con la resistencia antinazi no se detendrían ahí. Años después de finalizar la Segunda Guerra Mundial se descubrió que en los años 1942 y 1943 el Vaticano tenía información directa sobre el intento de acabar con la vida de Adolf Hitler.

Robert Leiber, el jesuita bávaro, espía y secretario de Pío XII, mantenía estrechos contactos con Josef Müller, «el enlace entre el *Abwehr* y el Vaticano». Según un informe de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), los servicios secretos estadounidenses, fechado el 20 de agosto de 1944 y basado en una conversación entre el agente y analista teniente H. Stuart Hughes, nieto de un candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, y el padre Robert Georg Leiber, el secretario de Pío XII mantenía estrechos vínculos con el «Círculo de Kreisau». Los principales contactos de Leiber eran el general Hans Oster, líder de la resistencia en el contraespionaje militar, Hans von Dohnayi y el teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer [16].

Claus von Stauffenberg podía acercarse a Hitler debido a su cargo en el Estado Mayor. El 20 de julio de 1944 consiguió colocar una maleta con una potente bomba bajo una mesa en una sala donde se debían reunir con Hitler en la llamada «Guarida del Lobo». Con el pretexto de que debía hacer una llamada telefónica, Stauffenberg salió al exterior del recinto. Su propósito era dirigirse a la Bendlerstrasse para, después de confirmar la muerte de Hitler, concretar la toma de poder del Reich por altos oficiales deseosos de alcanzar la paz con los aliados.

Por desgracia, la bomba fue desplazada de su sitio pocos segundos antes de explotar, por lo que su poder de destrucción fue menor. El artefacto mató en el acto a cuatro personas de las veinticuatro que se encontraban en el interior de la «Guarida del Lobo». Hitler salió totalmente ileso.

Pocas horas después, Stauffenberg, junto al resto de conjurados, fue capturado, sometido a juicio sumarísimo y ejecutado esa misma noche. Claus von Stauffenberg tenía treinta y seis años[17].

Después de la detención de todos ellos por parte de la Gestapo, incluido el propio Müller, Hans Bernard Gisevius, el jefe del *Abwehr* en Suiza, pasó a ser el enlace entre los grupos antinazis y el Vaticano. Gisevius despachaba dos veces por semana con Robert Leiber, el secretario de Pío XII. Se sabe que Hans Bernard Gisevius estaba entre los conjurados presentes en el edificio de la Bendlerstrasse, donde Stauffenberg y los demás altos oficiales fueron fusilados. Además, no es ningún misterio que el propio Claus von Stauffenberg, católico practicante, era amigo de varios miembros del «Círculo de Kreisau», por no decir de algunos influyentes jesuitas, incluido el padre Robert Georg Leiber, y de numerosos prelados alemanes.

El espía de la OSS y después historiador H. Stuart Hughes, el agente que informó sobre las relaciones de los conspiradores antinazis y el Vaticano, afirmaba en sus memorias: «Es lógico preguntarse, llegados a este punto, si algunos de estos prelados u hombres cercanos al Papa [Robert Leiber] alentaron con sus consejos o con su tácita aprobación el atentado contra el dictador; atentado que algunos conjurados consideraban, utilizando categorías conceptuales propias de la moral católica, como un tiranicidio en toda regla».

Por el diario del conde Helmuth von Moltke, fundador del «Círculo de Kreisau», se sabe que algunos importantes obispos apoyaban la resistencia contra los nazis y contra Hitler. En su diario se citan los nombres de dos de los prelados más decididamente contrarios del nazismo: Konrad von Preysing, obispo de Berlín, y Clemens August von Galen, obispo de Münster; a estos se añaden el obispo de Fulda, Johannes Dietz, presidente de la Conferencia Episcopal, y el cardenal de Múnich, Michael von Faulhaber. El obispo Von Preysing, amigo personal de Robert Leiber, estaba incluso en la lista de los participantes en las reuniones del «Círculo de Kreisau» que tenían lugar en Berlín. Helmuth von Moltke había entrado en contacto

con el obispo en septiembre de 1941 y a partir de esta fecha los encuentros entre los dos fueron cada vez más frecuentes: «La tarde de ayer pasada con Preysing fue muy satisfactoria. Me pareció que él también estaba satisfecho. [...] Enseguida me invitó a volver, lo que haré a intervalos de unas tres semanas. En una de estas reuniones he podido hablar con el padre R. Leiber, un hombre muy cercano al Papa» [18].

En enero de 1943, Helmuth von Moltke, de paso por Múnich, se reúne con sus amigos jesuitas Robert Leiber, Augustinus Rösch, Lothar König y Alfred Delp; con el abogado Josef Müller, y con el cardenal Von Faulhaber. Von Moltke puso al tanto a los seis hombres sobre lo que estaban preparando. El cardenal Michael von Faulhaber expresó a Von Moltke su «apoyo condicionado» a la estipulación de un Concordato entre el Vaticano y el nuevo Estado alemán, que debía instaurarse tras el golpe de Estado contra Hitler [19].

Tras el asesinato fallido de Hitler, el desastre del intento de golpe de Estado y la posterior detención y ejecución de todos los responsables directos e indirectos de la conspiración provocaría un aumento de las operaciones de la Gestapo y las SS en el Vaticano. Himmler sabía a través de su servicio de espionaje que los conjurados habían tenido diversas reuniones con altos jerarcas de la Curia, aunque nunca pudo ser demostrado.

Mientras tanto, Josef Müller, gracias a la protección del coronel Hans Oster y del mayor Hans Dohnanyi, ambos miembros de la red anti-Hitler, fue nombrado responsable de la estación del *Abwehr* en el Vaticano.

Un nuevo peligro se cernía sobre la Santa Sede con la llegada de un nuevo espía alemán. Paul Franken llegó a Roma en febrero de 1943 para ejercer como profesor de Historia en el Colegio Alemán, en la Via Nomentana, aunque en realidad era un agente del espionaje militar de la *Wehrmacht*.

Sus contactos preferentes eran Josef Müller, monseñor Kaas, Krieg, Schönhöfer, Ivo Zeiger y el responsable de los espías papales, Robert Leiber. Con su perfil de estudiante católico y envuelto en los movimientos laboristas anteriores a la guerra, Franken había sido detenido por la Gestapo y condenado a dos años de prisión por actividades contrarias al régimen [20]. Todo esto le ayudó a sumergirse en las profundas y oscuras aguas de la Curia romana.

Jacob Kaiser, antiguo líder laborista, captó a Franken para el *Abwehr* por sus conocimientos en materia de política vaticana, lo que hizo que fuese destinado a la Santa Sede. Leiber nuevamente se puso en contacto con «el Mensajero» para recabar información sobre Franken. Dos semanas después, Estorzi envió un mensaje cifrado desde una ciudad austríaca. El mensaje, cifrado en «Verde», ponía sobre aviso a Leiber sobre las verdaderas intenciones de Paul Franken, pero sin hacer demasiadas afirmaciones. Robert Leiber decidió mantener al alemán bajo «cuarentena»[21].

El 25 de julio de 1943 las alarmas en la Santa Alianza volvieron a sonar cuando el rey Vittorio Emanuele III, apoyado por generales y líderes fascistas, decidió cesar a Benito Mussolini y nombrar al mariscal Pietro Badoglio nuevo jefe de Gobierno. Los sueños del *Duce* de crear un nuevo imperio romano se disolvieron con la misma velocidad que la debacle militar italiana.

La invasión aliada en Sicilia sucedería el 10 de julio con la promesa de liberar del yugo alemán toda la península italiana. Tras la caída de Mussolini, Hitler, anticipándose al colapso del ejército italiano, decidió enviar un cuerpo de ejército al norte de Italia. Las noticias que iban llegando a Robert Leiber a través de su agente Nicolás Estorzi eran claras con respecto a que las unidades de la *Wehrmacht* se estaban acantonando para prepararse para el asalto final a Roma. Las advertencias del agente del espionaje papal se cumplieron cuando, el 8 de septiembre, Badoglio anunció oficialmente la firma del armisticio con las fuerzas anglo-norteamericanas que ocupaban ya el sur del país. Hitler y sus generales dieron «luz verde» a la ocupación de la Ciudad Eterna[22].

Las intenciones del líder nazi no eran nada claras. Por la ciudad circulaban rumores sobre que el *Führer* estaba convencido de que el papa Pío XII y sus servicios de espionaje habían ayudado a la caída de Mussolini. Lo cierto es que las autoridades papales no se hacían demasiadas ilusiones sobre el respeto que podría tener Hitler a la neutralidad vaticana o a la figura del Sumo Pontífice. Según informes en poder del servicio de espionaje pontificio, en la primavera de 1941, durante una reunión entre el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, el conde Galeazzo Ciano, y su homólogo alemán, Joachim von Ribbentrop, el representante de Hitler sugirió al italiano la posibilidad de expulsar al papa Pío XII de Roma porque «en la nueva Europa no

hay lugar para el Papado. En la nueva Europa dominada por el nacionalsocialismo el Vaticano debería quedar reducido a un simple museo»[23].

A pesar de los mensajes de tranquilidad de los italianos, los rumores se hicieron cada vez más reales a finales de 1943, año en el que se cumplían diez años de régimen nazi. Para entonces los paracaidistas alemanes controlaban ya el perímetro de la plaza de San Pedro bajo los aprensivos ojos de los miembros de la Guardia Suiza.

Anticipándose al asalto de Roma por parte de las tropas del Tercer Reich, las embajadas extranjeras habían destruido los documentos clasificados como «secretos» o «delicados», así como sus máquinas codificadoras. Por otra parte, el comandante de la Guardia Suiza fue informado verbalmente por el padre Robert Leiber de que el Santo Padre no deseaba un derramamiento de sangre, de ancestrales alabardas contra modernos tanques, así es que se ordenó a todos sus miembros que no opusiesen resistencia ante la supuesta invasión del Vaticano por las tropas alemanas[24].

El oficial rechazó acatar la orden y tuvo que ser llamado por el mismísimo Pío XII para confirmársela. Realmente, no estaba en los planes de Hitler hacerse con el Vaticano ni tampoco con el Sumo Pontífice. Adolf Hitler se vio presionado por dos bloques. En contra de la invasión estaba Josef Goebbels, el siniestro ministro de Propaganda del Reich, quien aseguró al *Führer* que una operación de invasión en el Vaticano tendría un impacto devastador ante la opinión pública mundial. A favor estaba Joachim von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, que aconsejaba a Hitler sacarse de encima a una molestia como el Papa de un solo golpe[25].

En mayo de 1944, Paul Franken retornó a Alemania, justo cuando los ejércitos aliados presionaban a las fuerzas del Eje para conquistar Roma. En febrero de 1944, después de una serie de desaciertos por parte del *Abwehr* y la deserción de varios de sus miembros, Hitler firmó el decreto por el cual se subordinaban todos los miembros y operaciones del *Abwehr* al *Reichssicherheitshauptamt* (RSHA), la organización nazi que controlaba todas las fuerzas policiales y de inteligencia del Reich. El almirante Canaris fue destinado a un trabajo menor en un departamento de economía de guerra, mientras la Gestapo aumentaba su interés en los extraños contactos entre civiles y personal del *Abwehr*.

Las investigaciones llevaron a la detención del coronel Hans Oster y del mayor Hans Dohnanyi, dos de los más importantes cerebros antinazis en el *Abwehr.* Tanto Oster como Dohnanyi se negaron a hablar sobre sus contactos con el Vaticano, con el jesuita Robert Leiber y con la Santa Alianza, a pesar de ser torturados. Al final los dos espías serían ejecutados de un disparo en la nuca y sus cuerpos colgados de un gancho de carnicero.

El siguiente en ser arrestado e interrogado brutalmente sería Josef Müller. El agente rechazó los cargos mientras era torturado y negó cualquier implicación en los complots antinazis con el Vaticano. Müller sería uno de los pocos miembros del *Abwehr* en escapar a la muerte.

Paul Franken, por su lado, dimitió de su puesto en el espionaje militar de la *Wehrmacht,* procurando no atraer la atención de la Gestapo y las SS, y consiguió un puesto de traductor de los italianos que trabajaban en Alemania. Franken consiguió sobrevivir al régimen nazi y al final de la Segunda Guerra Mundial[26].

El espía Josef Müller sería detenido y recluido en el campo de concentración de Flossenbürg y liberado por los aliados. Tras el fin de la guerra, Müller defendió la necesidad de crear un partido cristiano formado por católicos y protestantes. Junto a Adam Stegerwald, fundó la Unión Social Cristiana (CSU), llegando a ser presidente del partido y ministro de Justicia de Baviera. Müller fallecería el 12 de septiembre de 1979 en Múnich, a los ochenta y un años de edad, tras una vida dedicada a la política y a la defensa de las libertades en la República Federal de Alemania.

Tras el fin de la contienda, el padre Robert Leiber continuó su labor como secretario «secreto» del papa Pío XII, no solo aconsejándole en materia de política exterior, sino también redactando sus discursos hasta el mismo año de la muerte del Sumo Pontífice en 1958.

Tras la muerte del Papa, el padre Leiber, que vivía en la Pontificia Universidad Gregoriana, a cinco kilómetros del Vaticano, se quejaba amargamente de que tenía que abandonar todo al instante cada vez que le llamaba Pío XII. Aunque sufría de asma y era alérgico al polen, jamás se le ofreció el vehículo papal para trasladarlo hasta su presencia, por lo que Leiber se veía obligado a desplazarse en tranvía hasta la Santa Sede. Incluso se quejaba también de que el Papa le obligaba a permanecer despierto hasta altas horas de la madrugada, debido a que Pío XII escribía sus discursos por la noche y exigía a Leiber que se los

pasase a máquina, para al día siguiente entregarlos al secretario de Estado. A las siete de la mañana el secretario papal debía estar de nuevo ante el Sumo Pontífice para revisar la agenda del día y los discursos escritos la noche anterior[27]. El papa Pío XII jamás agradeció al padre Leiber la peligrosa labor realizada durante la Segunda Guerra Mundial, como asegura el jesuita en sus memorias.

El padre Robert Georg Leiber, jesuita, profesor, historiador, espía y secretario del papa Pío XII durante cuarenta y un años, fallecería en su Baviera natal, en 1967, a la edad de ochenta años. Leiber se llevó a la tumba los más oscuros secretos del pontificado del polémico Pío XII y las operaciones encubiertas ordenadas por este durante la Segunda Guerra Mundial, incluido el conocimiento anterior del Vaticano del atentado contra Adolf Hitler, el 20 de julio de 1944.

Los espías Josef Müller y Robert Leiber continuaron con su amistad, reuniéndose incluso varias veces al año para hablar de sus tiempos en la Segunda Guerra Mundial hasta la muerte del jesuita alemán en 1967.

18

Krunoslav Draganovic

La «Pimpinela Escarlata» de los nazis

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el colegio romano de San Girolamo degli Illirici, en el 132 de Via Tomacelli, se convirtió en un refugio seguro para los *ustachis* croatas buscados como criminales de guerra por las autoridades aliadas. El servicio de espionaje pontificio de Pío XII facilitaría a muchos de ellos rutas seguras, e identidades y pasaportes falsos para facilitar su huida. El principal líder de San Girolamo era el padre Krunoslav Draganovic, nacido en 1903 en la ciudad bosnia de Brèko.

Ex profesor de un seminario croata y descrito por los servicios de inteligencia estadounidenses como el álter ego del dictador Ante Pavelic, Draganovic llegó a Roma en noviembre de 1943, bajo el pretexto de colaborar con la Cruz Roja en la ayuda y asistencia a los refugiados. Los servicios de espionaje aliados y del Vaticano aseguraban que Draganovic se encontraba realmente en Roma para coordinar operaciones en Croacia con grupos fascistas italianos contra células partisanas. Al final de la contienda el religioso se convirtió en el vértice principal del llamado «Pasillo Vaticano».

Desde San Girolamo se organizaron huidas hacia Argentina, Bolivia, Paraguay o Chile de criminales de guerra nazis como Josef Mengele, el médico de Auschwitz; Klaus Barbie, el «carnicero» de Lyon y antiguo jefe de la Gestapo en esta ciudad; Ante Pavelic, el dictador croata; el capitán de las SS Erich Priebke; el general de las SS Hans

Fischböck; Herbert Cukurs, el «Verdugo de Riga»; Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka; o el famoso Adolf Eichmann, uno de los máximos responsables de la «Solución Final».

Según algunos historiadores, no hay pruebas suficientes para asegurar que el Vaticano o el papa Pío XII pudieran estar al tanto de las operaciones de la organización Odessa, aunque existen serios indicios de que por lo menos algunos importantes miembros de la Curia relacionados con el espionaje papal pudieron estar involucrados en el llamado «Pasillo Vaticano».

Por ejemplo, Franz Stangl, Adolf Eichmann y Klaus Barbie recibieron una nueva identidad, pasaportes vaticanos y asilo en Roma por parte del obispo Alois Hudal[1]. Este alto miembro de la Curia romana había nacido en la ciudad de Graz el 31 de mayo de 1885. Nombrado en 1923 rector del Collegio Teutonico di Santa Maria dell'Anima, Hudal se dedicó a preparar a sacerdotes alemanes y austríacos. En 1934 el polémico obispo abrazó públicamente el nacionalismo pangermánico, proclamando que «deseaba servir como sirviente absoluto a la causa total de Alemania»[2].

Por esta ayuda el Vaticano y diversas instituciones, como San Girolamo, recibieron importantes fondos, muchos de ellos procedentes de la extorsión a judíos ricos a cambio de no ser deportados a campos de exterminio. Uno de estos casos sería el del general de división de las SS Hans Fischböck. Junto a Eichmann y Erich Rajakowitsch, capitán de las SS, desempeñaron importantes cargos en la Austria anexionada y posteriormente en la Holanda ocupada. Informes de la Santa Alianza y de los servicios de inteligencia estadounidenses demostraban que tanto Fischböck como Rajakowitsch habían hecho una auténtica fortuna expoliando a las millonarias familias judías holandesas a cambio de no entrar en las listas de deportaciones de las SS a los campos de exterminio. Una parte de ese dinero fue a los bolsillos de Eichmann, otra a los de Fischböck, otra a los de Rajakowitsch y la parte más importante hacia diversas cuentas en Argentina a través de los bancos suizos y en especial a través de la Unión de Banques Suisses de Zúrich[3].

Con parte de ese dinero los tres antiguos miembros de las SS, en coordinación con la organización Odessa, consiguieron escapar a Argentina a través del Vaticano con la ayuda de Krunoslav Draganovic.

Los servicios secretos británicos, el MI6, descubrieron que parte de la operación de huida había sido financiada a través de dos ciudadanos suizos, Arthur Wiederkehr, un despiadado abogado que consiguió cerca de dos millones de francos suizos en comisiones procedentes del dinero de los rescates, y Walter Büchi, un joven suizo que tenía una gran habilidad en poner a sus «clientes» en manos de la Gestapo una vez que habían entregado el dinero del rescate [4]. Informes británicos demostraban que Büchi tenía «importantes contactos con la Curia romana y con ciertos elementos cercanos a los servicios secretos papales. Se habla incluso de un obispo [Alois Hudal] y de un alto miembro de una organización en Roma, el padre Draganovic».

Walter Büchi había mantenido relaciones con agentes del *Teutonicum,* la división de asuntos alemanes del espionaje papal, y realizado misiones especiales para ellos. Mientras Büchi actuaba como «agente libre» del espionaje del Vaticano lo hacía también como enlace suizo de la llamada Unidad Monetaria de las SS, dirigida por el general Hans Fischböck.

Realmente, el primer plan de evasión para los dirigentes nazis tras el fin de una guerra que Alemania ya veía perdida fue diseñado el 10 de agosto de 1944, cuando se preparaba el asalto aliado para la liberación de París. En uno de los salones del elegante Hotel Maison Rouge, de Estrasburgo, se reunían cinco importantes magnates que años atrás habían financiado el ascenso de Hitler y el Partido Nacionalsocialista al poder. Estos cinco personajes que se reunieron en Estrasburgo con Martin Borman, el secretario de Hitler, eran Fritz Thyssen, el magnate y fundador del grupo Thyssen; Georg von Schnitzler, presidente de la IG-Farben; Gustav Krupp, propietario de la AEG y Siemens; Kurt von Schroeder, banquero y financiero, y Emil Kildorf, magnate del carbón [5].

Aquel 10 de agosto se decidió la creación de la llamada organización Odessa *(Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen:* Organización de Antiguos Miembros de las SS). Los cinco millonarios nazis decidieron al mismo tiempo depositar en un banco suizo una importante cantidad de dinero en divisas estadounidenses con el fin de financiar las futuras operaciones de Odessa tras la Segunda Guerra Mundial. Curiosamente, muchos de estos fondos procedían del trabajo de esclavos realizado por prisioneros de los campos de exterminio en las empresas propiedad de los magnates o del oro extraído de las dentaduras de los judíos antes de entrar en las cámaras de gas. El oro era después

enviado al Reichbank y convertido en lingotes. La mayoría de estos lingotes, depositados en bancos suizos, serían utilizados en la fabricación de monedas de oro de la Confederación Helvética[6].

Odessa creó entonces tres rutas de evasión:

— *La Araña.* Línea de evasión a través de España a lo largo de la línea San Sebastián/Bilbao-Madrid-Tánger-Buenos Aires. Por esta línea se fugarían Joseph Mengele, Hans Fischböck o Reinhard Spitzy[7].
— *Ruta «Libertad».* Creada por la inteligencia militar estadounidense para dar asistencia a criminales de guerra nazis, ucranianos, lituanos y estonios de las SS con el fin de utilizarlos en la futura Guerra Fría contra la Unión Soviética. Por esta línea se fugarían Ivan Demdanjuk, alias *Iván el Terrible;* el «Carnicero de Treblinka»; Tscherim Soobzokov, miembro de los escuadrones de ejecución de las SS en Rumanía, o Herbert Cukurs, el «Verdugo de Riga»[8].
— *Ruta de los Conventos o «Pasillo Vaticano».* Creada por el Vaticano a través de la línea Roma-Collegio Teutonico di Santa Maria dell'Anima o Convento de San Girolamo-Nápoles o Génova-Buenos Aires. Por esta línea se fugarían Adolf Eichmann o Ante Pavelic[9].

Para la llamada operación *Aussenweg* (Camino al Exterior) a través del Vaticano se puso al frente de ella al joven capitán de las SS Carlos Fuldner. El militar había nacido en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1910, en el seno de una familia de inmigrantes alemanes, pero en 1922 el padre decidió regresar a Alemania, instalándose en la ciudad de Kassel. A principios de 1932, Carlos Fuldner fue admitido en las unidades de élite de las SS. Tenía veintiún años y medía 1,76. El alemán iba a convertirse en la punta de lanza de la evasión de criminales de guerra temerosos de la justicia aliada posbélica durante los próximos cinco años, exactamente hasta 1950. Roma, el Vaticano, España, Portugal, Marruecos o Austria se convertirían en zonas seguras de paso y protección para los evadidos que viajaban con documentaciones e identidades falsas creadas en la mayor parte de los casos por los servicios secretos de la Santa Sede. Incluso muchos agentes de la Santa Alianza e instituciones vaticanas actuaron como guías y protectores de

criminales de guerra hasta que estos se encontraban en un lugar seguro, fuera del alcance de la justicia internacional.

Carlos Fuldner se dedicaría a realizar una gira contrarreloj por varias capitales de Europa, entre ellas Madrid o Roma. En esta última mantendría una reunión con el padre Krunoslav Draganovic, el máximo dirigente de San Girolamo. El padre Draganovic confirmó al enviado de Himmler que «su organización» estaba preparada para dar asistencia y refugio a las altas jerarquías nazis que decidiesen huir hacia Sudamérica. Incluso el religioso aseguró a Fuldner que contaban con la protección y el apoyo del Vaticano a través del servicio secreto papal y con el visto bueno del propio papa Pío XII y su jefe de espías, el jesuita padre Robert Leiber.

Carlos Fuldner establecería el primer contacto con el obispo argentino monseñor Antonio Caggiano, poco después consagrado cardenal por el papa Pío XII. Caggiano iba acompañado por dos hombres que dijeron pertenecer al espionaje pontificio. De uno de ellos se desconoce su nombre; el otro se llamaba Stefan Guisan [10].

Guisan era un sacerdote franciscano nacido en un pueblo cercano a la ciudad suiza de Berna. En el seminario en el que estudió estableció contacto con un sacerdote croata relacionado con el espionaje pontificio llamado Krunoslav Draganovic. Desde 1944 el padre Stefan Guisan comenzó a colaborar con los servicios secretos papales y después del desembarco en Normandía, en el mes de junio del mismo año, entró como enlace de los servicios secretos vaticanos en la institución de San Girolamo a las órdenes de Draganovic.

El otro agente que estaba con monseñor Caggiano y que fue presentado a Fuldner era el enlace de la Santa Alianza en la sede de la Pontificia Comisión para la Asistencia (CPA) en Villa San Francesco. La CPA, presidida por Pietro Luigi Martín, era el organismo vaticano encargado de expedir documentos de identidad para los refugiados, pero después de la derrota nazi, fue el encargado de facilitar documentos falsos a un gran número de fugitivos nazis, entre ellos Adolf Eichmann.

En la CPA trabajaban cerca de treinta sacerdotes de diferentes órdenes, aunque en su mayor parte eran franciscanos, falsificando sellos de organismos internacionales de ayuda a los refugiados. El padre Guisan actuaba a las órdenes de Draganovic como enlace entre las diferentes organizaciones del Estado Vaticano para ayudar a escapar a los cri-

minales de guerra. Esta ayuda pasaba por esconderlos simplemente en conventos y monasterios, facilitarles documentaciones falsas, financiarles el viaje de huida hacia los puertos de Nápoles o Génova, o entregarles una lista de contactos en cada etapa de la huida. Toda esta información era facilitada por los agentes de Draganovic «estacionados» en San Girolamo [11]. Al parecer existen documentos que demuestran que Draganovic no era el máximo líder en la llamada operación «Convento» o «Pasillo Vaticano», como siempre se ha creído. Un informe del servicio de espionaje estadounidense indicaría que el cerebro gris de esta operación era realmente el cardenal Eugène Tisserant, famoso anticomunista. William Gowen, agente del contraespionaje militar estadounidense en Italia, escribía en un informe fechado el 18 de septiembre de 1946: «Tisserant me ha dicho que cree firmemente que en este momento existe un 50 por 100 de probabilidades de que Rusia provoque una guerra este mismo año. Según el cardenal, los rusos tienen una posición privilegiada para invadir Europa occidental [...] una oportunidad que saben que no volverá a repetirse» [12].

En realidad, tanto Tisserant como monseñor Caggiano, el padre Krunoslav Draganovic o el agente padre Stefan Guisan creían firmemente en que la Unión Soviética acabaría lanzándose a una guerra contra Occidente por un mayor control de Europa y que en esa guerra tan solo los antiguos líderes nazis podrían detener su avance. En vista de aquella creencia, altos miembros de la Curia decidieron proteger a los criminales de guerra nazis por si eran requeridos en un futuro no muy lejano por los países aliados para combatir y detener el avance del «terror comunista», como lo definía el propio papa Pío XII.

Bajo esta directriz se reunieron con el cardenal Tisserant en el Vaticano para informarle de que «el Gobierno de Argentina estaba dispuesto a recibir a los franceses, alemanes, croatas y húngaros cuya actitud política durante la guerra les expondría, en el caso de que regresaran a sus países, a rigurosas medidas o a la venganza privada». Tisserant era tan anticomunista que creía que estos no merecían ser enterrados en cristiana sepultura y entendía la necesidad de establecer un grupo de expertos «nazis» anticomunistas en Sudamérica para ser utilizados en caso de que estallase un conflicto abierto con los soviéticos. A partir de entonces, a la embajada de Argentina en Roma comenzaron a llegar una lluvia de peticiones de visados para ciudadanos cuyo pasado había estado ligado al «Reich de los Mil Años».

Criminales de guerra franceses como Marcel Boucher, Fernand de Menou, Robert Pincemin o Émile Dewoitine recibieron un visado especial por orden del ahora cardenal Antonio Caggiano para entrar en Argentina. Los cuatro disponían de pasaportes con numeración consecutiva expedidos por la Cruz Roja de Roma y portaban un certificado de recomendación del Vaticano. Curiosamente, los cuatro habían estado refugiados en San Girolamo, la institución controlada por Krunoslav Draganovic.

Mientras en los máximos niveles se discutía un acuerdo secreto entre el papa Pío XII y el presidente de Argentina, Juan Domingo Perón, el cardenal Giovanni Battista Montini, el futuro papa Pablo VI, expresó el interés de Pío XII al embajador argentino en Italia sobre la mejor forma de arreglar la emigración a Argentina «no solo italiana». El Sumo Pontífice estaba dispuesto a que «los técnicos de la Santa Sede [su servicio secreto] se pusieran en contacto con los técnicos argentinos [miembros de la organización Odessa] para combinar un plan de acción». El diplomático argentino entendió que el interés del papa Pío XII se extendía a los detenidos en los campos de prisioneros aliados en Italia, es decir, oficiales nazis de alto rango. Tras recibir este deseo por parte del cardenal Montini, el argentino se puso en contacto con su Ministerio en Buenos Aires para recibir instrucciones [13].

Como enlaces entre los nazis y el Vaticano, es decir, entre Fuldner y el padre Krunoslav Draganovic, se nombró a un hombre llamado Reinhard Kops, por el lado alemán, y a Gino Monti de Valsassina, por el lado vaticano.

Monti de Valsassina era un noble italiano de origen croata que había combatido en la *Luftwaffe* y tras ser herido en combate se incorporó a los servicios secretos de Himmler. En abril de 1945 fue capturado por los ingleses y recluido en un «campo especial» de prisioneros adonde iban a parar todos aquellos nazis que tuviesen algo que aportar a la posguerra, desde simple información sobre otros nazis huidos a asesoramiento técnico y científico en materias desarrolladas y financiadas durante el régimen de Hitler. El conde Monti entró en contacto con la Santa Alianza a finales de 1944, durante un viaje familiar a Milán. Allí conoció a varios miembros de la Curia con los que estableció muy buenas relaciones; al fin y al cabo, Monti era un ferviente católico.

Uno de estos religiosos era un hombre cercano al jesuita alemán Robert Georg Leiber, el secretario «secreto» del papa Pío XII y quien

le introduciría en el servicio secreto vaticano [14]. A finales de 1945, Monti consiguió escapar y, según todos los indicios manejados por los servicios de inteligencia estadounidenses, se refugió en una institución del Vaticano, posiblemente en San Girolamo. Protegido por los hombres de Draganovic, Gino Monti de Valsassina consiguió huir a Argentina a través del puerto de Génova, gracias a la ayuda del padre Karlo Petranovic, otro de los agentes croatas al servicio de Draganovic [15].

Monti entró en Argentina el 4 de enero de 1947 con un certificado de «ciudadano apátrida» extendido por el Vaticano, y siete meses después sería enviado por Perón a España con el fin de reclutar a alemanes con amplios conocimientos técnicos. Los protegidos de Monti iban desde simples criminales de guerra nazis, como el general de la *Luftwaffe* Eckart Krahmer, a agentes del espionaje alemán, como Reinhard Spitzy. En el verano de 1947, Monti consiguió entrar nuevamente en el Vaticano, gracias a la ayuda del padre Draganovic, a través de Italia y actuando como enlace de la Santa Alianza en San Girolamo, según un informe estadounidense.

El enlace alemán en San Girolamo, Reinhard Kops, quien utilizaba el falso nombre de Hans Raschenbach y un pasaporte facilitado por el Vaticano, había nacido en la ciudad alemana de Hamburgo el 29 de septiembre de 1914. Kops había dirigido tareas de exterminio y deportación de judíos de Albania, Francia y Bulgaria durante la Segunda Guerra Mundial. De acuerdo con un informe de la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (CEANA), Reinhard Kops perteneció durante la guerra al servicio de contraespionaje del Tercer Reich y tras la derrota nazi y su posterior huida a Roma se convirtió en «ayudante especial» del obispo (pro nazi) Alois Hudal y en enlace de la Santa Alianza con los evadidos nazis que llegaban hasta el refugio de San Girolamo en Roma, la organización religiosa a cuyo mando se encontraba el padre Krunoslav Draganovic.

En Buenos Aires, Reinhard Kops, quien se hace ahora llamar Juan Maler [16], se convierte en un fervoroso intelectual de la ultraderecha y administrador en Sudamérica primero de parte de las finanzas de la organización Odessa, hasta el comienzo de la década de los años cincuenta, y del movimiento neonazi internacional a partir de finales de los años sesenta y principios de los setenta. Kops huiría a Argentina, vía Génova, ayudado por los padres Karlo Petranovic e Ivan Bucko, dos de los religiosos de máxima confianza de Draganovic en el «Pasillo

Vaticano». El padre Bucko fue acusado de bendecir las matanzas de judíos y partisanos por parte de la temible División Galitzia perteneciente a las SS ucranianas durante la ocupación nazi de Ucrania.

Años después los nombres y paraderos de Adolf Eichmann, Josef Mengele, Reinhard Kops o Erich Priebke se iban a convertir en moneda de cambio como pago de la nueva cooperación entre los servicios secretos del Vaticano y el «amigo israelí», o mejor dicho, el Mossad [17].

Otro de los casos más famosos en los que se vio involucrado Krunoslav Draganovic dentro del llamado «Pasillo Vaticano» fue la evasión de Carl Vaernet, el «Mengele danés». En la década de los años treinta, Vaernet aseguró haber desarrollado una terapia basada en lo que él mismo denominaba como una «inversión de la polaridad hormonal». Sus teorías habían sido muy difundidas por los diarios del Partido Nazi, en las que Heinrich Himmler vio una «Solución Final» a la cuestión de los homosexuales [18].

Tras el ascenso de Hitler al poder, Vaernet fue reclutado por el servicio de médicos de las SS, un grupo del que formaba parte como fundador Josef Mengele.

En 1943, Carl Peter Jensen, alias *Carl Vaernet,* firmó un contrato con la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) cediendo los derechos exclusivos de la patente de sus descubrimientos a una empresa de las SS, la Deutsche Heilmittel, a cambio de financiación, material de laboratorio y prisioneros homosexuales recluidos en campos de concentración para ser utilizados como cobayas humanos [19].

Desde enero de 1944, Himmler puso a disposición de Vaernet a la población homosexual de Buchenwald. El médico danés experimentó con quince prisioneros a los que les implantó una «glándula sexual masculina artificial». Esta consistía en un simple tubo metálico que liberaba testosterona a través de la ingle durante un período de tiempo. De los quince prisioneros, solo dos sobrevivieron, mientras que los otros trece murieron víctimas de infecciones [20].

Ya a finales de 1943 un agente del espionaje papal en el Copenhague ocupado informó a la Santa Sede sobre un posible experimento que podría borrar de la faz de la tierra la «cruel enfermedad de la homosexualidad». El informe del servicio secreto del Vaticano hacía referencia a un tal doctor Carl Peter Jensen. Al final de la guerra, Vaernet fue encarcelado por las fuerzas británicas en Dinamarca, y el 29 de mayo de 1945 el comandante aliado informaba a la Asociación Médica

Danesa de que Carl Vaernet sería juzgado como «criminal de guerra». Al final de ese año fue entregado por los británicos a la justicia danesa, pero poco antes del juicio consiguió evadirse.

El caso del médico que conseguía acabar con la «cruel enfermedad de la homosexualidad» llegó a oídos del cardenal Eugène Tisserant, quien al parecer ordenó a sus servicios secretos que ayudasen a tan «eficiente» científico. El propio Tisserant ordenó a Draganovic que Vaernet fuese «evacuado» a través de San Girolamo.

Al parecer, el antiguo médico de las SS se había refugiado en la embajada argentina en Estocolmo. Desde Suecia, y con ayuda de la organización Odessa, Vaernet encontró refugio en Argentina. Los argentinos negaron tener conocimiento de la llegada de Carl Vaernet al país, pero existe un documento reseñado por el periodista Uki Goñi en su libro *The Real Odessa: Smuggling the Nazis to Peron's Argentina* que demuestra que el médico danés de las SS entró en el país, abriéndose un informe a su nombre con el número 11692 y un anexo con el número 3480, en el que Vaernet solicita la nacionalidad argentina[21].

A finales del año 1950 la operación del «Oro de Croacia» estaba a punto de caer en manos de los servicios secretos del papa Pío XII, y por supuesto no iban a dejar que se escapase de entre sus dedos.

Las investigaciones llevadas a cabo por los servicios de inteligencia militar aliados tras la guerra revelaban que el tesoro saqueado por los líderes *ustachis* huidos sumaba unos ochenta millones de dólares de la época en monedas de oro, casi quinientos kilos en lingotes, varios millones más en diamantes tallados y una considerable cantidad en divisas, principalmente francos suizos y dólares estadounidenses. El «Tesoro *Ustachi*» fue cargado en dos camiones rumbo a Austria, escoltado por dos antiguos agentes de la seguridad de Ante Pavelic y por tres sacerdotes, uno de ellos, Krunoslav Draganovic[22]. De este dinero se entregó una parte importante a los británicos, que sirvió para pagar la puesta en libertad de altos jerarcas croatas como el propio *Poglavnik*, Ante Pavelic, o el que fuera su ministro de Asuntos Exteriores, Stjepan Peric.

Tras separar la parte británica del botín, quedaban aún unos trescientos cincuenta kilos de oro y mil cien quilates en diamantes. Según una versión, del tesoro se separaron casi cincuenta kilos de oro en lingotes, introducidos en dos cajas y trasladados a Roma. El particular cargamento iría escoltado por el padre Krunoslav Draganovic y dos

agentes de los servicios secretos del Estado Vaticano. El resto fue enterrado en un lugar seguro en la frontera de Austria; pero la codicia era mayor que las ansias patrióticas de los croatas evadidos. Pavelic ordenó al general Ante Moskov y a Lovro Ustic, antiguo ministro de Economía, que desenterrasen el tesoro y lo pusiesen a buen recaudo en un banco suizo, mas cuando llegaron al lugar en donde debía estar enterrado, el tesoro había desaparecido.

Un informe del Cuerpo de Contraespionaje Militar (CIC) estadounidense estacionado en Roma indica que: «El tesoro, cargado en dos camiones, fue puesto bajo la protección del teniente coronel británico Johnson. En los camiones iban diversas propiedades de la Iglesia católica en la Zona Británica de Austria. Los dos camiones iban custodiados por varios sacerdotes, un tal Draganovic y por el coronel Johnson. Los vehículos entraron en Italia y se dirigieron hacia un destino desconocido»[23].

Otro documento redactado por el agente Emerson Bigelow, del SSU, una unidad de espionaje dependiente del Departamento de Guerra, y enviado al Departamento del Tesoro de Estados Unidos, explicaba: «Pavelic se ha llevado un total de 350 millones de francos suizos de Croacia, en monedas de oro. Ese dinero procede del expolio a serbios y judíos, para sustentar a los *ustachis* huidos tras la guerra —escribió—. El resto, unos 200 millones de francos suizos, acabaron en los depósitos del Vaticano tras la intervención de un sacerdote llamado Draganovic y otros dos curas, que posiblemente pertenecerían a los servicios secretos de la Santa Sede», relataba Bigelow.

Otros informes del espionaje norteamericano y del Departamento del Tesoro aseguraban que una parte del tesoro *ustachi* en poder del Vaticano fue desviado a veintidós cuentas en cuatro bancos suizos. La operación sería llevada a cabo por el obispo esloveno Gregory Rozman, ferviente antisemita y criminal de guerra, y protegido por el papa Pío XII y por la Santa Alianza tras el fin de la guerra[24]. Al final de la guerra el Gobierno yugoslavo de Tito pidió reiteradamente la extradición de Gregory Rozman por «crímenes de guerra», pero la resistencia de Gran Bretaña, Estados Unidos y, por supuesto, del propio Vaticano hizo imposible su extradición y enjuiciamiento.

Para estadounidenses y británicos era impensable la entrega de un alto dignatario de la Iglesia católica a un gobierno comunista. Para el Vaticano era impensable la entrega de un alto dignatario que sabía tan-

to sobre las operaciones *non sanctas* de la administración papal de Pío XII tras la Segunda Guerra Mundial[25].

Rozman, escoltado por agentes del espionaje papal, viajó hasta Berna para hacerse cargo del «dinero negro» conseguido por el Vaticano, y que serviría para financiar el «Pasillo Vaticano». «Muchos de los evadidos del campo de prisioneros de Afragola se han refugiado en San Girolamo. Este es el principal centro de organización de evasión de criminales alemanes y croatas hacia terceros países», asegura un informe de la contrainteligencia norteamericana. «El patrocinio de Draganovic de esos colaboracionistas croatas le vincula definitivamente con el plan del Vaticano de proteger a esos nacionalistas ex miembros *ustachis* hasta el momento en que puedan conseguir los documentos adecuados que les permitan ir a Sudamérica. El Vaticano, sin duda contando con los fuertes sentimientos anticomunistas de aquellos hombres, está esforzándose por infiltrarles en Sudamérica de cualquier forma posible para contrarrestar la difusión de la doctrina roja», explicaba en el mismo documento el agente al cargo de la investigación sobre los movimientos *ustachis* en San Girolamo[26].

Ante Pavelic, el más importante de los criminales de guerra huidos a través del «Pasillo Vaticano» con la ayuda del padre Krunoslav Draganovic, estuvo hasta mayo de 1946 refugiado en el Collegio Pio Pontificio, situado en el número 3 de la Via Gioacchino Belli, en el barrio romano de Prati. Posteriormente sería trasladado a una pequeña casa en el complejo de Castelgandolfo, la residencia de verano de los papas, en donde mantenía reuniones casi semanales con el cardenal Montini, el futuro papa Pablo VI. En el mes de diciembre de 1946, Pavelic se refugió en San Girolamo. A punto estuvo de ser embarcado rumbo a Argentina desde el puerto de Génova mientras era escoltado por los padres Ivan Bucko y Karlo Petranovic, pero la llegada de agentes de la inteligencia estadounidense hizo que el *Poglavnik* tuviese que ser introducido de nuevo en el monasterio de Santa Sabina para evitar que fuera detenido.

Un infiltrado del espionaje aliado en San Girolamo informó en abril de 1947 que se había perdido la pista de Pavelic. En el mes de agosto del mismo año se rumoreó que se organizó una reunión secreta entre los jefes de los servicios secretos británico y estadounidense en Roma y el cardenal Montini para negociar la entrega de Pavelic. Durante el encuentro, el enviado del papa Pío XII dijo a los espías que

para «el Vaticano, no para el Sumo Pontífice, Ante Pavelic era un católico militante pero que se equivocó luchando por el catolicismo. Es por esa razón por la que está en contacto con el Vaticano. Por esta razón está bajo protección de la Santa Sede. No se pueden olvidar sus crímenes del pasado, pero solo puede ser juzgado por croatas representantes de un gobierno croata independiente». Estaba claro para el Vaticano, el papa Pío XII y la Santa Alianza que Ante Pavelic era culpable del asesinato de casi ciento cincuenta mil personas, pero también que Stalin era responsable del asesinato de millones de personas en Ucrania, la Rusia Blanca, Polonia y el Báltico, y que el mariscal Tito era su agente en Yugoslavia[27].

Por fin, el 11 de octubre de 1948, el líder de los *ustachi* se dirigió al puerto de Génova y se embarcó en el barco *Sestriere* en un camarote de primera clase. Llevaba un pasaporte de la Cruz Roja con el número 74369, a nombre de Pal Aranyos, un ingeniero húngaro, expedido por recomendación de la Secretaría de Estado del Vaticano. En un informe de 1950 la CIA aseguraba que incluso Pavelic iba acompañado en el buque por dos agentes de los servicios secretos del Vaticano que permanecieron con el *Poglavnik* durante los dos años siguientes en calidad de guardaespaldas.

La organización del «Pasillo Vaticano» supuso una de las más grandes operaciones secretas de todos los tiempos. No existen pruebas concluyentes de que el «Pasillo Vaticano» o la operación «Convento» fuese organizada o planificada como una operación unitaria y compacta por parte del espionaje de la Santa Sede por orden del papa Pío XII o de su secretario, Robert Leiber, aunque sí existen pruebas concluyentes de que miembros relevantes de la Curia romana, el propio monseñor Giovanni Montini, futuro Pablo VI, y agentes de los servicios secretos del Vaticano participaron en innumerables operaciones de evasión de criminales de guerra hacia países seguros, lejos del alcance de la justicia internacional.

Monseñor Karl Bayer, encargado de atender las demandas de los jerarcas nazis refugiados en la iglesia de Hudal, Santa Maria dell'Anima, entrevistado años después por la escritora Gitta Sereny para su libro *Into That Darkness: An Examination of Conscience,* recordaría cómo él y monseñor Hudal habían ayudado a los nazis con el respaldo del Vaticano: «El Papa [Pío XII] proporcionaba el dinero para ello; a veces a cuentagotas, pero llegaba», diría Bayer[28].

La apertura de los archivos de la Cruz Roja Internacional redactados durante la posguerra ha cerrado por fin la polémica acerca de si los criminales de guerra nazis y croatas contaron con la ayuda del Vaticano para huir de la justicia hacia Sudamérica, Australia, Sudáfrica o Canadá. Los cardenales Montini, Tisserant y Caggiano diseñaron las rutas de huida y negociaron con los países de destino las condiciones de su apoyo; obispos y arzobispos como Hudal, Siri y Barreré realizaron los trámites necesarios para crear documentos e identidades falsos a los asesinos; sacerdotes como Draganovic, Dömöter, Bucko, Petranovic y muchos otros firmaron de su puño y letra las solicitudes para la concesión de pasaportes de la Cruz Roja a criminales de guerra como Josef Mengele, Erich Priebke, Adolf Eichmann, Hans Fischböck, Ante Pavelic o Klaus Barbie. Frente a todas estas pruebas y datos queda la pregunta principal: ¿Estuvo el papa Pío XII al tanto de la operación «Convento» y de la organización del «Pasillo Vaticano»?

Existe un caso claro, y este fue el de Bernhard Heilig. El alemán estaba acusado de ser el responsable de la ejecución de sus propios soldados por actitud «derrotista». Heilig escapó de una prisión aliada y consiguió refugiarse en 1950 en el 28 de Via Gregoriana, la sede de la Cruz Roja Internacional en Roma. Su solicitud de ayuda llevaba la firma del agente y sacerdote Krunoslav Draganovic y de monseñor Karl Bayer, el representante en la iglesia de Santa Maria dell'Anima. También la solicitud de Heilig venía avalada por el padre alemán Bruno Wüstenberg, un ayudante de confianza del secretario de Estado del Vaticano en funciones, el cardenal Montini[29].

Según cifras de la Dirección de Migraciones de Argentina, se calcula que durante la posguerra llegaron al país cerca de 5.000 croatas, de los cuales 2.000 llegaron desde Hamburgo, otros 2.000 desde Múnich y cerca de un millar desde Italia, más en concreto desde el Vaticano.

En un informe del Foreign Office actualmente desclasificado, el especialista en asuntos sudamericanos Victor Perowne escribe: «Las actividades del clero católico para seguir protegiendo a los refugiados yugoslavos a emigrar a Sudamérica pueden considerarse humanitarias o políticamente siniestras, según se mire. Creo que hay muchos líderes fascistas menores refugiados en San Paolo fuori le Mura [extramuros de San Pablo] y no es imposible que algunos criminales de guerra yugoslavos se hayan refugiado en San Girolamo, porque no tendría nada de inusual. Es improbable que el Vaticano apruebe las actividades polí-

ticas, tan opuestas a las religiosas, del padre Draganovic y compañía, en la medida en que puedan desentrañarse unas de otras. Porque se trata de una situación en la que es casi imposible desentrañar la política de la religión. Aunque no podamos condenar la actitud caritativa de la Iglesia católica hacia "pecadores individuales", pensamos que hay abundantes pruebas de que el Vaticano ha permitido, de forma encubierta o abiertamente, que se aliente a los miembros de la Ustacha»[30].

Existe únicamente un informe que muestra la posición de la Santa Alianza en el tema de la operación «Convento», el «Pasillo Vaticano» y el padre Krunoslav Draganovic. Según un informe de la CIA, fechado el 24 de julio de 1952, el cardenal Pietro Fumasoni-Biondi, jefe del espionaje papal, también estaba al corriente de las operaciones del padre Krunoslav Draganovic y de los acontecimientos que rodeaban a San Girolamo. Fumasoni-Biondi estaba muy disgustado con la «Hermandad», la organización de auxilio que lideraba Draganovic. En 1952, y a pesar de la prohibición expresa del Vaticano de conceder más visados a alemanes y croatas, el padre Krunoslav Draganovic continuó ayudando a evadirse a criminales de guerra.

Pero la situación iba a cambiar considerablemente cuando el 6 de octubre de 1958, mientras se encontraba en Castelgandolfo, el papa Pío XII sufrió una trombosis cerebral. Durante esa noche se le administraron los últimos sacramentos. Tras una larga agonía el Sumo Pontífice, uno de los hombres que más secretos conocía de la Iglesia católica, muchos de ellos generados por él mismo, moría en la medianoche del día 9 de octubre, a los ochenta y dos años de edad. Los días de gloria de Krunoslav Draganovic terminarían pocos días después de la muerte del papa Pío XII. En octubre de 1958 la CIA supo que el sacerdote había sido expulsado de San Girolamo, sin dejarle portar absolutamente nada en sus manos, por «orden expresa de la Secretaría de Estado Vaticana». La orden fue ejecutada por cinco agentes del espionaje papal liderados por Nicolás Estorzi, «el Mensajero», cumpliendo órdenes estrictas del cardenal-jefe de la Santa Alianza[31].

Krunoslav Draganovic, al perder sus poderes en el Vaticano, perdió también en 1962 los favores de las agencias de espionaje occidentales, como la CIA y el MI6, por «razones de seguridad».

El informe de la CIA mostraba que Draganovic, «alias *Bloody Draganovic,* alias *Dr. Fabiano,* alias *Dynamo,* es incontrolable, demasiado conocedor del personal de la unidad y de su actividad; exige exorbi-

tantes tributos y ayuda estadounidense a las organizaciones croatas como pago por su cooperación». Otra página del mismo informe señalaba que el padre Krunoslav Draganovic, de la orden de los franciscanos, «había servido activamente al régimen satélite nazi de Croacia, responsable de la muerte de entre 330.000 y 390.000 serbios ortodoxos y cerca de 32.000 judíos. Tras la guerra, Draganovic facilitó la evasión de numerosos criminales de guerra hacia Sudamérica, vía el Colegio de San Girolamo en Roma. Desde 1959 y 1962, durante los años más tensos de la Guerra Fría, el padre Draganovic trabajó como espía para los servicios de inteligencia militar de Estados Unidos contra el régimen de Yugoslavia. El dosier de la CIA sobre Draganovic demuestra un gran escepticismo hacia él, por lo que se ha dado por finalizado su empleo con el Ejército de Estados Unidos».

Al convertirse en un «repudiado» para los servicios de inteligencia de Estados Unidos, Gran Bretaña y el Vaticano, Draganovic decidió, en enero de 1967, cruzar la frontera y regresar a Yugoslavia, en donde se dedicó a lanzar mensajes a favor de Tito. Existen indicios de que el sacerdote pudo haber sido secuestrado por agentes del espionaje yugoslavo. Misteriosamente, Draganovic reapareció en Sarajevo el 15 de noviembre del mismo año. Durante la rueda de prensa que concedió a diversos medios, el ex agente del Vaticano alabó la «democratización y la humanización de la vida llevada a cabo por el régimen de Tito en Yugoslavia». En la misma rueda de prensa negó haber formado parte del «Pasillo Vaticano» o haber sido secuestrado por la UDBA, la policía secreta yugoslava.

Bajo la autorización y protección del cardenal Eugène Tisserant, Draganovic, a quien los servicios de contrainteligencia de Estados Unidos conocen ya con el nombre de la «Pimpinela Escarlata» de los nazis, sería nombrado registrador general de la Iglesia católica romana en Yugoslavia, cargo que ocupó hasta el mismo año de su muerte.

El padre Krunoslav Draganovic moriría en julio de 1983, a los ochenta años de edad, en la más absoluta miseria, llevándose a la tumba uno de los mayores secretos relacionados con el Estado Vaticano: las «peligrosas» relaciones entre los criminales de guerra nazis y croatas y los servicios de inteligencia de la Santa Sede, así como los entresijos de la operación «Convento», dentro del llamado «Pasillo Vaticano»[32].

19

Édouard Gagnon

Monseñor «Nessun Dorma»

Nacido el 15 de enero de 1918 en Port Daniel (Canadá), Édouard Gagnon se crió en una familia de trece hermanos. En 1940 se licenció en Teología en el Gran Seminario de Montreal, y en Derecho Canónico en la Universidad de Laval, en Quebec. Su disertación sobre *La censura de los libros* causó una profunda impresión en Roma. Anastase Forget, obispo de San Juan de Quebec, le propuso viajar a Roma para incorporarse al Cuerpo diplomático a través de la Secretaría de Estado, pero Gagnon prefirió permanecer en Canadá, dedicarse a la enseñanza y mantenerse alejado del «mundanal ruido» de Roma.

Entre 1945 y 1954 fue nombrado profesor de Moral y Derecho Canónico en el Gran Seminario de Montreal y en el Instituto Pío XI. Al mismo tiempo ejercía como auditor del Tribunal Eclesiástico de la archidiócesis de Montreal[1].

Durante los años siguientes, Édouard Gagnon ocupa diferentes cargos eclesiásticos en la provincia canadiense de Manitoba y en Manizales, en Colombia, pero a requerimiento de los obispos canadienses fue enviado a Roma para participar, entre 1964 y 1965, en la tercera y cuarta sesiones del Concilio Vaticano II. Sus disertaciones impresionaron al papa Juan XXIII, quien le pidió que permaneciese en el Vaticano; pero monseñor Gagnon prefirió regresar a Canadá.

El 21 de junio de 1963 el cardenal Giovanni Battista Montini fue elegido nuevo Sumo Pontífice. Pablo VI tenía previstas nuevas misiones para monseñor Gagnon.

Por orden pontificia, monseñor Édouard Gagnon fue requerido en Roma, y en septiembre de 1966, nombrado secretario de la Comisión Pontificia para la Comunicación Social; pero Gagnon, poco amigo de las intrigas de la Curia, pidió al Papa ser enviado a Japón como provincial de la Sociedad[2].

Pablo VI decide entonces nombrarlo, el 19 de febrero de 1969, obispo de San Pablo, en Alberta. En los años siguientes, monseñor Édouard Gagnon alterna diversos cargos, como el de pro nuncio vaticano en Canadá, pero el 3 de mayo de 1972 decide presentar su dimisión y regresar a Roma. Durante casi dos años ejerce como rector del Pontificio Colegio Canadiense y primer vicepresidente del Comité Pontificio para la Familia, mas el papa Pablo VI le tiene reservada una misión que se convertiría con el paso de los meses en una auténtica «bomba de relojería». Pablo VI iba a ordenar a sus servicios de inteligencia la puesta en marcha de lo que iba a denominarse operación *Nessun Dorma* (Que Nadie Duerma).

A comienzos de enero de 1974 el Sumo Pontífice ordenó a los responsables de la Santa Alianza y el *Sodalitium Pianum* que se reuniesen con él en su comedor privado. El encuentro entre los tres hombres duró cerca de tres horas y media. Nadie supo lo que ahí se dijo, ni el contenido de la conversación, pero lo cierto es que durante esa reunión Pablo VI pidió a los responsables de sus servicios secretos la puesta en marcha de la llamada operación *Nessun Dorma.*

Esta consistiría en la redacción de un amplio informe que pusiese al descubierto no solo las carencias y necesidades de todos los departamentos vaticanos, congregaciones, comisiones, dicasterios e incluso la Guardia Suiza, sino que también debía recoger las denuncias de corrupción cometidas por los funcionarios del Estado Vaticano. Aunque la dirección de la investigación correría a cargo de la Santa Alianza, la redacción del informe final fue encargada al arzobispo Édouard Gagnon y a monseñor Istvan Mester, este último a las órdenes del cardenal estadounidense John Joseph Wright, responsable de la Congregación para el Clero[3].

Entre los casos que demostraba el informe *Nessun Dorma* se encontraba el de un alto miembro de la Curia romana, detenido en la

frontera con Suiza. La devaluación de la lira italiana castigaba cada vez en mayor medida a los ciudadanos de Italia. Los poderosos intentaban llevarse a Suiza todos los ahorros en maletas y sacos. Muchos de ellos eran detenidos en la frontera y enviados directamente a la cárcel. Los medios de comunicación daban constantes noticias sobre actores, políticos, cantantes, presentadores de televisión o deportistas que habían sido detenidos con las «manos en la masa».

Para poner a buen recaudo los importantes ahorros en Suiza, un obispo se hizo acompañar por un capitán de la Guardia de Finanzas con el fin de cruzar más fácilmente la frontera. Al llegar a Pontechiasso, uno de los agentes pidió al conductor que abriese el maletero para ser registrado. El obispo enseñó entonces su pasaporte vaticano, acogiéndose a la «inmunidad diplomática».

El agente volvió a la caseta para consultar qué debía hacer. Con rostro serio, el agente se dirigió al conductor y le explicó que su comandante le había ordenado registrar el vehículo. Al abrir el maletero, el agente de aduanas encontró una maleta llena de liras, dólares y francos suizos.

El obispo explicó en la comisaría que el envío de fondos era por orden del Estado Vaticano para ser depositado en sus cuentas suizas. Tanto el obispo como el capitán de la Guardia de Finanzas permanecieron detenidos hasta que las autoridades italianas pudieran ponerse en contacto con el sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Giovanni Benelli.

El caso se iba a convertir en un serio conflicto diplomático entre Italia y el Vaticano, cuando la Santa Sede anunció que nada tenía que ver con ese «envío» de dinero, pero monseñor Benelli entendió que tan alto miembro de la Curia no podía pasar una noche más en una cárcel italiana. Benelli se vio obligado a negociar con el Ministerio italiano de Asuntos Exteriores; con el Ministerio del Interior; con la Policía y con la Guardia de Finanzas y Aduanas. El obispo, junto con la maleta, fue finalmente entregado a un enviado de la Secretaría de Estado.

Otro de los casos descubiertos fue el de dos obispos, estadounidense e italiano, que trabajaban en la Secretaría de Estado. Ambos decidieron ir a vivir juntos a un apartamento con un ama de llaves[4].

El religioso estadounidense había comenzado a probar, primero las drogas blandas y al final la cocaína. En varias ocasiones el religioso era visto en supermercados de la droga, a las afueras de Roma, tendido en el suelo de una estación.

Un día, una revista publicó las cartas de amor enviadas por el monseñor estadounidense a una joven italiana, amante también de las drogas. Su amigo italiano consiguió evitar su expulsión de la Iglesia y del Vaticano, acabando ambos como nuncios papales en diferentes capitales del mundo.

También la Santa Alianza descubriría que el rector de la Pontificia Universidad Laterana había reservado una habitación de un hotel de Roma. Llegó por la noche y desde la cercana estación cogió un taxi hasta la misma puerta del establecimiento.

Para el día siguiente reservó una mesa para almorzar con una pareja, que parecían marido y mujer. La Santa Alianza colocó micrófonos y consiguió escuchar la conversación. La charla, nada informal, versaba sobre el final del pontificado de Pablo VI, su enfermedad, los rumores vaticanos, y hacían un amplio repaso a los posibles sucesores: el cardenal Sebastiano Baggio, el cardenal Ugo Poletti y el cardenal Jean Villot, a quien en los pasillos vaticanos se le conocía con el apodo del «Vicepapa». Dos semanas después la revista *Tempo* publicaba un amplio artículo sobre los posibles sucesores al «enfermo papa Pablo VI»[5].

Otro asunto, mucho más escandaloso, descubierto por los agentes de *Nessun Dorma* fue el de un alto miembro de la Curia y sus aventuras amorosas. Durante una patrulla nocturna la policía de Roma se acercó a un lujoso vehículo estacionado en una zona cercana al Coliseo. Uno de los agentes encendió su linterna, y en el interior del vehículo descubrió a sus dos ocupantes completamente desnudos. Los agentes pidieron la documentación a ambos hombres para tomarles declaración. La rápida intervención de la Secretaría de Estado vaticana impidió que el nombre del religioso saliera en grandes titulares al día siguiente[6].

Los agentes de *Nessun Dorma* destaparon también un gran sistema de corrupción a base de regalos. Por ejemplo, se relataba el caso de un religioso estadounidense de setenta y dos años. Para ser colocado en las listas de ascensos vaticanos, el religioso se dedicó a hacer importantes regalos a los altos miembros del Colegio cardenalicio, invitaciones a costosos restaurantes en la Ciudad Eterna, relojes de oro e incluso un pavo real para un importante cargo de la Secretaría de Estado. Finalmente, el religioso fue nombrado obispo. Cuando este murió se descubrió que el obispo fallecido había malgastado enormes sumas de dinero de la diócesis y que incluso había llegado a hipotecar varios edificios propiedad de la Iglesia.

Poco a poco, monseñor Édouard Gagnon y monseñor Istvan Mester, de la Congregación para el Clero, iban recopilando los datos en un grueso volumen, que acabó convirtiéndose en un cúmulo de pruebas contra la corrupción reinante en departamentos, dicasterios, universidades pontificias, congregaciones y comisiones papales. Todo fue incluido en el informe *Nessun Dorma,* cada dato, cada denuncia, cada sospecha.

Los asuntos «sucios» descubiertos por los agentes de la inteligencia papal eran entregados en dos informes independientes a Gagnon y Mester. El primero, de una página de extensión, era una ficha tipo con el nombre del departamento, el sujeto y el asunto investigados, y si dicho asunto había sido denunciado por uno o varios miembros de ese departamento. El segundo informe, mucho más grueso, era realmente una recopilación de pruebas, incluidas en una carpeta para apoyar el primer informe.

Una vez que el caso era cerrado pasaba a manos de monseñor Gagnon y monseñor Mester para su estudio. Ambos religiosos lo estudiaban, y una vez que lo habían analizado, lo incluían en el informe final de *Nessun Dorma* o lo rechazaban, por falta de pruebas.

Durante meses los agentes del espionaje papal recorrieron kilómetros y kilómetros de pasillos preguntando e interrogando a todos los funcionarios de los diferentes departamentos del Estado Vaticano. En muy pocas semanas los agentes de *Nessun Dorma* tenían sobre sus mesas cientos y cientos de denuncias de irregularidades y delitos de corrupción cometidos por funcionarios, obispos y cardenales en sus diferentes departamentos.

Al final, el presidente de la Comisión, monseñor Édouard Gagnon, pasó tres meses poniendo en orden todo el material recopilado por la inteligencia papal. Centenares de casos se amontonaban en carpetas, perfectamente documentados. El cardenal secretario de Estado, Jean Villot, ordenó que los despachos utilizados tanto por Gagnon como por Mester fueran vigilados las veinticuatro horas del día por dos soldados de la Guardia Suiza. Sin duda, el poderoso Villot no deseaba que se filtrase absolutamente nada sin que él lo supiera.

Una tarde, Villot llamó a los monseñores Gagnon y Mester y les comunicó que nada de lo incluido en el informe *Nessun Dorma* debía ser revelado a otras fuentes que no fueran él mismo o el papa Pablo VI, bajo pena de excomunión. Los religiosos canadiense y húngaro aceptaron la comunicación de Villot como una orden expresa del Sumo Pontífice.

El voluminoso informe que ponía al descubierto las actividades secretas de la Curia era protegido día y noche por agentes de la Santa Alianza, del S.P. y de la Guardia Suiza, pero poderosas fuerzas ocultas estaban decididas a que ese informe no llegase jamás a manos de Pablo VI.

Una vez terminada la redacción del informe final, que llevó por título el mismo nombre dado a la operación por el propio papa Pablo VI, *Nessun Dorma,* monseñor Gagnon pidió a través de la Secretaría de Estado ser recibido por el Sumo Pontífice. Villot llamó a Gagnon y le pidió que antes de presentar el informe al Papa debía enseñárselo a él. Parece ser que monseñor Édouard Gagnon se negó, alegando que deseaba exponerle personalmente a Pablo VI lo descubierto por los agentes destacados en la recopilación de datos. El cardenal Villot aceptó la propuesta de Gagnon, indicándole que en pocos días sería convocado ante el Sumo Pontífice.

Pasaron semanas sin que el responsable de *Nessun Dorma* recibiese una contestación a su petición de audiencia. Al final se le comunicó desde la misma Secretaría de Estado que, debido a lo delicado del asunto, el dosier debía ser entregado en custodia al cardenal John Joseph Wright, responsable de la Congregación para el Clero, para su protección hasta que pudiese ser presentado a Pablo VI.

Sin duda alguna, Gagnon sabía que el cardenal Wright era un hombre muy cercano a Villot y que aquella orden de entregar el dosier *Nessun Dorma* era una forma de evitar que el Papa pudiese estudiarlo. Villot dijo a Gagnon que la entrega del dosier a Wright debía obedecerse, dado que era una orden pontificia. En la misma tarde del 30 de mayo de 1974, monseñor Gagnon entregó personalmente al cardenal Wright el voluminoso y esclarecedor informe sobre la corrupción en el Estado Vaticano[7].

El dosier fue depositado en un baúl con cerraduras de hierro en el interior de una de las salas de la *Congregatio pro Clericis,* debido a que hasta después de dos días no podría ser entregado al Sumo Pontífice, ya que era fin de semana. A primera hora de la mañana del lunes 2 de junio de 1974, monseñor Mester abrió la puerta y descubrió que algo había ocurrido en el interior. Libros esparcidos por el suelo, papeles revueltos, cajones abiertos. Inmediatamente llamó a monseñor Édouard Gagnon y este a los responsables de la Santa Alianza y del S.P.

Cuando llegaron a la estancia, Mester se encontraba de rodillas ante el baúl en el que el viernes 30 de mayo por la tarde se había depositado el informe *Nessun Dorma*. Las cerraduras habían sido arrancadas de cuajo y de su interior faltaba el dosier de la investigación llevada a cabo durante meses por agentes de la inteligencia papal. El contraespionaje descubrió que los ladrones tenían llave de las puertas de las estancias en las que se encontraban las oficinas de la Congregación para el Clero, ya que las cerraduras no habían sido forzadas. Las cerraduras del baúl habían sido arrancadas literalmente, debido a que la única llave estaba en poder del cardenal Wright. Los ladrones habían tenido el sábado 31 de mayo y domingo 1 de junio para llevar a cabo el robo[8].

Informado el papa Pablo VI del asalto, el Sumo Pontífice ordenó a todos los relacionados con el caso, incluidos los agentes del servicio de espionaje involucrados en la investigación, que se pusiesen bajo «Secreto Pontificio»[9].

Monseñor Édouard Gagnon informó a la Secretaría de Estado de que estaba dispuesto a redactar un nuevo informe más resumido para que el papa Pablo VI pudiese leerlo esa misma semana, pero misteriosamente se le ordenó desde la Secretaría de Estado que, siempre bajo «Secreto Pontificio», entregase todas sus notas y abandonase la tarea hasta nueva orden.

Extrañamente, el cardenal Villot pidió a un hombre muy cercano a él, Camillo Cibin, jefe del Cuerpo de Vigilancia del Estado-Ciudad del Vaticano, dependiente del Gobernatorio de la ciudad, que dirigiese la investigación para descubrir a los culpables del robo. El superintendente Cibin preguntó qué papel jugaría la Santa Alianza en la investigación del robo, pero nuevamente la Secretaría de Estado le ordena entregar todos los resultados de su investigación al propio cardenal Villot, en mano y sin intermediarios[10].

Cibin debía solo informar a la Secretaría de Estado sin levantar acta ninguna de sus actuaciones llevadas a cabo durante la investigación. El Papa había ordenado que el asunto debía permanecer en el más absoluto secreto, pero los rumores sobre un posible robo de un «dosier secreto» habían comenzado ya a extenderse incluso fuera de los muros del Vaticano.

El martes 3 de junio la prensa se hacía ya eco de que «unos ladrones han forzado una cámara de seguridad en el interior del Vaticano y se insinúa sobre la desaparición de un informe redactado por encargo

del propio Papa». El doctor Federico Alessandrini, portavoz del Vaticano, no sabe cómo salir del paso ante la insistencia de los periodistas. Al final, incluso el *Osservatore Romano,* el órgano de prensa de la Santa Sede, publicaba la noticia del robo: «Se ha tratado de un auténtico y vergonzoso robo. Unos ladrones desconocidos han penetrado en el despacho de un prelado y han robado unos expedientes guardados en un sólido arcón de doble cerradura. Un auténtico escándalo», decía el artículo.

En los días que siguieron, catorce miembros de la Curia que habían hablado con los agentes de la Santa Alianza y aportado datos de corrupción en diferentes dicasterios fueron expulsados del Vaticano, mientras que otros cinco fueron enviados a África en «misión evangelizadora».

A pesar de que no volvieron a pedir a monseñor Gagnon la redacción de un nuevo informe, el religioso preparó otro similar al robado. Una vez finalizada su redacción en secreto, pidió nuevamente ser recibido por el papa Pablo VI, pero una vez más su petición fue rechazada. Gagnon pidió entonces a la Secretaría de Estado que hiciera llegar el expediente al Pontífice, mas el dosier tampoco llegó a su destino. Alguien en la Secretaría dijo al Papa que el informe *Nessun Dorma* era ya imposible de localizar. La conspiración, según todos los rumores, apuntaba al cardenal Jean Villot, ex secretario de Estado y antiguo cardenal camarlengo de la Cámara Apostólica.

Otras fuentes apuntaban a que ya en el informe *Nessun Dorma* redactado en 1974 se ponía en evidencia el papel jugado por el estadounidense monseñor Paul Marcinkus, amigo del cardenal John Joseph Wright, en el caso de la Banca Vaticana (IOR) y el banquero Michele Sindona, un asunto que traería de cabeza al Vaticano durante los años siguientes.

Al parecer, monseñor Gagnon destacaba la visita que dos agentes del FBI realizaron a Marcinkus el 26 de abril de 1973, para interrogarle sobre las relaciones del Vaticano de Pablo VI con Sindona y las relaciones de este con importantes familias del crimen organizado italiano en Estados Unidos [11].

Finalmente, monseñor Édouard Gagnon pidió abandonar la Santa Sede y regresar a su país, Canadá, con el fin de alcanzar la jubilación. Durante los años siguientes sería nombrado vicepresidente del Comité Pontificio para la Familia, y en 1983, copresidente del mismo comité.

Durante la VI Asamblea Ordinaria del Sínodo Mundial de Obispos, en 1983, el papa Juan Pablo II pidió a monseñor Gagnon que permaneciese en el Vaticano.

En el consistorio del 25 de mayo de 1985, monseñor Édouard Gagnon sería nombrado cardenal por el Sumo Pontífice, recibiendo el birrete rojo ese mismo día. En enero de 1998 perdió el derecho a participar en el siguiente cónclave (abril de 2005), al cumplir los ochenta años de edad. En marzo de 2001 cesó como presidente del Comité Pontificio para el Congreso Eucarístico Mundial y decidió regresar a su Canadá natal para pasar el resto de sus días.

Han transcurrido nada más y nada menos que treinta y cuatro años desde que se desatase la operación *Nessun Dorma,* pero desde entonces nunca más un Papa volvería a pedir a la Santa Alianza y al *Sodalitium Pianum* una investigación semejante.

20

Carlo Jacobini

El enlace del Mossad

La guerra de Israel contra el grupo terrorista palestino Septiembre Negro, responsable del asesinato de once atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de Múnich, se iba a extender al Vaticano a finales del año 1972. La operación «Jerusalén» para la Santa Alianza y la operación «Diamante» para el Mossad[1] vendrían a demostrar la connivencia y buenas relaciones entre ambos servicios de espionaje durante el pontificado de Pablo VI.

En noviembre de 1972 la primera ministra de Israel, Golda Meir, recibió una comunicación secreta desde la Secretaría de Estado del papa Pablo VI en la que se indicaba que estaría dispuesto a recibirla en breve en una audiencia privada. El 11 de diciembre del mismo año, Meir se reunió con su gabinete y con Zvi Zamir, el *memuneh*[2] del Mossad, para pedirle consejo ante la reunión con el Sumo Pontífice y las medidas de seguridad que deberían adoptarse.

Meir tenía claro, y así se lo dijo a Zamir, que «no deseaba ir a Canossa», un dicho popular israelí que hacía referencia al castillo italiano donde el emperador Enrique IV del Sacro Imperio se humilló presentándose como un penitente más ante el papa Gregorio VII, en el año 1077. Meir era demasiado orgullosa para eso.

Zamir supo a través de la Santa Alianza que el 15 de enero de 1973 sería la fecha elegida para el encuentro. El cardenal Jean Villot informó que la audiencia duraría treinta y cinco minutos; posterior-

mente se intercambiarían regalos y en ningún momento el encuentro entre Pablo VI y Golda Meir iba a regirse por una agenda específica, lo que significaba que cualquier tema podría ser tratado por ambas partes. Por razones de seguridad, la vigilancia y control de la entrevista quedaría en manos del Mossad, dirigido por Zvi Zamir, y de la Santa Alianza, y bajo ningún concepto se haría, ni antes ni después, un anuncio público de la reunión entre los dos altos dignatarios israelí y vaticano[3].

Según el plan, Meir debía volar a París durante los días 13 y 14 de enero para asistir a la conferencia de la Internacional Socialista y desde ahí en un avión alquilado por El Al, y sin distintivos, continuar hacia Roma para reunirse el 15 de enero con el Sumo Pontífice. Únicamente durante el vuelo se informaría del destino final a los acompañantes de Golda Meir. Después del encuentro con el Papa, Meir viajaría hasta Costa de Marfil para reunirse durante dos días con su presidente, Félix Houhouiet-Boigny, y de ahí, de regreso a Israel.

Zamir había decidido viajar una semana antes a Roma para preparar las medidas de seguridad y establecer un hilo conductor con los agentes del espionaje papal. Para el *memuneh,* la Ciudad Eterna era un escenario posible para recibir un ataque de terroristas árabes. Desde el ataque a la delegación israelí en los Juegos Olímpicos de Múnich por parte de Septiembre Negro, la capital italiana se había convertido en una ciudad de encuentro de terroristas de cualquier facción en busca de una buena información y de traficantes de armas en busca de un buen cliente.

Los enlaces entre Israel y el Vaticano eran Mark Hessner, por parte del Mossad, y el padre Carlo Jacobini, por parte de la Santa Alianza[4].

Carlo Jacobini pertenecía a la «clase noble» de funcionarios que se movían como pez en el agua entre los kilométricos pasillos de la Santa Sede. Nacido el 22 de abril de 1931 en Genzano (Albano), Jacobini sabía desde hacía siglos cómo escalar entre la Curia y cómo funcionaba la engrasada maquinaria vaticana. Al fin y al cabo, el religioso y espía era familiar de tres importantes miembros del Colegio cardenalicio: el cardenal Angelo Jacobini, asesor de la Sacra Congregación de la Romana y Universal Inquisición durante el pontificado de Pío IX; del cardenal Domenico María Jacobini, camarlengo del Sacro Colegio cardenalicio, secretario de la Congregación de Propaganda Fide y asisten-

te del Trono Pontificio durante el pontificado del papa León XIII; y del cardenal Luigi Jacobini, protonotario apostólico y secretario de Estado del papa León XIII.

Tras realizar sus estudios de teología en el Seminario de Roma, el joven Jacobini se especializó en idiomas y relaciones entre la Santa Sede y las iglesias orientales. Carlo Jacobini hablaba fluidamente griego, inglés, español, alemán, francés, latín e italiano. Esa habilidad hizo que la Secretaría de Estado lo enviase a la nunciatura en Washington, bajo la protección del cardenal Luigi Raimondi[5].

Allí permaneció por espacio de dos años, en los que mantuvo una estrecha relación con agentes de la CIA y el FBI, y en especial, con el propio director de la Agencia Central de Inteligencia, Richard Helms, a quien conoció en una recepción de la nunciatura vaticana.

Tras regresar a Roma, Jacobini fue destinado al servicio de inteligencia del Vaticano, la Santa Alianza. Su trabajo dentro del espionaje papal era el de las relaciones entre agencias de inteligencia de otros países, y por eso, fue puesto al mando del operativo vaticano para la visita de Golda Meir al papa Pablo VI. Su labor en un primer momento era la coordinación de la seguridad de Golda Meir entre la Secretaría de Estado y el Mossad y entre el Vaticano y la policía italiana.

Poco antes del encuentro, Zvi Zamir mantuvo un encuentro con Shai Kauly, el responsable de la estación del Mossad en Milán; con Mark Hessner, el enlace con el Vaticano; y con el padre Jacobini, el enlace con los israelíes. Zamir dio todos los detalles del viaje de Golda Meir a sus tres interlocutores. Estaba claro que ninguna información debía ser filtrada si querían evitar un atentado contra la líder israelí[6].

Un día después, el contraespionaje vaticano, el *Sodalitium Pianum,* informó a Jacobini de que alguien, posiblemente algún sacerdote auxiliar de la Secretaría de Estado, había pasado una información sobre Meir a un contacto en Roma. Este era conocido por sus relaciones con extremistas árabes y en especial con sectores palestinos en la capital italiana. Carlo Jacobini alertó a Zamir.

El *memuneh* decidió entonces llamar personalmente a Golda Meir para intentar convencerla de que anulase la visita a Pablo VI; pero conociendo a la primera ministra, supo enseguida que una simple amenaza no iba a echarla atrás en su intención de conseguir un reconocimiento de Israel por parte del Vaticano, aunque para ello tuviese que asumir el riesgo de un atentado por parte de terroristas árabes. La úni-

ca respuesta de Meir a Zamir fue: «*Memuneh,* su trabajo es evitarlo. Israel no puede detenerse por una amenaza».

A la seguridad de la cumbre Golda Meir-Pablo VI el Vaticano destinó a otro joven y experto sacerdote en materia de contraespionaje que pertenecía al S.P., el padre Angelo Casoni. Fue este último quien descubrió que la información del viaje clandestino de Golda Meir para encontrarse con el papa Pablo VI en el Vaticano podía haber llegado a manos de un ciudadano palestino llamado Abu Yusuf.

Carlo Jacobini, de la Santa Alianza, y Zvi Zamir, del Mossad, sabían que tarde o temprano algún grupo terrorista haría su aparición. Efectivamente, Yusuf había enviado una comunicación a Ali Hassan Salameh, *el Príncipe Rojo,* máximo dirigente del grupo terrorista palestino Septiembre Negro y cerebro de la operación contra los atletas israelíes en Múnich [7]. El texto del comunicado decía así: «Acabemos con aquella que está derramando nuestra sangre por toda Europa» [8]. El modo y el lugar exactos del atentado contra Meir dependían única y exclusivamente de Salameh. Mientras que para *el Príncipe Rojo* el asesinato de Golda Meir era un golpe de efecto en la lucha contra los israelíes, para Yusuf aquello suponía una ocasión espectacular para demostrar al mundo que Septiembre Negro seguía siendo un poderoso grupo terrorista al que tener en cuenta. Asesinar a la líder israelí en el Vaticano iba a poner a su grupo en la portada de todos los medios de comunicación, tal y como había sucedido meses antes, tras el ataque en Múnich [9].

El 10 de enero de 1973, cinco días antes de la reunión, el *memuneh* Zvi Zamir y los *katsas* Mark Hessner y Shai Kauly fueron conducidos en un coche negro a través de las calles de Roma rumbo al Vaticano. Los guardias suizos que custodiaban el portalón de Santa Ana se cuadraron mientras el coche se introducía en el interior de la zona administrativa de la Santa Sede. Al bajar, les esperaba el padre Carlo Jacobini y el padre Angelo Casoni.

Nada se sabe de la reunión secreta llevada a cabo entre el Mossad y la Santa Alianza, ni siquiera el tema tratado, pero seguramente Zamir salió satisfecho de lo oído. Al atravesar la plaza de San Pedro, el *memuneh* dijo al chófer que lo llevase al aeropuerto para poder tomar un vuelo directo hacia Tel Aviv.

En el Instituto, nombre con el que se conoce al servicio de inteligencia israelí, se sabía que Ali Hassan Salameh había sido ya informa-

do del viaje de Golda Meir a Roma y debían estar preparados para recibir el golpe.

Durante aquellos años los principales grupos terroristas tenían una especial relación con el KGB soviético. En Moscú se les adoctrinaba políticamente y se les entrenaba para asesinar, para montar explosivos, organizar tareas de propaganda y establecer células de información. Los miembros de estos grupos eran entrenados en países de la Europa del Este, en Libia o en el Líbano para cometer ataques terroristas en aeropuertos, terminales de trenes, centros comerciales, etcétera [10].

Tanto el Mossad como la Santa Alianza sabían que no podrían contar con el KGB para detectar a los terroristas de Septiembre Negro que deseaban atentar contra Golda Meir. Los soviéticos no iban a revelar que los hombres de Hassan Salameh contaban con misiles de fabricación rusa ocultos en una nave industrial en un puerto de Yugoslavia. El plan consistía en embarcar los misiles en un barco de pesca en el puerto de Dubrovnik hasta el puerto de Bari, en el Adriático italiano [11].

Desde allí, en un camión, serían transportados hasta Roma a la espera de la llegada de Golda Meir. Zvi Zamir y el padre Carlo Jacobini seguían trabajando codo con codo para responder a tres preguntas claras: el cuándo, el dónde y el cómo del ataque.

Jacobini recomendó no bajar la guardia con respecto a la posibilidad de recibir un ataque en suelo vaticano contra la política israelí. Septiembre Negro estaba bien entrenado, motivado y financiado, y también eran famosos por su extremada violencia. Siempre dejaban algún cadáver tras ellos.

A primeras horas del 14 de enero, a un día del encuentro entre Pablo VI y Golda Meir, un agente del contraespionaje vaticano informó a Angelo Casoni de que un informador suyo le había dicho que se rumoreaba de alguna operación por parte de guerrilleros palestinos en Ostia o Bari. Al mismo tiempo, un *sayan* [12] informó a la estación del Mossad en la embajada de Israel en Italia que había oído una conversación en la que un tipo con claro acento árabe aseguraba a otro, también con acento árabe, que en poco tiempo recibiría una tanda de velas.

La estación del Mossad en Londres comunicó a Zvi Zamir que un informador les había indicado que el objetivo de Septiembre Negro era «uno de los suyos». El jefe del Mossad estaba seguro de que la tan-

da de velas a las que se refería su contacto podían ser misiles; pero Zvi Zamir tenía claro que tanto Golda Meir como Pablo VI jamás anularían el encuentro.

Zamir llamó a Hessner y Kauly y pidió una reunión con los padres Jacobini y Casoni. Los servicios secretos del Vaticano debían ser informados de cada paso de la operación, y lo cierto es que la Santa Alianza tenía mejores fuentes en la ciudad de Roma que los servicios secretos israelíes.

Ali Hassan Salameh, alias *Abu Hassan,* alias *el Príncipe Rojo,* era un hombre culto, enérgico y cruel. Se dice que mató a su hermanastro de un disparo en el ojo cuando descubrió que pasaba información al Frente Popular para la Liberación de Palestina (PFLP), una sección de la OLP contraria a Yasser Arafat[13]. Salameh estaba casado con una belleza libanesa, Georgina Rizak, que había sido Miss Universo en 1971.

Según el Mossad, *el Príncipe Rojo* estaba detrás de la conspiración para matar a Golda Meir, pero para la Santa Alianza era difícil que el terrorista palestino se moviese por Roma sin que ellos lo supiesen. Jacobini estaba seguro de que Salameh jamás saldría de su escondite teniendo al Mossad detrás por su papel en el asesinato de los atletas olímpicos israelíes.

El día que debía celebrarse el encuentro, el 15 de enero, amaneció lluvioso y frío. El Mossad, la Santa Alianza y el DIGOS *(Dipartimento Investigativo dei Gruppi Operazioni Speciali),* la unidad antiterrorista italiana, estaban en estado de máxima alerta. El padre Carlo Jacobini estaba seguro de que Septiembre Negro no permitiría salir viva de Roma a Meir, y así se informó al secretario de Estado, el cardenal Jean Villot, y al papa Pablo VI.

Zamir y Jacobini sabían que si el ataque era con misiles, el único lugar seguro para poder utilizarlos sería en las cercanías del aeropuerto Leonardo Da Vinci, y por supuesto cuando el avión estuviese aterrizando o despegando. En estos dos momentos era cuando la aeronave que transportaba a Golda Meir era más vulnerable. Tanto el Mossad como el DIGOS desplegaron agentes en el aeropuerto y en sus proximidades para vigilar cualquier movimiento sospechoso en los alrededores de las pistas[14].

La primera alerta llegó cuando faltaban pocas horas para la llegada de Golda Meir. Mientras vigilaban las cercanías de las instalaciones,

un agente del S.P. comunicó al padre Casoni que había visto una extraña furgoneta cerca de una pista y que se había acercado a preguntar si necesitaban alguna ayuda.

Los hombres del interior respondieron nerviosamente que ya habían llamado a una grúa. Casoni avisó por radio a Zamir y a Hessner, quienes se pusieron en marcha hacia el lugar. Al llegar descubrieron una furgoneta Fiat de color verde. Armados, pidieron al conductor que se bajase del vehículo para identificarse mientras eran observados desde una distancia prudencial por Carlo Jacobini, de los servicios secretos papales[15].

En ese momento el portalón trasero se abrió y comenzó una lluvia de disparos. Los agentes del Mossad salieron ilesos, pero dejaron heridos graves a dos terroristas, mientras el conductor huía a pie. Los agentes israelíes echaron a correr tras él y consiguieron atraparle. Le colocaron una bolsa de plástico en la cabeza y lo introdujeron en un coche, al parecer con matrícula del Estado Vaticano. En los asientos delanteros se sentaban Hessner al volante y Jacobini en el asiento del acompañante. Detrás se sentaban Zamir y Kauly, y el terrorista capturado, entre ellos. El *memuneh* del Mossad le preguntaba al palestino el emplazamiento de los otros misiles, al tiempo que Kauly le golpeaba en la cara con la culata de su arma. Mientras se divisaba la silueta del avión a lo lejos, los agentes vieron otra furgoneta de color blanco a la que al parecer le habían alterado el techo. Si se observaba más atentamente podían verse una especie de tubos dirigidos que salían por la parte alta a modo de chimeneas apuntando hacia el cielo. Zamir y Jacobini estaban seguros de que aquello no eran chimeneas, sino tubos lanzamisiles.

Hessner pisó el acelerador y embistió brutalmente por un lado a la furgoneta blanca, haciéndola volcar. En el interior, dos miembros de Septiembre Negro se habían quedado atrapados aplastados por el peso de los misiles. Zamir pidió entonces al padre Jacobini que se diese la vuelta para poder ejecutar a los terroristas, pero antes de que pudiese disparar, el agente de la Santa Alianza dijo al jefe del Mossad que si los mataba, a él no le quedaría más remedio que informar al Sumo Pontífice y al secretario de Estado de ello y que Israel quedaría nuevamente en una posición difícil ante el Vaticano. Zamir prefirió no poner una piedra más en las difíciles relaciones entre Israel y el Vaticano, por lo que entregó a los terroristas al DIGOS.

Finalmente, Golda Meir consiguió reunirse con el papa Pablo VI, pero a pesar de que el Pontífice aseguró a la dirigente israelí que no era el momento propicio para establecer relaciones entre ambos países, sí se comprometió a estudiarlo en no menos de cinco años. Al salir del Vaticano, Golda Meir dijo a Zvi Zamir que «el reloj del Vaticano es diferente al del resto del mundo», y puede que fuese cierto. Desde ese mismo día, y cuando el avión de Golda Meir partía rumbo a África, las relaciones entre el Mossad y el espionaje papal fueron muy estrechas, incluso durante el pontificado de Juan Pablo II.

El padre Carlo Jacobini, del espionaje vaticano, y el padre Angelo Casoni, del contraespionaje, se mantuvieron como enlaces permanentes con los servicios secretos de Israel durante los años siguientes, incluso después de que Jacobini hubiese abandonado su puesto en la Santa Alianza.

Los terroristas detenidos por los italianos por intentar matar a Golda Meir fueron puestos en libertad poco después y trasladados a Libia. Las sospechas del *Sodalitium Pianum* sobre la persona de la Secretaría de Estado del Vaticano que pudo dar la información a los terroristas de Septiembre Negro del viaje secreto de Meir recayeron en el padre Idi Ayad. Lo que el Mossad no sabía, y tal vez nunca descubrió, es que Ayad era realmente no solo un agente de la Santa Alianza, sino también un enlace extraoficial entre el papa Pablo VI y la cúpula de la OLP [16].

Mientras, en un despacho perdido entre los kilométricos pasillos del Vaticano, un hombre ponía un sello en una carpeta con el nombre de «Operación Jerusalén» y ordenaba su depósito en el *Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum,* dependiente de la Biblioteca Vaticana. Para el mundo aquella operación para salvar la vida de Golda Meir sencillamente nunca existió, pero lo cierto es que el Mossad no olvidaría jamás que gracias a la Santa Alianza y al padre Carlo Jacobini la primera ministra de Israel estaba aún viva.

La devolución del favor del Mossad a los servicios de inteligencia vaticanos sucedería exactamente tres años después, el 11 de abril de 1976, cuando los israelíes descubrieron un complot para matar a Pablo VI.

Por recomendación de Zamir, Isaac Hofi, el nuevo director general del Mossad, decidió informar al padre Jacobini sobre lo que sus agentes habían descubierto.

Tras la operación llevada a cabo por el terrorista Carlos *el Chacal* contra los delegados de la OPEP reunidos en Viena el 21 de diciembre de 1975, se vio abiertamente enfrentado con los grupos palestinos que hasta entonces le habían estado apoyando, incluido Septiembre Negro. Para ellos, Carlos no era más que un mercenario que había conseguido una buena cantidad de dinero con el único fin de «disfrutarlo en cuestiones burguesas». En total, Carlos y los suyos se habían embolsado cerca de veinte millones de dólares procedentes del rescate pagado por los saudíes a cambio de la libertad de su representante ante la organización petrolífera, el jeque Ahmed Zaki Yamami[17].

A Wadi Haddad, líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), no le gustaba la atención que se prestaba a Carlos, a quien definía como «un mal actor con ganas de ser una estrella de cine». Lo cierto es que tras el golpe de Viena contra la OPEP, Carlos y los suyos se trasladaron a Argelia y después a Yemen. En el país árabe fueron recibidos con banda de música, como auténticos héroes, pero el mito de *el Chacal* crecía y crecía.

Según los servicios de inteligencia occidentales, Carlos se disponía a destruir una central nuclear en Alemania occidental; estaba a punto de asesinar al sah Reza Pahlevi y al rey Hussein de Jordania en un viaje a Suiza; planeaba secuestrar a un grupo de políticos egipcios; asesinar al general Pinochet y a seis embajadores de países occidentales acreditados en Santiago de Chile; tenía en su poder bombas de hidrógeno, atómicas y de gas venenoso, y así un sinfín más de cosas que ayudaban a lo que mejor hacía *el Chacal:* infundir miedo.

Una mañana de finales de marzo sonó un teléfono en un departamento administrativo del Vaticano. El sacerdote cogió el aparato y el interlocutor se identificó como Isaac Hofi, el nuevo *memuneh* que había sustituido a Zvi Zamir al frente del Mossad tan solo dos años antes. Hofi dijo al sacerdote que debían hablar en un lugar seguro.

Esa misma tarde el sacerdote se dirigió andando hasta un céntrico hotel de Roma. Nada más identificarse, dos hombres de pelo corto acompañaron al religioso hasta una de las habitaciones en donde esperaba sentado en una silla el propio Hofi. El recién llegado tomó asiento y el jefe de los espías israelíes le dijo que había llegado la hora de devolver el favor a la Santa Alianza por haberles ayudado a salvar la vida de Golda Meir en enero de 1973.

El padre Carlo Jacobini dijo que, aunque él ya no estaba destinado en la inteligencia vaticana, tal vez podría conectar a los israelíes con alguien del espionaje papal. Hofi rechazó la oferta y dijo que debía seguir las recomendaciones que le había dado su antecesor en el cargo de tratar solo con él. Antes de escuchar la información que tenía que darle el Mossad, Carlo Jacobini dijo que debía recibir órdenes concretas del Vaticano e informar al secretario de Estado, el cardenal Villot. Hofi le respondió que no trataría con otra persona que no fuera él.

Isaac Hofi se acomodó en la silla y comunicó al religioso y antiguo agente papal que una de las estaciones del Mossad había detectado un plan de un grupo terrorista para intentar secuestrar o asesinar al papa Pablo VI. Después de una serie de rodeos, el israelí dijo que sus *katsas* estaban seguros de que el ataque lo dirigiría Carlos *el Chacal*. Al oír aquellas palabras, a Jacobini se le heló la sangre. Sabía por informes de la Santa Alianza que Carlos era un hombre que raramente fallaba un golpe y si no conseguía sus objetivos siempre dejaba un rastro de heridos y muertos [18].

Realmente la información no venía de una estación del Mossad, sino del agregado político de la embajada estadounidense en Teherán, John D. Stempel. El diplomático comunicó a la CIA que durante un encuentro con el segundo secretario de la embajada soviética en Irán, Guennady Kazankin, este le dijo que el KGB había detectado un posible plan para secuestrar o asesinar al papa Pablo VI y que en su desarrollo podrían estar implicados varios miembros de la banda terrorista alemana Baader-Meinhof, los mismos que habrían colaborado con *el Chacal* en el secuestro de los representantes de la OPEP en Viena. Hofi terminó diciendo al padre Carlo Jacobini que la Santa Alianza dispondría de toda la ayuda posible del Mossad para desbaratar el plan [19].

Al terminar la reunión el religioso tomó un taxi de regreso al Vaticano. Las palabras de Hofi bullían en su cabeza y debía compartirlas con alguien. Al atravesar los portalones del Vaticano se dirigió hacia la zona de dependencias que albergaban a los servicios secretos papales y pidió hablar con urgencia con su amigo el padre Angelo Casoni. Durante dos horas, Jacobini y Casoni relataron la historia contada por el *memuneh* del Mossad al cardenal Villot.

La idea de Carlos era la de entrar al asalto y por sorpresa, armas en mano, en la misma basílica de San Pedro mientras el Pontífice estu-

viese celebrando misa y hacerse con el control de edificio. Otro plan era el de utilizar a francotiradores expertos para disparar al papa Pablo VI cuando este se asomase al balcón que daba a la plaza durante el saludo a los fieles, el domingo. La primera idea fue la que se estudió durante semanas debido al éxito que había tenido esta táctica en el secuestro de los representantes de la OPEP en Viena. *El Chacal* no creía que hubiese mucha resistencia por parte de los miembros de la Guardia Suiza, armados con primitivas lanzas y alabardas.

La segunda opción era defendida por Wilfred Böse, un anarquista alemán amigo de Carlos Ramírez, y por Gabrielle Kroche-Tiedemann, una terrorista de veintitrés años que participó en la operación de Viena junto a Carlos el año anterior. Para Böse era sencillo conseguir un rifle de gran calibre con mira telescópica y disparar contra un «objetivo inmóvil vestido de blanco».

Kroche-Tiedemann era más partidaria de seguir este plan debido a que si conseguían matar al Sumo Pontífice de Roma mientras daba su bendición a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro y ante las cámaras de televisión de todo el mundo, aquello supondría para *el Chacal* la mayor publicidad jamás dada a un terrorista.

La Santa Alianza trabajaba contrarreloj en colaboración con el Mossad para desactivar la crisis que se avecinaba. Jacobini necesitaba saber más, y para ello llamó a Hofi personalmente. El *memuneh* se comprometió a enviar al Vaticano una copia de los informes sobre los hombres y mujeres que acompañaban a Carlos en todas sus acciones. Al día siguiente varias carpetas llenas de sellos se amontonaban en la mesa del padre Carlo Jacobini. Fotografías en blanco y negro de cadáveres, rostros capturados en la distancia por cámaras fotográficas de algún espía iban desfilando ante sus ojos.

Poco después, Jacobini recibió otra comunicación del Mossad que indicaba que Böse y Kroche-Tiedemann habían sido detectados en Bahreim y Carlos Ramírez en Yemen. Lo que ni el antiguo agente del servicio secreto vaticano ni tampoco Isaac Hofi del Mossad sabían en aquel momento era que la organización terrorista había decidido cambiar de objetivo. El secuestro o asesinato del papa Pablo VI había dejado de ser el objetivo prioritario, siendo sustituido por el secuestro de un avión de la compañía Air France, el AF139 en vuelo desde Tel Aviv a París con escala en Atenas. Este avión se haría mundialmente famoso cuando un equipo de comandos israelíes y de miembros del *Kidon* per-

tenecientes al Mossad lo asaltaron el 4 de julio de 1976 en una operación relámpago, en el aeropuerto ugandés de Entebbe, liberando a todos los pasajeros retenidos. La crisis en el Vaticano había pasado.

Durante los años siguientes, el padre Carlo Jacobini continuó su labor de enlace de la Santa Sede con los servicios de inteligencia de otros países, estrechando aún más las relaciones con la CIA y sus diferentes jefes de estación en Roma. Fue también trabajo de Jacobini el acercamiento entre la Santa Sede y la OLP de Yasser Arafat. Se sabe que junto al padre Idi Ayad, de origen palestino, Carlo Jacobini organizó una importante reunión entre el secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Agostino Casaroli, y el responsable de Relaciones Exteriores de la OLP, y que también permitió el acercamiento directo de William Casey, director de la CIA durante la Administración Reagan, con el propio papa Juan Pablo II y su jefe de espías, el cardenal Luigi Poggi.

Después de aquello, el padre Carlo Jacobini pasó a ocupar diferentes puestos como negociador vaticano. Por ejemplo, formó parte como asesor especial de la primera comisión bilateral formada por la Santa Sede y el Estado de Israel para negociar la situación legal y fiscal de las propiedades de la Iglesia en Tierra Santa.

En enero de 1996 el padre Jacobini pidió al papa Juan Pablo II un permiso especial para retirarse de sus «importantes» tareas en el Vaticano y regresar a su ciudad natal para recuperarse de una grave enfermedad. No existen datos exactos sobre la fecha de la muerte del religioso y espía Carlo Jacobini, pero se cree que fue entre 1998 y 1999, víctima del cáncer, a los sesenta y siete años de edad.

21

Luigi Poggi

El espía de Juan Pablo II

El 14 de octubre de 1978, a las cuatro y media de la tarde, ciento once cardenales entraron en el cónclave del que debía salir elegido el sucesor de Juan Pablo I. En la Capilla Sixtina los cardenales oyeron en silencio las estrictas normas del cónclave. El cardenal Karol Wojtyla estaba tranquilo la víspera de la primera votación. Al día siguiente, el domingo 15 de octubre, dieron comienzo las votaciones. La contienda se desarrollaba entre los cardenales Giuseppe Siri y Giovanni Benelli, que habían conseguido treinta votos cada uno[1].

En la segunda votación ambos candidatos pierden apoyo, pero por la tarde el cardenal Ugo Poletti, presidente de la Conferencia de Obispos Italianos, recibe treinta votos. En la cuarta votación entran en escena el cardenal Pericle Felici y el cardenal Karol Wojtyla, que reciben cinco votos cada uno. A pesar del silencio que reinaba en las celdas que rodean a la Capilla Sixtina, se está librando una gran batalla por el control de la Iglesia católica. Sin que la candidatura de Siri retroceda lo más mínimo, cada votación tan solo hace que nuevos nombres entren y salgan de las candidaturas sin que se consiga un resultado óptimo.

En la noche del 15 de octubre, el cardenal Franz König negocia con los cardenales franceses, alemanes, españoles y norteamericanos el posible apoyo al cardenal polaco Wojtyla. El lunes 16, por la mañana, hay dos votaciones más. Siri sigue perdiendo terreno frente a otros cardenales como Giovanni Colombo, Ugo Poletti o Johannes Willebrands[2].

En la siguiente votación los votos a favor del cardenal Karol Wojtyla se incrementan. Esa misma tarde, Wojtyla se reúne en la celda con el cardenal primado de Polonia, Wyszynski. Este le dice a Wojtyla que si le eligen debe aceptar. Dos votaciones después, Karol Wojtyla escuchó cómo se decía su nombre en noventa y nueve ocasiones.

Lo nunca visto, lo inimaginable: un Papa de un país del este de Europa, de una nación más allá del Telón de Acero. Tras pronunciar las palabras de aceptación y anunciar el nombre que adoptaría como Sumo Pontífice, el nuevo Papa fue escoltado hasta la antecámara conocida como la *camera lacrimatoria,* el salón en donde el nuevo Sumo Pontífice se viste con el hábito blanco. Inmediatamente después, y con paso firme, el ya papa Juan Pablo II salió al balcón para lanzar su bendición *Urbi et Orbi* al mundo y a los fieles.

Las esperanzas ante la llegada de un nuevo Pontífice se fueron deshaciendo a medida que iban sucediéndose los primeros nombramientos. Para dirigir los servicios de inteligencia del Vaticano, Juan Pablo II nombraría a monseñor Luigi Poggi, que había ocupado el cargo de delegado apostólico en Polonia desde 1975. Sin duda alguna, Poggi era lo que iba a necesitar la Santa Alianza en unos momentos en los que comenzaban a aparecer las primeras grietas en el Telón de Acero.

Nacido el 25 de noviembre de 1917, en la ciudad italiana de Piacenza, Poggi estudió en la prestigiosa Pontificia Academia Eclesiástica de Roma. En 1945, bajo el pontificado de Pío XII, Luigi Poggi se incorporó a la Secretaría de Estado, en donde ejerció en diferentes departamentos. Allí se especializó en países de la Europa del Este y en las relaciones de la Iglesia con Moscú.

El 14 de abril de 1960, el papa Juan XXIII nombra a Luigi Poggi prelado de Su Santidad, con la tarea de asesorarle personalmente sobre un posible acercamiento entre el Vaticano y la Unión Soviética, bajo el poder de Nikita Kruschev. Alguna fuente aseguró que fue idea del propio Poggi el que el papa Juan recibiese en audiencia privada a Rada, la hija de Kruschev, y al esposo de esta, Alexei Adjubei, director del diario *Izvestia*[3]. Aquel encuentro ayudaría a la distensión entre Kruschev y el presidente de Estados Unidos, John Kennedy, por la «crisis de los misiles».

Debido a sus servicios a la Iglesia, el papa Pablo VI decide nombrar a Luigi Poggi arzobispo titular de Forontoniana, siendo consagrado el 9 de mayo de 1965. Durante los años siguientes, Poggi se incorporaría a ocu-

par diferentes cargos en la Secretaría de Estado, como pro nuncio en Camerún, Gabón, República Centroafricana y, por fin, como nuncio en Perú. Pero Pablo VI y su secretario de Estado, el cardenal Jean Villot, tienen una nueva misión para el experto monseñor Luigi Poggi. El 1 de agosto de 1973 es nombrado nuncio especial para las relaciones con Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria.

Sus magníficas relaciones con el Gobierno de Varsovia hacen que el Sumo Pontífice proponga el 7 de febrero de 1975 a monseñor Poggi como jefe de la «delegación vaticana para el trabajo permanente de contacto con Polonia». Aquel cargo obligó a Luigi Poggi a mantener estrechos contactos con un ascendente y prometedor cardenal polaco de la Curia llamado Karol Wojtyla[4].

Desde la elección de Juan Pablo II como nuevo Pontífice, monseñor Poggi fue requerido por el Santo Padre para liderar los servicios de inteligencia del Vaticano en los próximos años, dentro de una clara y nueva «Geopolítica de la Fe». Juan Pablo II tenía ya claro que su principal caballo de batalla dentro de su pontificado iba a ser intentar acabar con el comunismo ateo que azotaba el este de Europa en general y su Polonia natal en particular.

Corren nuevos tiempos y para ello se van a necesitar unos servicios de espionaje activos en uno de los papados más políticos de toda la historia de la Iglesia católica romana.

El 20 de enero de 1981, Ronald Reagan asumía el cargo de presidente de Estados Unidos, pero desde semanas antes de jurar en la escalinata del Capitolio ya se habían establecido contactos estratégicos entre Washington y el Vaticano; entre Ronald Reagan y el papa Juan Pablo II; entre William Casey, de la CIA, y monseñor Luigi Poggi, de la Santa Alianza.

Desde finales de 1980 los contactos entre Estados Unidos y el Vaticano sobre la situación en Polonia habían sido tratados entre Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional del presidente Carter, y el cardenal eslovaco Jozef Tomko, jefe de propaganda del Vaticano y antiguo jefe del contraespionaje, el S.P. Tomko era el jefe del S.P. hasta que Juan Pablo II nombró a monseñor Luigi Poggi responsable de los dos servicios de inteligencia del Vaticano, quedando así unidos en un solo mando.

Aunque Tomko y Brzezinski eran quienes de cierta forma diseñaban la política de Washington y el Vaticano con respecto a la política

de la Europa del Este, era monseñor Luigi Poggi quien diseñaba y desarrollaba, con la autorización de Juan Pablo II, operaciones como la llamada «Libro Abierto». Esta consistía en inundar de libros y propaganda anticomunista los países del Este y zonas de la Unión Soviética como Ucrania y los Estados bálticos. Esta operación era coordinada por la CIA y la Santa Alianza a través de religiosos que trabajaban en esas zonas del mundo. Mientras Juan Pablo II apoyaba la operación «Libro Abierto», Carter no hacía más que presentar objeciones. Zbigniew Brzezinski escribiría años después en sus memorias: «Estaba claro que Juan Pablo II tenía que haber sido elegido presidente de Estados Unidos, y Jimmy Carter, Sumo Pontífice»[5].

Con la nueva Administración de Ronald Reagan ya funcionando, el Vaticano tenía dos nuevos interlocutores con respecto al asunto de Polonia: Richard Allen, consejero de Seguridad Nacional, y William Casey, director de la CIA. Las relaciones de monseñor Luigi Poggi con Casey eran excelentes. Los contactos entre la Santa Alianza y el Vaticano hacían que la información fuese de mucho valor desde el punto de vista de análisis estratégico. Zbigniew Brzezinski, por recomendación del secretario de Estado, Alexander Haig, conservaría su puesto como enlace especial entre la Casa Blanca y la Santa Alianza de Luigi Poggi.

Lo cierto es que la visión que Ronald Reagan tenía de la Iglesia católica y del Vaticano difería mucho de las anteriores administraciones, incluido John Kennedy, el único presidente católico de Estados Unidos.

Pero Reagan era hijo de un trabajador católico irlandés y aquello le había marcado. Uno de sus principales núcleos de votantes eran los católicos y se sentía cómodo rodeado de ellos. Para Reagan y sus asesores, la Iglesia era el perfecto contrafuerte del comunismo. Al igual que Juan Pablo II, el presidente de Estados Unidos veía al marxismo, al leninismo y al comunismo como un signo del mal que había que arrancar de la tierra.

Estaba ya claro que Solidaridad representaba para Moscú una amenaza seria sin precedentes, una «infección que estaba contagiando un monolítico sistema como el comunista, y que si llegaba a infectar a los Estados bálticos, esta podría llegar a deshacer el bloque de la Unión Soviética», según escribió en un informe el propio Zbigniew Brzezinski.

Juan Pablo II y los principales asesores del Vaticano, incluido Poggi, estaban convencidos de que si en Polonia triunfaba el sindicato

Solidaridad, la onda expansiva afectaría también a Ucrania, los Balcanes, Letonia, Lituania, Estonia y tal vez a Checoslovaquia. Reagan entendió que si eso era así, podría suponer el fin de la Guerra Fría, mediante el sistema del dominó y el triunfo del capitalismo sobre el comunismo[6]. La teoría del dominó fue una idea redactada por monseñor Poggi en un informe secreto dirigido directamente al papa Juan Pablo II.

Durante una reunión del presidente Reagan con William Casey y William Clark, el asesor presidencial, este les dijo: «No debemos vernos entrando en el país y derrocando al Gobierno en nombre del pueblo. Lo único que podemos hacer es utilizar a Solidaridad como arma para conseguirlo». Fue en ese mismo momento cuando Reagan decidió que Solidaridad recibiría ayuda financiera de Estados Unidos. Casey no sabía de dónde saldrían esos fondos, algo que sí tenía resuelto monseñor Luigi Poggi, en el Vaticano.

Como enlace para las nuevas operaciones conjuntas de la CIA con la Santa Alianza en Polonia se nombró a Jan Nowak, jefe del congreso polaco-norteamericano. La función de Nowak era mantener el flujo constante de información entre Varsovia y el Vaticano, y desde allí, a través de Poggi, a Washington, a través de Casey. Nowak también se ocuparía de la recaudación de fondos y el envío de dinero a Polonia para financiar prensa clandestina, adquisición de imprentas, envío de fotocopiadoras y cosas por el estilo[7].

Otro de los personajes que adquirirían gran protagonismo en la operación «Polonia» sería el delegado apostólico del Papa en Washington, el arzobispo Pio Laghi, alguien no muy bien visto por Poggi. El jefe del espionaje vaticano acusaba a Laghi de querer tener demasiado protagonismo en una situación complicada como era el asunto «Polonia», y así se lo hizo saber al secretario de Estado, el cardenal Casaroli. A Casey y a Clark les gustaba visitar a Laghi en su residencia. Mientras bebían capuchinos, hablaban los tres sobre la situación política en América Central, sobre el control de la natalidad; pero, sobre todo, Polonia era el tema principal. Ronald Reagan necesitaba saber todos los aspectos de espionaje desarrollados por el Vaticano en Polonia. También saltaría a la escena polaca el cardenal John Krol, de Filadelfia.

Allen, Casey y el propio Ronald Reagan comenzaron a reunirse con Krol, e incluso el cardenal entraba por la puerta trasera en la Casa Blanca. Más que ningún otro hombre de la Iglesia, Krol se ocupaba de

mantener informada a la Casa Blanca sobre la situación del sindicato Solidaridad, sus necesidades y sus relaciones con el episcopado polaco[8]. A pesar de que Krol en muchos sentidos interfería en las operaciones y comunicaciones de la Santa Alianza de monseñor Luigi Poggi, para el Vaticano y para Juan Pablo II la relación del arzobispo de Filadelfia con el presidente Ronald Reagan era algo que debía aprovecharse. Incluso los hombres de Reagan denominaban a John Krol como el «Compinche del Papa». En la primavera de 1981 las relaciones entre la Casa Blanca y el Vaticano eran ya absolutamente fluidas, en especial sobre los temas relacionados con Polonia y América Central. William Casey, Vernon Walters, William Clark y Zbigniew Brzezinski, por el lado norteamericano, y monseñor Luigi Poggi y los cardenales Pio Laghi, John Krol y Agostino Casaroli, por el lado vaticano, se convirtieron en una especie de fuerza de choque, cuyo único cometido sería el apoyo al sindicato Solidaridad en su particular lucha contra el Gobierno comunista de Varsovia.

Siempre que Walters, el embajador especial de Reagan, regresaba de Roma de mantener encuentros secretos con Juan Pablo II, sus informes eran cada vez más abundantes y ricos en información. Vernon Walters hablaba con el Papa y con monseñor Luigi Poggi sobre Polonia, Centroamérica, el terrorismo, Chile, el poder militar chino, Argentina, la teología de la liberación, la salud de Leonid Brezhnev, las ambiciones nucleares paquistaníes, Ucrania o la situación en Oriente Medio. Realmente, lo que Juan Pablo II y su jefe de espías, Luigi Poggi, y Vernon Walters y William Casey hacían en esos encuentros era mantener «contactos geoestratégicos».

Como contrapartida por la información sobre Polonia, la Santa Alianza recibió de la CIA informes basados en conversaciones telefónicas intervenidas entre sacerdotes y obispos de Nicaragua y El Salvador, en las que estos apoyaban la teología de la liberación y participaban activamente en la oposición a las fuerzas apoyadas, militar y económicamente, por Estados Unidos. Por orden de William Casey, Oliver North y otros miembros del Consejo de Seguridad Nacional efectuaron pagos secretos a sacerdotes de las clases dirigentes centroamericanas y leales a Roma y a la Santa Alianza. En realidad, no existe ningún documento que demuestre que el papa Juan Pablo II o algún otro alto cargo del Vaticano aprobaran estos pagos, aunque existen indicios de que Luigi Poggi sí debía saberlo.

El 23 de abril de 1981, William Casey llegó a Roma. El motivo del viaje era tratar el flujo del suministro económico y de material de la CIA y la Santa Alianza a Solidaridad. El director de la CIA sabía que la situación de Polonia era más un proceso evolutivo que revolucionario, y no cabía ya la menor duda de que había que conseguir que Polonia se alejase de la órbita soviética. Juan Pablo II, Casaroli y Poggi se iban a entrevistar hasta en tres ocasiones con el embajador soviético en Roma, y Casey y George Shultz, que había sustituido a Haig al mando de la Secretaría de Estado, iban a ser informados de todo lo tratado.

El general Jaruzelski temía un auténtico desastre que pasaba por la intervención de las tropas del Ejército Rojo entrando en Varsovia y aplastando a los hombres de Solidaridad. Este había solicitado ayuda al cardenal Stefan Wyszynski para que convenciese a Lech Walesa de suspender la huelga general. El prelado, en lugar de informar al Vaticano, decidió mediar entre el Gobierno comunista y Walesa, sin demasiado éxito. Aquello provocaría la ira de Juan Pablo II, cuando fue informado por Poggi [9].

Cuando Walesa y el resto de líderes se negaron, el cardenal se postró de rodillas ante ellos. Le sujetó por la pernera del pantalón y le dijo que no lo soltaría hasta que se comprometiese a suspender la huelga. El chantaje emocional funcionó y Walesa ordenó el fin de la huelga, lo que permitió que el general Jaruzelski comunicase a Moscú que tenía la situación controlada. El 9 de febrero de 1981, Jaruzelski fue nombrado primer ministro de la República Popular de Polonia. Este nombramiento había sido precedido por un golpe de Estado y la posterior dimisión de Jozef Pinkowski [10]. Jaruzelski, según informó monseñor Luigi Poggi al Papa, estaba calificado como duro y opuesto a toda liberalización de la vida pública, y sin duda alguna se convertiría en el principal enemigo no solo del sindicato Solidaridad de Lech Walesa, sino también de las operaciones que el espionaje papal estaba llevando a cabo en Polonia.

Durante la reunión con el Papa, William Casey habló sobre América Central; sobre la posible extensión del comunismo en toda el área centroamericana; sobre los cubanos entrenando a militares nicaragüenses y sandinistas. Según dijo Casey a Juan Pablo II, «los rusos, los cubanos, los búlgaros y los norcoreanos están involucrados». También le pasó a Juan Pablo II una carpeta con un informe en cuya portada aparecían las palabras «Alto secreto». El Papa no la abrió, sino que se la

pasó a monseñor Poggi, que se encontraba a su lado y siempre presente en los encuentros del Sumo Pontífice con el director de la CIA[11].

El origen del informe eran los servicios de espionaje italianos, quienes lo habían pasado a la CIA y esta a la Santa Alianza. En él se hablaba de que cuando Lech Walesa había viajado a Roma en enero para visitar al Papa, también se había reunido con Luigi Scricciollo, de la Confederación Italiana del Trabajo. El contraespionaje italiano indicaba en el informe que «Scricciollo era realmente un agente de los servicios secretos búlgaros». Para los italianos eso significaba que los planes de Solidaridad podían quedar al descubierto o que Lech Walesa podía ser asesinado.

Los años ochenta continuaron siendo extenuantes para monseñor Luigi Poggi y la Santa Alianza, debido al número de operaciones que estaban llevando a cabo sus agentes en el extranjero. El mayor número de sus efectivos estaban destinados en Polonia y un número más reducido en el área de Centroamérica. Es por estas fechas cuando monseñor Poggi pidió por vez primera al Sumo Pontífice ser relevado de «tan alta responsabilidad», pero Juan Pablo II no estaba dispuesto a perder a su jefe de espías y uno de los mayores expertos en Polonia en un momento tan crucial para la política vaticana. La petición de Poggi sería rechazada hasta en ocho ocasiones por el Papa, mas una misión en Italia estaba a punto de estallar.

Un día de finales de abril de 1981, Licio Gelli enseñó a un miembro del Partido Socialista Italiano algunas fotografías que mostraban al papa Wojtyla completamente desnudo en la piscina de Castelgandolfo. En las imágenes se veía el cuerpo desnudo del Pontífice mientras era ayudado a salir de la piscina por varios asistentes. Gelli suponía que si se habían hecho esas fotografías con teleobjetivo, sería sencillo disparar al Sumo Pontífice con un rifle con mira telescópica[12].

Poggi decidió poner manos a la obra con el fin de «rescatar» los negativos desaparecidos. El jefe de la Santa Alianza bautizó la misión como operación «Imagen». El jefe de los espías papales sabía que el mayor paquete de imágenes estaba ya en poder de la Editorial Rizzoli. Licio Gelli recuperó las imágenes y se las dio a Giulio Andreotti. Las fotografías fueron entregadas en mano al Sumo Pontífice en presencia de monseñor Poggi, durante una audiencia con Andreotti[13].

Seguidamente, monseñor Luigi Poggi ordenó a dos miembros del servicio secreto vaticano localizar a toda costa los negativos perdidos,

por dos motivos: Poggi deseaba, en primer lugar, evitar su publicación y el posterior escándalo, y conocer cómo los fotógrafos autores de las imágenes pudieron disparar sus cámaras sin ser detectados por los servicios de seguridad pontificios. No cabía la menor duda de que unos simples fotógrafos habían conseguido burlar los anillos de seguridad en torno al Papa.

Los agentes comenzaron a buscar en los laboratorios en Roma que se dedicaban a revelar el material de los profesionales. A finales de esa misma semana el S.P. detectó a un hombre que intentaba vender unas imágenes bastante comprometidas sin decir de qué se trataba. El hombre en cuestión era un ayudante de laboratorio de una famosa firma que trabajaba con fotógrafos de «prensa del corazón», por lo que debían revelar el material con bastante velocidad. El hombre vivía en un pequeño apartamento a las afueras de Roma, y un día, cuando regresó del trabajo, se encontró con todo revuelto, los cajones vaciados en el suelo, el colchón rajado y los sillones totalmente desvencijados. Al parecer, alguien buscaba algo, y el hombre sabía qué era.

Cuando se dirigió hacia el pequeño baño del apartamento descubrió que los intrusos habían encontrado lo que buscaban. Una de las cañerías de plomo había sido cortada y de su interior habían extraído un rollo de plástico en donde estaban envueltos los negativos. Los hombres de Poggi habían hecho bien su trabajo y la operación «Imagen» nunca existió. Posteriormente, monseñor Luigi Poggi destruiría todo el material [14].

El *Sodalitium Pianum* descubriría que en la historia de las fotografías había estado involucrado un agente del espionaje papal que conocía a la perfección los sistemas de seguridad del Papa y cómo saltárselos, y un sacerdote llamado Lorenzo Zorza. Este agente había estado relacionado con el expediente de quiebra de la Banca Ambrosiana y en una operación junto al ex agente del SISMI, el servicio de inteligencia militar italiano, Francesco Pazienza. Zorza sería también investigado por sus presuntas relaciones con asociaciones mafiosas involucradas en el tráfico de drogas y obras de arte. Una vez más, y cuando las autoridades italianas pidieron a monseñor Luigi Poggi la entrega de Lorenzo Zorza, la Secretaría de Estado se negó, alegando que era un funcionario de un país extranjero y que, por lo tanto, no estaba sujeto a las leyes de la República de Italia.

Durante los años siguientes, monseñor Luigi Poggi vivió una vida al servicio del Papa, día y noche, con largas jornadas de trabajo que le dejaron exhausto. La peor misión de todas las encomendadas por el Santo Padre fue la de investigar quién estaba detrás del atentado contra su vida sucedido en 1981 [15].

El 9 de abril de 1992 el papa Juan Pablo II aceptaba la dimisión de su fiel jefe de espías durante los últimos catorce años, monseñor Luigi Poggi, y lo nombraba archivista de los Archivos Secretos Vaticanos y bibliotecario de la Santa Iglesia de Roma. Por fin, el 26 de noviembre de 1994, Luigi Poggi sería elevado al cardenalato por el Sumo Pontífice por sus «particulares servicios a la Iglesia». El cardenal Poggi cesaría como archivero y bibliotecario el 7 de marzo de 1998. Actualmente el cardenal Luigi Poggi, uno de los personajes que más secretos esconde y conoce sobre la lucha de Juan Pablo II y el Vaticano contra el comunismo durante la década de los ochenta, lleva una tranquila vida, a sus noventa años, en su Piacenza natal.

Anexo

Relación de Papas desde la creación de la Santa Alianza

Pío V, san	7-I-1566/1-V-1572
Gregorio XIII	13-V-1572/10-IV-1585
Sixto V	24-IV-1585/27-VIII-1590
Urbano VII	15-IX-1590/27-IX-1590
Gregorio XIV	5-XII-1590/15-X-1591
Inocencio IX	29-X-1591/30-XII-1591
Clemente VIII	30-I-1592/5-III-1605
León XI	11-IV-1605/27-IV-1605
Paulo V	16-V-1605/28-I-1621
Gregorio XV	6-II-1621/8-VII-1623
Urbano VIII	6-VIII-1623/29-VII-1644
Inocencio X	15-IX-1644/7-I-1655
Alejandro VII	7-IV-1655/22-V-1667
Clemente IX	20-VI-1667/9-XII-1669
Clemente X	29-IV-1670/22-VII-1676
Inocencio XI	21-IX-1676/12-VIII-1689
Alejandro VIII	6-X-1689/1-II-1691
Inocencio XII	12-VII-1691/27-IX-1700
Clemente XI	23-IX-1700/19-III-1721
Inocencio XIII	8-V-1721/7-III-1724
Benedicto XIII	29-V-1724/21-II-1730
Clemente XII	12-VII-1730/8-II-1740
Benedicto XIV	17-VII-1740/3-V-1758
Clemente XIII	6-VII-1758/2-II-1769
Clemente XIV	19-V-1769/21-IX-1774
Pío VI	15-II-1775/29-VIII-1799
Pío VII	14-III-1800/20-VIII-1823
León XII	28-IX-1823/10-II-1829
Pío VIII	31-III-1829/30-XI-1830
Gregorio XVI	2-II-1831/1-VI-1846
Pío IX	16-VI-1846/7-II-1878
León XIII	20-II-1878/20-VII-1903
Pío X, san	4-VIII-1903/20-VIII-1914
Benedicto XV	3-IX-1914/22-I-1922
Pío XI	6-II-1922/10-II-1939
Pío XII	2-III-1939/9-X-1958
Juan XXIII	28-X-1958/3-VI-1963
Pablo VI	21-VI-1963/6-VIII-1978
Juan Pablo I	26-VIII-1978/29-IX-1978
Juan Pablo II	16-X-1978/2-IV-2005
Benedicto XVI	19-IV-2005

Bibliografía

AARONS, Mark, y LOFTUS, John, *Ratlines: The Vatican's Nazi Connection,* Arrow, Nueva York, 1991.

— *Unholy Trinity. The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks,* St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998.

ALDFORF, Kenneth D., *Great Treasure Stories of World War II,* DaCapo Press, Nueva York, 2001.

ALDFORF, Kenneth D., y SAVAS, Theodore P., *Nazi Millionaires: The Allied Search for Hidden SS Gold,* Casemate Publishers, Nueva York, 2002.

ÁLVAREZ, David, «The Professionalization of the Papal Diplomatic Service», *Catholic Historical Review,* núm. 72, abril 1989, Washington, D. C.

— *Spies in the Vatican. Espionage and Intrigue from Napoleon to the Holocaust,* University Press of Kansas, Kansas, 2002.

— y GRAHAM, Robert A., *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican, 1939-1945,* Irish Academic Press, Nueva York, 1998.

— KRUH, Louis, y KAHN, David, *Selections from Cryptologia: History, People, and Technology,* Artech House Publishers, Londres, 1998.

ANDERSON, Robin, *Pope Pius VII (1800-1823): His Life, Times, and Struggle with Napoleon in the Aftermath of the French Revolution,* Tan Books & Publishers, Nueva York, 2000.

ANNAS, George J., *The Nazi Doctors and the Nuremberg Code: Human Rights in Human Experimentation,* Oxford University Press, Nueva York, 1995.

BAIGENT, Richard, *Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade Against Hitler,* Penguin Books, Canadá, 1995.

BALTEAU, J., *Dictionnaire de biographie française,* París, 1933.

BAR-ZOHAR, Michael, y HABER, Eitan, *The Quest for the Red Prince. Israel's Relentless Manhunt for One of the World's Deadliest Terrorists,* The Lyons Press, Guilford (Connecticut), 1983.

BAUER, Eddy, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* 8 vols., Idées & Éditions, París, 1971.

BAUMGARTNER, Frederic J., *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.

BEDESCHI, Lorenzo, «Un episodio di spionaggio antimodernista», *Nuova Rivista Storica,* núm. 56, mayo-agosto 1972, Milán.

BEIK, William, *Louis XIV and Absolutism: A Brief Study With Documents,* Palgrave Macmillan, Londres, 2000.

BENIGNI, Glauco, *Gli angeli custodi del Papa,* UTET Librería, Turín, 2004.

BERGIN, Joseph, *The Rise of Richelieu (Studies in Early Modern European History),* Manchester University Press, Manchester, 1997.

BERNSTEIN, Carl, y POLITI, Marco, *His Holiness,* Bantam Doubleday, Nueva York, 1996.

BIRELEY, Robert, *The Refashioning of Catholicism, 1450-1700: A Reassessment of the Counter Reformation,* Catholic University of America Press, Washington, D. C., 1999.

BLACK, Jeremy, *From Louis XIV to Napoleon: The Fate of a Great Power,* UCL Press, Londres, 1999.

BLACK, Ian, y MORRIS, Benny, *Israel's Secret Wars. A History of Israel Intelligence Service,* Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.

BLANNING, T. C., *The French Revolutionary Wars, 1787-1802 (Modern Wars),* Edward Arnold, Oxford, 1996.

BLET, Pierre, *Pius XII and the Second War World,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1997.

BLOCH, Michael, *Ribbentrop,* Ómnibus, Berlín, 1998.

BLOUIN, Francis X. (ed.),. *Vatican Archives: An Inventory and Guide to Historical Documents of the Holy See,* Oxford University Press, Oxford, 1997.

BLUM, Howard, *Wanted! The Search for Nazis in America,* The Nueva York Times Books, Nueva York, 1977.

BOKUN, Branko, *Spy in the Vatican 1941-1945,* Tom Stacey Ltd., Nueva York, 1997.

BONNEY, Richard, *The European Dynastic States 1494-1660,* Oxford University Press, Oxford, 1992.

— *The Thirty Years' War 1618-1648,* Osprey Publishers Company, Londres, 2002.

BROWNING, Oscar, *Journal of Sir George Rooke, Admiral of the Fleet,* Navy Records Society, Londres (edición facsímil 1897), 1998.

BRUECK, Heinrich, *History of the Catholic Church,* Benziger Brothers, Chicago, 1885.

BRZEZINSKI, Zbigniew, *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century,* Scribner Publishers, Nueva York, 1989.

BUDIANSKY, Stephen, *Her Majesty's Spymaster: Elizabeth I, Sir Francis Walsingham, and the Birth of Modern Espionage,* Plume Editions, Londres, 2006.

BURMAN, Edward, *Assassins: Holy Killers of Islam,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1987.

CADBURY, Deborah, *The Lost King of France: A True Story of Revolution, Revenge, and DNA,* St. Martin's Press, Londres, 2002.

CAHILL, Thomas, *Pope John XXIII,* Viking Penguin, Nueva York, 2002.

CALVO POYATO, José, *Carlos II el Hechizado y su época,* Planeta, Barcelona, 1991.

CANNY, Nicholas, *Making Ireland British, 1580-1650,* Oxford University Press, Oxford, 2001.

CAPACCINI, Francesco, *Lettres de Francesco Capaccini, agent diplomatique et internonce du Saint-Siège au Royaume Uni des Pays-Bas,* M. Nijhoff Publishers, Ámsterdam, 1983.

CARBONERO Y SOL, Manuel, *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia, desde Herodes el Grande hasta nuestros días,* Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1878.

CARLYLE, Thomas, *The French Revolution: A History,* Modern Library, Londres, 2002.

CASAL DE NIS, Emilio, *La Policía y sus misterios,* Mirabet, Valencia, 1922.

CASTIGLIONI, Carlo, *Storia dei Papi,* Editrice Torinese, Turín, 1939.

CAVOLI, Alfio, *La Papessa Olimpia,* Editoriale Scipioni, Milán, 1992.

CAWTHORNE, Nigel, *Sex Lives of the Popes,* Prion, Londres, 1996.

CESARE, Raffaelle DE, *The Last Days of Papal Rome,* Zimmern Publisher, Londres, 1946.

CHADWICK, Owen, *Britain and the Vatican during the Second World War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

CIAPPARA, Frans, *The Roman Inquisition in enlightened Malta,* Pubblikazzjonijiet Indipendenza, Malta, 2000.

COPPA, Frank J., *The Modern Papacy since 1789,* Wesley Longman Ltd., Essex, 1998.

CORDINGLY, David, *Under the Black Flag: The Romance and the Reality of Life among the Pirates,* Harvest Books, Nueva York, 1997.

CORNWELL, John, *Breaking Faith: The Pope, the People and the Fate of Catholicism,* Viking Press, Nueva York, 2001.

— *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

DEDIJER, Vladimir, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican,* Prometheus Books, Nueva York, 1988.

DELORME, Philippe, *L'Affaire Louis XVII,* Jules Tallandier, París, 2000.

DEUTSCH, Harold, *The Conspiracy Against Hitler in the Twiligh War,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1968.

Discípulos de la Verdad, *All'ombra del Papa infermo,* Kaos Edizioni, Milán, 2001.

DOLLMANN, Eugen, *Roma Nazista, 1937-1943,* RCS Libri, Milán, 2002.

DORAN, Samuel, *Monarchy and Matrimony: The Countershṕs of Elizabeth I,* HarperCollins, Nueva York, 1996.

DORAN, Susan, *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* Taylor & Francis Books Ltd., Londres, 1993.

DUCHAIN, Michel, *Elisabeth I d'Angleterre,* Fayard, París, 1992.

DUFFY, Eamon, *Saints and Sinners: A History of the Popes,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 2002.

DUNLOP, Ian, *Louis XIV,* St. Martin's Press, Nueva York, 2000.

ELIOT, John, y BROCKLISS, Laurence, *The World of the Favourite,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 1999.

FALCONI, Carlo, *The Popes in the Twentieth Century,* Faber & Faber, Londres, 1960.

— *The Silence of Pius XII,* Faber, Londres, 1970.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Felipe II y su tiempo,* Espasa Calpe, Madrid, 1998.

FERNÁNDEZ DÍAZ, Roberto, *La España del siglo XVIII,* Anaya, Madrid, 1990.

FITZPATRICK, Sheila, y GELLATELY, Robert, *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989,* Studies in European History from the Journal of Modern History, University of Chicago Press Journals, Chicago, 1997.

FLETCHER, sir Banister, *Historia de la Arquitectura por el Método Comparado,* parte II, vol. 1, Canosa, Barcelona, 1931.

FLORIDI, Ulisse A., *Moscow and the Vatican,* Ardis Publishers, Londres, 1983.

FRANCO, Massino, *Parallel Empires: The Vatican and the United States. Two Centuries of Alliance and Conflict,* Doubleday, Nueva York, 2008.

FRATTINI, Eric, *Mafia S.A. Cien años de Cosa Nostra,* Espasa Calpe, Madrid 2002.

— *Secretos Vaticanos,* EDAF, Madrid, 2003.

— *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano,* Espasa Calpe, Madrid, 2004.

— *KGB. Historia del Centro,* EDAF, Madrid, 2005.

— *Mossad. Historia del Instituto,* EDAF, Madrid, 2006.

— *Kidon. Los verdugos del Mossad,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

GALLOIS, Leonardo, *Historia General de la Inquisición,* Servicio de Reproducción de Libros, Barcelona, 1869.

GIVIERGE, Marcel, *Au Service du chifre: 18 ans de souvernirs, 1907-1925,* NAF 17573-17575, Bibliothèque Nationale de France (París, Francia).

GODAU-SCHÜTTKE, Klaus, *Die Heyde/Sawade-Affäre,* Nomos Verlagsgesellschaft, Fráncfort, 1998.

GODMAN, Peter, *Hitler and the Vatican. Inside the Secret Archives that reveal the New story of the Nazis and the Church,* Free Press, Nueva York, 2004.

GOETZ, Walter; JOACHIMSEN, Paul; MARCKS, Erich; MOMMSEN, Wilhelm, y HEINRICH, Hans, *La época de la revolución religiosa, La Reforma y la Contrarreforma (1500-1660),* tomo V, Espasa Calpe, Madrid, 1975.

GRAU, Gunter, *The Hidden Holocaust?: Gay and Lesbian Persecution in Germany 1933-1945,* Fitzroy Dearborn Publishers, Londres, 1995.

GUITTON, Jean, *Paul VI secret,* Desclée De Brouwer, París, 1979.

HAMILTON-WILLIAMS, David, *The Fall of Napoleon: The Final Betrayal,* John Wiley & Sons, Londres, 1996.

HARDMAN, John, *Louis XVI,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 1994.

HEBBLETHWAITE, Peter, *Paul VI: The First Modern Pope,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1993.

— *The Next Pope. A Behind the Scenes Look at How the Succesor to John Paul II will be elected and where he will lead the church.* HarperCollins Publishers, San Francisco, 2000.

HILL, Henry B., *Political Testament of Cardinal Richelieu: The Significant Chapters and Supporting Selections,* University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1964.

HOHNE, Heinz, *Canaris: Hitler's Master Spy,* Rowman & Littlefield, Londres, 1999.

HUDAL, Alois, *Ecclesiae et nationi. Katholische Gedanken in einer Zeitenwende,* Roma, 1934.

HUGHES, H. Stuart, *Gentleman Rebel: The Memoirs of H. Stuart Hughes,* Ticknor & Fields, Nueva York, 1990.

IRUJO, José María, *La Lista Negra. Los espías nazis protegidos por Franco y la Iglesia,* Aguilar, Madrid, 2003.

JOHNSON, Paul, *History of Christianity,* Touchstone, Nueva York, 1979.

KAMEN, Henry Arthur, *The War of Succession in Spain, 1700-1715,* Indiana University Press, Bloomington, 1969.

— *Spain in the Later Seventeenth Century, 1665-1700,* Longman Group, Londres, 1983.

— *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 2001.

KELSEY, Harry, *Sir John Hawkins: Queen Elizabeth's Slave Trader,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 2003.

KERTZER, David I., *The Popes Against the Jews: The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism,* Knopf, Nueva York, 2001.

KRUH, Louis, y DEAVOURS, Anthony, *Selections from Cryptologia: History, People, and Technology,* Artech House, Londres, 1998.

LABEDZ, Leopold, *Poland Under Jaruzelski: A Comprehensive Sourcebook on Poland During and After Martial Law,* Scribner Publisher, Nueva York, 1984.

LEBLANC, Jean, *Dictionnaire biographique des évêques catholiques du Canada. Les diocèses catholiques canadiens des Églises latine et orientales et leurs évêques; repères chronologiques et biographiques, 1658-2002,* Wilson & Lafleur, Ottawa, 2002.

LEDRE, Charles, *L'Abbe de Salamon, Correspondant et Agent du Saint-Siége Pendant la Revolution,* Bibliothèque de la société d'histoire ecclésiastique de la France, París, 1965.

LESOURD, Paul, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin, Mgr Michel d'Herbigny,* P. Lethielleux, París, 1976.

LEVI, Anthony, *Cardinal Richelieu: And the Making of France,* Carroll & Graf, Nueva York, 2000.

LIFTON, Robert Jay, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide,* Basic Books, Nueva York, 2000.

LIVERSIDGE, Douglas, *The Day the Bastille Fell: July 14, 1789, the Beginning of the End of the French Monarchy,* Franklin Watts Incorporated, Nueva York, 1972.

Los Milenarios, *Via col vento in Vaticano,* Kaos Edizioni, Milán, 1999.

MACCAFFREY, Wallace T., *Queen Elizabeth and the Making Policy, 1572-1588,* Princeton University Press, Princeton, 1981.

MANVELL, Roger, y FRAENKEL, Heinrich, *Heinrich Himmler: The SS, Gestapo, His Life and Career,* Skyhorse Publishing, Nueva York, 2007.

MARSHALL, Rosalind, *John Knox,* Dufour Editions, Londres, 2001.

MARTIN, Malachi, *Rich Church, Poor Church,* Putnam Publishers Group, Nueva York, 1984.

— *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church,* Simon & Schuster, Nueva York, 1988.

— *The Keys of this Blood. Pope John Paul II versus Russia and the West for the control of the Nueva World Order,* Simon & Schuster, Nueva York, 1990.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando, y SÁNCHEZ DE TOCA, José María, *Tercios de España. La Infantería Legendaria,* EDAF, Madrid, 2006.

MAYOR, Adrienne, *Greek Fire, Poison Arrows & Scorpion Bombs. Biological and Chemical Warfare in the Ancient World,* Overlook Duckworth, Londres, 2003.

MCNEBIN, Thomas, *Dr Nicholas Sanders and the English Reformation 1530-1581,* Bureaux Du Recueil, Lovaina, 1935.

MOORE, Mary, *David Rizzio,* Da Capo Press, Nueva York, 1981.

MORROGH, Michael, *The Unification of Italy,* Palgrave Macmillan, Londres, 2003.

MURPHY, Paul I., *La Popessa. The controversial Biography of Sister Pascalina, the Most Powerful Woman in Vatican History,* Warner Books, Nueva York, 1983.

NAUNTON, Robert, *Fragmenta regalia or Observations on Queen Elizabeth, her times and favourites,* Cerovski Publishers, Toronto, 1985.

O'BEIRBE RANELAGH, John, *A Short History of Ireland,* Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

O'CONNELL, Marvin, *Critics on Trial: An Introduction to the Catholic Modernist Crisis,* Catholic University of America Press, Washington, D. C., 1995.

O'DWYER, Margaret, *The Papacy in the Age of Napoleon and the Restoration: Pius VII, 1800-1823,* Rowman & Littlefield, Londres, 1986.

OSTROVSKY, Victor, y HOY, Claire, *By Way of Deception,* Stoddart Publishing, Toronto, 1991.

OVERY, Richard, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

PACCA, Bartolomeo, *Historical memoirs of Cardinal Pacca, prime minister to Pius VII,* Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1850.

PAINE, Lauran, *German Military Intelligence in World War II: The Abwehr,* Stein & Day Publishers, Múnich, 1984.

PAREDES, Javier; BARRIO, Maximiliano; RAMOS-LISSÓN, Domingo, y SUÁREZ, Luis, *Diccionario de los Papas y Concilios,* Ariel, Barcelona, 1998.

PASSELECQ, Georges, y SUCHECKY, Bernard, *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo. La encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó,* PPC, Madrid, 1995.

PASTOR PETIT, Domingo, *Anatomía del Espionaje,* Plaza & Janés, Barcelona, 1970.

— *Diccionario Enciclopédico del Espionaje,* Complutense, Madrid, 1996.

PERSICO, Joseph E., *Nuremberg. Infamy on Trial,* Penguin Books, Nueva York, 1994.

PICHON, Jean-Charles, *Histoire Universelle des Sectes et des Societes Secretes,* Robert Laffont, París, 1969.

PINTO, Paolo, *Vittorio Emanuele II: il re avventuriero,* Arnaldo Mondadori, Milán, 1995.

PIPES, Richard, *Russia Under the Bolshevik Regime,* Vintage Press, Nueva York, 1995.

PLANT, Richard, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1988.

POCHIA, Hsia, *The World of Catholic Renewal 1540-1770,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

POLLARD, John F., *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the pursuit of Peace,* Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.

POTTS, George, *The Preacher and the King; or, Bourdaloue in the court of Louis XIV,* Scholarly Publishing Office, University of Michigan Library, Michigan, 2005.

POULAT, Émile, *Catholicisme, démocratie et socialisme: le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme,* Casterman, París, 1977.

PROCTOR, Robert N., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis,* Harvard University Press, Cambridge, 1989.

RANUM, Orest, *The Fronde: A French Revolution, 1648-1652 (Revolutions in the Modern World),* W. W. Norton & Company, Londres, 1993.

RAPPAPORT, Angelo, *The Love Affairs of the Vatican,* Barnes & Noble Books, Nueva York, 1995.

RAYFIELD, Donald, *Stalin and the Hangmen,* Viking, Londres, 2004.

RE, Niccolò DEL, *Tiberio Pacca, cardinale mancato,* Fratelli Palombi, Roma, 1984.

RESH THOMAS, Jane, *Behind the Mask: The Life of Queen Elizabeth I,* Houghton Mifflin, Londres, 1998.

RHODES, Anthony, *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1974.

RICCARDI, Andrea, *Il Secolo del Martirio,* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.

RICHEMONT, vizconde DE, *Correspondance Secrète de l'Abbé de Salamon,* Mélange d'Archéologie et d'Histoire, vol. 18, núm. 18, Plon, Nourrit et Cie., París, 1898.

RIDLEY, Jasper, *Garibaldi,* Phoenix Press, Londres, 2001.

ROBINSON, James, *Historical and Philosophical Memoirs of Pius the Sixth and of his Pontificate,* S. Hamilton, Londres, 1799.

SCHAMA, Simon, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution,* Vintage, Nueva York, 1990.

SCHENK, Wilhelm, *Reginald Pole, Cardinal of England,* Longmans & Green, Londres, 1950.

SCHOLDER, Klaus, *A Requiem for Hitler: And Other Nueva Perspectives on the German Church Struggle,* John Bowden Publishers, Londres, 1989.

SERENY, Gitta, *Into That Darkness: An Examination of Conscience,* Vintage Press, Nueva York, 1983.

SINGH, Simon, *The Code Book: The Science of Secrecy from Ancient Egypt to Quantum Cryptography,* Anchor Publishers, Nueva York, 2000.

STIEBER, Wilhelm, *The Chancellor's Spy: Memoirs of the Founder of Modern Espionage,* Grove Press, Londres, 1981.

THOMAS, Gordon, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* St. Martin Press, Nueva York, 1998.

TISSERANT, Eugène, *The Iron Curtain pastoral of Eugène Cardinal Tisserant,* St. Anthony's Guild, Londres, 1949.

TREASURE, Geoffrey, *Richelieu and Mazarin,* Routledge, Nueva York,1998.

TRETJAKEWITSCH, Léon, «Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia: A Pre-Ecunemical Approach to Christian Unity», *Russian Review,* núm. 51, Blackwell Publishing, Oxford, 1992.

VAN DEE, Eugene H., *Sleeping Dogs and Popsicles: The Vatican Versus the KGB,* Rowman & Littlefield, Nueva York, 1996.

VON GALEN, Clemens August, *The Bishop of Münster and the Nazis: The documents in the case,* Burns & Oates, Londres, 1952.

VON HASSELL, Agostino, y MACRAE, Sigrid, *Alliance of Enemies: The Untold Story of the Secret American and German Collaboration to End World War II,* Thomas Dunne Books, Nueva York, 2006.

VON MOLTKE, Helmuth James, *A German of the resistance: The last letters of Count Helmuth James von Moltke,* Oxford University Press, Oxford, 1948.

VV.AA., *Gran Crónica de la Segunda Guerra Mundial,* 3 vol., Reader's Digest, Madrid, 1965.

— *La Stampa a Firenze: Omaggio a Roberto Ridolfi,* L.S. Olschki, Roma, 1984.

— *Dictionary of Beliefs and Religions,* W & R Chambers Ltd., Londres, 1992.

WALESA, Lech, *The Struggle and the Triumph: An Autobiography,* Arcade Publishing, Nueva York, 1994.

WALSH, Michael J., *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* Sheed and Ward, Londres, 2003.

WEIR, Alison, *Mary, Queen of Scots and the murder of Lord Darnley,* Random House Ltd., Londres, 2003.

WENGER, Antoine, *Le cardinal Jean Villot (1905-1979), secrétaire d'État de trois papes,* Desclée De Brouwer, París, 1989.

WIESENTHAL, Simon, *Murderers Among Us: The Simon Wiesenthal Memoirs,* McGraw-Hill Book Company, Nueva York, 1967.

WILLIAMS, Neville, *All the Queen's Men: Elizabeth I and Her Courtiers,* Cardinal, Londres, 1974.

— *A Tudor Tragedy: Thomas Howard, Fourth Duke of Norfolk,* Barrie & Jenkins, Londres, 1989.

WILLIAMS, Paul, *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* Prometheus Books, Nueva York, 2003.

WILLIAMSON, Murray, y BERNSTEIN, Alvin, *The Making of Strategy: Rulers, States, and War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

WOODWARD, Bob, *Veil: Las guerras secretas de la CIA 1981-1987,* Ediciones B, Barcelona, 1987.

WRIGHT, Jonathan, *The Jesuits,* HarperPerennial, Nueva York, 2005.
YALLOP, David A., *In God's Name. An Investigation into the murder of Pope John Paul I,* Bantam Book, Nueva York, 1984.
— *To the ends of the Earth. To the Hunt of the Chacal,* Poetics Products Ltd., Londres, 1993.
— *The Power and the Glory: Inside the Dark Heart of Pope John Paul II's Vatican,* Carroll & Graf, Nueva York, 2007.
ZUCCOTTI, Susan, *Under his very windows. The Vatican and the Holocaust in Italy,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 2002.
ZWEIG, Stefan, *Maria Stuart,* Williams Verlag AG, Zúrich, 1976.
— *Fouché,* Fischer, Fráncfort, 2000.

Notas

1. David Rizzio: Un espía en la corte de Escocia

[1] VV.AA., *Dictionary of Beliefs and Religions,* W & R Chambers Ltd., Londres, 1992.

[2] El documento, del que penden setenta y cinco cintas de seda roja con setenta y cinco sellos de lacre, permanece actualmente archivado en la Biblioteca Vaticana.

[3] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* Fayard, París, 1992.

[4] Susan Doran, *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* Taylor & Francis Books Ltd., Londres, 1993.

[5] John Elliott y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 1999.

[6] Mary Moore, *David Rizzio,* Da Capo Press, NuevaYork, 1981.

[7] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots, and the murder of Lord Darnley,* Random House Ltd., Londres, 2003.

[8] Rosalind Marshall, *John Knox,* Dufour, Londres, 2001.

[9] Walter Goetz, Paul Joachimsen, Erich Marcks, Wilhelm Mommsen y Hans Heinrich, *La época de la revolución religiosa, La Reforma y la Contrarreforma (1500-1660),* tomo V, Espasa Calpe, Madrid, 1975.

[10] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots...,* ob. cit.

[11] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* ob. cit., y William MacCaffrey, *Queen Elizabeth and the Making Policy, 1572-1588,* Princeton University Press, Princeton, 1981.

[12] Stephen Budiansky, *Her Majesty's Spymaster: Elizabeth I, sir Francis Walsingham, and the Birth of Modern Espionage,* Plume, Londres, 2006.

[13] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* Williams Verlag AG, Zúrich, 1976.

[14] Mary Moore, *David Rizzio,* ob. cit.

[15] Eric Frattini, *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano,* Espasa Calpe, Madrid, 2004.

[16] John Elliott y Laurence Brockliss, *The World of the Favourite,* ob. cit.

[17] Mary Moore, *David Rizzio,* ob. cit.

[18] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots...,* ob. cit.

[19] Robert Naunton, *Fragmenta regalia or Observations on Queen Elizabeth, her times and favourites,* Cerovski Publishers, Toronto, 1985.

2. Lamberto Macchi: La ejecutora mano de Roma

[1] Jonathan Wright, *The Jesuits,* HarperPerennial, Nueva York, 2005.

[2] Malachi Martin, *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church,* Simon & Schuster, Nueva York, 1988.

[3] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[4] Robert Naunton, *Fragmenta regalia or Observations on Queen Elizabeth, her times and favourites,* ob. cit.

[5] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[6] Stefan Zweig, *Maria Stuart,* ob. cit.

[7] Alison Weir, *Mary, Queen of Scots...,* ob. cit.

[8] Véase en las páginas centrales el croquis, dibujado por un autor desconocido para la comisión investigadora, de la escena del crimen al día siguiente del atentado en Kirk O'Field, el 10 de febrero de 1567.

[9] Esta secta mítica, los *Hashishin,* es la que ha dado nombre a los actuales «asesinos».

[10] Edward Burman, *Assassins: Holy Killers of Islam,* HarperCollins Publishers, Nueva York, 1987.

[11] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* Espasa Calpe, Madrid, 1998.

[12] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[13] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

[14] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

[15] Walter Goetz, Paul Joachimsen, Erich Marcks, Wilhelm Mommsen y Hans Heinrich, *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

[16] A partir de 1587 la llamada *missio castrensis* fue encargada a los jesuitas para dar asistencia espiritual a los soldados de los tercios. Véase Fernando Martínez Laínez y José María Sánchez de Toca, *Tercios de España. La Infantería legendaria,* EDAF, Madrid, 2006.

3. Roberto Ridolfi: El conspirador florentino

[1] VV.AA., *La Stampa a Firenze: Omaggio a Roberto Ridolfi,* L.S. Olschki, Roma, 1984.

[2] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

[3] VV.AA., *La Stampa a Firenze,* ob. cit.

[4] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

[5] Walter Goetz, Paul Joachimsen, Erich Marcks, Wilhelm Mommsen y Hans Heinrich. *La época de la revolución religiosa...,* ob. cit.

[6] Esta carta está registrada en el libro de Manuel Fernández Álvarez *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

[7] Neville Williams, *All the Queen's Men: Elizabeth I and Her Courtiers,* Cardinal, Londres, 1974.

[8] *1572-1588,* Princeton University Press, Princeton, 1981

[9] Jane Resh Thomas, *Behind the Mask: The Life of Queen Elizabeth I,* Houghton Mifflin, Londres, 1998.

[10] Susan Doran. *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* ob. cit.

[11] Harry Kesley, *Sir John Hawkins: Queen Elizabeth's Slave Trader,* Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 2003.

[12] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

[13] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[14] Neville Williams, *A Tudor Tragedy: Thomas Howard, Fourth Duke of Norfolk,* Barrie & Jenkins, Londres, 1989.

[15] Susan Doran. *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* ob. cit.

[16] Hsia Pochia, *The World of Catholic Renewal 1540-1770,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

4. Nicholas Sanders: El «Doctor Difamación»

[1] A la muerte del padre Claudio Acquaviva, el 31 de enero de 1615, la Compañía de Jesús contaba con 13.112 miembros en 32 provincias y 559 casas.

[2] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* Editrice Torinese, Turín, 1939.

[3] Malachi Martin, *The Jesuits. The Society of Jesus and the Betrayal of the Roman Catholic Church,* Simon & Schuster, Nueva York, 1988.

[4] Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo,* ob. cit.

[5] Nicholas Canny, *Making Ireland British, 1580-1650,* Oxford University Press, Oxford, 2001.

[6] Thomas McNevin, *Dr. Nicholas Sanders and the English Reformation 1530-1581,* Bureaux Du Recueil, Lovaina, 1935.

[7] Wilhelm Schenk, *Reginald Pole, Cardinal of England,* Longmans & Green, Londres, 1950.

[8] Nicholas Canny, *Making Ireland British, 1580-1650,* ob. cit.

[9] Thomas McNevin. *Dr. Nicholas Sanders and the English Reformation 1530-1581,* ob. cit.

[10] John O'Beirne Ranelagh, *A Short History of Ireland,* Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

[11] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

[12] Susan Doran. *Elizabeth I and Religion 1558-1603,* ob. cit.

[13] John O'Beirne, *A Short History of Ireland,* ob. cit., y Nicholas Canny, *Making Ireland British, 1580-1650,* ob. cit.

[14] Michel Duchain, *Elisabeth I d'Angleterre,* ob. cit.

5. Giulio Guarnieri: El «espía fantasma»

[1] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* Ariel, Barcelona, 1998.

[2] El cardenal Lorenzo Magalotti fallecería el 19 de septiembre de 1637, en la ciudad italiana de Ferrara, de donde era obispo. Su cuerpo fue enterrado en el altar de la catedral de Ferrara.

[3] Joseph Bergin, *The Rise of Richelieu (Studies in Early Modern European History),* Manchester University Press, Manchester, 1997.

[4] Eddy Bauer, *Espías. Enciclopedia del Espionaje,* 8 vols., Idées & Éditions, París, 1971.

[5] Anthony Levi, *Cardinal Richelieu: And the Making of France,* Carroll & Graf, Nueva York, 2000.

[6] Eric Frattini, *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano,* ob. cit.

[7] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[8] Henry B. Hill, *Political Testament of Cardinal Richelieu: The Significant Chapters and Supporting Selections,* University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1964.

[9] Miembro de la comisión cardenalicia en el segundo proceso a Galileo Galilei. El 22 de junio de 1633, cuando la sentencia fue hecha pública, el cardenal Laudivio Zacchia fue uno de los tres cardenales que no ratificó la sentencia y, por lo tanto, la condena a Galileo.

[10] Richard Bonney, *The Thirty Years' War 1618-1648,* Osprey Publishers Company, Londres, 2002.

[11] Anthony Levi, *Cardinal Richelieu: And the Making of France,* ob. cit.

[12] Richard Bonney, *The European Dynastic States 1494-1660,* Oxford University Press, Oxford, 1992, y *The Thirty Years' War 1618-1648,* ob. cit.

[13] Geoffrey Treasure, *Richelieu and Mazarin,* Routledge, Nueva York, 1998.

6. Paluzzo Paluzzi: El «Apóstol de la Orden Negra»

[1] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob cit.

[2] Eric Frattini, *La Santa Alianza...,* ob. cit.

[3] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit.

[4] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[5] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit.

[6] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[7] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[8] George Potts, *The Preacher and the King; or, Bourdaloue in the court of Louis XIV,* Scholarly Publishing Office, University of Michigan Library, Michigan, 2005.

[9] Ian Dunlop, *Louis XIV,* St. Martin's Press, Nueva York, 2000.

[10] Aún hoy a los trabajadores de la Biblioteca Vaticana se les sigue denominando *scriptores.* Véase también Eric Frattini, *Secretos Vaticanos,* ob. cit.

[11] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[12] Jeremy Black, *From Louis XIV to Napoleon: The Fate of a Great Power,* UCL Press, Londres, 1999.

[13] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit.

[14] Malachi Martin, *The Jesuits...,* ob. cit.

[15] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[16] Frans Ciappara, *The Roman Inquisition in enlightened Malta,* Pubblikazzjonijiet Indipendenza, Malta, 2000.

[17] Manuel Carbonero y Sol, *Fin funesto de los perseguidores y enemigos de la Iglesia, desde Herodes el Grande hasta nuestros días,* Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1878.

[18] Ibídem.

[19] Heinrich Brueck, *History of the Catholic Church,* Benziger Brothers, Chicago, 1885.

[20] José Calvo Poyato, *Carlos II el Hechizado y su época,* Planeta, Barcelona, 1991.

[21] Adrienne Mayor, *Greek Fire, Poison Arrows & Scorpion Bombs. Biological and Chemical Warfare in the Ancient World,* Overlook Duckworth, Londres, 2003.

[22] Henry Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* Yale University Press, Nueva Haven, 2001.

7. Annibale Albani: En nombre de «Iscariote»

[1] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob.cit.

[2] José Calvo Poyato, *Carlos II el Hechizado y su época,* ob. cit.

[3] Annibale Albani sería elevado a la púrpura cardenalicia el 23 de diciembre de 1711 por su tío y papa Clemente XI, por los servicios prestados como jefe de la Santa Alianza durante la llamada Guerra de Sucesión.

[4] Henry Arthur Kamen, *The War of Succession in Spain, 1700-1715,* Indiana University Press, Bloomington, 1969.

[5] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[6] Henry Arthur Kamen, *Spain in the Later Seventeenth Century, 1665-1700,* Longman Group, Londres, 1983.

[7] Ídem, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

[8] Henry Arthur Kamen, *The War of Succession in Spain, 1700-15,* ob. cit.

[9] William Beik, *Louis XIV and Absolutism...,* ob. cit.

[10] Henry Arthur Kamen, *Spain in the Later Seventeenth Century, 1665-1700,* ob. cit.

[11] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

[12] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

[13] Jonathan Wright, *The Jesuits,* ob. cit.

[14] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[15] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[16] Heinrich Brueck, *History of the Catholic Church,* ob. cit.

[17] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.

[18] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[19] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[20] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[21] David I. Kertzer, *The Popes Against the Jews: The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism,* Knopf, Nueva York, 2001.

[22] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections,* ob. cit.

[23] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

[24] Eamon Duffy, *Saints and Sinners: A History of the Popes,* Yale University Press, New Haven, 2002.

[25] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

8. TEBALDO FIESCHI: EL EXPERTO «TROYANO»

[1] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

[2] Oscar Browning, *Journal of Sir George Rooke, Admiral of the Fleet,* Navy Records Society, Londres (ed. facsímil, 1897), 1998.

[3] David Cordingly, *Under the Black Flag: The Romance and the Reality of Life among the Pirates,* Harvest Books, Nueva York, 1997.

[4] Murray Williamson y Alvin Bernstein, *The Making of Strategy: Rulers, States, and War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

[5] Archivo General de Indías. Indiferente legs. 2530, 2634.

[6] Roberto Fernández Díaz, *La España del siglo* XVIII, Anaya, Madrid, 1990.

[7] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,*.ob. cit.

[8] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[9] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit., y *The War of Succession in Spain, 1700-1715,* ob. cit.

[10] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

[11] Ibídem.

[12] Roberto Fernández Díaz, *La España del siglo* XVIII, ob. cit.

[13] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[14] Henry Arthur Kamen, *Philip V of Spain: The King Who Reigned Twice,* ob. cit.

9. Louis Siffrein Joseph de Salamon: Los oídos de Pío

[1] Michael J. Walsh, *The Conclave...*, ob. cit.

[2] Thomas Carlyle, *The French Revolution: A History*, Modern Library, Londres, 2002.

[3] Simon Schama, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Vintage, Nueva York, 1990.

[4] Douglas Liversidge, *The Day the Bastille Fell: July 14, 1789, the Beginning of the End of the French Monarchy*, Franklin Watts Incorporated, Nueva York, 1972.

[5] T. C. Blanning, *The French Revolutionary Wars, 1787-1802 (Modern Wars)*, Edward Arnold, Oxford, 1996.

[6] Charles Ledré, *L'Abbé de Salamon, correspondant et agent du Saint-siège pendant la Révolution*, Bibliothèque de la société d'histoire ecclésiastique de la France, París, 1965.

[7] John Hardman, *Louis XVI*, Yale University Press, Nueva Haven (Connecticut), 1994.

[8] Hoy es conocida como Plaza de la Concordia.

[9] David Álvarez, *Spies in the Vatican. Espionage and Intrigue from Napoleon to the Holocaust*, University Press of Kansas, Kansas, 2002.

[10] Charles Ledré, *L'Abbe de Salamon...*, ob. cit.

[11] Philippe Delorme, *L'Affaire Louis XVII*, Jules Tallandier, París, 2000.

[12] Deborah Cadbury, *The Lost King of France: A True Story of Revolution, Revenge, and DNA*, St. Martin's Press, Londres, 2002.

[13] Charles Ledré, *L'Abbe de Salamon...*, ob. cit.

[14] Vizconde de Richemont, *Correspondance secrète de l'Abbé de Salamon*, en *Mélange d'Archèologie et d'Histoire*, vol. 18, núm. 18, Plon, Nourrit et Cie., París, 1898.

[15] Philippe Delorme, *L'Affaire Louis XVII*, ob. cit.

[16] James Robinson, *Historical and Philosophical Memoirs of Pius the Sixth and of his Pontificate*, S. Hamilton, Londres, 1799.

[17] Charles Ledré, *L'Abbé de Salamon...*, ob. cit.

[18] El cardenal Francesco Saverio de Zelada, aunque de origen español, había nacido en Italia. Ocupó el cargo de secretario de Estado de la Santa Sede desde 1789 a 1796, durante el pontificado de Pío VI. El cardenal De Zelada sería el destinatario de la mayor parte de los minuciosos informes redactados por el abate de Salamon.

[19] Vizconde de Richemont, *Correspondance secrète de l'Abbé de Salamon*, ob. cit.

[20] Ibídem.

[21] Charles Ledré, *L'Abbé de Salamon...*, ob. cit.

10. Bartolomeo Pacca: El «cardenal negro»

[1] Bartolomeo Pacca, *Historical memoirs of Cardinal Pacca, prime minister to Pius VII*, Longman, Brown, Green & Longmans, Londres, 1850.

[2] Robin Anderson, *Pope Pius VII (1800-1823): His Life, Times, and Struggle with Napoleon in the Aftermath of the French Revolution,* Tan Books & Publishers, Nueva York, 2000.

[3] Margaret O'Dwyer, *The Papacy in the Age of Napoleon and the Restoration: Pius VII, 1800-1823,* Rowman & Littlefield, Londres, 1986.

[4] *Ilustración Española y Americana,* 8 de marzo de 1878.

[5] Robin Anderson, *Pope Pius VII (1800-1823)...,* ob. cit.

[6] Bartolomeo Pacca, *Historical memoirs of Cardinal Pacca, prime minister to Pius VII,* ob. cit.

[7] Ibídem.

[8] Stefan Zweig, *Fouché,* Fischer, Fráncfort, 2000.

[9] Bartolomeo Pacca, *Historical memoirs of Cardinal Pacca, prime minister to Pius VII,* ob. cit.

[10] David Hamilton-Williams, *The Fall of Napoleon: The Final Betrayal,* John Wiley & Sons, Londres, 1996.

[11] Jeremy Black, *From Louis XIV to Napoleon: The Fate of a Great Power,* UCL Press, Londres, 1999.

[12] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[13] David Hamilton-Williams, *The Fall of Napoleon: The Final Betrayal,* ob. cit.

[14] Niccolò del Re, *Tiberio Pacca, cardinale mancato,* Fratelli Palombi, Roma, 1984.

[15] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors: A History of the Papal Elections,* ob. cit.

[16] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[17] Niccolò del Re, *Tiberio Pacca, cardinale mancato,* ob. cit.

[18] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[19] Jean-Charles Pichon, *Histoire Universelle des Sectes et des Sociétés Secrètes,* Robert Laffont, París, 1969.

[20] Frank J. Coppa, *The Modern Papacy since 1789,* Wesley Longman Ltd., Essex, 1998.

[21] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[22] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[23] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

[24] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

[25] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios,* ob. cit.

[26] Frederic J. Baumgartner, *Behind Locked Doors...,* ob. cit.

[27] Raffaelle de Cesare, *The Last Days of Papal Rome,* Zimmern Publisher, Londres, 1946.

[28] Carlo Castiglioni, *Storia dei Papi,* ob. cit.

11. Francesco Capaccini: El hacedor de claves

[1] David Álvarez, *Spies in the Vatican,* ob. cit.

[2] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[3] Francesco Capaccini, *Lettres de Francesco Capaccini, agent diplomatique et internonce du Saint-siège au Royaume Uni des Pays-Bas,* M. Nijhoff Publishers, Ámsterdam, 1983.

[4] David Álvarez, *Spies in the Vatican,* ob. cit.

[5] Véase David Álvarez, *The Professionalization of the Papal Diplomatic Service.* Catholic Historical Review, número 72, Washington D. C. Abril 1989.

[6] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[7] Louis Kruh y otros, *Selections from Cryptologia: History, People, and Technology,* Artech House Publishers, Londres, 1998.

[8] Francesco Capaccini, *Lettres de Francesco Capaccini,* ob. cit.

[9] Louis Kruh y otros, *Selections from Cryptologia...,* ob. cit.

[10] Simon Singh, *The Code Book: The Science of Secrecy from Ancient Egypt to Quantum Cryptography,* Anchor Publishers, Nueva York, 2000.

[11] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

12. Antonino Saverio de Luca: El organizador de espías

[1] Frank J. Coppa, *The Modern Papacy since 1789,* ob. cit.

[2] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[3] Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy: Memoirs of the Founder of Modern Espionage,* Grove Press, Londres, 1981.

[4] Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy...,* ob. cit.

[5] Ibídem.

[6] Paolo Pinto, *Vittorio Emanuele II: il re avventuriero,* Arnaldo Mondadori, Milán, 1995.

[7] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[8] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[9] Eric Frattini, *Mafia, S.A. 100 años de Cosa Nostra,* Espasa Calpe, Madrid, 2002.

[10] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[11] *Consular Relations between the United States and the Papal States: Instructions and Despatches,* American Catholic Historical Association, Washington, D. C.

[12] Domingo Pastor Petit, *Anatomía del espionaje,* Plaza & Janés, Barcelona, 1970.

[13] Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy...,* ob. cit.

[14] Michael Morrogh, *The Unification of Italy,* Palgrave Macmillan, Londres, 2003.

[15] Michael Morrogh, *The Unification of Italy,* ob. cit.

[16] Paolo Pinto, *Vittorio Emanuele II: il re avventuriero,* ob. cit.

[17] Pío IX sería beatificado por el papa Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000.

13. Umberto Benigni: El fundador del «Sagrado Terror»

[1] Los únicos países europeos con los que el Vaticano tenía relaciones diplomáticas en 1878 eran Austria, Baviera, Bélgica, Francia, Holanda, Portugal y España.

[2] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.

[3] Peter Hebblethwaite, *The Next Pope, A Behind the Scenes Look at How the Successor to John Paul II will be elected and where he will lead the church,* HarperCollins Publishers, San Francisco, 2000.

[4] John Cornwell, *Breaking Faith: The Pope, the People and the Fate of Catholicism,* Viking Press, Nueva York, 2001.

[5] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.

[6] Véase Emile Poulat. *Catholicisme, démocratie et socialisme: le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme.* Casterman, París, 1977.

[7] Véase Sheila Fitzpatrick y Robert Gellately. *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989.* Studies in European History from the Journal of Modern History, University of Chicago Press Journals, Chicago, 1997.

[8] Eric Frattini, *La Santa Alianza,* ob. cit.

[9] Lorenzo Bedeschi, «Un episodio di spionaggio antimodernista», *Nuova Rivista Storica,* núm. 56, Milán, mayo-agosto 1972.

[10] Paul Johnson, *History of Christianity,* Touchstone, Nueva York, 1979.

[11] Sheila Fitzpatrick y Robert Gellately, *Accusatory Practices: Denunciation in Modern European History, 1789-1989,* Studies in European History from the Journal of Modern History, University of Chicago Press Journals, Chicago, 1997.

[12] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.

[13] John F. Pollard, *The Unknown Pope. Benedict XV (1914-1922) and the pursuit of Peace,* Geoffrey Chapman Publishers, Londres, 1999.

[14] Ibídem.

[15] El Colegio de Protonotarios Apostólicos era una institución anacrónica sin ningún tipo de poderes o funciones. Los nuevos miembros del Colegio eran generalmente antiguos altos cargos de la Curia con muchos años de edad. Cuando Benigni fue nombrado protonotario contaba cuarenta y ocho años de edad, y para él, que procedía de un departamento importante como la Secretaría de Estado, aquello supuso tan solo un pequeño tropiezo en su carrera.

[16] Émile Poulat, *Catholicisme, démocratie et socialisme: le mouvement catholique et Mgr Benigni de la naissance du socialisme à la victoire du fascisme,* Casterman, París, 1977.

[17] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.

[18] Lorenzo Bedeschi, «Un episodio di spionaggio antimodernista», art. cit.

[19] John F. Pollard, *The Unknown Pope...*, ob. cit.

[20] Carlo Falconi, *The Popes in the Twentieth Century,* Faber & Faber, Londres, 1960.

[21] Véase Paul Williams. *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia.* Prometheus Books, Nueva York, 2003.

[22] Malachi Martin, *Rich Church, Poor Church,* Putnam Publishers Group, Nueva York, 1984.

[23] Francis X. Blouin (ed.), *Vatican Archives: An Inventory and Guide to Historical Documents of the Holy See,* Oxford University Press, Oxford, 1997.

[24] Peter Godman, *Hitler and the Vatican. Inside the Secret Archives that reveal the new story of the Nazis and the Church,* Free Press, Nueva York, 2004.

14. MICHEL JOSEPH D'HERBIGNY: EL JEFE DEL «RUSSICUM»

[1] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou: le jésuite clandestin, Mgr. Michel d'Herbigny,* P. Lethielleux, París, 1976; y David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[2] Véase John Cornwell. *Breaking Faith: The Pope, the People and the Fate of Catholicism.* Viking Press, Nueva York, 2001.

[3] Véase Ulisse A. Floridi. *Moscow and the Vatican.* Ardis Publishers, Londres, 1983.

[4] Véase Malachi Martin. *The Keys of this Blood. Pope John Paul II versus Russia and the West for the control of the New World Order.* Simon & Schuster, Nueva York, 1990.

[5] Véase Andrea Riccardi. *Il Secolo del Martirio.* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.

[6] Véase Donald Rayfield. *Stalin and the Hangmen.* Viking, Londres, 2004.

[7] Véase Richard Pipes. *Russia Under the Bolshevik Regime.* Vintage Press, Nueva York, 1995.

[8] Véase Andrea Riccardi. *Il Secolo del Martirio.* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.

[9] Se dice que el anticomunismo de Eugenio Pacelli le llevó a aplaudir, ya como papa Pío XII, la decisión de Adolf Hitler de conquistar la Unión Soviética durante la llamada «Operación Barbarroja» el 22 de junio de 1941, durante la Segunda Guerra Mundial.

[10] Leon Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia: a pre-ecumenical approach to Christian unity,* Augustinus-Verlag, Berlín, 1990.

[11] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[12] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...,* ob. cit.

[13] Leon Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia...,* ob. cit.

[14] Ibídem; y Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime,* Vintage Press, Nueva York, 1995.

[15] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...,* ob. cit.

[16] Leon Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia...,* ob. cit.

[17] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...,* ob. cit.

[18] Andrea Riccardi, *Il Secolo del Martirio,* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.

[19] Eugene H. van Dee, *Sleeping Dogs and Popsicles: The Vatican Versus the KGB,* Rowman & Littlefield, Nueva York, 1996.

[20] Tan solo tras la caída del Muro de Berlín y del comunismo se abrieron los archivos del KGB referentes a esa época. En uno de los documentos se citaba la orden

de ejecución de monseñor Alexander Frison, así como la orden de incineración de su cadáver para no dejar ningún rastro.

[21] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...*, ob. cit.

[22] Anthony Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945*, Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1974.

[23] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.; y Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican*, Ardis Publishers, Londres, 1983.

[24] Véase Leon Tretjakewitsch. *Bishop Michel d"Herbigny SJ and Russia...*, ob. cit.

[25] Véase Ulisse A. Floridi. *Moscow and the Vatican*. Ardis Publishers, Londres, 1983.

[26] David Álvarez, *Spies in the Vatican...*, ob. cit.

[27] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Basic Books, Londres, 2000.

[28] Leon Tretjakewitsch, *Bishop Michel d'Herbigny SJ and Russia...*, ob. cit.

[29] Paul Lesourd, *Entre Rome et Moscou...*, ob. cit.

[30] Ulisse A. Floridi, *Moscow and the Vatican*, ob. cit.

15. Günther Hessner: Un espía en el Reich

[1] Joseph E. Persico, *Nuremberg. Infamy on Trial*, Penguin Books, Nueva York, 1994.

[2] Javier Paredes, Maximiliano Barrio, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios*, ob. cit.

[3] Thomas Cahill, *Pope John XXIII*, Viking Penguin, Nueva York, 2002; y Georges Passelecq y Bernard Suchecky, *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo. La encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó*, PPC, Madrid, 1995.

[4] Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, Nueva York, 2000.

[5] Desde la salida en mayo de 1934 de monseñor Alberto Vasallo-Torregrossa como nuncio en Alemania, no fue nombrado un sustituto hasta 1951, cuando el papa Pío XII nombró al cardenal Aloysius Joseph Muench.

[6] George J. Annas, *The Nazi Doctors and the Nuremberg Code: Human Rights in Human Experimentation*, Oxford University Press, Nueva York, 1995.

[7] Ibídem.

[8] Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Harvard University Press, Cambridge, 1989.

[9] Simon Wiesenthal, *Murderers Among Us: The Simon Wiesenthal Memoirs*, McGraw-Hill Book Company, Nueva York, 1967.

[10] Robert Jay Lifton. *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, ob. cit.

[11] El doctor Werner Heyde, responsable directo de la muerte de casi cien mil personas, desapareció tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, pero reapareció en Flensburg, bajo el nombre de «doctor Fritz Sawade». En 1959 se descubrió su verdadera identidad, siendo detenido por la policía. El 13 de febrero de 1964 se suicidó en su celda poco antes de ser juzgado.

[12] El doctor Paul Nitsche, responsable de la operación «14 f 13», fue juzgado en Dresde por «crímenes contra la Humanidad» y ejecutado en la guillotina el 25 de marzo de 1948.

[13] Simon Wiesenthal, *Murderers Among Us: The Simon Wiesenthal Memoirs,* ob. cit.

[14] En septiembre de 1941 fue enviado a Chelmno para ocuparse de gasear a judíos y gitanos. En noviembre de 1943 se le hizo responsable de la liquidación de todos los esclavos judíos. Enviado a Italia, para ocuparse de la liquidación de partisanos detenidos, Wirth fue asesinado por partisanos eslovenos el 26 de mayo de 1944.

[15] Andrea Riccardi, *Il Secolo del Martirio,* Arnaldo Mondadori Spa, Milán, 2000.

[16] Clemens August von Galen, *The Bishop of Münster and the Nazis: The documents in the case,* Burns & Oates, Londres, 1952.

[17] Andrea Riccardi, *Il Secolo del Martirio,* ob. cit.

16. Nicolás Estorzi: «El Mensajero»

[1] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican, 1939-1945,* Irish Academic Press, Nueva York, 1998.

[2] Michael J. Walsh, *The Conclave: A Sometimes Secret and Occasionally Bloody History of Papal Elections,* ob. cit.

[3] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred...,* ob. cit.

[4] David Álvarez, *Spies in the Vatican. Espionage and Intrigue from Napoleon to the Holocaust,* ob. cit.

[5] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

[6] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

[7] Kenneth D. Alford, *Great Treasure Stories of World War II,* DaCapo Press, Nueva York, 2001.

[8] Kenneth D. Alford, *Great Treasure Stories of World War II,* DaCapo Press, Nueva York, 2001; y Kenneth D. Alford y Theodore P. Savas, *Nazi Millionaires: The Allied Search for Hidden SS Gold,* Casemate Publishers, Nueva York, 2002.

[9] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

[10] Klaus Scholder, *A Requiem for Hitler: And Other New Perspectives on the German Church Struggle,* John Bowden Publishers, Londres, 1989.

[11] Branko Bokun, *Spy in the Vatican 1941-1945,* Tom Stacey Ltd., Nueva York, 1997.

[12] VV.AA., *Gran Crónica de la Segunda Guerra Mundial,* 3 vols., Reader's Digest, Madrid, 1965.

[13] Simon Singh, *The Code Book...,* ob. cit.

[14] Durante la Segunda Guerra Mundial el cardenal Hlond fue detenido por la Gestapo el 3 de febrero de 1944 y recluido en un campo de prisioneros políticos, primero en Lorena y después en Westfalia. Fue liberado por las tropas aliadas el 1 de abril de 1945. Durante su cautiverio, el papa Pío XII se negó a intermediar por él ante Hitler.

[15] John Cornwell, *Hitler's Pope...,* ob. cit.

[16] Richard Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945,* Penguin Books, Nueva York, 2002.

[17] Eugène Tisserant, *The Iron Curtain pastoral of Eugène Cardinal Tisserant,* St. Anthony's Guild, Londres, 1949.

[18] Carlo Falconi, *The Silence of Pius XII,* Faber, Londres, 1970.

[19] Owen Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

17. Robert Georg Leiber: El secretario «secreto» de Pío XII

[1] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred...,* ob. cit.

[2] Heinz Hohne, *Canaris: Hitler's Master Spy,* Rowman & Littlefield, Londres, 1999.

[3] Pierre Blet, *Pius XII and the Second War World,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1997.

[4] Paul I. Murphy, *La Popessa. The controversial Biography of Sister Pascalina, the Most Powerful Woman in Vatican History,* Warner Books, Nueva York, 1983.

[5] Harold Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the Twiligh War,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1968.

[6] Eric Frattini, *La Santa Alianza...,* ob. cit.

[7] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[8] Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Heinrich Himmler: The SS, Gestapo, His Life and Career,* Skyhorse Publishing, Nueva York, 2007.

[9] Heinz Hohne, *Canaris: Hitler's Master Spy,* ob. cit.

[10] Ibídem.

[11] David Álvarez. *Spies in the Vatican...* ob. cit.

[12] Lauran Paine, *German Military Intelligence in World War II: The Abwehr,* Stein & Day Publishers, Múnich, 1984.

[13] David Álvarez y Robert A. Graham, *Nothing Sacred...,* ob. cit.

[14] Peter Hebblethwaite, *Paul VI: The First Modern Pope,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1993.

[15] El almirante Wilhelm Canaris fue jefe del *Abwehr* entre 1939 y 1943. A finales de 1942 estaba a punto de caer en desgracia a los ojos de Hitler y bajo vigilancia por sus posibles relaciones con los círculos antinazis. El 23 de julio de 1944 fue detenido e interrogado, sospechoso de haber participado en el atentado contra Adolf Hitler, tres días antes. El 9 de abril de 1945 fue ejecutado en la prisión de Flossenburg acusado de «alta traición».

[16] H. Stuart Hughes, *Gentleman Rebel: The Memoirs of H. Stuart Hughes,* Ticknor & Fields, Nueva York, 1990.

[17] Richard Baigent, *Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade Against Hitler,* Penguin Books, Canadá, 1995.

[18] Véase Agostino von Hassel y Sigrid MacRae. *Alliance of Enemies: The Untold Story of the Secret American and German Collaboration to End World War II.* Thomas Dunne Books, Nueva York, 2006.

[19] Véase Helmuth James von Moltke. *A German of the resistance: The last letters of Count Helmuth James von Moltke.* Oxford University Press, Oxford, 1948.

[20] David Álvarez, *Spies in the Vatican...,* ob. cit.

[21] Branko Bokun, *Spy in the Vatican 1941-1945,* Tom Stacey Ltd., Nueva York, 1997.

[22] Eugen Dollmann, *Roma Nazista, 1937-1943,* RCS Libri, Milán, 2002.

[23] Michael Bloch, *Ribbentrop,* Ómnibus, Berlín, 1998.

[24] Pierre Blet, *Pius XII and the Second War World,* ob. cit.

[25] Michael Bloch, *Ribbentrop,* ob. cit.

[26] Según informes de la Santa Alianza, Paul Franken vivió hasta 1963 en la ciudad de Bonn y se trasladó a finales de ese mismo año a un pequeño pueblo cercano a Fráncfort. Franken falleció en 1971.

[27] John Cornwell, *Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII,* ob. cit.

18. Krunoslav Draganovic: La «Pimpinela Escarlata» de los nazis

[1] Mark Aarons y John Loftus, *Ratlines: The Vatican's Nazi Connection,* Arrow, Nueva York, 1991.

[2] Alois Hudal, *Ecclesiae et nationi. Katholische Gedanken in einer Zeitenwende,* Roma, 1934.

[3] Uki Goñi, *The Real Odessa: Smuggling the Nazis to Peron's Argentina,* Granta Books, Londres, 2002.

[4] Ibídem.

[5] Mark Aarons y John Loftus, *Unholy Trinity. The Vatican, the Nazis and the Swiss Banks,* St. Martin's Griffin, Nueva York, 1998.

[6] La mayor parte de las monedas de oro suizas contienen un alto índice de mercurio, el mismo utilizado en las prótesis dentales. El odontólogo-forense David Whittaker descubrió que ese oro había sido extraído a los judíos y convertido en lingotes que posteriormente fueron vendidos al Gobierno suizo por el Reichbank.

[7] José María Irujo, *La Lista Negra. Los espías nazis protegidos por Franco y la Iglesia,* Aguilar, Madrid, 2003.

[8] Howard Blum, *Wanted! The Search for Nazis in America,* The New York Times Books, Nueva York, 1977.

[9] Mark Aarons y John Loftus, *Ratlines: The Vatican's Nazi Connection,* ob. cit.

[10] Eric Frattini, *La Santa Alianza...,* ob. cit.

[11] Mark Aarons y John Loftus, *Unholy Trinity...,* ob. cit.

[12] Informe de William Gowen desde la Ciudad del Vaticano, 18 de septiembre de 1946. National Archives and Record Administration (NARA), RG 59/250/36/27, Box 4016, 761.00/9-1946; y *Memorandum for the Officer in Charge: subject: Pavelic, Dr. Ante.* Case No. 4522. Counterintelligence Corps, Rome Detachment, Zone Five, APO 512, US ARMY, William Gowen, Special Agent, CIC. January 22, 1947.

[13] La comunicación entre el cardenal Giovanni Battista Montini, el futuro papa Pablo VI, y el embajador de Argentina en Roma fue revelada en una «Carta secreta»

número 144 del diplomático en el Vaticano a su ministro de Asuntos Exteriores, Juan Bramuglia, y fechada el 13 de junio de 1946. La carta fue publicada dentro del informe de la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades Nazis en Argentina (CEANA) en 1999.

[14] Véase cap. 17, «Robert Georg Leiber».

[15] El padre Karlo Petranovic, agente de la Santa Alianza, fue acusado de participar en matanzas de serbios ortodoxos durante la guerra. Existen fotografías del padre Petranovic dando la extremaunción a cadáveres de serbios en una fosa común en la ciudad de Ogulin. El Gobierno comunista del mariscal Tito pidió al Vaticano la extradición del padre Karlo Petranovic. Nunca fue tramitada.

[16] El agente alemán entró en Argentina el 4 de septiembre de 1948, en el vapor *Santa Cruz,* procedente del puerto de Génova, tras realizar una corta escala en un puerto marroquí. La Dirección de Migraciones le abrió el expediente número 180086-48. Posteriormente, y gracias a un salvoconducto entregado por el Vaticano a Reinhard Kops, se le entregó un carné de identidad a nombre de Juan Maler. El antiguo espía alemán declaró a las autoridades argentinas ser ciudadano «apátrida».

[17] Gordon Thomas, *Gideon's Spies. The History of Mossad,* St. Martin Press, Nueva York, 1998.

[18] Gunter Grau, *The Hidden Holocaust?: Gay and Lesbian Persecution in Germany 1933-45,* Fitzroy Dearborn Publishers, Londres, 1995.

[19] Richard Plant, *The Pink Triangle: The Nazi War Against Homosexuals,* Henry Holt & Company, Inc., Nueva York, 1988.

[20] Uki Goñi, *The Real Odessa: Smuggling the Nazis to Peron's Argentina,* ob. cit.

[21] Carl Vaernet murió en Argentina el 25 de noviembre de 1965 y está enterrado en el cementerio británico de Buenos Aires, en la fila 11.A.120. Su nieto, Christian Vaernet, que aún reside en Dinamarca, explicó que durante la revisión de los documentos de su abuelo encontró varios certificados expedidos a su nombre por distintos departamentos del Vaticano. También encontró una carta firmada por Krunoslav Draganovic dirigida a su abuelo en la que le explica la forma en la que «su organización» le ayudaría a evadirse hacia Sudamérica. Todos los documentos fueron donados por la familia a los Archivos Nacionales Daneses.

[22] CIA Reference Operational Files, «Croatian Gold Question», 2 de febrero de 1951.

[23] CIC No. 5650. NARA, RG 319, 631/31/59/04, caja 173.

[24] Informe de 1998 titulado *Supplement to Preliminary Study on U.S. and Allied Efforts to Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden During the World War II,* redactado por William Slany, historiador del Departamento de Estado.

[25] Paul L. Williams, *The Vatican Exposed. Money, Murder and the Mafia,* Prometheus Books, Nueva York, 2003.

[26] *Memorandum for the Officer in Charge: subject: Draganovic, Krunoslav, Don.* Case No. B-4240. Counterintelligence Corps, Rome Detachment, Zone Five, APO 512, US ARMY, Louis S. Caniglia, Special Agent, CIC and Anthony P. Ragonetti, Special Agent, CIC. October 10, 1946.

[27] Vladimir Dedijer, *The Yugoslav Auschwitz and the Vatican,* Prometheus Books, Nueva York, 1988.

[28] Gitta Sereny, *Into That Darkness: An Examination of Conscience,* Vintage Press, Nueva York, 1983.

[29] Solicitud de pasaporte del Comité Internacional de la Cruz Roja, núm. 97583, Heilig/Richwitz, CICR, Ginebra.

[30] Informe del Foreign Office depositado en el Public Record Office (PRO), FO (Foreign Office) 371/67401 R15533.

[31] Véase cap. 16, «Nicolás Estorzi».

[32] Algunas fuentes aseguran que el padre Krunoslav Draganovic falleció en el mes de junio de 1982. El autor ha elegido la fecha de julio de 1983 debido a que era la que aparecía en el informe de la CIA sobre Draganovic.

19. Édouard Gagnon: Monseñor «Nessun Dorma»

[1] Jean LeBlanc, *Dictionnaire biographique des évêques catholiques du Canada. Les diocèses catholiques canadiens des Églises latine et orientales et leurs évêques; repères chronologiques et biographiques, 1658-2002,* Wilson & Lafleur, Ottawa, 2002.

[2] Peter Hebblethwaite, *Paul VI: The First Modern Pope,* Paulist Press, Nueva Jersey, 1993.

[3] Los Milenarios, *Via col vento in Vaticano,* Kaos, Milán, 1999.

[4] Ibídem.

[5] Jean Guitton, *Paul VI secret,* Desclée De Brouwer, París, 1979.

[6] Los Milenarios, *Via col vento in Vaticano,* ob. cit.

[7] Antoine Wenger, *Le cardinal Jean Villot (1905-1979), secrétaire d'État de trois papes,* Desclée De Brouwer, París, 1989.

[8] Eric Frattini, *La Santa Alianza...,* ob. cit.

[9] La violación del llamado «Secreto Pontificio» supone la excomunión inmediata para el violador y la expulsión automática de la Iglesia católica y, por consiguiente, del Estado Vaticano.

[10] Glauco Benigni, *Gli angeli custodi del Papa,* UTET Librería, Turín, 2004.

[11] David A. Yallop, *In God's Name. An Investigation into the murder of Pope John Paul I,* Bantam Book, Nueva York, 1984.

20. Carlo Jacobini: El enlace del Mossad

[1] Eric Frattini, *Kidon, los verdugos del Mossad,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

[2] Nombre con el que se conoce al director general del Mossad.

[3] Gordon Thomas, *Gideon's Spies...,* ob. cit.

[4] Eric Frattini. *Mossad. Historia del Instituto,* EDAF, Madrid, 2006.

[5] Massino Franco, *Parallel Empires: The Vatican and the United States. Two Centuries of Alliance and Conflict,* Doubleday, Nueva York, 2008.

[6] Eric Frattini, *Kidon. Los verdugos del Mossad,* ob. cit.

[7] Michael Bar-Zohar y Eitan Haber, *The Quest for the Red Prince. Israel's Relentless Manhunt for One of the World's Deadliest Terrorists,* The Lyons Press, Guilford, Connecticut, 1983.

[8] Este texto sería hecho público tras la invasión del Líbano por parte de las Fuerzas de Defensa Israelíes en 1982. Una unidad israelí encontró este documento en un cuartel de la OLP al sur del Líbano.

[9] Victor Ostrovsky y Claire Hoy, *By Way of Deception,* Stoddart Publishing, Toronto, 1991.

[10] Véase Eric Frattini. *KGB, Historia del Centro.* EDAF, Madrid, 2005.

[11] Michael Bar-Zohar y Eitan Haber, *The Quest for the Red Prince,* ob. cit.

[12] Informador judío del Mossad que no trabaja para el servicio secreto israelí en nómina, sino como simple colaborador.

[13] Michael Bar-Zohar y Eitan Haber, ob. cit.

[14] Ian Black y Benny Morris, *Israel's Secret Wars. A History of Israel Intelligence Service,* Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.

[15] Eric Frattini, *Kidon. Los verdugos del Mossad,* ob. cit.

[16] Véase Gordon Thomas. *Gideon's Spies. The History of Mossad.* St. Martin Press, Nueva York, 1998.

[17] Véase David A. Yallop. *To the ends of the Earth. To the Hunt of the Chacal.* Poetics Products Ltd., Londres, 1993.

[18] Eric Frattini, *La Santa Alianza...,* ob. cit.

[19] David A. Yallop, *To the ends of the Earth. To the Hunt of the Chacal,* Poetics Products Ltd., Londres, 1993.

21. Luigi Poggi: El espía de Juan Pablo II

[1] Michael J. Walsh, *The Conclave...,* ob. cit.

[2] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* Bantam Doubleday, Nueva York, 1996.

[3] Thomas Cahill, *Pope John XXIII,* Viking Penguin, Nueva York, 2002.

[4] Malachi Martin, *The Keys of this Blood. Pope John Paul II versus Russia and the West for the control of the New World Order,* Simon & Schuster, Nueva York, 1990.

[5] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century,* Scribner Publishers, Nueva York, 1989.

[6] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

[7] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Failure...,* ob. cit.

[8] Carl Bernstein y Marco Politi, *His Holiness,* ob. cit.

[9] Lech Walesa, *The Struggle and the Triumph: An Autobiography,* Arcade Publishing, Nueva York, 1994.

[10] Leopold Labedz, *Poland Under Jaruzelski: A Comprehensive Sourcebook on Poland During and After Martial Law,* Scribner Publisher, Nueva York, 1984.

[11] Bob Woodward, *Veil: Las guerras secretas de la CIA 1981-1987,* Ediciones B, Barcelona, 1987.

[12] Un informe del SISMI (el servicio de inteligencia militar italiano) fechado el 13 de junio de 1981 y dirigido al Viminale (el palacio sede del Ministerio de Asuntos Exteriores) confirmaba la existencia de las fotografías, atribuyendo su adquisición a la Editorial Rizzoli y la Editorial Rusconi por 500 millones de liras. Alguien de Rizzoli informó al Vaticano del material en su poder, pero al parecer faltaban tres negativos originales.

[13] Discípulos de la Verdad, *All'ombra del Papa infermo,* Kaos, Milán, 2001.

[14] Eric Frattini, *La Santa Alianza...,* ob. cit.

[15] Gordon Thomas, *Gideon's Spies...,* ob. cit.

Índice onomástico